

SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC

MUMMORT



II
REGRESO A FORCE



Milmort II

Regreso a Force

Santiago García-Clairac



Versión electrónica
SAN PABLO 2012
(Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: ebooksanpablos@gmail.com
comunicacion@sanpablo.com
ISBN: 9788428542760
Realizado por
Editorial San Pablo España
Departamento Página Web

Quinta Parte

¡Vida!

¡Mil!

¡Estoy vivo!

¡Lo he conseguido!

¡He salido de Mort!

¡He regresado a Force!

¡He vuelto a la vida!

Noto vigor en la sangre.

Mis miembros tienen fuerza.

La luz del sol atraviesa mis párpados y entra con ímpetu hasta lo más profundo de mi ser.

Abro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, disfruto de una luminosidad cegadora.

¡Es la luz de la vida!

¡Acabo de nacer!

Después de estar sumido en la penumbra durante tanto tiempo, me parece un milagro reencontrarme con la calidez de la vida.

No hay jinetes encapuchados sobre las colinas. Ni personas harapientas. Ni paisajes siniestros. Ni edificios destrozados. Ni escombros... No hay muerte... Sólo hay vida...

Este mundo me regocija. Las montañas, los pájaros, las nubes... Todo es tal y como lo recuerdo: hermoso, alegre y espléndido.

Me tiro de cabeza a un riachuelo donde me froto con brío para limpiar los restos de polvo y suciedad que he traído de Mort.

Mientras el agua se los lleva corriente abajo, juego con los peces, escucho los pájaros y disfruto del gozo de haber vuelto a la vida.

Salgo del agua, me tumbo en la hierba y dejo que los generosos rayos del sol sequen mi cuerpo. Es una maravillosa sensación que me hace sentir la vida en su totalidad.

He cumplido mi gran deseo de volver a nacer, el último pensamiento que tuve cuando mi hermano Wolfort me clavó la espada en el corazón. Aún tengo la cicatriz.

Por fin ha llegado la hora de reclamar todo lo que me pertenece y que me ha sido arrebatado... Mis padres, mi reino, mi prometida, mi honor...

Tengo pensamientos hermosos para Sibila... Y otros más oscuros para Wolfort.

Miro al cielo mientras aprieto los puños hasta que se me enrojecen los nudillos. Entonces, me juro a mí mismo que no descansaré hasta hacerle pagar su infamia y pongo mi alma por testigo de que no cejaré mientras no consiga mi objetivo, me cueste lo que

me cueste.

Pero, si quiero ponerme en marcha, tengo que saber dónde estoy.

Después de examinar el paisaje que me rodea llego a la conclusión de que me resulta vagamente familiar. Creo que es el bosque en el que cazaba... Sí, me acuerdo... Aquí mismo estuve a punto de morir atacado por un jabalí herido. Ese día Wolfort me salvó la vida. Caprichos del destino: renaces donde estuviste a punto de morir.

Aquellos eran días felices en los que yo vivía en la inocencia. Aún no había descubierto que las personas tenemos un lado oscuro. Y tampoco sabía que un hermano puede matar a otro y robarle todo, incluso el amor, el honor y la ilusión. Me ha costado mucho descubrir cómo somos los humanos. Y lo he aprendido en mi propia carne, con mi propia experiencia. Pero ahora ya lo sé. Ahora sé que no me puedo fiar de nadie.

Poco a poco voy recuperando la memoria y el recuerdo de las jornadas de caza que pasé entre estos árboles va cobrando forma. Todo empieza a encajar, igual que las piezas de un rompecabezas.

Mi memoria se está activando y la vida vuelve a mí de una manera salvaje e incontenible. Noto que estoy vivo gracias a los recuerdos que se iluminan después de haber estado apagados.

Camino con alegría entre la hierba y los árboles, rememorando a cada paso muchas de las cosas que me pasaron cuando venía aquí en busca de piezas, acompañado de mis hermanos, dirigidos por Cornelio, nuestro maestro en esas lides. Sin embargo, hay algo que me llama la atención. Veo pocas huellas de animales. Apenas me he cruzado con un par de conejos y un ciervo que ha salido corriendo en cuanto me ha avistado.

En otros tiempos, este bosque era un hervidero. Había de todo y era difícil no encontrar alguna pieza a cada paso. Ahora está muy solitario, como si los animales hubieran huido.

Diviso la cabaña de un guardabosques, pero no sale humo de la chimenea. Y eso también es extraño. A estas horas, él y su familia deberían estar preparando la cena.

Me oculto tras unos arbustos y espero pacientemente a que pase algo que indique que dentro hay vida. Pero no ocurre nada. Esa casucha se halla abandonada.

Por si acaso hay alguien escondido, me deslizo sigilosamente hasta la parte trasera; tendría que haber algunos animales en el pequeño corral: gallinas, cerdos... Pero está vacío.

Por precaución, en vez de entrar directamente por la puerta de la choza, me asomo por la ventana. Como no hay vestigios de vida, entro con cuidado, para que las tablas no crujan.

Está deshabitada y en un estado lamentable. Aquí no vive nadie. Es una pocilga llena de polvo, hierbajos y telarañas. Sólo hay algunos andrajos, varios cacharos y un viejo cuchillo de hoja mellada que pueden servirme para cocinar.

Lo mejor de todo es que voy a poder encender una lumbre en el fogón de piedra que está entero. Oigo un ruido que proviene del exterior y que me alarma, agarro el cuchillo, me oculto tras la puerta y observo con atención a través de una rendija.

Sólo se trata de un conejo que se ha acercado más de la cuenta. Con el sigilo

habitual de los cazadores, lanzo el cuchillo y lo alcanzo de lleno. Después de correr unos metros, soltando pequeños chillidos, se detiene y se cae al suelo.

Mientras lo aso, intento imaginar qué puede haber ocurrido para que los guardabosques y su familia hayan abandonado este puesto de vigilancia. Su labor consistía, sobre todo, en descubrir cazadores furtivos y denunciarlos. Pero más extraño aún es que no los hayan sustituido. ¿Qué habrá pasado para que este lugar esté deshabitado?

Después de comer tomo la decisión de quedarme aquí a pasar la noche. Uniré los trozos de tela y los restos de las viejas mantas para protegerme del frío.

Estoy tan cansado que voy a dormir profundamente. Supongo que, al final, debo estar contento de que hayan dejado la cabaña. No es precisamente un palacio, pero es el mejor cobijo que podía haber encontrado. Creo que no podía haberme topado con nada mejor para reinsertarme en el Mundo de los Vivos.

Todavía no sé cómo justificaré mi presencia en este reino cuando me encuentre con gente conocida. Aunque, lo que de verdad me preocupa son las explicaciones que tendré que dar a Sibila. No puedo olvidar que estaba presente cuando Welfort me clavó la espada en el corazón. Ella me vio morir. Ella sabe que he muerto. No podré engañarla y tampoco podré convencerla de que sus ojos la mintieron.

He conseguido organizar el camastro y creo que podré apañarme bien esta noche. Me acuesto, cierro los ojos y me dejo llevar por el agotamiento. No opongo resistencia. Necesito dormir para sentirme vivo... Dormir y soñar... Con Sibila y con todo lo que forma parte de mi vida... Y de mi muerte...

Espero que mis sueños no se conviertan en pesadillas. Mi madre solía decir que, a veces, cuando estamos muy cansados, podemos soñar con los muertos.

¡Muerte!

Acababa de gritar la palabra «mil» y estaba dando el último paso para salir de Mort cuando mi cuerpo se paralizó.

Sin poder evitarlo, inesperadamente y de forma descontrolada, justo en el instante en el que mi pie rozaba el escalón final, algo explotó en mi interior y una palabra salió de mi boca: ¡Ónica!

En ese momento supe que nunca me perdonaría haberla abandonado en este mundo horrible. Decidí que tenía que volver hasta el lugar en el que la había visto caer. Sentí la imperiosa necesidad de regresar a su lado.

Me daba igual que estuviera viva o no.

Sólo quería estar con ella.

Entonces, algo se rompió en mi interior.

Una parte de mí subió a la cima mientras que la otra, dispuesta a quedarse en Mort, daba un paso atrás.

Y quedé dividido en dos.

El que había cumplido su deseo de salir de Mort y el que quería quedarse.

Sabía que me había condenado eternamente, pero no me importaba. Mi destino estaba resuelto y nada podría hacerme cambiar de idea.

—¡Me quedo, Mort! —grité con todas mis fuerzas, elevando los brazos y mostrando mi espada milmortiana que apuntaba desafiante hacia el cielo—. ¡Me quedo con Ónica!

Me dispuse a descender por la escalera que tanto trabajo me había costado subir pero, cuando pisé el primer escalón, sentí una terrible convulsión que me obligó a detenerme y a cerrar los ojos. Fue como si un rayo me hubiera alcanzado de lleno.

Entonces, tuve una visión: ¡me vi a mí mismo de rodillas, con una espada clavada en el corazón, sin vida!

¡Y lo comprendí todo!

¡Mort me desveló que había muerto!

¡Me hizo saber que todos los que habitábamos allí estábamos muertos y proveníamos del Mundo de los Vivos!

¡Mort era el Mundo de los Muertos!

Por eso no podíamos tener hijos. Por eso no envejecíamos, ni teníamos esperanzas... Por eso no amábamos... Y sólo pensábamos en matarnos unos a otros...

¡Porque formábamos parte de un mundo de muerte!

¡Éramos seres que nos consumíamos en un abismo oscuro en el que el tiempo no contaba!

Me había condenado a vivir eternamente en un mundo sin esperanzas. En un lugar en el que iba a perder la memoria y donde, con el paso del tiempo, me convertiría en un ser sin pasado y sin futuro.

Sabía que me transformaría en un fantasma que ni siquiera sabría hablar. Alguien sin deseos, sin ambiciones y sin sentimientos. Una piedra andante.

Pero lo prefería a abandonar a Ónica.

Descubrí entonces que el amor es más importante que la muerte.

Amar es lo único que nos mantiene vivos.

Ahora que ya sabía dónde estaba y lo que me esperaba, abrí los ojos y seguí mi camino. Descendí los mil escalones con la ilusión de reencontrar a mi compañera.

Un poco más abajo, los guardianes con los que me había cruzado antes me observaban con atención. Quizá suponían que iba a enfrentarme a ellos. Pero eso no iba a ocurrir... A menos que fuese necesario.

Sólo quería buscar a Zoltan y a Ónica. Luego, ya veríamos qué me depararía el destino, si es que en Mort había un destino, cosa que dudaba. Allí no había nada. Sólo un inmenso vacío. No teníamos noción del tiempo. ¡Vivíamos en la ignorancia de lo que éramos! ¡La ignorancia de la muerte!

Pasé junto a los guardianes que ni siquiera me preguntaron qué había ocurrido y por qué volvía sobre mis pasos. Supongo que lo sabían. De alguna manera, los encapuchados saben todo lo que sucede en Mort.

O quizá les daba igual.

—Soy el príncipe Royman —dije cuando pasé a su lado—. He decidido quedarme en Mort y os aconsejo que no os pongáis en mi camino. Estoy tan furioso que podría derribar esta montaña.

—Ahora conoces el Gran Secreto, príncipe Royman —advirtió el que poco antes, mientras subía, me había preguntado mi nombre—. No se lo debes contar a nadie.

Me detuve y le mostré mi espada milmortiana.

—¡Yo decidiré lo que hago! ¡Todavía me quedan fuerzas suficientes para seguir luchando! ¡Mi brazo es fuerte y mi acero está entero! ¡Nadie me dirá lo que tengo que hacer!

—Tienes que saber que aquellos a los que les cuentes el Gran Secreto correrán peligro —me advirtió—. Puedes seguir tu camino, caballero milmort.

—¿Caballero milmort? ¿Todavía soy un caballero milmort?

—Lo serás para siempre. La gente te respetará. Tu hazaña será tu garantía de futuro. Serás admirado por haber llegado a la cumbre de este glorioso monte. Pocos han subido estos mil escalones.

Seguí mi camino sin preocuparme de sus palabras. Sabía que no me iban a interceptar el paso. Ni siquiera miré atrás mientras me alejaba.

Alcancé la puerta de la tercera muralla donde imperaban el caos y el desorden. Todavía había llamas y los soldados que habían sobrevivido a mi ataque se apartaron

para dejarme el paso libre. Me temían.

—¿Por qué vuelves? —me preguntó uno—. ¿Para eso has matado a tantos hombres? ¿Qué pretendías con esa carnicería?

—Los he matado porque no me dejaban subir —respondí—. Y ahora acabaré con todos los que me impidan bajar.

—Puedes descender en paz, caballero milmort —dijo otro, apartándose—. Nosotros estamos aquí para impedir el paso a los que suben.

—No deberíais hacerlo. Los que llegan hasta aquí se ganan el derecho a alcanzar la cima. Son valientes que luchan contra su propio miedo.

—Nosotros cumplimos órdenes. Somos soldados al servicio de Mort.

—¡Maldito sea vuestro trabajo! —le escupí.

Cuando crucé la puerta vi que seguían recogiendo los cadáveres de todos los que habían luchado con Ónica y conmigo. Sin prestarles demasiada atención, seguí mi camino, convencido de que me miraban con odio. Durante algunos instantes, recordé los feroces momentos que la princesa y yo habíamos vivido para traspasar la puerta. Posiblemente, el soldado tenía razón: ¿de qué había servido derramar tanta sangre? No me sentía orgulloso de haber segado tantas vidas, pero no lo había hecho por placer. La culpa era de Mort.

Busqué con la mirada alguna señal de Zoltan, pero la bruma era intensa y apenas distinguía nada. Me dirigí hacia la segunda muralla, donde había visto caer a Ónica.

Cuando llegué, los soldados me reconocieron y me miraron sorprendidos.

—¿Qué buscas, milmort? —me preguntó Frango, el oficial que yo mismo había nombrado después de matar al capitán Truman.

—Busco a la mujer que me acompañaba.

—Su cuerpo debe de estar en aquella zona —dijo, señalando una formación rocosa—. Si es que los carroñeros no lo han devorado.

—Espero que no lo hayan hecho —respondí—. Voy en su busca.

—No vuelvas nunca por aquí. Tendríamos que impedirte el paso.

—Si vuelvo, nadie me detendrá, amigo Frango. Será mejor que no te cruces en mi camino. Mi espada es implacable y no reconoce a nadie.

Enfilé hacia la dirección que me acababa de indicar. Ya empezaba a preocuparme cuando, de repente, distinguí una silueta entre la niebla.

—¿Quién va? —pregunté—. ¿Quién eres?

No obtuve respuesta.

—¡Responde o te las verás con mi acero!

La silueta se movió ligeramente.

—¿Royman? —preguntó—. ¿Eres tú?

—¿Zoltan?

Di unos pasos adelante y me encontré con mi viejo amigo que, espada en mano, estaba preparado para luchar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. ¿No has alcanzado la cima?

—He vuelto para reunirme con Ónica... ¿Dónde está?

—Aquí, tras esa roca —dijo, señalándola—. La he escondido cuando he oído tus pasos. No sabía que eras tú. Creo que has hecho una locura volviendo aquí, amigo. ¡Ya no podrás salir de Mort!

—Lo sé. Peor para Mort.

Me acerqué a las rocas que la ocultaban. Cuando la vi ahí, tumbada entre piedras y hierbas, rota, desmayada, al borde de la muerte, el corazón se me paró durante unos instantes. Sentí tanto dolor que, si alguien me hubiese cortado una mano no me habría dado cuenta. En realidad, yo la había llevado hasta allí. Estaba en esa situación por mí. Si hubiese matado a Tronario, nada de esto habría sucedido.

—¡Ónica! ¡Ónica! —repetí, con el secreto deseo de que me escuchase—. ¡Soy yo, Royman! ¡Estoy aquí, a tu lado! ¡He vuelto a buscarte! ¡Háblame, por favor! ¡Mírame!

Pero no respondió. Apenas respiraba y no se movía.

—¿Está muerta? —le pregunté a Zoltan.

—Apenas le queda un hilo de vida. La caída ha sido demasiado fuerte. No tardará en morir —sentenció mi amigo—. Lo siento, Royman. Sé lo que significa para ti.

—¡No puede abandonarme! —repliqué—. ¡Mira, respira! ¡Tenemos que hacer algo!

—Está más muerta que viva —insistió Zoltan—. ¡No se puede hacer nada! No te tortures más. Tú no tienes la culpa.

—¡Maldito Tronario! —exclamé, abrazándola—. ¡Te ha destrozado!

—No tenemos ninguna posibilidad de ayudarla. Este sitio es para matar y morir, no para vivir.

—¡Tiene que haber algo! ¡Seguro que en la muralla hay cirujanos! ¡Vayamos a pedirles ayuda!

—Esos tipos son peores que los verdugos. Muere más gente en sus manos que en las cámaras de tortura —me advirtió mi compañero—. ¡Son carniceros! ¡No la pongas en sus manos! ¡La harán sufrir inútilmente!

La cogí entre mis brazos y, sin pérdida de tiempo, me dirigí hacia la segunda muralla, con la esperanza de encontrar alguna ayuda. ¡Tenía que salvarla! ¡Ahora que la había recuperado, no estaba dispuesto a dejarla morir! ¡Si ella moría, yo caería a su lado!

—¡Estás loco! —exclamó Zoltan—. ¡Nadie puede ayudarla!

Pero sus palabras no me afectaban. Recorrí el último tramo que quedaba hasta la puerta sin hacerle caso, ignorándole. No había llegado hasta allí para darme por vencido. Estaba dispuesto a explorar hasta la última posibilidad. ¡Si tenía que dar mi vida por ella, la daría!

—¡Ayúdame, Frango! —vociferé—. ¡Ayuda! ¡Necesitamos un cirujano!

—¿Qué quieres? —me preguntó un soldado al que había herido con mi propia espada—. ¿Por qué acudes a nosotros ahora?

—¡Traedlo o arrasaré este lugar! —me desgañité—. ¡Traed un curandero! ¡Traed a cualquiera que pueda curarla!

Frango se asomó desde lo alto de la muralla.

—¿Qué pasa ahora, Royman?

—¡Necesito un cirujano! —imploré—. ¡Todavía vive! ¡Ayúdame! ¡Por tus

antepasados, Frango, ayúdame!

—Está bien, te lo enviamos —respondió, dispuesto a darme lo que necesitaba—. Pero no esperes demasiado de él.

Un poco después, un hombre se acercó a nosotros. Traía consigo un maletín de cuero.

—Me llamo Salguiano y soy el cirujano de esta guarnición. Pero os advierto que sólo sé curar heridas de armas —dijo, casi disculpándose.

—Esta mujer ha caído desde una gran altura —le expliqué—. Si le salvas la vida, te estaré eternamente agradecido y te recompensaré.

—No soy experto en contusiones internas. En realidad, sólo sé limpiar heridas y cerrarlas. No creo que pueda hacer nada por ella.

—Tampoco creo que podamos hacer nada por ti si no la salvas —le advirtió Zoltan, poniéndole la mano sobre el hombro—. Mi amigo y yo estamos muy enfadados. Si ella muere, tú también. ¿Lo entiendes?

El hombre nos observó con preocupación. Cuando recordó todos los destrozos que habíamos cometido en la guarnición y la cantidad de soldados que había tenido que curar por mi culpa, se inclinó sobre Ónica.

En ese momento, Frango se unió a nosotros.

—¿Cómo está? —preguntó.

—No tiene salvación —dictaminó finalmente Salguiano—. Tiene el cuerpo destrozado. Morirá en breve. Salvarla no está en vuestra mano...

—¿Quién puede hacerlo? ¿Quién tiene el poder de hacerlo? —le apremié—. ¿Sabes quién puede devolverle la vida? ¿Quién?

Se mantuvo en silencio. Abrió su maletín y sacó un frasquito de metal. Lo abrió y dejó caer algunas gotas de un espeso líquido sobre los labios de Ónica. Se deslizaron hacia el interior de su boca dejando un rastro de color rojo oscuro que revelaba la densidad de su contenido.

—Puede que la ayude, pero no es seguro —dijo mientras colocaba el tapón en su sitio—. Es lo único que puedo hacer por ella.

—¡Dime quién puede ayudarnos! —repetí, amenazante—. ¡Sabes algo que no me quieres decir!

—¡No sé nada!

—¡Díselo! —le ordenó Frango—. ¡Te lo ordeno!

—¡Mort! ¡Sólo él puede devolverle la vida! —aseguró Salguiano.

—¿Mort? —pregunté extrañado—. ¿De qué hablas?

—Mort es el dueño de nuestras vidas, el que todo lo puede.

—¡Es una leyenda! —determinó Zoltan—. Nadie le ha visto.

—Pero existe —afirmó Frango—. Lo sé muy bien.

—¿Dónde podemos encontrarle? —pregunté ansiosamente.

—Dicen que sólo se deja ver en una isla —explicó el cirujano—. ¡Una isla fantasma!

—¿Dónde está?

—¡En Mort! —replicó—. ¡Está en algún lugar de Mort!

—¿Bromeas? —exclamé—. ¡Mort es inmenso!

—La Isla de Mort está en Mort —recapituló Salguiano—. Es cuanto puedo deciros. He hecho lo que he podido. ¡Dejadme en paz!

Se levantó, cogió su maletín y, antes de retirarse, me entregó el frasquito de metal.

—Esto la mantendrá con vida durante algún tiempo. Si actúas con celeridad y consigues encontrar pronto a Mort puede que se salve. Os deseo suerte. No os hagáis demasiadas ilusiones. Después de lo que has hecho en estas murallas, no creo que quiera ayudarte.

Se alejó de nosotros, dejándonos muy desanimados.

—Ojalá podáis salvar a esa chica —deseó Frango—. Os merecéis lo mejor. Habéis luchado como valientes.

—Amigo Frango, te has portado bien con nosotros —le agradecí, estrechando su antebrazo—. Quizá volvamos a vernos en mejores condiciones.

—No os olvidaré —resumió, dando un paso hacia atrás—. Ningún milmort ha hecho una hazaña como la tuya. Mereces todos los honores.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia sus hombres que le esperaban.

Cuando nos quedamos solos, apenas existía un rayo de esperanza.

—¡Nunca encontraremos esa isla! —afirmó Zoltan—. ¡Decir que Mort está en Mort es lo mismo que no decir nada!

—Es la única pista que tenemos y debemos aprovecharla. ¡Buscaremos esa isla y la encontraremos!

—Es como buscar una aguja en un pajar. Deberíamos volver a mi castillo y darle un entierro honorable. Ónica luchó a tu lado con valor. Se lo debes.

—Le debo más que la vida. Le debo la esperanza que he tenido hasta ahora. ¡Tengo que intentarlo, Zoltan! ¡Mi vida depende de su vida!

—¡Estás loco! ¡Jamás encontrarás a alguien que no quiere ser encontrado! ¡Es posible que Mort no exista!

—Iré solo. La llevaré hasta el corazón de esa isla y le pediré a Mort que la salve. Y si no lo hace, lo mataré.

En ese momento, Ónica gimió levemente.

El retorno

A pesar de los extraños sueños de esta noche, he dormido profundamente.

El nuevo día es soleado y me anima a moverme. Salgo de la cabaña y me lavo con el agua fresca del riachuelo que baja de las montañas. Devoro algunas frutas de los árboles que me saben a gloria.

Consigo confeccionarme algunas ropas que me ayudarán a pasar inadvertido. Parezco un pordiosero, pero no me importa. Sé que si hay algo que la gente no mira es precisamente a los mendigos. Además de despreciarlos, los ignoran profundamente.

Corto el tronco de un pequeño árbol y lo convierto en un bastón que, bien utilizado, puede ser un arma.

No tomo demasiadas precauciones pues estoy convencido de que en el bosque no hay nadie. Si me encuentro con alguien no me será muy difícil convencerle de que soy un peregrino que se ha perdido. El pelo sucio y mi aspecto harapiento ayudarán a no despertar sospechas. Parezco un mendigo inofensivo.

Ahora, en lo único que debo pensar es en mi futuro. No debo olvidar que soy un muerto que ha regresado al Mundo de los Vivos. Y debo cuidarme de no volver allí.

Todavía no he pensado cómo explicaré mi presencia en este mundo. Mucha gente me vio morir y no podré negar la evidencia. No puedo decir que he vuelto del Abismo de la Muerte ya que podrían tomarme por loco o acusarme de practicar la brujería y arrojarme a una hoguera. Tendré que inventar algo. Espero ser capaz de construir una historia creíble.

Sólo hay una cuestión que me inquieta: ¿Querrá Sibila casarse con alguien que estuvo muerto? ¿Debo seguir con mi proyecto de recuperarla o haría mejor en olvidarla y dejarla a su suerte?

Ya distingo la colina a la que mi padre solía venir a reflexionar en solitario. El lugar en donde, además de hacerme algunas confesiones, me pidió que olvidara a Sibila y buscara otra esposa.

Si hubiese elegido a Ónica, seguramente las cosas habrían sucedido de otra manera. Creo que con ella podría haber sido feliz... Pero, ¿se puede ser feliz sabiendo que la mujer que más amas no está a tu lado y se encuentra en brazos de otro hombre? De un hombre que te la ha robado.

¡Ahí está el castillo! ¡Force! ¡Por fin regreso a mi casa!

Me detengo para admirarlo. Después de tanto tiempo, me parece imposible estar

aquí, ante él. He pasado los mejores años de mi vida entre sus muros, con una familia que me quería y a la que yo amaba con locura. Hasta que un maldito día Wolfort y sus bárbaros entraron en mi vida.

Me estremece reconocer que fuimos nosotros los que le introdujimos en nuestro hogar. Los que le abrimos las puertas de nuestro reino y de nuestros corazones.

¡Qué gran error cometimos! ¡De qué forma tan inocente labramos nuestra propia desgracia! ¿Cómo se puede ser tan ingenuo?

Me apoyo en mi bastón, pensando qué voy a hacer.

¿Sigo adelante o doy media vuelta?

Mi padre me enseñó que cuando uno tiene dudas sobre hacer una cosa o no hacerla, es mejor hacerla, por muy peligrosa que sea. Si no la llevas a cabo, te arrepientes durante toda tu vida.

Así que doy un paso adelante y me dirijo con decisión hacia el baluarte de mi familia.

Pero ahora que estoy más cerca, veo que el estandarte que ondea ya no es el de la familia Delaforce. Hay una nueva enseña que muestra la cabeza de un lobo de perfil portando una corona.

¡Es el emblema de Wolfort!

Los soldados tampoco llevan el uniforme que diseñó mi abuelo. Ahora llevan pieles y cuero. ¡Son soldados bárbaros del norte!

Todo ha cambiado. Wolfort se ha hecho con el reino. Después de traicionarnos, se habrá erigido en rey y habrá colocado a los suyos en los puestos más importantes. Seguro que los caballeros que le rodean son también bárbaros de su tribu. Los que antes eran esclavos se han convertido en señores. Es el mundo al revés.

Algunos campesinos acampan en las afueras del castillo. Hay un mercadillo y varias casas. Quizá encuentre la oportunidad de asentarme cerca de las murallas sin despertar sospechas y sin que nadie me reconozca.

De todas formas, por lo que estoy viendo, no destacaré demasiado. La gente viste con ropas viejas y rotas. Es evidente que el reino ha decaído. Me imagino que la prosperidad sólo alcanza a los fieles de Wolfort mientras que la miseria se ha extendido entre todos los que eran leales a los Delaforce.

Después de pasear por el mercadillo, haciéndome el despistado, me acerco a un tenderete de un carnicero que ofrece sus mercancías a gritos.

—¡La mejor carne de Wolfaria! —a buen precio—. ¡Carne de ave y de perro!

Espero a que deje de gritar para hacerle una pregunta.

—Buen hombre, ¿podéis decirme qué reino es este?

—Wolfaria. Y nuestro señor es el rey Wolfort —responde, casi sin hacerme caso.

—¿Wolfort? ¿No era el hermano del príncipe Royman?

—¡Ni se te ocurra pronunciar ese nombre, mendigo! —exclama, apuntándome con un cuchillo—. ¡Ha muerto y es maldito!

—Lo siento. No lo sabía.

—Aléjate de aquí, pordiosero. Me vas a complicar la vida. ¡Fuera!

Antes de que las cosas se enreden, me retiro en silencio.

Deambulo entre los puestos y las casuchas hasta que, finalmente, me atrevo a entrar en el castillo. Estoy emocionado. Ahora voy a poner los pies en la que fue mi casa. Espero que los nervios no me traicionen.

Bajo la mirada de seis soldados que vigilan el puente levadizo por el que tantas veces he cabalgado escoltado por caballeros, me adentro en la fortaleza.

—Eh, tú, ¿adónde vas? —me increpa un sargento.

—Voy a ofrecirme para trabajar en las caballerizas —digo—. Soy experto en caballos. Dos soldados se me acercan y me observan con desconfianza.

—¿Cómo te llamas, andrajoso? —pregunta el sargento.

—Me llamo Roy... Y vengo de Langan.

—¿Qué buscas en Wolfaria?

—Me han dicho que es un reino próspero. Mis padres han muerto y estoy solo. Me arrebataron mi casa...

—Soy el sargento Bulda y si me traes problemas me enfadaré. ¿Entendido? —me advierte—. Pasa y ve con cuidado.

Les doy las gracias por su generosidad y sigo mi camino.

Hay mucha gente errando. Pero, sobre todo, numerosos soldados. Demasiados para mi gusto. No creo que hagan falta tantos hombres de armas para proteger un reino rodeado de amigos. A menos que tengas mucho miedo. Supongo que Wolfort teme alguna rebelión o algo así, por eso se guarece tanto.

Cuando paso delante de una taberna, la puerta se abre repentinamente y salen tres individuos empujando a un hombre, al que arrojan al suelo a golpes y patadas. Tengo que apartarme para que no la emprendan conmigo. Son muy agresivos y están muy seguros de sí mismos. Por su forma de actuar intuyo que están al servicio de Wolfort o, por lo menos, le prestan servicios. Huelen a mercenarios.

—¡No vuelvas a sentarte a nuestro lado, asqueroso mendigo! —le advierten mientras le siguen golpeando—. ¡Lárgate!

—¡Si te vemos otra vez por aquí, te cortaremos la lengua! —le increpa uno que parece el jefe—. ¡En Wolfaria no hay sitio para gente como tú! ¡Traidor!

La gente que pasa cerca no se entromete. Parece que nadie quiere complicarse la vida por un mendigo borracho.

—¡La próxima vez te entregaremos a los soldados, carroña! —le advierte el más viejo del grupo, un tipo con cara de pocos amigos.

A causa de los golpes que ha recibido, el hombre se queda tumbado en el suelo, casi inerte, incapaz de responder a los insultos y a las provocaciones. Los tipos vuelven a entrar y le dejan ahí, tirado, soltando lastimeros gemidos de dolor, manchando el suelo de sangre. Estoy a punto de seguir mi camino pero, de repente, me doy cuenta de que le conozco. Ese hombre ha trabajado para mí. Estaba al servicio de mi padre y le era fiel.

Me acerco a ayudarlo, pero no me recibe bien.

—¡Quita de ahí, ladrón! —me grita mientras intenta apartarme de su lado—. ¡Quítame las manos de encima! ¡No dejaré que me robes!

—Sólo quiero ayudarte, Cornelio —le digo.

Me mira como si mi voz le hubiera recordado algo.

—¿Quién eres? —me pregunta—. ¿De qué me conoces?

—No soy nadie importante.

—¡Sé que te conozco! ¿De dónde eres?

—No importa —respondo, tapándome la cara con la larga bufanda que me sirve de capucha.

A pesar de su resistencia le ayudo a levantarse. Está maltrecho y le cuesta mantenerse en pie.

—¿Qué quieres de mí? ¿Estás al servicio del rey Wolfort? ¿Eres un espía?

—No. Pero te he visto en mejores condiciones. Tenías mucho mejor aspecto cuando servías al rey Wincott.

—¿Me conoces? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada. Ven, vamos a aquella fuente. Sigues sangrando y debes limpiarte. Con este aspecto llamarás la atención de los soldados.

Sabe que tengo razón y nos acercamos a la fuente pública donde logramos contener la llamativa sangría que sale de su nariz.

—Hace años fui criado de la familia Delaforce —le explico—. Cuando te conocí eras maestro de caza e instruías a los príncipes.

—De eso hace mucho tiempo —confiesa, haciendo una mueca de dolor—. ¿Cómo te llamas?

—Ro... Rolando... Me llamo Rolando de Mort... Ese es mi nombre...

—Reconozco tu voz pero no tu nombre... Tu cara me es familiar. ¿Quién eres?

—Nos vimos algunas veces pero apenas tuvimos relación. Yo sí te recuerdo. Estuve al servicio del príncipe Royman.

—¡No pronuncies ese nombre! ¡Si te oyen, nos ejecutarán a los dos! ¡Es un nombre maldito!

—Lo siento...

Suenan las trompetas acompañadas de redobles de tambor.

Cornelio se pone nervioso. Se aparta de mí y empieza a andar.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿A qué vienen estos redobles?

—Va a haber una ejecución —dice, haciendo esfuerzos para caminar—. Te aconsejo que la veas. Si no asistes, podrían sospechar de ti y acabarías en la cámara de tortura.

Le sigo de cerca y le agarro de la cintura para que se mantenga en pie. Su determinación por seguir adelante me llama la atención.

—¿Por qué te interesa tanto presenciar esa ejecución? —le pregunto—. Deberías salir del castillo.

—Cuestiones personales —responde escuetamente.

—¿Por qué te han echado de la taberna?

—Necesitaba tomar una jarra de vino para soportar lo que he venido a ver todos estos meses. Pero las cosas se han complicado... Esos tipos han insultado a los Delaforce y me he puesto nervioso...

—Te ha podido costar caro.

—Así ha sido. Defender el linaje de los Delaforce se paga caro, como podrás ver dentro de un rato.

—¿Tan importante es esa ejecución que necesitabas emborracharte?

—No hagas preguntas idiotas. Una ejecución no es algo sencillo de digerir. Sobre todo si se trata de tus amigos.

Cruzando la puerta

Cuando llegamos a la primera muralla ya empezaba a atardecer.

Nos acercamos a la puerta que estaba protegida por muchos soldados milmortianos. Nos miraron con sorpresa ya que lo que menos esperaban era ver gente descendiendo del Monte Milmort.

Se hallaban todos muy ocupados, defendiéndose de un ataque que se estaba produciendo en esos instantes. Algunos subían flechas y piedras a las almenas, otros disparaban al enemigo y los demás descargaban carros de aprovisionamiento. Varios soldados se acercaron corriendo hasta nosotros. No dejaban de mirar a Ónica, que seguía en mis brazos.

—Soy el comandante Trencó y quiero saber quiénes sois —nos preguntó el arrogante oficial que los mandaba—. ¿Qué buscáis aquí? ¿De dónde venís?

—Soy el príncipe Royman, caballero milmort por méritos propios —dije—. Estos son mis amigos y queremos salir.

—¿Salir? —ironizó, llamando a sus hombres con la mano—. Yo no os dejaré marchar y los que nos están atacando ahí fuera no os recibirán bien. La salida está en la cima. Es la única puerta que podéis cruzar.

—He estado en la cumbre pero he decidido volver a Mort. Sólo tienes que abrir la puerta y nos iremos en paz —le insté.

—¿Por dónde habéis cruzado esta muralla? —preguntó, mirándome con escepticismo, como si estuviera loco—. No tengo constancia de que hayáis entrado por mi puerta. ¿Os habíais colado furtivamente?

—Eso ya no tiene importancia —le respondí—. Sólo deseamos salir. Queremos irnos lejos de aquí. No nos lo impidáis, es mejor para todos.

—No me has respondido. ¿Quieres que ordene a mis soldados que os detengan?

—¿Ves esa columna de humo que sale de aquella muralla? —le pregunté, señalando la tercera puerta—. ¿La ves?

El oficial levantó la cabeza.

—Sí, claro que la veo. Y mis hombres también.

—La he provocado yo. He incendiado la muralla, he matado a centenares de soldados, varios gigantes y cantidad de animales. No hagas que me enfade, comandante.

—¿Crees que porque seas un caballero milmort me vas a asustar?

—No. Creo que te voy a asustar cuando clave mi espada en tu corazón —repliqué—.

Es mejor para todos que nos dejes salir. Te lo repito por última vez.

—Hazle caso —le sugirió Zoltan—. Está furioso y es muy hábil con la espada. Es una milmortiana y te matará antes de que puedas desenfundar la tuya. Déjanos partir, anda.

—Tengo la orden de no dejar pasar a nadie en ningún sentido. Mientras yo esté a cargo de esta puerta, ni hombres ni bestias la cruzarán.

Entregué el cuerpo de Ónica a Zoltan.

—Cuídala —le dije—. Voy a abrir la puerta.

Desenfundé mi espada y me dirigí hacia Trencó que, asustado, empezó a gritar.

—¡Soldados! ¡A mí! ¡Ayuda! ¡Detenedlo!

Sus hombres más cercanos se aprestaron para la lucha mientras que otros bajaron corriendo de la muralla para ayudarlos. Eran obedientes, pero no parecían muy convencidos.

—¡Os lo advierto! —grité, con la espada en alto—. ¡Abrid la puerta!

—¡No podemos hacerlo! ¡Los de ahí fuera están esperando una oportunidad para entrar! —insistió Trencó—. ¡Rendíos ahora mismo! ¡Os vamos a...!

No le dejé terminar la frase.

La espada le rajó el pecho de arriba abajo. Cayó de rodillas, se tambaleó y se desplomó de bruces. Así acabaron sus bravatas de comandante engreído.

Los soldados se detuvieron en seco.

—¿Queréis seguir los pasos de vuestro jefe? —les pregunté.

No respondieron.

—¡Sólo queremos salir! —grité—. ¡Abrid la puerta y nos iremos en paz!

Se miraron unos a otros y cuchichearon en voz baja.

—Os dejaremos ir —dijo uno que tenía la graduación de sargento—. ¡Abrid esa maldita puerta! —ordenó a sus hombres—. ¡Salid deprisa antes de que nos ataquen!

—Gracias, sargento —le dije—. Has tomado una buena decisión. Pero necesitamos ayuda. Dejadnos aquel carro. Es la única forma de cruzar esa barrera de soldados de ahí fuera.

—¡Traed ese carro! —ordenó el sargento—. ¡Vamos a divertirnos viendo cómo matan a estos osados! ¡Deprisa!

El soldado que estaba en el pescante hizo trotar a los cuatro caballos, rodeó los barriles y los fardos que acababa de descargar y acercó el carro hasta nosotros.

Cuando se detuvo, acomodé a Ónica en la plataforma trasera, sobre unas mantas que estaban apiladas, y la sujeté con unas cuerdas. Después de asegurarme de que estaba bien amarrada, subí al pescante con la intención de hacerme con las riendas que el soldado mantenía sujetas. Zoltan se sentó al lado de Ónica, con un arco y dos haces de flechas entre las manos.

—¡Abrid las puertas! —gritó el sargento—. ¡Abrid ahora!

Algunos hombres empezaron a girar el torno para levantar el rastrillo mientras otros desenrollaban las cadenas que dejaban descender el puente levadizo.

—Ya puedes darme las riendas —le dije al conductor—. Baja de aquí.

Me miró de soslayo y, en vez de hacer caso de mi orden, me apartó de su lado de un

empujón y aflojó las riendas mientras gritaba «¡arre!». De inmediato, los animales relincharon y se lanzaron a una loca carrera hacia el puente levadizo, que ya estaba extendido.

La galopada era tan fuerte que tuve que agarrarme al asiento con las dos manos para no caer al suelo. Los caballos corrían a gran velocidad mientras el soldado los fustigaba con su látigo, forzándoles a trotar más deprisa.

—¿Qué haces, loco? —le grité—. ¡Dame las riendas y vuelve con tu gente!

—¡No volveré! —respondió—. ¡Quiero salir de aquí! ¡Arrrreeeee!

Cuando los asaltantes vieron que las puertas se abrían, creyeron que les enviaban una partida de castigo para hacerles retroceder, pero pronto descubrieron que se trataba de un simple carro de aprovisionamiento, cargado con tres hombres, y no supieron qué hacer ni cómo reaccionar.

Zoltan disparaba flechas contra los audaces que se interponían en nuestro camino mientras que yo me ocupaba de los que se acercaban demasiado.

—¡Detenedlos! —gritaban algunos oficiales enemigos—. ¡Que no escapen!

Muchos quisieron aprovechar que la puerta estaba abierta para entrar, pero una cascada de piedras y aceite hirviendo cayó sobre ellos y les hizo desistir.

De una rápida mirada, vi cómo el puente se levantaba e impedía el paso a los más atrevidos que, enfadados, lanzaban flechas incendiarias. Estaban furiosos y desesperados, y era muy difícil contenerlos.

Delante de nosotros se había formado una muralla humana, pero el conductor, que parecía enloquecido, azuzaba a los caballos de una manera implacable. Muchos hombres cayeron arrollados bajo los cascos y las ruedas. Los gritos de dolor se multiplicaron, pero yo sólo podía ocuparme de despejar a los entrometidos con el acero de mi espada.

Conseguimos cruzar el foso. El agua putrefacta despedía un horrible olor y pude ver cómo varios cadáveres flotaban, mezclados con escombros y otros restos. Era un espectáculo repugnante y algo en mi interior se rebeló.

Ejecuciones

Mezclados entre el gentío, Cornelio y yo nos dirigimos hacia la plaza de armas que está a rebosar. Nos hallamos rodeados de soldados bárbaros y nadie puede llamar la atención sin ser arrestado. Si ocurriera algo imprevisto, sería imposible huir. Sabiendo lo que Cornelio me ha contado, me preocupa que haga alguna tontería. Está muy exaltado.

Al fondo, se yergue un patíbulo de madera que aguarda pacientemente a sus víctimas. El ambiente es festivo y deprimente a la vez. Huele a muerte.

—¿Qué va a pasar? —le pregunto a mi compañero, que da muestras de sentirse muy afectado.

—Van a colgar a varios amigos míos —murmura—. Rebeldes y proscritos. Enemigos de Wolfort y fieles al linaje Delaforce.

Un griterío anuncia que algo importante está sucediendo. La gente se ha enardecido. El olor de la sangre los vuelve locos. El ambiente está crispado.

Varios jinetes han entrado en la plaza, empujando al público, apartándolo a golpes. Son soldados bárbaros, hombres de Wolfort.

—Siempre actúan así —me explica Cornelio—. Son los amos y nadie se opone. ¡Bestias inmundas!

—El rey Wincott nunca hubiera permitido esto.

—El rey Wincott ya no gobierna. Ahora estamos regidos por Wolfort y sus bárbaros. ¡Míralo! ¡Ahí lo tienes!

Entre la guardia pretoriana veo a Wolfort montado sobre su caballo. Se muestra más altivo y orgulloso que nunca. Es como si hubiese dejado salir al verdadero tirano que lleva dentro. Ahora, que se ha hecho con el poder, muestra su auténtica cara. Le noto mayor, más recio y más fiero. Es evidente que se ha endurecido. Casi no le reconozco. Quién diría que fuimos hermanos y vivíamos el uno para el otro... Y ahora, al cabo de los años, tengo el dolor de contemplarle con la corona de mi padre sobre su cabeza. ¡Qué infamia! ¡Le decapitó sin piedad y ocupa su lugar como si fuese lo más natural!

Verle ahora, al cabo de tanto tiempo, después de todo lo que me ha hecho, sabiendo el dolor que me ha producido y el daño que ha asestado a mi familia, hace que la sangre me hierva. Debería saltar a su cuello y clavarle las uñas para arrancarle los ojos y la lengua... Pero tengo que aguantarme. No podría ni acercarme a su capa. Está demasiado protegido.

Ya llegará el momento de la venganza.

Vendrá la hora en que le tendré frente a mí, sin más barreras que nuestras espadas. ¡He venido desde muy lejos para que la oportunidad de vengarme no se produzca! ¡Juro

que haré todo lo que pueda para que llegue ese momento! ¡Lo que sea! ¡Me cueste lo que me cueste!

—¡Wolfort! —susurro, lleno de rabia, con la respiración contenida y la voz enfurecida—. ¡Wolfort!

Pero me espera otra sorpresa.

Detrás, formando parte de su cortejo, viene Sibila. Mi pulso se acelera. A pesar de que apenas le veo el rostro ya que lleva la cabeza cubierta por un velo, la reconozco inmediatamente. Viene montada en *Miliari*, el caballo blanco al que llamó así en honor del príncipe, pues este se lo regaló poco antes de morir a manos de Wolfort. Un obsequio muy preciado para ella.

«¡Sibila!», musito con el corazón encogido. Su imagen me ha hecho revivir todo lo bueno y lo malo que he pasado en mis dos vidas. Ella es el principal motivo que me ha hecho volver a este mundo. Habita en lo más profundo de mi alma.

—¿Le serviste? —pregunta Cornelio—. ¿Fuiste su criado?

—No —respondo, incapaz de quitarle los ojos de encima—. Sólo serví al príncipe Royman, pero a ella...

—Ya te he dicho que midas tus palabras. ¡No vuelvas a pronunciar ese nombre!

—De acuerdo, de acuerdo... No lo haré más.

Wolfort ha descabalgado y se acerca al estrado, donde un trono le espera. Levanta el brazo derecho, en cuya mano lleva un cetro, y espera a que el público le jalee. A su lado, varios lobos grises le custodian fielmente. Esto es nuevo para mí, nunca he sabido de su afición por los lobos... Qué extraño...

Verle ahí, triunfante, ocupando el lugar que me corresponde, después de todo el mal que ha hecho a los míos, me revuelve el estómago, me crispa los puños y me contrae el rostro. Tengo que hacer un esfuerzo extraordinario para no saltar hacia él.

Sibila sube y se sienta a su lado.

—¡Maldito seas, Wolfort! —mascullo, rabioso—. ¡Maldito seas!

—¿Qué dices? ¿Estás loco? —me recrimina Cornelio, presionándome el brazo—. ¿Quieres que nos cuelguen?

—Perdóname. Lo siento. Me callaré.

—Si vuelves a decir algo que no me guste, te dejaré solo. ¿Entendido?

—No comentaré nada que te desagrade, amigo Cornelio —le prometo—. Te pido perdón.

Ahora llega un carro con una gran jaula que transporta algunos hombres encadenados. Está escoltado por varios soldados bárbaros, al mando de un importante oficial de aspecto muy arrogante.

—¿Quién es ese oficial? —le pregunto.

—Se llama Lostario. La mano derecha de Wolfort y más duro que el acero. Un hombre sin corazón. ¡Y los prisioneros son mis hombres! —me susurra Cornelio—. ¡Los van a ejecutar!

—¿Tus hombres? Pero, tú eres cazador...

—Cuando el rey Wincott murió, algunos nos rebelamos y formamos grupos de

resistencia para hostigar a Wolfort. Todo fue bien hasta que mis hombres y yo tuvimos un encuentro con soldados bárbaros. Los detuvieron a todos y yo me salvé de casualidad. ¡Maldita sea mi suerte!

—¿Hay muchos rebeldes ahora? —pregunto—. ¿Cuántos hombres puede haber en los bosques?

—¿Dónde has estado últimamente, Rolando?

—Lejos. Estuve en un sitio del que no me apetece hablar.

—Menudo criado fiel estás tú hecho. Matan a tu señor y huyes.

—No me juzgues a la ligera, amigo Cornelio —le pido—. Podrías equivocarte. Las cosas no son siempre lo que parecen.

Los reos están en el patíbulo. Los verdugos los colocan en fila, detrás del tronco que va a servir para cortarles la cabeza. Algunas personas rezan por sus almas mientras que otras gritan y les insultan.

—¡Traidores!

—¡Desagradecidos!

—¡Pedid perdón a nuestro querido rey Wolfort!

—¡Ratas! ¡Cerdos!

Arrodillan al primer condenado ante un verdugo que lleva la cara cubierta con una capucha negra y que levanta una gran hacha.

Lostario se adelanta, abre un pergamino y lee en voz alta:

—¡Estos proscritos han traicionado a nuestro rey Wolfort! ¡Han sido condenados a la decapitación! ¡Han cometido un delito de alta traición y deben pagar su felonía!

—Lostario es el oficial que nos detuvo —masculla Cornelio—. Algún día me vengaré. ¡Pagaré por la vida de mis hombres!

Wolfort se pone en pie y se hace un gran silencio.

—¡En este reino no cabe la traición! —exclama—. ¡Atajaré cualquier intento de sublevación o de conspiración! ¡Yo soy el único rey!

Algunos aplauden sus palabras, pero se nota un descontento general.

—¡Wolfaria será un reino de paz y prosperidad! ¡Los tiempos en que el rey Wincott luchaba contra todo el mundo y daba rienda suelta a su desmedida ambición han terminado! ¡Queremos llevarnos bien con nuestros vecinos! ¡Sobre todo con los del norte, a los que hemos acogido con cariño y respeto! ¡Que se cumpla la sentencia!

Me parece ver que Sibila se tensa y cierra los ojos.

Mientras retumba un redoble de tambor, Wolfort levanta el cetro para dar la señal definitiva al verdugo.

El primer hachazo rebana el cuello de un rebelde y la cabeza cae en un cesto de mimbre.

¡Plash!

Mientras el público se regodea de júbilo, otro prisionero está ya arrodillado y un nuevo hachazo le ejecuta bajo la mirada de Lostario, que parece sonreír.

¡Plash!

Un tercer hombre, que no debe tener más de dieciséis años, ocupa el lugar de sus

antecesores y tarda poco en perder la vida.

¡Plash!

Ahora, los aplausos llenan la plaza y las trompetas se suman a los tambores. Es una orgía musical que celebra la muerte de los fieles a mi padre. No puedo evitar que unas lágrimas empañen mis ojos. La rabia me ha sacado de quicio. Tengo la garganta seca. Cornelio me aprieta el brazo, pidiéndome contención. Pero él está peor que yo. Los que acaban de morir forman parte de su vida. El dolor de su pérdida le traspasa el rostro que está desencajado. Sus ojos echan chispas.

Wolfort, satisfecho, se levanta y saluda a la gente. Todo el mundo le aplaude. Seguramente, se siente orgulloso de su obra. Acaba de hacer saber a los que le ensalzan que cualquiera de ellos podría subir al cadalso.

Después, se dirige a su caballo y monta.

Cornelio y yo estamos al tanto el uno del otro. Nos sentimos indignados y tememos que alguno pueda cometer un acto irreparable.

Sibila sigue sentada. La noto triste y desmejorada. Sin duda, ya no es la misma joven alegre y radiante que cautivó mi corazón. Ahora, rebosa amargura. ¿Qué le habrá hecho Wolfort para mantenerla en ese estado?

Varios hombres y mujeres, con aspecto de mendigos, se acercan al estrado y extienden sus brazos hacia la princesa, en busca de una limosna. Sibila coge una bolsa de monedas y las reparte entre los lastimeros mendigos. Un pequeño alivio para tanta miseria.

—Espérame aquí, Cornelio —le pido—. Ahora vuelvo.

Aprovecho la oportunidad, me introduzco entre el público y avanzo hacia el estrado. Gracias a mi apariencia sucia y andrajosa, consigo abrirme paso hasta Sibila. Pero, cuando estoy a punto de rozar su mano, un soldado me cierra el camino y me echa hacia atrás de un empujón.

—¡Se ha terminado! ¡Atrás! ¡Atrás!

—Sólo quiero una moneda —le digo, implorante.

—¡Si insistes, conseguirás un porrazo, mendigo! ¡Atrás, te digo!

Sibila, ayudada por sus criadas, protegida por sus guardianes y seguida de cerca por Lostario, se dirige hacia su caballo y desaparece de mi vista.

Estoy a punto de gritar su nombre, pero me contengo. Las advertencias de Cornelio me recuerdan que no debo hacerlo. Pero me parte el corazón no poder dirigirle siquiera una palabra.

Lo que daría por hacerle saber que estoy aquí, junto a ella, respirando el mismo aire.

Reencuentro

Felizmente, conseguimos cruzar ilesos las líneas enemigas.

Algunos jinetes nos persiguieron durante un trecho, pero, uno tras otro, acabaron cayendo bajo la contundencia de nuestras armas. Descubrí que Zoltan era un gran arquero y que a mí se me daba bien luchar desde una carreta que casi volaba.

Poco a poco, notamos que el camino se iba despejando. Corríamos tanto que parecía que los caballos se hubieran desbocado.

—¡Busca un lugar seguro para detenernos! —ordené al enfurecido conductor.

—¡Es mejor seguir corriendo! —respondió—. Estamos demasiado cerca de la muralla.

—Está bien, pero si veo que no te detienes, yo te pararé. ¿Lo has entendido?

Ni siquiera me respondió. Estaba poseído. Sólo le interesaba perder de vista la maldita fortificación milmortiana. La odiaba tanto como nosotros. Habíamos topado con el único soldado negro desertor.

Los caballos siguieron su carrera infernal hasta que llegamos a una zona boscosa que parecía solitaria. Entonces, redujo la marcha.

—¡Podéis bajar! —nos ordenó cuando se detuvo—. Estáis a salvo. Yo sigo mi camino. ¡Deprisa!

—Ni hablar, amigo. Este carro es nuestro —le respondí, haciéndole ver que mi espada avalaba mis palabras—. ¡O bajas o te bajo!

Antes de darme tiempo a reaccionar, me había enredado las riendas entre los brazos para inmovilizarme.

—¿Prefieres bajar vivo de esta carreta o prefieres caer muerto? —me preguntó, colocando la punta de su cuchillo sobre mi garganta.

Zoltan intentó sorprenderle por detrás, pero el soldado negro hizo un movimiento ágil y se zafó. Los tres caímos al suelo.

—¿Qué pretendes? —le reprendí, agarrándole de la pechera—. ¡Somos dos contra uno! ¡Soy un milmort! ¡Puedo matarte de un envite de mi espada!

—No lo has conseguido hasta ahora y dudo que puedas hacerlo, idiota —replicó con orgullo.

—¡Aléjate antes de que pierda la paciencia! —le advirtió Zoltan—. ¡Nos quedamos con la carreta!

—¡Os he ayudado a salir de la muralla! —replicó sin moverse de su sitio—. ¡Sois unos desagradecidos! ¡Ese carro es mío!

—Nadie te ha pedido ayuda. Eres un soldado negro y no eres un buen compañero —le grité—. ¡Apártate de nuestro camino!

En ese momento, Ónica gimió.

Me acerqué a ella mientras Zoltan trataba de alejar al joven desertor.

Cogí la cantimplora y le mojé los labios. Estaba más pálida y apenas respiraba. La cubrí con una de las mantas y coloqué su cabeza sobre otra que plegué expresamente. Después, destapé el frasco que Salguiano me había entregado y, tras soltar las ligaduras, le di unas gotas.

—Creo que es sangre de dragón —explicó Zoltan, acercándose—. Es lo único capaz de curar a un moribundo. Lo usan los cirujanos de Mort. Hacen mezclas con plantas y rezan para que funcione.

—¡Mira, parece que reacciona! —dije, ilusionado.

Ónica abrió los ojos y me miró como si no me conociera. ¡Estaba recobrando el conocimiento!

—¿Estás bien? —le pregunté.

Pero no respondió. A duras penas consiguió sentarse. Entonces, le coloqué una manta sobre los hombros. Se dejó hacer igual que un muñeco. Estaba agónica y apenas le quedaban fuerzas para respirar. Sentí tanta pena que tuve que esforzarme para no llorar.

—Debemos darnos prisa, Zoltan —le apremié, después de acariciar su rostro—. ¡Vámonos!

—Vayamos a mi castillo —propuso, mientras lanzaba piedras al soldado que insistía en acercarse—. Ordenaré que un regimiento nos acompañe. Iremos más seguros. El viaje va a ser largo.

—No quiero perder tiempo, Zoltan. No sabemos cuánto aguantará Ónica. Es mejor ir directamente en busca de esa isla fantasma.

—Por eso es mejor no dar rodeos. En el castillo recuperaremos las fuerzas y nos rearmaremos —insistió—. Es la mejor opción. Además, está cerca.

—De acuerdo. Haremos lo que dices —acepté, convencido de que, en el fondo, tenía razón. En nuestras condiciones, no llegaríamos muy lejos. Estábamos agotados y sin recursos.

—¡Escuchad! ¡Os llevaré hasta tu castillo y luego me marcharé con mi carro! —propuso el conductor—. ¡Conduzco bien y os llevaré rápido!

Zoltan iba a enfrentarse a él, pero le detuve.

—No es momento de perder el tiempo en peleas inútiles. Tus hombres nos proporcionarán una carroza más cómoda que esta. Hagamos lo que dice, es un buen conductor. ¿Cómo te llamas?

—Milati —respondió, subiendo al carro y haciéndose de nuevo con las riendas.

—Bien, Milati, conduce con cuidado —le aconsejé—. Esta última carrera ha sido muy fuerte para nuestra compañera. Está en muy mal estado...

—Sí, ya os he oído cuando se lo contabais a mi jefe. Tendré cuidado.

—Más te vale. Si muere por una imprudencia tuya, tú también morirás.

—Eso habrá que verlo —replicó con insolencia—. Pero seré precavido. ¿Por dónde vamos?

—Gira a la derecha —le dijo Zoltan—. Nos encontraremos de frente con la fortaleza.

—¿Es acaso tu castillo el del rey Atilian? —preguntó.

—Lo heredé cuando murió —ironizó Zoltan—. Fue un regalo. Atilian era un buen amigo.

—Me extraña —respondió el soldado—. Atilian no era amigo de nadie.

Iniciamos la marcha con la esperanza de encontrar la ayuda que necesitábamos. Cogí la mano de Ónica, que seguía con la mirada perdida y respiraba con dificultad. Traté de darle ánimos, pero no sé si lo conseguí. Parecía tan apartada de nuestro mundo que me llegué a preguntar si no nos estaban utilizando con algún fin. Cualquier otro en su lugar habría muerto ya.

Un poco más adelante vimos venir a una tropa, así que nos apartamos y tratamos de no despertar sus sospechas. A pesar de que eran enemigos de los soldados negros y de los vigilantes, consideré más oportuno no darnos a conocer. No era el mejor momento de complicar las cosas.

—¿Qué temes? —me preguntó Zoltan.

—Nunca se sabe. Es mejor ser precavido —le respondí, tapando al desertor con una manta que había en el carro—. Que no sepan que eres un soldado negro.

Llevaban todo tipo de armas, además de escaleras y catapultas. Marchaban lentamente, al ritmo de tambores de guerra. Los caballos estaban protegidos por cotas de malla y refuerzos de hierro en el pecho. Pero lo que más me llamó la atención fue que los soldados se mostraban ilusionados, como si estuvieran convencidos de que iban hacia el triunfo. Me pareció que los habían drogado.

—Ya ves que son muchos los que quieren salir de Mort —comentó Zoltan—. Esos van a asaltar la muralla. Y, encima, van contentos.

—No saben lo que hacen —explicó Milati—. En vez de ir hacia la vida van hacia la muerte. Esas murallas son un engaño que produce masacres. Los hechiceros hacen bien su trabajo. Esos hombres rebosan hierbas y pócimas que causan euforia. Mira cómo ríen.

—En Mort la gente muere con mucha facilidad —dijo Zoltan.

—Sí, demasiada —comenté—. Si supieran lo que yo sé, se apartarían de ese monte, se olvidarían de sus murallas y volverían a sus casas, con su familia.

—¿Y qué sabes tú que no sepamos los demás? —me preguntó Zoltan.

—El Gran Secreto, amigo. Conozco el Gran Secreto.

—¿No me lo vas a contar?

—No quiero poner tu vida en peligro. Si lo supieras, tu vida no valdría nada. Me lo han advertido y no quiero perjudicarte.

—Ya no sé lo que vale mi vida —se lamentó.

—Tienes razón. En Mort, las cosas son así de raras —sentenció Milati—. Es como si la gente hubiera perdido el sentido común.

El ejército se alejó y, con el camino despejado, nos disponíamos a seguir nuestra ruta cuando, de repente, Ónica susurró algo que no comprendí.

—¿Qué dices? —le pregunté, inclinándome sobre sus labios.

—¡Miliari! —musitó con esfuerzo—. ¡Miliari!

—¿Qué es eso? —repetí, sabiendo que, seguramente, no me entendía—. ¿Qué es Miliari?

Estaba angustiada y tenía el rostro contraído. Parecía que algo la hacía sufrir. Algo que no era físico y que no tenía que ver con sus heridas.

Milati se interesó y se acercó a nosotros.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. ¿Quién es?

—Es una amiga... Está muy mal —dije, levantando un poco la manta que le cubría la cabeza—. La fiebre la hace divagar.

La observó durante unos instantes con una expresión que me confundió. Tuve la impresión de que la inspeccionaba.

—¡Ónica! —exclamó finalmente—. ¡Es Ónica!

—¿La conoces? —le pregunté.

—¡Es mi hermana! —exclamó—. ¡Es mi hermana Ónica!

Zoltan y yo nos quedamos de piedra.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le pregunté—. Además, tú no te llamas Miliari, te llamas Milati...

—Bueno, es posible que mi memoria no sea perfecta y haya cambiado mi nombre, pero estoy seguro de que Ónica es mi hermana.

—¿Cómo se llama tu padre? —preguntó Zoltan.

—¿Mi padre? Ahora no me acuerdo, pero... Espera, creo que se llama Arcus... Marcus... Algo así... No estoy muy seguro... Llevo tanto tiempo en Mort y me han pasado tantas cosas que los recuerdos se confunden... Pero sé que ella es mi hermana... De eso estoy seguro...

—Nunca me ha hablado de ti —le dije.

—Yo no sabía que Ónica estaba en Mort. Y puede que ella me haya olvidado... ¡Pero te garantizo que no me equivoco! ¡Nunca la confundiría con otra!

En Mort sólo reconocemos a los familiares que vemos, pero nunca nos acordamos de los que están vivos. Su explicación tenía lógica, si él no sabía que Ónica estaba en Mort y nunca se habían visto, es posible que ella ni siquiera se acordara de él... O que no quisiera acordarse. En Mort reina una gran confusión.

Miliari lloró ante el cuerpo de su hermana.

Zoltan y yo escuchamos pacientemente los gemidos y lamentaciones del soldado negro que, de repente, se había convertido en amigo nuestro. Le habíamos conocido con un nombre que no era el suyo, enfundado en un uniforme enemigo, y ahora era alguien completamente distinto. Nos emocionó verle tan desvalido ante el cuerpo de su hermana.

Después, cuando se hubo calmado, reemprendimos la marcha.

—Miliari, tu padre, el rey Marcus, está en Mort —le dije más adelante—. Deberías ir a verle a su castillo.

Contuvo la respiración. Sabía que no era una buena noticia. No conocía el Gran Secreto, pero intuía que no era un buen asunto que su padre estuviera aquí. Los que permanecían mucho tiempo en Mort descubrían, quizá por intuición, que no era el mejor lugar del mundo... Y se hacían la ilusión de que había otro territorio mejor...

A mí me había ocurrido lo mismo cuando descubrí que mis padres y mi hermana estaban en Mort. Fue instantáneo. Apenas los vi, supe que algo iba mal.

—No sé si le reconoceré —musitó.

—Claro que sí. Y él se alegrará de verte —le insistí.

—He pasado demasiado tiempo aquí. He olvidado casi todo. Apenas recuerdo cómo era antes. Creo que he cambiado y ya no verá en mí al hijo que tuvo.

—Te equivocas, Miliari —le rebatí—. Un padre nunca olvida a un hijo. Ni siquiera en Mort. El lazo de sangre es nuestra única fuerza.

Después de un largo y silencioso trecho de marcha, divisamos la silueta del castillo de Zoltan.

—A partir de aquí todo irá mejor —aseguró mi compañero y antiguo amo—. Ya lo veréis. ¡El rey Zoltan os dará todo lo que necesitéis!

Desesperados

Cornelio y yo salimos del castillo completamente conmocionados por lo que hemos visto. Asistir al ajusticiamiento de tres hombres y haber estado tan cerca de Wolfort y de Sibila me ha alterado el ánimo. Cornelio se siente tan mal que apenas tiene fuerzas para caminar. Creo que el dolor nos ha hermanado. Sólo nos tenemos el uno al otro.

—Más me hubiera valido morir junto a mis amigos —se lamenta—. No merezco vivir. Los he traicionado. ¡Debería esconderme en un agujero y no salir jamás a la luz! ¡Soy peor que una rata!

—Tú no tienes la culpa. No te tortures más.

—Ya sé que el verdadero responsable de esta masacre es Wolfort, pero yo he puesto a mis hombres en manos de sus verdugos. ¡En manos de Lostario!

—¡Debemos vengarnos de ese villano! ¡Él es el causante de nuestra desgracia! ¡Él y sus bárbaros!

—¿Nuestra desgracia? ¿Qué dices? Yo he perdido a mis hombres mientras que tú...

—He perdido mucho más que tú. ¡Lo he perdido todo! ¡Todo!

Me mira como si estuviese desvariando.

—Tú me has mentido. No te llamas Rolando de Mort. Te conozco, pero no consigo identificarte. ¿Quién eres?

—Si te lo dijera no me creerías.

—Inténtalo. Te advierto que puedo aguantar mucho.

—Esto va a ser demasiado, te lo advierto.

—¡Dime quién eres de una vez!

Dudo entre contárselo o no. Sé que no confiará en mis palabras.

—¡O me dices quién eres o nos separamos ahora mismo! —me amenaza con determinación—. ¡Se acabó el juego!

—¿Recuerdas al príncipe Royman?

—Claro que lo recuerdo, pero está muerto. Yo vi cómo Wolfort le clavó su espada en el corazón. Muchos lo vieron.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Ataron su cuerpo en una cruz de madera, lo subieron a un carro y lo pasearon por todo el reino durante días hasta que los carroñeros se lo comieron. Wolfort se aseguró de que todo el mundo supiera que estaba muerto. Ya no queda ni rastro de él.

—¿Lo viste con tus propios ojos? —le pregunto—. ¿De cerca?

—Todos los súbditos del reino de Force lo vieron. Les obligaron a que lo vieran. ¡El príncipe Royman está muerto! ¡Igual que su familia! ¡La saga de los Delaforce ha desaparecido de la faz de la tierra!

—Y si yo te dijera que...

Cornelio hace un silencio.

—... que Royman escapó con vida y que les mostraron un doble. Alguien que se le parecía mucho.

Deja escapar una leve sonrisa de desaprobación.

—No me lo creería. ¡Yo vi cómo Wolfort le mató! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Estaba a pocos metros! ¡Era su maestro de caza y estaba entre los invitados principales! ¡Le clavó la hoja de su espada casi hasta la empuñadura! ¡Se regodeó con su muerte! ¡Contó hasta diez y le hizo sufrir relatándole los verdaderos motivos de su traición! ¡Sibila estaba cerca!

Sus palabras son tan ciertas que mi memoria se activa. Wolfort fue implacable conmigo. Ahora comprendo que, además de matarme, se burló de mí, me humilló y lo hizo ante Sibila. Y ella lo vio todo.

Aseguró que lo hacía por ella. Explicó que lo único que le interesaba era Sibila, el amor de Sibila... Pero lo que he visto hoy no me indica precisamente que ella le ame. Yo diría que le detesta. O eso es lo que quiero creer.

¡Todavía me queda algo de esperanza!

—¿Y si tus ojos te engañaron? —le pregunto un poco después.

—Si no creyera en mis ojos, no creería en nada. ¡Me los arrancaría!

—Entonces, déjame un poco de tiempo para darme a conocer —le pido—. Estamos todavía aturridos por todo lo que acabamos de ver. Y no quiero decir tonterías de las que luego tenga que arrepentirme. Dame un voto de confianza.

—Confiaré en ti porque he visto tu expresión indignada mientras ejecutaban a mis compañeros —accede—. No sé quién eres, pero estoy seguro de que eres de los nuestros. Como ves, vuelvo a fiarme de mis ojos.

Nos detenemos al lado de una fuente para lavar sus heridas. Tiene moratones por todo el cuerpo, algunos arañazos en la cara y la nariz inflamada.

—Te han dado una buena paliza —le digo—. Esos tipos eran duros y sabían pegar.

—Bah, estoy acostumbrado. Un día de estos volveré para vengarme de ellos.

—¿Los reconocerías?

—Eran mercenarios de Wolfort. Se dedican a robar. Los he visto algunas veces rondar por el castillo. Eran soldados de Delaforce que ahora reniegan de su verdadero señor. Perros que muerden la mano del que les ha dado de comer.

Una vez recuperado, decidimos seguir juntos un trecho más.

—¿Qué planes tienes? —me pregunta un poco después—. ¿Hacia dónde te diriges?

—Voy a buscar aliados. Quiero hablar con los rebeldes para unirme a ellos. Quiero ayudar a derrocar a Wolfort y me aliaré con quien sea.

—No servirá de nada. Están muy diseminados. Los hombres de Wolfort los tienen acosados. Apenas pueden hacer nada.

—¡Debemos agruparnos para luchar contra Welfort!

—¡Bah! ¡Divagas, amigo! ¡Nadie querrá unirse a nosotros! Sólo somos dos desesperados.

—Mi espada y tu astucia pueden hacer mucho daño a Welfort.

—¿Tu espada? ¡Eres un simple criado! —casi se burla—. ¡Pero si ni siquiera llevas una al cinto!

—Te aseguro que sé manejarla bien —replico—. El príncipe Royman me enseñó algunos trucos.

—Eso no es suficiente. No tenemos fuerzas y no somos nada. Ya no me quedan ganas de luchar. No quiero ser responsable de otras ejecuciones.

—Eres un gran cazador. Si estudiamos bien a nuestra pieza, podemos atraparla. Se lo oí decir al príncipe. Se lo enseñaste tú. Él confiaba en ti.

—No creo que los rebeldes nos escuchen —responde—. Después de lo que me ha pasado ya no se fían de mí. Soy un desgraciado sin espíritu.

—¡Crearemos nuestro propio grupo! ¡Muchos querrán estar con nosotros!

—¿Y dónde nos esconderemos? Cuando los hombres de Welfort vengan en nuestra busca, no habrá lugar en la tierra para escondernos.

—¡El bosque! ¡Nadie lo conoce mejor que tú! ¡Es el escondite perfecto! ¡Ahí nos haremos fuertes!

—Ese bosque está abandonado. Nadie pasa por ahí. Dicen que está maldito.

—Mejor. Nadie nos buscará allí.

Llegamos a una bifurcación. Un camino va hacia el bosque y el otro a la montaña.

—Ven conmigo —propone—. Te llevaré hasta los proscritos. A lo mejor los convences. Total, no tenemos nada que perder.

—Gracias, amigo.

—¿Cómo piensas destruir a Welfort? —me pregunta cuando reemprendemos la marcha.

—Le hostigaremos hasta que recuperemos el poder —respondo con firmeza.

—¿Recuperemos el poder? ¿Qué dices?

—Quiero decir que lo recuperaremos para el príncipe Royman...

—Ya te he dicho que está muerto.

—¡Pero yo no me lo creo!

—¡Eres un ingenuo!

—Tienes razón, soy el más inocente de todos los seres de este mundo. Por eso estoy aquí, en esta situación...

Un rey sin corona

—¡Soy el rey Zoltan! —gritó mientras aporreaba la puerta con el pomo de su espada—. ¡Abrid!

—¡Nuestro rey se llama Dagul! —respondió un centinela—. ¡Tenemos orden de no dejarte pasar!

—¿Qué dices, miserable? ¿Quieres que me enfade? ¡Abre ahora mismo!

Zoltan estaba furioso por la respuesta del soldado, pero yo me temía lo peor: Dagul se había hecho con el poder y no iba a soltarlo.

—¡Ese perro de Dagul me ha traicionado! —se lamentó mi amigo—. ¡Le mataré por haberme robado el trono!

—Quizá deberíamos irnos —propuse—. Estamos perdiendo el tiempo. Ya llegará el momento de pedirle explicaciones.

—Ni hablar. Cada día se hará más fuerte. Hay que...

Miliari, sentado en el pescante, con las riendas en la mano, nos miró con escepticismo.

—¿Era aquí donde ibas a encontrar ayuda? —dijo en tono irónico.

—¡Ya verás como...!

—¡Zoltan! —gritó alguien desde arriba.

Apenas tuvimos tiempo de levantar la cabeza para ver cómo una gran olla arrojaba todo su contenido sobre nosotros. ¡Aceite hirviendo!

Sin perder ni un segundo, agarré a Zoltan y lo arrastré hacia fuera. Corrimos tanto que conseguimos que no nos salpicara ni una sola gota de aceite.

Una risa se dejó oír desde arriba.

—¡Maldito Dagul! —gritó Zoltan, enarbolando su espada y apuntándole con ella—. ¡Ven a luchar conmigo!

—¡No me hace falta! —respondió el otro despectivamente—. ¡Si te acercas te freiremos!

—¡Soy el rey! ¡Eres un traidor!

—¡Abandonaste a tus hombres! Ellos me han elegido a mí. ¡Márchate!

—¡Luchemos y demostremos a todos quién merece ser rey! —insistió Zoltan.

—¡Ya lo sabemos! ¡Soy el rey y tú, un proscrito!

—¡Vámonos, Zoltan! —le sugerí—. ¡No gastemos más tiempo! ¡Has perdido tu castillo!

—¡Lo voy a recuperar!

—Pero no ahora. En este momento, lo importante es Ónica. ¡Yo me voy!

Nos acercamos al carruaje, dispuestos a subir, pero Miliari se opuso.

—¡El trato era que os acompañaba hasta aquí! —nos advirtió—. ¡El carro es mío!

—¿Dejarás morir a tu hermana? —le pregunté, señalando a Ónica, que seguía acurrucada sobre las mantas—. ¿Le negarás tu ayuda?

Miliari me miró como si acabara de descubrir algo inesperado.

—¡Mi hermana!

—¡Ónica morirá si no actuamos con rapidez! —insistí—. ¡Mírala!

—Claro, es mi hermana y no puedo dejarla morir —susurró—. Es terrible, pero no lo había pensado.

—Mort embrutece —aclaró Zoltan—. Te convierte en una bestia. ¡Ayúdala!

—¡Vámonos! —ordené, sentándome al lado de Ónica—. ¡Aquí no hacemos nada!

Los caballos ya se movían, pero Zoltan no estaba satisfecho. Agarró el arco y lanzó una flecha hacia Dagul, que se apartó a tiempo.

—¡Dagul! ¡Baja a luchar conmigo! —le gritó, desde el suelo—. ¡Ven aquí, cobarde!

—No tengo necesidad de exponer mi vida —respondió el general traidor—. ¡Márchate o morirás!

Una nueva cazuela de aceite hirviendo cayó desde las almenas.

La actitud despectiva de Dagul me enervó. Estaba haciendo alarde de su superioridad y me sacó de mis casillas.

—¡Vámonos, Miliari! —le ordené—. ¡Vámonos antes de que las cosas se compliquen! ¡Zoltan, sube!

Miré a Dagul y le lancé un mensaje.

—¡Volveremos, Dagul! —le grité—. ¡Devolverás la corona a Zoltan! ¡Nadie podrá impedirlo!

Una sombra se dejó ver a su lado.

—¡Hola, Royman! —gritó.

—¡Tronario! —exclamé—. ¡Te creía muerto!

—He sobrevivido a la herida que me hiciste. Mi dragón murió y quiero vengarme.

Hice una señal a Miliari para que detuviera el carro. Ónica, que había oído su voz, se revolvió en su asiento y sus manos se crisparon sobre la madera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Tronario.

—¡He ayudado a Dagul a recuperar un trono que le pertenece por derecho! —explicó—. Ahora somos aliados. ¡Entrégame a Ónica!

—¡Baja a buscarla! —le desafíé, sacando mi espada y saltando al suelo—. ¡Baja, Tronario! ¡Ven a por ella!

Me acerqué al puente levadizo y me lanzaron una nueva olla de aceite, que se desparramó sobre la madera.

—¡No te muevas de ahí! —gritó Tronario—. ¡Nuestros hombres van a recogerla!

—¡Aquí los espero!

—¡Ónica es mía! —gritó—. ¡Se casará conmigo o con nadie!

—¡Tú no te vas a casar con ella, Tronario! —le respondí—. ¡No sobrevivirás al día de hoy!

El rastrillo de hierro se alzó y un nutrido grupo de soldados salió en tromba hacia nosotros.

—No pasa nada —le dije a Ónica—. Tranquila. No le dejaré que te toque.

Después, me coloqué al lado de Zoltan.

—¡Es una pena que ya no tenga el collar milmortiano! —se lamentó—. ¡Me encantaba contar los eslabones mientras desaparecían!

—¡Acabemos pronto! —le advertí—. ¡Tenemos una misión urgente!

Zoltan se lanzó contra los soldados con la espada en alto. Abatió a varios en el primer ataque. Yo le seguí y le ayudé a despejar el terreno.

Cuando estábamos luchando codo con codo, Miliari se unió a nosotros.

—¡Estoy a vuestro lado! —exclamó, haciendo volar su espada como si fuese un halcón—. ¡Tres mejor que dos!

Es posible que Miliari hubiese perdido mucha memoria, pero manejaba la espada con extraordinaria habilidad.

—¿Eres un milmort? —le pregunté.

—¿Milmort? No sé, no me acuerdo... Pero es posible... He hecho muchas cosas desde que llegué a Mort...

Seguro que, en otros tiempos, Miliari había sido un milmort. Y que había fracasado en su intento de alcanzar la cumbre del monte. Igual que otros muchos.

—¡Tienes que volver a la carreta, Miliari! —le ordené—. ¡No podemos dejar sola a Ónica!

—¡Yo quiero luchar! —replicó.

—¡Haz lo que te digo! —insistí—. ¡Protégela!

Se retiró de mala gana mientras Zoltan y yo cerrábamos filas y avanzábamos con ánimo renovado.

Nuestros enemigos caían como moscas bajo nuestras espadas. Dos milmorts juntos equivalían a un ejército.

Tuvieron que replegarse y eso nos permitió cruzar el puente.

Cuando entramos en el castillo, vi a Tronario en lo alto de la muralla y me dispuse a subir en su busca. Había llegado la hora de la venganza.

¡Iba a pagar el daño que le había hecho a Ónica!

Entre amigos

Los proscritos nos reciben con escepticismo. Su campamento está oculto en una zona llena de vegetación, en la falda de una montaña que siempre me ha parecido inaccesible y que jamás he visitado.

Conocen a Cornelio y nos dejan entrar hasta la cabaña principal. Es un asentamiento pobre, con casuchas bajas construidas a base de ramas y helechos; hay varias tiendas de telas rotas y mantas sucias. Algunas fogatas despiden humo blanco que se mezcla con la niebla mientras las gallinas corretean libremente entre los charcos y unos cuantos cerdos se revuelcan en el fango, impregnando el ambiente con su característico olor.

Las miradas torvas de la gente nos indican que no somos bien recibidos.

—¿Quién es ese que viene contigo, Cornelio? —pregunta uno que tiene una poblada barba roja y un hacha en la mano—. ¿Por qué le has traído?

—Es un amigo. Me ha ayudado a salir del castillo. De no ser por él, todavía estaría tumbado en el barro.

—¿Cómo se llama? —dice, amontonando la leña que acaba de partir—. ¿O ni siquiera tiene nombre?

—Me llamo Rolando de Mort y he sido sirviente de los reyes Delaforce —respondo—. Soy de confianza.

—Me llamo Fletcher y soy el jefe de estos hombres —replica—. No lo olvides. ¿Qué queréis?

—Venimos del castillo de Wolfort y hemos asistido a la ejecución de mis hombres —explica Cornelio—. ¡Ha sido horrible!

—¿Habéis venido para contarme vuestras penas? —responde Fletcher en tono frío—. Yo no estoy aquí para escuchar lamentaciones.

—¡Queremos acabar con Wolfort!

—¿Con este criado? —se burla Fletcher—. ¿Lo dices en serio, Cornelio?

—Odio tanto a Wolfort como vosotros —le advierto.

—Tendrás que demostrarlo. ¿Qué queréis de nosotros? ¿Refugio y protección?

—Necesitamos caballos. Podíamos haberlos robado, pero no nos conviene que los hombres de Wolfort sepan que hay dos nuevos rebeldes.

—¿Qué nos vais a dar a cambio?

—¡La libertad! —respondo—. Juntos conseguiremos derribar a Wolfort y a sus bárbaros. Estas tierras volverán a ser de sus dueños legítimos.

—Los Delaforce están todos muertos.

—Eso ya se verá —digo—. Es posible que alguno haya sobrevivido.

—¡Todo el mundo sabe que Welfort los mató! —responde en tono brusco—. ¡Deberías saberlo, sirviente!

—Ya vale, Fletcher —interviene Cornelio—. Si no queréis ayudarnos iremos a otro sitio. ¡Lucharemos solos!

—¡No me fío de tu amigo! ¡Puede ser un espía! ¡Es demasiado refinado para luchar a nuestro lado!

—¡No soy ningún espía! —grito con rabia—. ¡Ya te he dicho que quiero derrocar a Welfort!

—¡Tú no puedes acabar con Welfort! ¡Eres un simple lacayo!

—¿Y tú? ¿Quién te crees que eres?

—¡He sido soldado fronterizo del rey Wincott y ahora dirijo este campamento! ¡Y aquí mando yo! ¡A menos que quieras quitarme el mando! ¿Es eso lo que quieres?

—¡Si hace falta lo haré! No pienses ni por un momento que me das miedo. Sé luchar y puedo demostrarlo.

Apenas he terminado de hablar, me da un empujón y casi me tira al suelo.

—¡Dadle un arma! —grita soltando el hacha y desenfundando la espada—. ¡Dadle un arma ahora mismo! ¡Este mequetrefe va a medirse conmigo!

Uno de sus hombres me pone una espada en la mano y se retira con una sonrisa en los labios. Otros se acercan y forman un coro a nuestro alrededor. Por los comentarios que hacen parece que he firmado mi sentencia de muerte.

—¡Vamos! —dice Fletcher—. ¡Atrévete!

—Escucha, no he venido a pelear contigo...

Hace un movimiento rápido con su espada y me obliga a defenderme. Evito el primer golpe, el segundo y el tercero. Entonces, le hago creer que retrocedo y, cuando su rostro expresa satisfacción, cambio mi rumbo y avanzo con fuerza, lanzando mandobles por todos los lados. Casi no puede contener mi ataque y enseguida descubro su punto débil. Sabe luchar, pero apenas usa tres o cuatro movimientos que repite sistemáticamente. Tiene la formación básica de los soldados de choque, hombres duros pero poco preparados.

—¡Ríndete, Fletcher! —le digo—. ¡Ríndete antes de que sea tarde!

—¡No podrás conmigo! —asegura al borde de sus fuerzas, sorprendido por mi eficacia.

Cuando menos se lo espera, recibe un golpe con la superficie de la hoja en el brazo derecho, otro en el izquierdo y uno más sobre el hombro derecho.

Podría matarle sin esfuerzo, pero prefiero someterle.

Me inclino y le golpeo con energía en la pierna derecha. Lanza un grito de dolor y cae al suelo, de rodillas. Es en ese momento cuando le coloco la hoja de mi espada sobre el cuello.

—¡Ahora puedo matarte si quiero! ¡Deja caer tu espada al suelo! ¡Tu vida es mía, Fletcher!

Incapaz de defenderse y sabiéndose vencido, suelta el arma y cierra los ojos, esperando el golpe de gracia que ha de matarle.

—¡Mátame si lo deseas! —susurra en plan sumiso—. ¡Has ganado!

Todo el mundo nos mira con expectación. Están convencidos de que Fletcher va a morir. Algunos agarran sus armas, dispuestos a defender a su jefe, pero otros se lo impiden. La lucha ha sido limpia y deben acatar el resultado. Dejo pasar unos segundos para crear más tensión.

—Levántate —le ordeno—. Seguirás siendo el jefe de este grupo, pero quiero que me seas fiel. Prométeme que no volverás a atacarme.

—Ya he jurado fidelidad una vez al rey Wincott —argumenta, poniéndose en pie—. No puedo tener dos señores.

—Imagina que soy su hijo.

—El príncipe Royman también ha muerto. Yo vi su cadáver.

—¿Y si lo que viste fue un espejismo o una falsedad?

—Es imposible. Todo el mundo lo sabe.

—¡Nadie sabe nada! —le respondo—. La princesa Sibila no se quiere casar con Welfort. ¡Puede significar algo!

—Puede que siga enamorada de un fantasma —opina—. Nada más.

Decido no seguir con la discusión. No quiero decir cosas de las que pueda arrepentirme.

—Lo mejor es que nos sentemos alrededor del fuego y compartamos una buena cena —propone Cornelio, que se ha dado cuenta de mi intención.

Su idea es bien recibida y todo el mundo se relaja. Sé que hemos estado a punto de tener un grave problema con esos rudos proscritos que ya no tienen nada que perder. Y sus flechas son mortíferas.

—Vamos, Fletcher —le digo, ayudándole a levantarse—. Bebamos, cantemos y hablemos.

Al anochecer, estamos ante una gran fogata, probando un asado, bebiendo cerveza y riendo a mandíbula batiente.

—Entonces, ¿nos daréis esos caballos? —pregunta Cornelio.

—¿Para qué los queréis? —responde Fletcher—. ¿Vais a volver al castillo? ¿Pensáis atacarle vosotros solos?

—Es posible —digo—. Si nos vemos obligados, te aseguro que lo haremos. Pero preferimos hacer las cosas de otra manera.

—¿Qué planes tenéis?

—Usaremos tácticas de caza para deponer a Welfort.

—¿Vais a cazar a Welfort como si fuese un jabalí? —se sorprende un hombre fuerte como un roble, que dice llamarse Mangold.

—Lo cazaremos como una hiena —explica Cornelio—. Tenemos un plan y lo vamos a llevar a cabo.

—Necesitaremos armas —añado—. Espadas.

—Y un arco, y flechas —enumera Cornelio.

—¿Alguna cosa más? —ironiza Fletcher—. ¿Queréis también dos chicas guapas?

—No, pero necesitaremos un acompañante —digo—. Por si tenemos que enviaros algún mensaje.

—No os hará falta. Cuando os capturen nos enteraremos enseguida. Iremos a vuestra ejecución —bromea uno que se llama Tomasio—. Rezaremos por vosotros.

—Eso no ocurrirá, amigo Tomasio —afirmo—. Sabemos lo que tenemos que hacer y nadie nos descubrirá.

—¿Podéis contarnos vuestro plan? —pregunta Fletcher.

—Es secreto y no lo compartiremos con nadie.

—Nos pedís ayuda y no confiáis en nosotros —nos reprende Mangold.

—No nos fiamos ni de nuestra sombra. Eso es lo que garantizará el éxito de nuestra misión —le respondo—. ¿Lo entiendes?

—Claro, claro...

—¿Quién se ofrece voluntario? —pregunta Cornelio.

Todos le miran pero nadie responde.

—Fletcher se presenta —digo—. ¿Verdad?

Me mira y asiente.

Esa noche, mientras descansamos, siento que el recuerdo de Sibila me atormenta. Haberla visto tan cerca y haber estado a punto de tocarla me ha despertado muchos recuerdos que estaban dormidos. Recuerdos que se hallaban aletargados y que, ahora, con todo lo que ha pasado cobran vida y se abren paso con la fuerza de un torrente. Se han desbocado y no los puedo contener.

Cornelio, que me nota melancólico, se sienta a mi lado, con una copa de vino amargo en las manos.

—¿Quieres un poco? —me ofrece—. Te vendrá bien. Te veo algo desanimado.

—No, gracias. Pero me gustaría saber una cosa...

—¿Qué es lo que te inquieta? —dice después de dar un largo trago.

—¿Qué les enseñabas a los príncipes?

—Lo que sus padres querían. A lucirse, a hacer posturitas, a cazar piezas fáciles. En fin, cosas convenientes para la realeza pero no para un verdadero cazador.

—Ya veo. Les hacías creer que eran buenos cazadores.

—Y lo eran. Pero no estaban preparados para valerse por sí solos. Cazaban conmigo y con mis hombres, que les ponían las piezas al alcance. Luego, volvían al castillo y se jactaban de haber hecho cosas que, en realidad, no eran capaces de hacer. Yo seguía las instrucciones del rey, que no quería ponerlos en peligro. Siempre pensé que la reina estaba detrás de todo. Digamos que eran cazadores de salón. Muy protegidos por sus padres.

—Y a mí, ¿me enseñarías de verdad?

—No veo la necesidad. Tú no eres hombre de armas. A ti te va la vida de palacio. Tu cometido es servir a los señores, no matar para comer. Déjame los asuntos de caza a mí y ocúpate de Wolfort —dice, vaciando la copa—. Es mejor para todos.

—Oye, no te lo he dicho, pero siento mucho la muerte de tus compañeros. Lo siento

de verdad.

Cornelio no responde. Apura la copa de vino y me parece que unas lágrimas asoman a sus ojos.

Huida desesperada

En realidad, nos habían tendido una trampa haciéndonos creer que retrocedían cuando, ciertamente, nos atraían.

Así que, de repente, nos encontramos rodeados de soldados por todas partes. Desde las almenas, muchos nos apuntaban con sus arcos y sus lanzas.

—¿Qué dices ahora, Zoltan? —preguntó Dagul, desde lo alto, en tono triunfante.

—¡Que eres un canalla! —replicó mi compañero—. ¡Me juraste fidelidad!

—Nadie jura lealtad a un usurpador. Mataste a traición a mi rey Atilian. Tuve que engañarte.

—Y te uniste a ese miserable de Tronario.

—Éramos amigos y ahora, gracias a vosotros, somos aliados —explicó Dagul—. Pero no tendréis tiempo de disfrutar de nuestros éxitos. ¡Vais a morir!

—¿Cómo habéis vuelto del Monte Milmort? —quiso saber Tronario—. Es difícil entrar, pero es casi imposible salir.

—Nunca lo sabrás —le dije—. Es un secreto de los milmorts. Y tú, Tronario, eres una bazofia. No tienes valor. Sólo sabes luchar contra mujeres. Tienes suerte de estar vivo.

—La próxima vez tendrás que apuntar mejor —se burló, rememorando el lanzazo que le asesté cuando nos atacó en el Monte Milmort—. He ayudado a Dagul a convertirse en rey, ahora me va a dar vuestras cabezas.

—La mía no te servirá para mucho —bromeó Zoltan.

—Si la quieres, tendrás que bajar a buscarla —le reté.

—No tengo necesidad. Estos arqueros harán el trabajo por mí, ¿verdad, Dagul?

—Claro que sí... ¡Arqueros! ¡Listos para disparar!

Comprendí que si disparaban todos a la vez, no saldríamos vivos. Habíamos caído en su trampa y ahora estábamos a punto de ser ensartados. Habíamos cometido la gran imprudencia de dejarnos llevar por la rabia.

De repente, un barullo que provenía del puente levadizo nos hizo girar la cabeza.

¡Miliari había lanzado el carro hacia nosotros y corría en nuestra ayuda a toda velocidad, como una tromba!

—¡Aquí estoy! —gritó.

Los caballos parecían desbocados. Miliari usaba el látigo con una presteza increíble, como un conductor de cuadrigas surgido de antiguas leyendas. Detrás, Ónica se sujetaba con ambas manos.

—¡Disparad! —ordenó Dagul—. ¡Ahora!

—¡No lo hagáis! —gritó Tronario—. ¡No quiero que matéis a la chica!

—¡Hay que acabar con ellos!

—¡Te digo que la quiero viva! ¡Hazme caso, Dagul!

Mientras ellos discutían, Zoltan y yo subimos al carro que pasaba a nuestro lado. Me pareció que Ónica me miraba y sonreía.

—¡Agarraos! —gritó Miliari—. ¡Agarraos fuerte!

El carruaje siguió su loca carrera hacia el interior de la fortaleza. Llegó al fondo y volvió en dirección al puente levadizo.

—¡No tiréis! —insistió Tronario.

Los soldados se mantuvieron alertas pero no lanzaron ni una sola flecha. Eso nos permitió salir del castillo y emprender una carrera desesperada hacia la libertad.

Apenas habíamos recorrido un centenar de metros cuando vimos que un nutrido grupo de jinetes enfurecidos salía del castillo.

—¡Vienen a por nosotros! —advirtió Zoltan.

—¡Aquí los esperamos! —respondí—. ¡Que se acerquen si quieren!

—¿Sigo o me detengo? —preguntó Miliari.

—¡Corre! —le dije—. ¡Corre y no mires atrás!

A pesar de que las certeras flechas de Zoltan los mantenían a distancia, algunos jinetes nos alcanzaron cuando estábamos cruzando un bosquecillo.

Zoltan derribó a dos y yo, a otros tres, y eso hizo que los demás fuesen más prudentes.

El carro parecía volar y tuvimos que esforzarnos para no saltar por los aires. Corríamos como locos y nadie podría pararnos. Las tornas habían cambiado, ahora éramos nosotros los que los atraíamos.

—¿Adónde vamos? —inquirió Miliari.

—¡Sigue! —le ordené—. ¡Sigue!

Derribamos a algunos soldados que se acercaron demasiado, pero el peligro, en vez de alejarse, se acercaba más y más.

—¡Agárrate fuerte, Ónica! —le pedí—. ¡No te sueltes!

Me miró inexpresiva, no sé si entendió mi mensaje. El traqueteo del carruaje era tan fuerte que corríamos el peligro de caer al suelo. Y eso nos enardecía.

Un soldado consiguió saltar al carro y tuve que enfrentarme a él antes de que rozara siquiera a Ónica. Después de una breve pelea, cayó bajo la rueda trasera y fue arrollado.

Zoltan ensartó a otro que se había encaramado al pescante.

—¡Tarde o temprano nos alcanzarán! —gritó Miliari.

—¡Corre! ¡Corre! —le animé—. ¡Si nos detenemos estamos perdidos!

El ojo sobre el castillo

El sol está en lo más alto cuando Fletcher, Cornelio y yo llegamos al mercadillo que rodea el castillo. A pesar de que no es día de ejecuciones, hay mucha gente y el bullicio es enorme.

Para no llamar la atención nos mezclamos con los campesinos, aldeanos y tratantes de animales.

—Nadie se fijará en nosotros —dice Cornelio—. Parecemos tres viajeros normales.

—Es lo que somos —afirmo—. ¿O no?

—Espero que nadie nos reconozca —masculla Fletcher—. Mi cabeza tiene precio.

—Si conocieran las intenciones que tenemos, también se lo pondrían a las nuestras —le respondo—. Así que no te quejes.

—Por la mía os darían una buena bolsa de monedas —asevera Cornelio—. Seguro que ya estoy en la lista. Últimamente me han visto mucho por aquí. Además, temo que mis tres compañeros hayan dado mi nombre mientras los torturaban.

Damos algunas vueltas por los puestos e, igual que todo el mundo, preguntamos precios y nos interesamos por ropas, muebles y otros objetos.

—Acamparemos cerca de esa herrería —propone Cornelio—. Está frente a la puerta del castillo y nadie entrará ni saldrá sin que lo veamos.

—Observar para cazar —reflexiono.

—Si vigilamos a nuestras piezas las podremos cazar con más facilidad —resume.

—Así que hemos venido a cazar —comenta Fletcher.

—Caza humana, amigo, la más difícil —le aclaro.

Montamos un pequeño campamento junto al edificio, justo cuando tres tipos de mala catadura pasan cerca, mirándonos de reojo. Identifico a un par que fueron soldados de mi padre y que, ahora, se han unido a los bárbaros y se dedican al pillaje.

—Estos individuos no parecen de confianza —nos advierte Cornelio—. Debemos tener cuidado con ellos.

—Haremos turnos de vigilancia —propongo—. Tampoco me fío.

—Desde que Wolfort tiene el poder, esto se ha llenado de esbirros que le sirven.

—Les paga muy bien —dice Fletcher—. El reino se ha convertido en una pocilga.

—Los mantiene libres y les permite hacer lo que quieren —explica Cornelio—. Le vienen bien para hacer trabajos sucios. Los utiliza a su antojo, son sus mercenarios. Los sacó del ejército de Force y los ha convertido en sus fieles servidores.

—Todo esto tendrá fin —aseguro—. Limpiaremos este lugar de miserables y la tranquilidad volverá a este reino.

—¿Quién te paga, Rolando? —pregunta Fletcher—. ¿Al servicio de quién estás?

—Estoy al servicio del mismo señor que tú: la justicia.

Levantamos una tienda con mantas y mantenemos cerca a los caballos, que son un bocado muy apetitoso para los ladrones. Durante la noche observamos una estricta vigilancia y nadie osa acercarse.

—Saldré a investigar —digo al día siguiente, mientras desayunamos—. Es mejor que os quedéis aquí.

—¿A investigar qué? —se sorprende Fletcher—. ¿Qué buscamos?

—Información. Pero no te preocupes de eso. Tu trabajo consiste en vigilar el campamento y los caballos. Del resto nos ocupamos nosotros.

—Podíais confiar un poco más en mí —se queja—. También expongo mi vida al venir aquí. Me gustaría conocer vuestro plan.

—Cuanto menos sepas, mejor para ti —le digo—. No hagas más preguntas y sigue las instrucciones. Si nos pasa algo, sal corriendo y no mires atrás. Si te cogen, niega que nos conoces.

Después de asegurarme de que nadie nos observa, salgo del campamento y doy una vuelta por el mercado. Compró algunas frutas y un par de peces.

—¿Eres pescador? —le pregunto al comerciante.

—Mi padre los pesca y yo los vendo. Y tú, ¿eres de por aquí?

—Estoy de paso. Voy hacia el norte. Pero me vendría bien un trabajo para ganar algunas monedas.

—¿Qué sabes hacer?

—Un poco de todo.

—¿Manejas bien la espada?

—No se me da mal. He sido soldado de Langan.

—Ve a ver al capitán Troner de mi parte. Es posible que te contrate. El rey Wolfort busca hombres de armas capacitados. Dile que te envía Truncan, el pescadero.

—¿No tiene bastantes soldados con sus bárbaros?

—No le bastan. Quiere que este reino sea inexpugnable. Hazme caso: si eres hombre de armas, ve a verle.

—Te agradezco el consejo, buen hombre. Es posible que hable con él.

Me acerco a la puerta del castillo, pero me quedo fuera. No vale la pena correr el peligro de ser arrestado.

De vez en cuando, alguna patrulla entra o sale de la fortaleza. A veces a caballo y otras a pie, pero siempre en pequeños grupos. Hay bastante movimiento de vigilancia. Es evidente que Wolfort ha organizado muchos turnos de guardia para asegurarse de que nadie le va a sorprender. Todo está controlado.

Las horas pasan y recojo mucha información. La gente, a pesar de que tiene miedo, me transmite que está harta de Wolfort y que añora los tiempos del rey Wincott. Le odian por haber matado a la familia Delaforce y por mantener secuestrada a la princesa

Sibila, a la que adoran.

Wolfort ha liberado a los esclavos bárbaros y los ha convertido en sus soldados. También ha aprisionado a muchos de nuestros fieles, ha encarcelado a los que han caído en sus manos y los más rebeldes han huido a las montañas, como los hombres de Fletcher. Es un tirano sin escrúpulos que somete a mi pueblo. ¡Tengo que liberar a mi gente!

Al anoecer vuelvo al campamento y me encuentro con una extraña situación. Los tres sicarios, que ahora son seis, están discutiendo con Cornelio y Fletcher.

—¿Qué pasa, amigos? —pregunto en plan amistoso.

—Me llamo Woster y afirmo que tus amigos son unos ladrones —acusa uno de ellos—. ¡Me han robado esos tres caballos! ¡Quiero que me los devuelvan! ¡O llamamos a los soldados!

—Pero si los hemos traído nosotros —le explico con buenas palabras y en tono amistoso—. Estos animales nos pertenecen.

Noto que Cornelio está especialmente enfadado.

—¡Me los llevaré con vuestro permiso o sin él! —exclama Woster, sacando una espada corta de debajo de la capa—. ¡No voy a seguir discutiendo con vosotros!

—Me parece que son rebeldes —advierte uno que tiene una venda en la cabeza—. ¡Proscritos!

—¡Hay que avisar a los soldados! —refunfuña otro que tiene cara de pocos amigos—. ¡Rendíos antes de que os matemos!

Sus acompañantes dan un paso adelante, dispuestos a atacarnos.

—¡Esperad! —digo, levantando las manos—. No es necesario pelear. No queremos discutir con vosotros.

—¡Nos llevamos los caballos! —replica el jefe—. ¡Apartaos!

—Escuchad. Quiero proponeros un asunto de dinero. Sentaos con nosotros y bebamos. Vamos, sentaos. Confíad en mí.

Woster me mira con una sonrisa. Está convencido de que nos ha amedrentado y ahora espera sacar algo más. Seguro que le gustaría desvalijarnos antes de entregarnos a los soldados.

Mientras él y sus hombres se sientan alrededor de la fogata, Cornelio me susurra algo al oído:

—Esos tres tipos estaban con los que me sacaron a palos de la taberna.

—¿Te han reconocido?

—Supongo que sí. Creo que pretenden delatarnos a los bárbaros para cobrar la recompensa.

Me siento en una piedra y les ofrezco la jarra de vino.

—Comamos y hablemos —digo, mientras remuevo el sabroso guiso que mis amigos han preparado—. Tengo algo que proponeros.

Woster y sus hombres sonríen complacidos. El olor de la comida y la garrafa de vino les hacen bajar la guardia.

—¿Qué nos ofreces? ¿Cuánto dinero tenéis? —pregunta antes de tomar un trago.

He cruzado una mirada con Cornelio, que ha comprendido mis intenciones. Fletcher, que descuelga la cazuela, también se ha dado cuenta.

—Pues verás... Nos gustaría hacer un intercambio. Nos gustaría compraros vuestras ropas. Son muy bonitas y deben abrigar mucho.

—¿Nuestras ropas? —se asombra—. ¡Tú no eres de los nuestros! ¡No puedes vestir como nosotros! ¡Estás loco!

—Es verdad, no soy un bárbaro como vosotros. Además, ya no os van a hacer falta.

Woster abre los ojos, dándose cuenta del sentido de mis palabras. Intenta ponerse en pie, igual que sus compañeros, pero es demasiado tarde.

Cornelio, que estaba situado detrás de ellos, mata a dos con el cuchillo de cocina. Fletcher arroja el guiso a la cara de los otros y yo elimino a Woster antes de que pueda gritar. Poco después no queda ninguno con vida.

Ha sido un trabajo rápido y silencioso. Para no despertar las sospechas de los que pasan cerca, mantenemos a los seis sentados, apoyados los unos contra los otros, y nosotros seguimos hablando, como si no sucediera nada. La fogata es débil y sus siluetas ensombrecidas apenas se distinguen.

Parece que estoy aprendiendo las enseñanzas de Cornelio. Me convertiré en un buen cazador.

—Son escoria —dice Cornelio—. Pensaban matarnos, quedarse con todo lo nuestro y cobrar una recompensa.

—Les ha salido mal —afirmo—. Creo que hacemos un buen equipo.

Más tarde, en plena noche, cuando todo el mundo está dormido, recogemos nuestras cosas y nos disponemos a marcharnos en silencio.

—Eh, Rolando, escucha... —me advierte Cornelio repentinamente—. ¡Presta atención!

¡Caballos! ¡Ruido de ruedas! ¡Están saliendo del castillo!

Desde nuestro campamento vemos, gracias a las antorchas que iluminan la puerta del castillo, una pequeña escolta de soldados pretorianos que rodea una carroza.

—¡Es la carroza real!

—¡Wolfort! —exclamo—. ¡Seguro que es él!

—¿Qué hacemos? —pregunta Cornelio.

—¡Aprovechemos la oportunidad! —respondo—. ¡Es posible que no tengamos otra!

Duelo de cobardes

De repente, noté que la carreta rodeaba algunos árboles y hacía una maniobra hacia la derecha.

—¿Qué haces, Miliari? —le pregunté, mientras asestaba un golpe a un soldado atrevido—. ¿Qué pretendes?

—¡Volvemos al castillo! —afirmó él realizando una trayectoria circular.

—¿Estás loco? —se indignó Zoltan—. ¿Por qué?

—¡Voy a ajustarle las cuentas a Tronario! ¡Nadie hace daño a mi hermana impunemente! ¡Arreeeee!

Los cuatro caballos, que ya empezaban a sentirse agotados, redoblaron sus esfuerzos y se dirigieron directamente hacia el lugar del que acabábamos de salir.

—¡Esto es una locura! —le dije a Zoltan—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

—¡Este chico me cae bien! —fue su único comentario.

—¡A mí también! —tuve que reconocer.

Los soldados que nos perseguían se sintieron desconcertados ante nuestra maniobra y perdieron el interés por la persecución. Por eso, cuando llegamos a las puertas del castillo, ellos estaban bastante lejos.

Cogidos por sorpresa, los soldados que aún permanecían en el castillo fueron incapaces de impedirnos el paso.

Una vez dentro del patio, Zoltan obligó a los centinelas a bajar el rastrillo antes de que nuestros perseguidores pudieran entrar.

Salté al suelo bajo la mirada vacía de Ónica, que se quedó quieta. Subí corriendo la escalera, en busca de Tronario y de Dagul.

—¡Espera! —me pidió Miliari—. ¡Espera! ¡No los mates!

Tronario y Dagul, que habían pensado que estábamos derrotados, se sorprendieron al vernos, espada en mano, decididos a enfrentarnos con ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Tronario.

Miliari no respondió. Se abalanzó sobre él y le obligó a luchar.

—¡Soy el hermano de Ónica y quiero ver si eres tan valiente conmigo como lo has sido con ella!

—¡Sólo quiero desposarla! —replicó Tronario—. ¡La amo!

—¿Por eso la arrojaste al suelo como si fuese un cordero? —le grité.

—¡Defiéndete, cobarde! —insistió Miliari—. ¡Acósame si te atreves!

—¡Estoy herido! ¡No puedo pelear! —respondió Tronario, desenfundado su espada y aprestándose para la lucha.

—¡Peor para ti! ¡Defiéndete o muere!

Tronario entendió que no tenía opción y se preparó para vender cara su vida.

Mientras, yo agarré a Dagul del cuello y le obligué a bajar la escalera.

—¡Ve a explicarle a Zoltan por qué has traicionado tu palabra! —le dije, empujándole con la punta de mi espada.

—¡Baja! —le pidió Zoltan, haciéndole señas con el dedo—. ¡Ven!

Me acerqué al carro para protegerlo y no dejar sola a Ónica. Me pareció que su mirada había adquirido una cierta viveza.

Zoltan y Dagul empezaron a luchar mientras, en lo más alto, Miliari y Tronario cruzaban sus aceros.

—¡Vas a pagar caro por lo que le has hecho a mi hermana Ónica! —aseguró Miliari, lanzándose al ataque.

Pero Tronario no estaba dispuesto a pelear y no hacía más que recular. Por cada paso de Miliari, Tronario retrocedía dos.

—¿Es que no quieres medir tus fuerzas con el hermano de la mujer que amas? —ironizó el joven príncipe, luciendo un estilo de esgrima que me asombró. Era un fuera de serie con la espada.

Por su parte, Zoltan luchaba a brazo partido con Dagul. Los dos se hallaban enfurecidos y estaba claro que uno de ellos iba a sucumbir bajo el acero del otro. Dagul, a pesar de ser un traidor, era mucho más valiente que Tronario.

—¡Vuelve aquí! —gritó Miliari, en ese momento—. ¡Vuelve aquí, cobarde! ¡No huyas!

Tronario corría como un loco, tropezando con los soldados que, desde luego, no parecían dispuestos a salir en su ayuda y se apartaban a su paso.

Miliari decidió ir en su busca y emprendió una furiosa carrera de persecución.

Tronario, que no tenía intención de dejarse coger, corría y saltaba como una liebre.

Dagul, que vio cómo su aliado intentaba escapar, estuvo a punto de hacer lo mismo, pero Zoltan le cerró el paso.

Finalmente Tronario consiguió llegar a la puerta de la gran torre principal y, después de apartar a los dos centinelas, entró y se encerró con llave, dejando a Miliari con dos palmos de narices.

—¡Sal! —gritó el príncipe, dando patadas a la puerta—. ¡Ven a luchar!

Tronario no respondió. Había logrado librarse de su enemigo y disponía de un refugio del que, con seguridad, no pensaba salir.

Miliari, frustrado, daba patadas al suelo y a la puerta, convencido de que había perdido la oportunidad de vengar a su querida hermana.

Zoltan y Dagul seguían peleando con rabia.

—¡Déjame en paz! —gritó Dagul—. ¡Márchate de mi castillo!

—¡Tienes que pagar tu traición! —le advirtió Zoltan.

—¡Te juraré fidelidad! ¡Os entregaré a Tronario! ¡Te lo juro!

—¡No tienes honor para hacer juramentos! —le replicó Zoltan—. ¡No puedes ser rey! ¡No eres digno!

—¡Te reconoceré como al único soberano! ¡Pero no me mates! —suplicó—. ¡Ten piedad de mí!

—¡Eres una bazofia, Dagul! —le espetó Zoltan, redoblando su ataque—. No sobrevivirás al día de hoy. ¡Has llegado al final de tu miserable vida!

—¡Os entregaré a Tronario! ¡Podréis vengar a la chica!

Zoltan, harto de escuchar las falsas promesas de su contrincante, alzó la espada y se dispuso a atravesarle.

Dagul dejó caer su arma al suelo, se arrodilló y suplicó por su vida.

—¡No ganas nada matándome! —le imploró—. Si me matas no te serviré de nada.

—Si te dejas vivo, tendré a un enemigo al acecho —respondió Zoltan—. No voy a correr el peligro de que intentes matarme a la primera ocasión.

—¡Seré tu esclavo! ¡Toda la vida! —gimoteó—. ¡Te serviré con una fidelidad nunca vista! ¡Estarás orgulloso de tenerme como esclavo! ¡Encadéname!

Zoltan, que se sintió incapaz de matarle, bajó la espada. Estaba asqueado de la miserable actitud de Dagul.

—¡No quiero tenerte cerca! ¡Huye de aquí antes de que me arrepienta! ¡Corre, miserable!

—¿No quieres que conserve este castillo para ti?

—¡No quiero verte nunca más! —dijo, agarrándole de la pechera y levantándole—. ¡Márchate de aquí ahora mismo! ¡Sal de mi castillo!

Dagul comprendió que no iba a tener más oportunidades y se dirigió hacia la salida del castillo que estaba cerrada con el rastrillo. Decidido a no perder tiempo, subió la escalera hasta la almena principal y se lanzó al foso. Poco después, a través del enrejado, le vimos salir del agua por la otra orilla, completamente empapado. Después de lanzarnos algunas amenazas que no llegamos a descifrar, salió corriendo, hasta perderse de vista.

—Has cometido un error —le reproché a Zoltan—. Ese tipo intentará vengarse. No hay que dejar enemigos vivos. Es muy peligroso.

—Lo sé, amigo mío, pero no tenía fuerzas para matarle. Esos cobardes me revuelven el estómago.

—Bueno, ya está hecho —dije, subiendo al carro—. Debemos seguir nuestro camino. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Di un poco de medicina a Ónica, que estaba más pálida. Tenía que encontrar pronto esa maldita Isla de Mort o moriría.

—¿Cómo está? —preguntó Miliari, que se había convencido de que Tronario no saldría de la torre que, por otra parte, era inexpugnable.

—Muy mal —respondí—. Debemos irnos. Aquí ya no hay nada que hacer. Habrá oportunidad de volver a buscar a ese canalla de Tronario.

—Sí, es lo mejor —aceptó Miliari, subiendo al pescante y agarrando las riendas—. Ahora, ella es lo más importante.

Zoltan subió detrás y se sentó a mi lado, junto a Ónica. Miliari aflojó las riendas y los soldados levantaron el rastrillo para dejarnos salir. Los caballos marcharon al trote y cruzamos el puente levadizo en paz.

Una vez fuera, nos encontramos con los soldados que nos habían perseguido.

—¿Sigues siendo el rey, Zoltan? —le preguntó el oficial al mando.

—Sí, lo soy. Te nombro gobernador hasta mi vuelta. No dejéis salir a Tronario —le ordenó—. Regresaré a por él.

—¿Y si no vuelves?

—Entonces, serás el rey. ¿Cómo te llamas?

—Troicar.

—Gobernador Troicar, guarda mi trono hasta mi vuelta —concluyó Zoltan—. Si consigues atrapar a ese perro de Tronario, te recompensaré como es debido.

Troicar hizo un saludo militar, golpe de puño sobre el pecho, e inclinó la cabeza ante su monarca. Tuvimos la impresión de que Zoltan había acertado al nombrarle gobernador. En cualquier caso, no podía ser peor que Atilian o Dagul. Y si lo era, duraría poco en su puesto.

Troicar se apartó y sus hombres nos dejaron el paso libre.

Cuando estábamos lejos, Zoltan lanzó una breve mirada al castillo.

—A lo mejor te gustaría quedarte y vivir como un rey —le dije.

—No. Prefiero estar rodeado de amigos que vivir asustado entre traidores. Si me quedara, tardaría poco en morir. En este castillo, los reyes duran poco.

Perseguir a la presa

Cabalgamos casi en tinieblas, convencidos de que perseguimos al mismísimo Welfort y a sus secuaces, aunque no estaremos seguros hasta que los alcancemos.

Han salido a oscuras, en plena noche, en secreto. Y eso nos hace pensar que se trata de él. Aunque no acabamos de comprender el objeto de esta salida nocturna.

—¿Adónde van? —pregunta Fletcher.

—No lo sabemos —le digo.

—Ya lo descubriremos cuando salga el sol y la niebla se disipe —responde Cornelio—. Es cuando las piezas se dejan ver.

La bruma se ha despejado ligeramente al amanecer y ahora vemos cómo entran en un valle que no reconozco. Es posible que lo hubiera visitado alguna vez, cuando mi padre me llevó a recorrer el reino, pero es tan insignificante que no lo recuerdo.

—No hay nada de interés en ese valle —me explica Cornelio—. Ni siquiera vive gente. Es un lugar duro, frío y desapacible. No entiendo por qué entran si no tiene salida.

La exposición de Cornelio me preocupa. Welfort no suele hacer cosas inútiles y sin sentido. Tiene que haber un buen motivo.

—Debemos ser cuidadosos —advierte Fletcher—. Ese valle es una trampa. Si entramos, nos costará salir.

Distinguimos sus siluetas. Han dejado centinelas a la entrada para impedir el paso a los intrusos. Cornelio tiene razón, ese valle es peligroso.

—¿Qué vendrá a hacer aquí Welfort? —pregunto.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —indica Cornelio.

—Volvamos —propone Fletcher—. Aquí no hacemos nada. Corremos un gran peligro.

—Yo voy a entrar —afirmo—. No voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Iré contigo —dice Cornelio—. Si caes, estaré a tu lado. No volveré a dejar solos a mis compañeros.

—¿Estáis locos? —protesta Fletcher—. ¡Es un callejón sin salida!

—Espéranos hasta el amanecer. Si no salimos, regresa al campamento para contarles a tus hombres lo que ha pasado —determino.

—¿Por qué queréis meteros en esa ratonera? —insiste—. No saldréis vivos.

—Quiero acabar con Welfort —replico—. Alguien tiene que hacerlo. O este reino se convertirá en un paraíso para la barbarie. Por eso vamos a entrar. Me arriesgaré.

De repente, escuchamos el aullido de un lobo. Y otro... Y varios más.

—Hay una manada dentro del valle —deduce Fletcher—. Espero que no os ataquen. En grupo son muy peligrosos.

—No te preocupes —le tranquilizo—. No dejaremos que nos devoren.

Comemos pan, queso y carne salada. Aunque estamos muertos de frío, no encendemos fuego para no delatarnos. Esperamos casi sin movernos hasta que, al atardecer, un banco de niebla oculta la entrada del valle.

—Ha llegado la hora —digo—. Vamos allá.

Cornelio empuña su arco y las flechas, y se adelanta.

—Abriré camino —dice—. Sígueme, pero no demasiado cerca. Si me descubren, tírate al suelo y no te muevas.

—Deséanos suerte, Fletcher —le pido, dando un paso hacia delante.

—Os va a hacer falta. Vais a hacer una locura.

Le dejamos detrás de nosotros y reptamos hacia el valle. Cada paso es una incertidumbre ya que apenas hay visibilidad. La bruma es muy densa. Corremos el peligro de pisar una rama y hacer ruido.

Sigo a Cornelio, que va apartando todo lo que puede crujir. La verdad es que he tenido mucha suerte al encontrarme con él. Le agradezco que haya confiado en mí sin conocerme. Todavía no sé cómo le explicaré quién soy.

Se detiene y me hace una señal con el brazo. A nuestra derecha se oyen voces. Deben ser los centinelas.

Aumentamos las precauciones y nos movemos sigilosamente, igual que las serpientes cuando reptan sobre la hierba. Durante un momento tengo la impresión de que los soldados se están acercando, pero sólo hacen su ronda. Pasan cerca y no nos ven. Van muy confiados.

Creo que hemos conseguido adentrarnos en ese extraño valle. Cornelio se esconde bajo unos grandes helechos y me espera. Cuando le alcanzo, me susurra al oído:

—Nos quedaremos aquí hasta que se haga de noche y se duerman. Ahora es peligroso moverse.

Cornelio es un hombre prudente, así que le hago caso. Sus consejos han sido siempre acertados. Nos envolvemos en nuestras capas y nos acurrucamos.

Mientras aguardo impaciente, pienso en lo que ocurrirá cuando me encuentre con Wolfort. Espero que mi mano no titubee y dirija mi espada hacia su corazón de forma rápida y certera.

Ni siquiera hablaré con él. No le pediré que me implore perdón. No esperaré nada de él. Lo único que tendré que hacer será matarle sin contemplaciones. Igual que hizo conmigo. Igual que hizo con mis padres y con mi hermana. Tendrá lo que merece.

El traidor arrepentido

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Miliari—. ¿Adónde vamos?

—Tenemos que encontrar esa isla —respondí—. Necesito saber dónde se encuentra Mort.

—Conozco a un tipo que aseguró conocer a Mort —dijo Zoltan—. Pero habita en el poblado. No sé si seguirá vivo.

—¿Crees que querrá ayudarnos?

—Siempre nos queda el recurso de convencerle. Podemos intentarlo.

—Pues vamos allá —propuse.

Cuando entramos en el poblado, volví a sentir las mismas náuseas que la primera vez que lo visité. El fétido olor acumulado entre las chozas apiñadas era inaguantable. El amontonamiento de basura y los desperdicios arrojados a la calle producían una pestilencia que se metía hasta el estómago.

—Viven como cerdos —dijo Miliari, asqueado—. Esta gente ha perdido la dignidad. No sé cómo lo aguantan.

—Algún día, este asqueroso lugar desaparecerá —pronosticó Zoltan—. No hay ningún otro sitio tan repugnante.

—Es lo peor que he visto. Toda la bazofia humana se ha juntado aquí —mascullé—. Esas casas están unidas por los canales de agua sucia que distribuyen la porquería a través de la ciudad.

—Aquí fui mercancía humana —recordó Zoltan—. Cualquiera me podía haber comprado para convertirme en comida. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

—No te quejes. Saliste vivo de este infierno y tu amo está muerto —le recordé—. Otros no han tenido tanta suerte.

—Sí, eso me consuela. Pero no debemos bajar la guardia. Está lleno de bandidos y asesinos que nos robarán la libertad, la vida o lo que puedan. Nos quitarán la piel para venderla.

—Llévanos a ver a ese amigo tuyo y salgamos de aquí cuanto antes —afirmé.

—No es amigo mío, es un desalmado. Fue soldado negro al servicio de los guardianes. Cuando perdió la mano derecha le licenciaron y montó un negocio de armas. Mata a sus propios clientes y trafica con todo lo que se pone a su alcance.

—A lo mejor le conozco —dijo Miliari—. He convivido con muchos soldados negros.

—Mejor para ti si no le conoces —concluyó Zoltan—. No te gustaría.

Cruzamos algunas callejuelas, entramos en plazas y, por fin, llegamos a una avenida, muy transitada. Según avanzábamos, la sensación de que se nos podrían echar encima crecía.

Pasamos por delante de la casucha donde había encontrado y liberado a Zoltan. Ahora se había convertido en un cuchitril con mujerzuelas y hombres de mala catadura. Un lugar al que no convenía acercarse.

Zoltan lanzó una mirada a los centinelas de la puerta, pero nadie le reconoció. Posiblemente, le daban por muerto.

—Esto ha cambiado mucho —comenté.

—Sí, para peor —respondió—. Aquí todo va hacia lo execrable.

Seguimos marchando lentamente. Estaba claro que Zoltan conocía bien la zona. Lo que indicaba que debió ser esclavo durante bastante tiempo.

—¿Ves aquella tienda de armas? —me preguntó cuando llegamos a una pequeña plaza, en la que había varios hombres deambulando.

—Sí.

—El dueño es el tipo que sabe lo que nos interesa. Se llama Monfodio.

—Vayamos a hablar con él.

—Te advierto que no nos dirá nada si no le pagamos.

—Es igual. Iremos a hablar con él. Si sabe algo, me lo contará. Ya lo verás. Vamos, no perdamos más tiempo.

Me apeé del carro, pero Ónica se agarró a mi mano. No estaba dispuesta a separarse de mí, así que la ayudé a bajar.

—Ven, te protegeré —le dije, ofreciéndole mi apoyo para que diera sus primeros pasos desde que cayó en la ladera del Monte Milmort—. Te vendrá bien andar un poco.

—Yo me quedaré aquí, vigilando el carro —dijo Miliari—. Tendré listos los caballos, por si acaso.

Mientras nos acercamos a la tienda, aquellos individuos armados y vestidos con andrajos, que estaban ante la puerta con sendas jarras de vino amargo en las manos, nos observaron con recelo. A ella la devoraron con la mirada.

Para entrar tuvimos que empujar levemente a un par de tipos que, si bien no opusieron demasiada resistencia, tampoco nos facilitaron el paso. Sus miradas profundas y peligrosas destilaban odio. Sus armas y sus ademanes indicaban que no eran inofensivos.

—¿En qué puedo servirlos, honorables visitantes? —preguntó Monfodio, un hombre grueso y sucio que agitaba el puño que remataba su brazo derecho—. ¿Qué deseáis?

—Queremos hablar contigo —le dije.

—Aquí no se viene a hablar, aquí se viene a comprar. Tengo las mejores espadas, dagas, lanzas... Y vino... ¿Tenéis oro?

—¿Te acuerdas de mí, Monfodio? —le preguntó Zoltan.

El hombre le miró con curiosidad. Tardó un poco en reconocerle.

—¿Zoltan? ¿Eres tú?

—Soy yo y estoy aquí.

—Me dijeron que habías muerto. Mataron a tu amo y caíste en manos de tratantes de carne. Yo pensaba comprarte, pero no hubo tiempo. Un esclavo soldado como tú me hubiera venido bien.

—Ya ves que sigo vivo. Te he traído a un amigo que necesita hacerte algunas preguntas.

—Yo no me dedico a informar. Yo vendo armas. ¿Qué queréis comprar? ¿Espadas envenenadas? —ofreció Monfodio.

—Información —le dije—. Queremos información.

—La información es cara —respondió—. ¿Tienes algo para pagar?

—Soy un milmort y mi palabra vale más que el oro —afirmé.

—¡Aquí lo único que vale es el oro! —me cortó—. Las palabras no sirven para nada.

—Tengo acero milmortiano —repliqué.

—No te quedarás sin cobrar —añadió Zoltan—. Te lo aseguro.

—¿Esa chica es vuestra esclava? —preguntó, observándola—. Es guapa, pero no aguantará mucho. ¿Qué le habéis hecho?

—Es una princesa —le dije—. Es amiga y está bajo nuestra protección.

—¿Queréis deshaceros de ella?

—No. Tenemos que protegerla.

Después de examinarla con ojos ávidos, dijo:

—Os puedo pagar bien por ella.

—Te digo que no está en venta —le repliqué—. No insistas.

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó Zoltan.

—Pasad aquí detrás. Estaremos solos —respondió Monfodio—. Mis socios se ocuparán de atender a la clientela. Entrad... Entrad... Pero os advierto que no tengo mucho tiempo... Y que soy caro.

Le seguimos bajo la profunda mirada de los otros hombres que, ahora, ya no me parecían clientes. Eran soldados esclavos.

El sacrificio

Cornelio me da un golpecito en el hombro y me devuelve a la realidad.

—Rolando, creo que no hay peligro —susurra—. Podemos avanzar.

—Está bien, te sigo.

Repta delante de mí y voy tras él, igual que un hijo que confía plenamente en su padre. La noche oscura está iluminada por una gran luna que dibuja los perfiles de una casa. También ayuda a ver a los centinelas, que no dejan de dar vueltas.

—Mira, ahí, en el recinto vallado hay gente —me advierte.

—No nos interesa. Vayamos a la casa y busquemos a Wolfort.

—¡Espera! Me parece que... ¡Wolfort está ahí! ¡Con Lostario!

Efectivamente, distingo la arrogante figura de mi hermano de sangre que de parte con su jefe de armas.

—A ver qué hace —dice Cornelio—. No entiendo qué hay en el recinto que le interese. Es tarde y debería estar a punto de acostarse.

—Oye, en la casa hay alguien —aviso, fijándome en dos siluetas que se recortan a través de una ventana.

—¡Olvídalos! —dice—. El importante es Wolfort.

Nos apostamos detrás de un montón de paja y nos quedamos quietos.

Wolfort y los suyos entran en el cercado y varios lobos se les acercan. Mientras aúllan, Wolfort los acaricia. Recuerdo que, a veces, elogiaba a los lobos y manifestaba su aprecio hacia ellos, pero jamás había pensado que llegaría hasta el punto de mantener una reserva oculta a todo el mundo.

Tendré que preguntarme qué hacía yo en aquellos tiempos, cuando era el príncipe heredero de Force. Debía de tener una venda en los ojos que no me dejaba ver la realidad y me hacía creer que vivía en un paraíso.

Wolfort sube a una especie de altar que está en el centro de la zona vallada. Se desprende de su ropa y se queda sólo con el calzón, la luz de la luna dibuja perfectamente su figura blanca. Coge un cuchillo, mira hacia lo alto, entona un rezo desconocido para mí y eleva los brazos con el arma en la mano derecha. La misma mano que le sirvió para matar a mis padres, a mi hermana y a mí... Y a Miliari.

Dos bárbaros agarran un lobo, que apenas opone resistencia, y lo tumban a los pies de Wolfort. Entonces, de un golpe contundente, lo apuñala en el pecho, en pleno corazón.

El animal aúlla brevemente hasta que se queda quieto.

—¿Qué está pasando, Cornelio? —le pregunto.

—Wolfort es un hechicero.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Observa con atención.

Un sirviente llena una marmita con la sangre que emana del cuerpo del lobo que aún respira. Después, se la entrega a Wolfort que la coge con ambas manos, la alza y deja caer la sangre sobre su cabeza. Tengo la impresión de que la bebe.

Uno de sus acompañantes, que parece una mezcla de sacerdote y brujo, pronuncia algunas frases incomprensibles para nosotros.

—Creo que son sortilegios —aclara Cornelio—. Deseos de bienaventuranza y peticiones a sus dioses. Este sacrificio de sangre tiene el fin de otorgar fuerzas y poderes a Wolfort.

—Las ceremonias de sangre no sirven para nada —digo—. Ritos paganos.

—A él le dan fuerza. La sangre de lobo que cubre su cuerpo le transmite el poder de las fieras. Wolfort es un adorador. Para los bárbaros, el lobo es la vida suprema.

—No lo entiendo. Wolfort nunca ha sido así. ¿Qué le ha pasado? ¿Quién se lo ha inculcado? Le recuerdo como un caballero civilizado, con sentido del honor.

—Me temo, amigo Rolando, que te equivocas. Los bárbaros adoran a los lobos desde tiempos inmemoriales y creen que su fuerza proviene de ellos. Siempre ha sido así. ¡Todos creen en lo mismo!

—Pero Wolfort se ha educado en otra cultura, junto a... los príncipes, entre reyes. Los cultos paganos no...

—Wolfort ha nacido entre bárbaros y siempre ha sido un adorador de los lobos. Puedes estar seguro de que jamás ha renunciado a su mundo. Lo lleva en la sangre.

Otra sorpresa. Nunca lo hubiera imaginado. Lo que más me asombra es lo bien que ha disimulado su verdadera naturaleza. Jamás he sospechado que rendía culto a las fieras y que practicaba ritos salvajes y sangrientos.

—Vamos a esperarle en la casa. Ahí le cogeremos por sorpresa —sugiere Cornelio—. Nos escondemos dentro y cuando todos estén durmiendo, le matamos. Eso nos dará un margen para escapar.

—Le atravesamos el corazón con su propio puñal —le propongo—. La sangre de los lobos no le salvará la vida. ¡Nada le salvará!

—Está bien, sígueme.

Salimos de nuestro escondite con mucho cuidado de que no nos vean. Menos mal que la hierba es alta. Alcanzamos la parte trasera de la casa y conseguimos echar una ojeada por un ventanuco. Dentro hay dos hombres cerca de la cocina y dos mujeres que están de espaldas a nosotros, sentadas a la mesa y que apenas se mueven.

—Tiene que haber un ventanuco que permita entrar en el sótano. Allí esperaremos hasta que se acuesten.

—¿Dónde crees que dormirá Wolfort? —le pregunto.

—Ya lo descubriremos. Seguro. Vamos, sígueme...

Tardamos poco en encontrar lo que buscamos. Una vez dentro, descubrimos que está lleno de ratas. Agarro una estaca y me dispongo a defenderme de ellas.

—¡No les hagas daño o te atacarán! —asegura Cornelio—. Las ratas de campo son fuertes y no tienen miedo.

—¡Parecen conejos!

—Viven en libertad y deben incluso ser amigas de los lobos, con los que comparten este valle. Viven muchos años y comen de todo, por eso son tan grandes.

De todas formas, mantengo el garrote en la mano, por si acaso. Si algo aprendí en mis tiempos de cazador, es a mantenerme alerta cuando estoy en territorio enemigo. Y estas ratas no son de fiar, por mucho que diga Cornelio.

—Tranquilo, Rolando. No nos conviene hacer ruido. Hay centinelas por todas partes.

Para serenarme observo la luna a través del ventanuco. Es redonda, grande y blanca. Me evoca el recuerdo de la noche en que Gwendlin, Sibila, Welfort y yo nos hicimos hermanos de sangre.

—¡Escucha! —susurra Cornelio.

Sobre nuestras cabezas, la puerta se acaba de abrir. Oímos pasos de gente que entra. Ahora hablan. Se sienten seguros. No saben que estamos aquí, debajo de sus pies, dispuestos a cavar su tumba.

—¡Ríe, Welfort! —murmuro—. ¡Estás viviendo tu última noche en este mundo!

Una trampa

La trastienda era oscura y estaba repleta de objetos de todo tipo. Cajas, cestas, barriles... Seguramente, material robado por los hombres de Monfodio. Por fuera parecía una tienda de armas pero, por dentro, era una mezcla entre almacén de carne y arsenal. Monfodio también era un traficante de hombres.

—Siéntate aquí, Ónica —le dije.

—¿Qué le ha pasado a esta bella joven? —preguntó Monfodio—. ¿Quién la ha dejado así?

—Ella es el motivo de nuestra visita —explicó Zoltan—. Tenemos que ayudarla a recuperarse.

—¿Qué puedo hacer yo? No soy cirujano.

—Tengo entendido que conoces algo que puede sernos útil —le expuse—. Monfodio, ¿dónde está Mort?

—¿De qué hablas? —preguntó, muy nervioso—. ¡Yo no sé nada!

—No te hagas el tonto conmigo. Sé perfectamente que lo conoces.

—Te han informado mal —dijo de mala gana, agitando el muñón—. No tengo ni idea de lo que me preguntas.

—Monfodio, cuando era esclavo de mi amo anterior, te oí decirle que habías estado con Mort —intervino Zoltan—. ¡Te jactaste de haber estado con Mort! No me lo puedes negar.

—A veces uno dice cosas que no tienen fundamento —aclaró—. A lo mejor estábamos borrachos. Os aseguro que no sé nada relacionado con Mort. Creo que podemos dar por terminada esta conversación.

Se encaminó hacia la puerta, pero le cerré el paso.

Desenfundé mi espada y le puse la hoja ante los ojos.

—¿Sabes qué es esto? Es una espada milmortiana. ¿Sabes por qué la llevo? Porque soy un caballero milmort. Vengo de la cima de ese monte para salvar a esta chica. Si no me ayudas, me enfadaré. ¿Lo entiendes?

Monfodio tragó saliva.

—¡Te digo que yo no sé nada!

El filo de la espada le rozó la garganta.

—Si no me das la información que necesito, no doy una moneda por tu vida. ¡Habla de una vez! ¡Y no me engañes!

—Vale, está bien —dijo, cambiando de idea—. Os diré lo que sé, que no es mucho...

—Haces bien en hablar, Monfodio —le dijo Zoltan, animándole—. Te lo agradeceremos.

—Hace tiempo, cuando yo era un soldado negro de los guardianes, tuvimos que escoltar a un hombre que estaba muy mal herido hasta un lago o una isla... Allí ocurrieron cosas que no soy capaz de explicar.

—¿Quién era? —le apremié.

—Un milmort. Un caballero milmort llamado Crawen que tenía la cara destrozada. Nos dijeron que había participado en una terrible batalla en el Monte Milmort. Estaba al borde de la muerte pero querían devolverle la vida porque le iban a encargar alguna misión importante o algo así.

—¿Qué pasó? ¿Viste a Mort?

—Estaba allí pero no me dejaron verlo.

—¿Dónde está esa isla?

—Es difícil decirlo. La memoria me falla. A veces, ni siquiera recuerdo mi nombre. Sería incapaz de volver a encontrarla.

—Tienes que hacer un esfuerzo —le insistí—. ¡Necesitamos llegar hasta ella!

—Aunque la localicéis no tenéis garantías de que Mort esté allí. Es un lugar muy extraño. Llueve mucho. Es difícil alcanzarla.

—Ya resolveremos la forma de llegar —respondió Zoltan—. Ahora debes darnos las pistas necesarias para localizarla.

Monfodio se quedó quieto durante un instante.

—Hicimos casi todo el trayecto por la noche. Tratamos de que nadie nos viera... Sólo recuerdo que pasamos por un camino de agua... Una especie de lago... No sé... Pero te aseguro que no es recomendable ir allí. Fue terrible... Lo único que puedo deciros es que en esa isla había fantasmas que salían del agua. Llovía mucho y se oían voces entre los truenos.

—¡Los fantasmas no salen del agua, Monfodio! —le reprendió Zoltan—. ¡Un soldado experto no puede creer en esas cosas! ¡Tú no crees en fantasmas! ¡No crees en nada que tus ojos no puedan ver! ¡Sólo crees en las monedas de oro!

—¡Os aseguro que es cierto! ¡Os doy mi palabra de que pasaban cosas raras que no tenían explicación! ¡Fue una noche horrible! ¡La peor de mi vida! ¡Ese tipo estaba destrozado y no hacía más que quejarse y sangrar!

—¿Seguro que no recuerdas nada más? —le pregunté.

—Sólo lo que os he dicho.

—¿Sabes de alguien que pueda indicarnos con más precisión dónde está la guarida de Mort? —traté de averiguar.

—Si existe, es el Gran Sacerdote del Templo Milmortiano —replicó—. Es el único que puede saberlo. Ese lo sabe todo.

—¿Dónde está tu jefe?

—Ha muerto. Creo que soy el único superviviente del grupo. Perdí la mano después de esa misión y me licenciaron. ¡Se deshicieron de mí igual que yo me deshice de mi

mano cuando quedó triturada en la rueda de un carro!

—¿Estás seguro de que no queda nadie que pueda contarnos algo? —le insistí.

—¡Completamente seguro! —respondió—. ¡Hablad con el Gran Sacerdote!

—¿Qué pasó con el caballero milmort?

—Desapareció al día siguiente. Nunca volví a saber nada de ese tipo. Hubo extraños rumores sobre él. Algunos dijeron que se había convertido en alguien muy importante y otros me aseguraron que había muerto, pero nunca se cruzó en mi camino. Si queréis encontrar a Mort, id al Templo.

Yo conocía perfectamente el Templo Milmortiano y al Gran Sacerdote. Él nos había otorgado los atributos milmortianos: la espada, el escudo y la cadena. No podría olvidar nunca el día en que Ónica y yo superamos las pruebas que nos convirtieron en caballeros milmorts.

Ella debió rememorar también aquella terrible experiencia. De repente, se sintió inquieta.

—Ahora tenéis que pagarme —pidió Monfodio poniendo su muñón sobre mi pecho—. Yo he cumplido.

—No tenemos oro —le respondí—. Sólo tenemos acero.

—Me quedaré con la chica. Ese será mi pago.

—No sueñes con eso —le advertí—. Ella viene con nosotros.

—¡No, milmort! —dijo un tipo que salió de detrás de una oscura y sucia cortina—. Monfodio ha dicho que ella se queda y se quedará.

Zoltan dio un paso atrás y dirigió su mano hacia la empuñadura.

—No intentéis nada —añadió el hombretón justo cuando varios hombres armados se dejaron ver—. Somos muchos contra vosotros.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le pregunté al primer hombre que nos había amenazado.

—Trolgan —contestó este—. Y no estoy solo. Ahora mismo hay muchos hombres ahí fuera, dispuestos a impedir el paso. Sinceramente, no creo que salgáis vivos de aquí.

—Es mejor que os marchéis —nos sugirió Monfodio—. ¡Dadme a la chica! ¡Me sentiré pagado y estaremos en paz! ¡Os he contado muchas cosas interesantes!

—No podemos —respondí—. Le he prometido que la llevaría a la Isla de Mort. Y tengo que cumplir mi palabra.

—No podrás llevarla —aseguró Trolgan—. Ella se queda... Y vuestras espadas milmortianas también.

—Os he dado mucha información y os he dedicado demasiado tiempo. Ahora tenéis que pagarme —insistió Monfodio—. Dejad vuestras espadas al lado de la chica. Después, salid tranquilamente. Daos por contentos de conservar la vida.

Zoltan y yo cruzamos una rápida mirada de complicidad.

—Tu oferta no nos gusta, Monfodio —rezongó Zoltan.

—Y no la vamos a aceptar —añadí—. Te pedimos que la reconsideres.

—No hay nada que pensar —dijo—. ¡Haced lo que os digo!

Trolgan y sus hombres ya habían empuñado sus armas y nos miraban convencidos

de que les íbamos a hacer caso.

Un regalo

Hay un silencio absoluto que indica que todos duermen. Salvo algún relincho aislado, nada perturba la paz de esta hermosa noche de luna llena en la que voy a cumplir mi venganza. Las candelas de la casa están apagadas. Apenas quedan algunas antorchas afuera para facilitar el trabajo de los centinelas.

—¡Ha llegado la hora, Rolando! —susurra Cornelio—. Seamos silenciosos.

Mi espada sale lentamente de su funda sin emitir ni un solo sonido. Acompañados por la pálida luz de la luna, nos dirigimos hacia el hueco que hemos usado para entrar. Entonces, Cornelio observa el techo de nuestro escondite que también es el suelo de la cabaña.

—Mira, ahí hay una trampilla —dice, señalando con el dedo—. Si tenemos suerte, podremos entrar directamente.

Nos acercamos a una escalerilla que hay justo debajo y Cornelio sube por ella. Empuja la tapa y la hace crujir levemente. Esperamos un poco. Vuelve a intentarlo, la desatasca y consigue abrirla sin hacer apenas ruido.

Cuando entramos en la cabaña oímos ligeros ronquidos. En la chimenea sólo quedan algunos rescoldos que iluminan levemente la estancia. Cornelio señala un tapiz del que cuelga un escudo con los distintivos de Wolfort. ¡Sólo una simple cortina me separa del corazón oscuro de mi hermano! ¡Y yo tengo una espada en la mano!

El antiguo maestro de caza me hace una señal con la cabeza para indicarme que puedo acercarme mientras él se queda vigilando, por si acaso.

Doy un paso adelante, preparo mi arma y me dispongo a asestar un golpe mortal sobre el cuerpo que está tendido en el camastro. Mi mano tiembla y mi pulso se acelera. Yo hubiera preferido matar a Wolfort mientras contaba hasta diez, igual que él hizo conmigo, mirarle a los ojos y burlarme de él hasta el punto de humillarle. Pero ahora todo eso me parece una enorme inutilidad. Ahora, lo importante es acertar y clavar la hoja en su corazón. Atravesarle de parte a parte como a los cerdos. ¡Lo importante es ajusticiarlo!

Descorro lentamente la cortina con la mano izquierda. Pero sólo veo oscuridad. Me acerco un poco y descubro un rostro ligeramente iluminado. Apenas distingo las facciones y casi no reconozco a Wolfort. Pero sé que es él. Entro en la pequeña estancia y levanto la espada que ahora sujeto con las dos manos. Respiro profundamente. Calculo el lugar de su corazón y...

¡Un momento!
¡Aquí pasa algo!
¡Ese gemido es muy extraño!

Me inclino sobre Wolfort para ver su rostro. ¡No es él! ¡Es otra persona! ¿Qué burla es esta?

Llamo a Cornelio, que se arrima desconcertado.

—¿Qué ocurre? —susurra.

—¡No es Wolfort!

Me mira con incredulidad, como si no creyera en mis palabras.

Se acerca y observa con detenimiento. Levanta la cabeza y me mira con sorpresa, igual que si hubiera visto un fantasma.

Vuelvo a aproximarme y descubro que... ¡No puede ser!

—¡Sibila! —consigo decir, conteniendo el aliento.

Cornelio y yo estamos desorientados.

Sibila se remueve en la cama, inquieta.

La miro y me pregunto qué debo hacer.

—¡Wolfort debe de estar junto a los lobos! —explica Cornelio—. ¡No podemos entrar allí! ¡Nos descubrirían! ¡Vámonos, Rolando! ¡Hemos fracasado!

Me quedo quieto, tratando de ganar algún tiempo para aclarar mis ideas. Veo las siluetas de los centinelas que pasan al lado de la cabaña. Estoy nervioso... Y frustrado...

—¡Nos la llevamos! —le digo a Cornelio.

—¿Estás loco? ¡No nos servirá para nada! ¡El objetivo es matar a Wolfort! ¡No compliques las cosas!

Me inclino sobre Sibila y le pongo la mano encima de la boca. Abre los ojos y, cuando me ve ante ella, se remueve e intenta soltarse.

—¡Silencio, princesa! —le susurro—. ¡Venimos a liberaros!

Mis palabras no surten efecto y sigue en su afán de deshacerse de mí. Ante el riesgo de que haga demasiado ruido, Cornelio le da un golpe en la cabeza y la deja sin sentido. La sujeto para que no se golpee al caer.

Entonces, en el camastro del fondo, una mujer, que debe de ser la criada de Sibila, se despierta y se recuesta.

—¿Qué pasa? —pregunta somnolienta, frotándose los ojos.

Cornelio se abalanza sobre ella y le coloca su puñal sobre la garganta antes de que pueda decir nada más.

—Si gritas y das la alarma, mataremos a la princesa —le advierte—. Hazte la dormida y no abras la boca.

La mujer le mira durante un instante. Después, cierra los ojos y se cubre con la colcha.

—Recuerda lo que te he dicho —le susurra Cornelio—. Su vida depende de ti.

Sujeto a Sibila con los dos brazos y la levanto.

—¡Esto es una locura! —me recrimina mi compañero—. ¡Estás loco! ¡Nos traerá problemas! ¡Déjala aquí!

—¡Vamos! —le apremio sin escucharle—. ¡Vámonos!

Cornelio, que es un hombre práctico, no discute; se asoma al exterior y observa en silencio.

—¡Por la puerta trasera! —ordena con nerviosismo—. ¡Aquí hay demasiada vigilancia!

Empuja la portezuela y me deja salir. Me quedo contra la pared, con Sibila entre los brazos. Está clareando. Dentro de poco saldrá el sol y los soldados se despertarán.

—Tenemos que ocultarnos entre los árboles —sugiere—. Rodearemos los establos. Es lo más seguro.

Sibila está a punto de recuperar el conocimiento. Me temo que las cosas se van a complicar.

—Cornelio, no tenemos tiempo —le digo—. Ensilla dos caballos.

—¡Déjala aquí y partamos! —insiste—. Si se despierta gritará y estaremos perdidos.

—¡No! ¡Viene con nosotros! ¡Ensilla dos caballos!

Sabe que mi determinación es tan inquebrantable que equipa uno a toda velocidad y se dispone a escoger otro cuando, de repente, reconozco a *Miliari*, el caballo preferido de Sibila.

—Ensilla ese para mí —le digo.

Cuando termina de hacerlo, monto a *Miliari* y Cornelio me ayuda a colocar a Sibila entre mis brazos. Después, sube a su montura y tratamos de salir al trote, en dirección a la desembocadura del valle, camuflados entre las sombras de los árboles para no llamar la atención.

Sibila se agita. Está recobrando el conocimiento.

—¿Qué pasa? —pregunta, abriendo los ojos—. ¿Quién eres? ¿Qué queréis de mí?

—Somos amigos —le digo para tranquilizarla—. ¡Estamos huyendo de Wolfort!

—¿Sois rebeldes? ¿Me vais a secuestrar? ¿Queréis matarme?

—No. Os vamos a liberar. Soy amigo del príncipe Royman.

—Royman murió hace meses.

—¡Alarma! ¡Alarma! —grita un centinela a lo lejos, saliendo de la casa—. ¡Intrusos!

Una campana suena con fuerza. Todo el campamento se revoluciona. ¡Nos han descubierto!

—¡Hay que correr! —sugiere Cornelio—. ¡A galope!

—¡Agarraos, princesa! ¡Agarraos fuerte!

Nos lanzamos a toda carrera. Ante el peligro que supone galopar entre árboles con esta semioscuridad, salimos a campo abierto y nos dejamos ver. Entonces, algunas flechas silban a nuestro alrededor. Seguro que no saben que Sibila está con nosotros.

Los centinelas que protegen la barrera de la entrada se aprestan a detenernos, pero el arco de Cornelio se deshace de dos de ellos y obliga a los otros a esconderse.

De repente, un jinete sale del follaje y se lanza hacia otros tres soldados, a los que coge por sorpresa, y acaba con ellos. ¡Un refuerzo inesperado!

Cornelio arrolla al último centinela y el camino queda libre.

—¡Gracias por tu ayuda, Fletcher! —grito, poniéndome al lado de los dos caballos

que trae amarrados a su silla.

—Sabía que tendría que ayudaros, por eso he venido. ¿Quién es ella?

—Es una prisionera de Welfort. Préstame un caballo —le ruego.

Fletcher se arrima todo lo que puede y desata una de sus monturas mientras Sibila, que se ha dado cuenta de mi intención, se dispone a hacerse con *Miliari*.

—¡Agarraos bien, princesa! —le sugiero, sacando los pies de los estribos—. ¡Sujetad las riendas!

Entonces, doy un salto y monto sobre el caballo más próximo. Me hago con él y seguimos la carrera.

—¿Princesa? —exclama Fletcher, sorprendido—. ¿Hemos secuestrado a una princesa? ¿Es Sibila?

Los aullidos de los lobos se hacen más fuertes, síntoma de que se están acercando. Supongo que los soldados también nos pisan los talones.

—¡Corred! ¡Corred! —ordena Cornelio a voz en grito—. ¡Si nos cogen nos devoran aquí mismo!

Espoleamos los caballos, dispuestos a dejar atrás a nuestros perseguidores.

—¡No miréis atrás, princesa! —le sugiero, atento a su maniobra—. ¡No perdáis tiempo!

—¿Adónde me lleváis? —pregunta.

—¡Hacia la libertad! ¡Corred, corred!

Destrucción

—Os he dicho que soy un milmort —les recordé, mientras enarbolaba mi espada—. Pero no os he explicado que estoy de mal humor.

—Igual que yo —añadió Zoltan—. Estamos muy enfadados.

—En el Monte Milmort he matado a más de mil hombres con esta espada —les expliqué—. No hacéis bien en presionarnos.

—No creáis que nos vais a asustar —masculló Trolgan—. Podríamos enfadarnos. Os advierto que también hemos matado a muchos. La muerte no nos da ningún miedo. Es nuestra compañera.

—Entonces, estarás contento de morir —dijo Zoltan suavemente.

—¡Yo no voy a morir, idiota! —exclamó el hombretón justo antes de que le clavara una daga en la garganta.

—¿Qué has hecho? —gritó Monfodio—. ¡Ese hombre vale mucho dinero!

—¡Atrás! —ordené, alzando mi espada—. ¡Atrás!

Pero los hombres de Monfodio, que eran torpes y pesados, prefirieron ignorar mi orden. Uno, que se había acercado mucho, rozó una pierna de Ónica y se burló de ella. Y eso me enfureció.

Los maté, a él y a otros dos, de un solo movimiento de mi espada. Un cuarto quedó herido y dos más tuvieron que dar marcha atrás ante mi furia.

—¡Rendíos! —gritó Monfodio, retrocediendo.

Clavé mis ojos en los suyos y me le enfrenté.

—¡Ven aquí, miserable! —le dije—. ¡Ven aquí!

Intentó esconderse tras sus hombres, seguramente con la intención de perderse entre los cachivaches del sótano. Mientras Zoltan daba buena cuenta de algunos de esos tipos, yo avancé hacia él.

Cuando había dado un par de pasos y acababa de liquidar a un tipo mal encarado que había intentado cortarme el camino, tuve un presentimiento. Miré hacia atrás y vi que dos individuos, que habían estado ocultos tras unos sacos, trataban de aproximarse sigilosamente a Ónica. Ella reaccionó con pavor y empezó a gritar, aterrorizada.

Volví sobre mis pasos y los detuve en seco. Cayeron al suelo bramando de dolor, con un brazo cortado de cuajo y varias heridas distribuidas por todo el cuerpo.

—¡Zoltan! ¡Hay que salir de aquí! —grité, dando una patada a una lámpara de aceite que cayó al suelo e hizo saltar algunas chispas—. ¡Esto es una trampa!

Después de asegurarme de que no había ningún enemigo cerca, agarré a Ónica con la mano izquierda de manera que pude mantener la espada dispuesta para el ataque.

—¡Ve delante, yo te cubro! —gritó Zoltan, colocándose detrás de mí.

En este ambiente de ajetreo, la lámpara de aceite cuyo contenido se había desparramado por el suelo extendió el fuego hasta algunas telas. El almacén empezó a llenarse de humo.

Monfodio, al que había perdido de vista, surgió por detrás, de entre el humo, con una espada corta en la mano izquierda, dispuesto a matarme.

Apenas tuve tiempo de reaccionar, pero Ónica se me adelantó.

Desenfundó mi daga y le asestó un golpe mortal. A pesar de su estado, el instinto de supervivencia le había dotado de una fuerza inesperada y pasajera que nos había salvado la vida.

Mientras Monfodio agonizaba, descorrí algunas cortinas que nos impedían seguir adelante, derribé varios tablones y me abrí paso hasta la tienda que ahora estaba llena de sicarios. Pero no me amedrenté. Coloqué a Ónica detrás de mí y me puse en acción. La espada milmortiana bebió la sangre de algunos de ellos mientras los otros se apartaban.

Detrás de mí, Zoltan despejaba eficazmente la retaguardia.

—¡Salgamos de aquí! —vociferó.

Entre el humo distinguí algunas figuras difuminadas que salían de la garita. Igual que las ratas que querían abandonar su cueva incendiada, los sicarios de Monfodio intentaban salir al exterior.

Mientras tanto, atraídos por el fuego, muchos curiosos se habían aglomerado delante de la casucha.

—¡Fuego! —gritaron—. ¡Hay que apagarlo antes de que se extienda!

Zoltan mató a algunos e hizo huir a otros.

—¡Tenemos que escapar! —le dije—. ¡Esto es un hervidero de asesinos!

—¡Tienes razón, amigo! —respondió—. ¡Nos vamos!

Aquello se estaba llenando de curiosos que nos rodeaban.

—¡Son muchos! —gritó Zoltan, golpeando a todos los que se acercaban.

—¡Demasiados! ¡Retrocedamos hasta la carreta!

Zoltan entendió mi propuesta. Se colocó a mi lado y entre los dos formamos una barrera infranqueable que no dejaba pasar a nadie.

Miliari estaba atento pero no soltaba las riendas. Los caballos se estaban encabritando por culpa del fuego y los gritos, y le costaba controlarlos.

Subí a Ónica al carro y Zoltan se colocó a su lado, dispuesto a protegerla.

—¡Esperad un momento! —dije.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Miliari—. ¡Hay que irse de aquí ahora mismo!

Me acerqué a un débil edificio de dos pisos que ya ardía y di una patada a una de las columnas de madera. Después golpeé otro pilar que, tras tambalearse, crujió como el gruñido de un dragón.

Con gran estrépito, cayó ante nosotros y cerró el paso a nuestros atacantes. El fuego adquirió una gran dimensión, se contagió a los edificios cercanos y a los de enfrente.

—¡Corramos! —ordené, subiendo al carro—. ¡Aprovechemos esta oportunidad de huir!

Entonces, una sombra salió de entre el gentío y se abalanzó sobre nosotros. Apenas pude distinguir la silueta de un hombre armado que, con la espada en alto, lanzaba un grito de guerra:

—¡Venganza!

Zoltan, más rápido que yo, se dio la vuelta y afrontó el ataque de frente. Consiguió detener el cuerpo fornido que venía hacia nosotros y lo tumbó de un puñetazo en el estómago. Pero el asaltante se revolvió y logró levantarse inmediatamente. Entonces, pude ver su rostro:

—¡Dagul! —grité—. ¡Dagul!

—¡No os perdonaré lo que me habéis hecho! —exclamó, mirándome durante un instante—. ¡Voy a vengarme!

Zoltan aprovechó su distracción y le asestó un espadazo en el pecho. Después, le atravesó.

Dagul cayó al suelo, se mezcló con el fango ensangrentado y no volvió a moverse.

—Tenías razón, amigo —reconoció Zoltan—. No hay que dejar enemigos.

Ayudé a subir a Zoltan y di una orden a Miliari.

—¡Corre! ¡Vámonos de aquí!

—¡Asesinos! —imprecó una mujer—. ¡Cogedlos!

La multitud dio un paso hacia nosotros, dispuesta a cerrarnos la marcha.

—¡Miliari! —grité—. ¿Qué esperas?

Un latigazo me hizo saber que me había oído. Los caballos arrancaron velozmente y emprendimos una carrera frenética por algunos callejones donde, de vez en cuando, tuvimos que eliminar a algunos insensatos que intentaron cortarnos el paso.

Los caballos, que estaban deseando salir de allí, corrían enloquecidos, abriéndose paso entre la gente que se apartaba para no caer bajo su furia.

Nuestra habilidad con las espadas nos ayudó a alejarnos del foco del fuego, donde se había organizado un gran jaleo de gente que no dejaba de gritar, amenazar y pedir socorro.

El grandioso poblado se había construido de manera desordenada. Las casas estaban tan próximas las unas de las otras que el fuego se propagaba a gran velocidad y no conseguían detenerlo.

Las llamas ya habían pasado a las casuchas vecinas y la gente salía despavorida, gritando y pidiendo auxilio.

Las estrechas callejuelas no permitían acercarse a los que venían con cubos de agua. Además, la aglomeración y el continuo ajetreo les impedían arrojarla con eficacia.

Poco después, conseguimos llegar al límite del poblado y salimos a campo abierto donde, ya libres de perseguidores, subimos a una colina para descansar un poco con la seguridad de que nadie se nos iba a echar encima. Desde allí arriba, vimos cómo las construcciones ardían de forma incontrolada mientras el cielo se iba enrojeciendo.

—¡No va a quedar una casa en pie! —exclamó Zoltan.

—Era un infierno —dije—. No había más que porquería.

—Algunos nos odiarán durante mucho tiempo —sentenció Miliari—. Menos mal que

no vamos a volver por aquí.

—Y otros nos lo agradecerán. Espero que mucha gente intente reiniciar una nueva vida lejos de este pozo de horrores.

—Unos se irán y otros volverán —comentó Zoltan—. El Monte Milmort es una ilusión para muchos. Es un imán que atrae la ilusión de la gente.

Nos quedamos mucho tiempo observando cómo el fuego consumía aquella ciudad, si es que se podía llamar así.

Tardamos en darnos cuenta de que tantos terribles acontecimientos habían minado las escasas fuerzas de Ónica y la princesa había caído en un profundo sueño.

Mientras el fuego proyectaba su cálida luz sobre la cúpula celeste, la apreté entre mis brazos y la acuné silenciosamente durante horas. Las carreras enloquecidas y los peligros la habían agotado.

En algunos momentos tuve la impresión de que el calor volvía a su cuerpo y recuperaba la vida.

Pero sólo fue un espejismo. La realidad era otra bien distinta. La sentía fría como la nieve. Abrí el frasquito para darle unas gotas de poción, pero estaba completamente vacío.

—¡Hay que encontrar a Mort! —exclamé, arrojando el envase al suelo—. ¡Ya no podemos hacer nada más por ella!

Los ojos del lobo

A pesar de que es peligroso, galopamos desesperadamente en la oscuridad. El horizonte clarea, pero el terreno es muy abrupto y no está iluminado, así que debemos evitar que tropiecen los caballos a toda costa.

—¿Qué haces aquí, maestro Cornelio? —le pregunta Sibila, que le ha reconocido.

—¡Huir lo más lejos posible de este valle! —responde.

—¿Hacia dónde está el reino de Langan? —quiero saber.

—¡A nuestra derecha!

—¡Vayamos a Langan! —propongo, como si fuese una orden.

—¿Estás loco? ¡Si giramos ahora daremos ventajas a nuestros seguidores! —se queja Cornelio.

—¡No hay ningún otro sitio al que podamos ir! ¡Langan es nuestra única posibilidad de sobrevivir!

—¿Quién nos ayudará allí?

—¡Yo! —exclama Sibila, forzando a *Miliari*—. ¡La princesa de Langan! ¡Os daré cobijo!

Cornelio no responde. Se pone en cabeza y noto que, poco a poco, va girando hacia la derecha. Es evidente que la categórica respuesta de Sibila le ha convencido.

Un poco más adelante descubrimos que Cornelio tenía razón: están ganando terreno debido a que, a causa de nuestra maniobra, la distancia se ha acortado.

—¡Os lo he dicho! —grita Cornelio—. ¡Nos van a alcanzar!

—¡Pues no perdamos tiempo hablando! —respondo—. ¡Galopad! ¡Galopad!

Mis compañeros aprietan el paso y sus cabalgaduras avanzan con más velocidad, pero yo sé que no podrán hacerlo durante mucho tiempo. Si siguen a este ritmo van a reventar.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunto a Cornelio.

—Cambiar las tornas —contesta—. Dejar de ser cazados para ser cazadores.

—¿Cómo?

—Que Fletcher y la princesa sigan galopando. Tú y yo nos escondemos y los dejamos pasar. Luego, los atacamos por la espalda.

Cornelio es un gran cazador que sabe tomar buenas decisiones. Y es mejor seguir sus consejos.

—Nosotros seremos el cebo —asegura Fletcher—. ¡Escondeos!

—¡Está bien! ¡Hagámoslo! —acepto.

—¡Cada uno a un lado! —ordena—. ¡Tras los árboles!

Me dirijo hacia la derecha y consigo ocultarme tras un grupo de árboles. Veo que Cornelio también lo ha logrado. Ahora sólo queda esperar.

Poco después, nuestros perseguidores pasan a nuestro lado sin darse cuenta de nuestra presencia. Les dejamos avanzar y, antes de que los lobos nos detecten, salimos en su persecución.

El plan de Cornelio es perfecto. Las tornas han cambiado y, ahora, podemos atacar por sorpresa.

Los alcanzamos por la retaguardia y derribo a dos soldados de un solo golpe de espada. Consigo acabar con tres lobos que se han acercado demasiado. Cornelio liquida a otros tres con su arco. Los que van en cabeza no se han dado cuenta de nuestra presencia.

Conseguimos eliminar a tres soldados y a dos lobos más.

Estoy a punto de acabar con un caballero cuando, de repente, se da la vuelta y consigue esquivar mi golpe.

—¡Alarma! ¡Nos atacan! —le da tiempo a gritar antes de caer bajo mi acero.

Los que van delante oyen sus gritos y miran hacia atrás, descubriéndonos.

—¡Acabad con ellos! —ordena Wolfort, que los dirige—. ¡Eliminad a esos malditos intrusos!

Algunos soldados frenan sus monturas y se aprestan a venir a nuestro encuentro, pero no les resulta fácil ya que nosotros tenemos la ventaja de mantenernos en posición de ataque mientras que ellos deben maniobrar.

Mi espada corta el brazo de uno de ellos y se clava, a continuación, en el pecho de otro que está cerca. Cornelio descarga su arco con rapidez. Pero, finalmente, Wolfort y varios de sus hombres se detienen y forman una barrera difícil de franquear. Entonces, cuando le veo de frente, me entran unas irrefrenables ganas de matarle.

—¿Quiénes sois? —pregunta Wolfort—. ¡Dadnos vuestros nombres antes de mataros!

—¡Somos fieles al linaje Delaforce y odiamos a los usurpadores! —grito—. ¡Vas a morir, traidor!

—¡Conozco tu voz! —replica—. ¿Quién eres?

Dos caballeros se lanzan sobre mí, pero dos certeras flechas se clavan en sus espaldas. Ahora, el paso hacia Wolfort está libre. Sólo tengo que aprovechar mi oportunidad.

Encaro mi caballo hacia él y lo espoleo con fuerza. Nada ni nadie va a detenerme.

Un nuevo soldado se interpone, pero una flecha le derriba. Estoy seguro de que no ha sido Cornelio. Es obra de Fletcher. Se ha detenido para ayudarnos desde algún escondite. Espero que eso no ponga en peligro la vida de Sibila.

Wolfort levanta su espada, dispuesto a matarme. Me enfrento directamente a él y detengo el golpe. Ahora cruzamos una mirada. Su expresión se vuelve rígida. No me ha reconocido, pero ha visto en mi rostro algo que le ha preocupado.

Cruzamos un par de golpes con nuestros aceros. Intento esquivar sus contundentes

golpes cuando, de repente, dos jinetes se dirigen hacia nosotros.

—¡Wolfort! —grita Sibila, con la espada de Fletcher en alto—. ¡Ha llegado tu hora!

El traidor se gira sobre su montura y ve cómo Sibila se abalanza sobre él. Ahora le tenemos rodeado. Uno por delante y otro por detrás. ¡No le dejaremos escapar!

Le golpeo en el hombro y le hago un corte. Se da la vuelta y me devuelve el golpe, pero falla.

—¡No escaparás, hermano! —le advierto.

—¿Hermano? —pregunta, mirándome fijamente, anonadado, asustado—. ¿Qué dices?

En este momento, Sibila le alcanza. Consigue darle un tajo en el muslo, pero Wolfort se aparta antes de que vuelva a tocarle. Yo me echo sobre él y logro derribarle del caballo. Entonces, levanto mi espada y me dispongo a atravesarle, ahora que está desarmado y *Miliari* le corta el paso.

—¡Vámonos! —ordena Cornelio, distrayéndome—. ¡Vienen más soldados! ¡Huyamos!

Cuando vuelvo a ocuparme de Wolfort, descubro que ha aprovechado mi descuido para escabullirse entre las patas de los caballos. Ahora está fuera de mi alcance, pero Sibila le ha seguido y está a punto de atacarle.

—Tenemos que irnos, princesa —le digo—. ¡Vienen refuerzos!

—¡Voy a matar a ese miserable! —grita, desoyéndome—. ¡Debe pagar con su vida todo el mal que me ha hecho!

Una flecha nos pasa rozando.

—¡Están muy cerca! —vocea Fletcher—. ¡Vámonos!

Monto de nuevo, sujeto a Sibila del brazo y no la dejo desmontar.

—¡Ya habrá tiempo, princesa! —le insto—. ¡Ahora tenemos que huir!

Cornelio y Fletcher abren la marcha y nosotros los seguimos. Los lobos se detienen cerca de Wolfort y aúllan mientras forman una barrera de protección a su alrededor.

Mi antiguo hermano se levanta, alza el puño y grita:

—¡Os encontraré! ¡Lamentaréis haber nacido!

Sus hombres, mandados por Lostario, se han parado a su lado, lo que nos da cierta ventaja. Cuando quieran volver a ponerse en marcha, ya estaremos fuera de su vista.

Inesperadamente, Cornelio detiene su montura y tensa su arco. La flecha sale volando hacia Lostario que, en el último momento, la esquiva. Mi compañero escupe en el suelo y lanza una maldición.

—¡Tú también tendrás tu merecido!

Todos juntos reemprendemos la carrera hacia la salida del valle.

Delante de nosotros, a lo lejos, sobre las montañas, el sol despunta.

—Con luz correremos más deprisa —nos anima Cornelio—. Conseguiremos burlarles. No nos alcanzarán.

No logro quitarme la imagen de Wolfort, horrorizado cuando me miraba, casi convencido de que estaba viendo a un fantasma.

¡La próxima vez no fallaré!

Hacia el Templo Milmortiano

El incendio alcanzó tales proporciones que sentíamos su calor incluso cuando lo habíamos perdido de vista.

Al día siguiente, el cielo seguía enrojecido y caravanas enteras de personas se alejaban del poblado. El fuego había acabado con sus esperanzas de alcanzar la cima del Monte Milmort. Su quimérico sueño había llegado a su fin gracias a nosotros.

—Espero que encuentren otra meta más accesible –le dije a Zoltan, mientras Ónica dormitaba a mi lado—. Esa falsa ilusión era un drama para ellos. Nadie consigue subir a ese monte.

—Tú lo has conseguido –comentó Zoltan.

—Pero he pagado un precio demasiado grande.

—¿Crees que lo que le ha ocurrido a Ónica forma parte de ese precio? –preguntó Miliari.

—No me cabe duda. Si miro hacia atrás, creo que empecé a pagarlo desde el mismo instante en que llegué a este mundo.

—¿Crees que estabas destinado a ser un milmort?

—He caído en todas las trampas posibles. Os pusieron en mi camino, mataron a mis padres para despertar mi indignación, me hicieron tropezar con Ónica... Todo ha estado preparado desde el principio.

—¿Con qué fin?

—No lo sé, pero lo averiguaré. Iremos al Templo Milmortiano y después, a la Isla de Mort.

—¿Y si también fuese parte de ese plan? ¿Y si todo estuviese preparado para llevarte a la Isla de Mort?

—Si sirve para salvar la vida de Ónica, lo daré por bien empleado. Todo lo que he sufrido habrá valido la pena. Haría cualquier cosa por ella.

—¿Y si muere? –preguntó Miliari.

—¡No quedará piedra sobre piedra en Mort! –afirmé—. ¡Arrasaré este mundo!

A pesar de mis palabras, estaba más preocupado por Ónica que por devastar Mort. No reaccionaba y había caído en un estado de profundo agotamiento. Temía seriamente por su vida.

Los que huían del poblado nos iban alcanzando. Carros repletos de enseres, hombres, mujeres y niños cargados como bestias que se alejaban lentamente del incendio

que aún se reflejaba en las nubes que estaban teñidas de rojo.

—¿Adónde van? —le pregunté a Zoltan.

—No lo saben. Buscarán algo a lo que agarrarse y que les ilusione.

—Aquí, lo único que despierta ilusión es alcanzar la cima del monte. Lo demás es vivir por vivir. Vivir por no morir.

—La mayoría no lo sabe —replicó—. Ni siquiera saben qué buscan. Se dejan llevar. Son inocentes.

Por la tarde nos detuvimos a la orilla de un río turbulento.

—No recuerdo haber pasado por aquí —le dije a Zoltan.

—Hemos dado un gran rodeo —explicó—. Espero que el templo esté en el mismo sitio que lo dejé.

—Estará. Lo encontraría aunque estuviese oculto en la más densa de las nieblas. Casi puedo olerlo. ¡Malditos guardianes! ¡Maldito Mort!

—¿Templo Milmortiano? —preguntó Miliari, frotándose instintivamente el hombro—. Eso me suena. Creo que ya he estado allí.

Miliari seguía perdiendo la memoria aunque, de vez en cuando, tenía momentos de lucidez. Sus esporádicos recuerdos me confirmaban que había sido un excelente caballero milmort.

Los días pasaban lentamente y mi preocupación por Ónica seguía creciendo. Permanecía en ese extraño estado en el que no daba señales de hallarse ni viva ni muerta. Se movía pero no hablaba. Era un ser inanimado.

Cada noche hablaba con ella para hacerle saber que había alguien que la esperaba y que deseaba su regreso. Mis palabras intentaban unirla de nuevo a este mundo de vida en la muerte; trataban de darle un rayo de esperanza, un mensaje de amor.

—Ónica, si no te hubieras cruzado en mi camino jamás habría subido a ese monte en el que he conseguido dar vida a mi alma. Mis deseos de venganza y justicia pueden cumplirse gracias a ti. Y quiero que sepas que prefiero vivir en Mort a tu lado que alcanzar la gloria sin tu compañía. Mientras te quede un hilo de vida estaré a tu lado y te protegeré. Haré lo imposible por devolverte la vida. No dudes ni un solo instante de que Miliari, Zoltan y yo asolaremos este mundo si es necesario para que recuperes lo que ese maldito Tronario te ha arrebatado. Obligaremos a Mort a devolverte la vida.

Me esforzaba por mantenerme entero, con la moral alta y ganas de seguir adelante, pero cada vez que la veía ahí postrada, con los ojos cerrados y la respiración debilitada, me entraban ganas de abandonarlo todo.

No dejaba de preguntarme si valía la pena seguir luchando para mantenernos vivos en un lugar lleno de muertos.

El viaje se había convertido en una peregrinación oscura, cuyo final no divisábamos por ninguna parte. Era posible que cada avance nos alejara aún más de lo que buscábamos. En Mort, cada paso que dabas hacia delante lo tenías que volver a dar hacia atrás.

Cada día tenía la impresión de que estaba retrocediendo en el tiempo, de que iba a volver al mismo lugar al que había llegado.

Mis compañeros empezaban a estar agotados y los caballos necesitaban reposo. El carro pesaba mucho y el camino era duro. Dudaba de que consiguiéramos llegar al Templo Milmortiano.

Tampoco había dejado de pensar en el Gran Secreto.

Si era verdad que éramos almas que proveníamos del Mundo de los Vivos, ¿qué hacíamos aquí? ¿Qué finalidad tenía todo esto? ¿Acaso estábamos en Mort para morir mil veces? ¿O para lamentarnos de nuestra mala fortuna? Ni siquiera podíamos recordar lo que hacíamos cuando estábamos en el Mundo de los Vivos.

Ojalá no hubiera sabido nunca la verdad. Ojalá no me la hubiesen revelado. Era mejor permanecer en la ignorancia.

Ahora todo eran preguntas. ¿De dónde salía esa rabia que llevaba dentro? ¿De dónde provenían mis deseos de venganza? ¿Qué había pasado en mi vida anterior que sólo pensaba en la venganza y escuchaba aullidos de lobos en mis sueños?

¿Quién era realmente?

¿Quién era en el otro mundo?

¿Quién me había clavado una espada en el corazón?

¿Quién me había matado?

Sexta Parte

Viaje a Langan

Gracias a la pericia de Cornelio, hace horas que hemos perdido de vista a nuestros perseguidores.

Cabalgamos tranquilamente hacia Langan. Sibila ha calculado que llegaremos al anochecer y ha asegurado que nos recompensará por haberla liberado. Aunque ha añadido que deberíamos escapar lo más lejos posible ya que Wolfort no nos perdonará nuestra osadía y, con seguridad, se vengará.

—En cuanto se reponga de sus heridas vendrá a por vosotros —ha añadido—. Y querrá recuperarme.

Hemos acampado al borde de un riachuelo, donde Cornelio ha cazado un par de liebres que hemos asado. Los caballos han abrevado y ahora pastan tranquilamente. Es necesario que se recuperen ya que aún queda mucho camino. No descarto que, en algún momento, nos veamos obligados a galopar para huir de nuevo de los hombres de Wolfort que, probablemente, nos siguen buscando, y será necesario que estén frescos.

Me llama la atención ver que *Miliari*, el magnífico caballo de Sibila, está en plena forma. Yo siempre había pensado que sólo estaba preparado para desfilar, pero después de esta carrera, he cambiado de idea sobre él. Se asemeja a su antiguo amo, el príncipe Miliari, que parecía más débil de lo que realmente era.

—No tengo palabras para agradeceros lo que habéis hecho por mí —dice Sibila, cogiendo un trozo de carne que le estoy ofreciendo—. Aún no puedo creerlo. ¡Por fin soy libre!

—¿Por qué os tiene prisionera? —le pregunto—. ¿Tanto os teme?

—Wolfort quiere casarse conmigo, pero me he negado. Mató al príncipe Royman, con el que me iba a unir en matrimonio. Algún día se lo haré pagar.

—¿Qué pensáis hacer, mi señora? —pregunta Cornelio—. ¿Creéis que estaréis a salvo en Langan? ¿Por qué no huís a otro lugar donde ese miserable no os pueda encontrar?

—Espero que mi fiel Wilox pueda protegerme de Wolfort. Me haré fuerte en mi castillo. No dejaré mi reino. Lo defenderé hasta la última gota de sangre.

—Ojalá lo consigáis. Os he visto muy decidida a matar a Wolfort, allá en el bosque —digo.

—Es lo único que deseo. Mató a Miliari, a Royman y a toda su familia. Es un traidor de corazón oscuro. Merece morir mil veces. Pero también vosotros habéis intentado matarle. ¿Quiénes sois? ¿Quién os envía?

—Me llamo Rolando de Mort y estoy del lado de los que se resisten a Wolfort. No tengo amo y no sirvo a nadie. Sólo soy fiel al linaje Delaforce.

—¿No le conocéis, alteza? —pregunta Cornelio—. Fue sirviente en el castillo Force, durante el reinado de Wincott. Era criado del príncipe Royman.

Sibila me mira con atención durante unos instantes.

—Su cara me suena, pero no recuerdo a ningún servidor llamado Rolando. ¿Es cierto que servías al príncipe Royman? ¿Estabas cerca cuando Wolfort le mató?

—Es que... Es que he cambiado de nombre. Por seguridad. Es mejor que no sepan que me he unido a los rebeldes. Estos meses he cambiado bastante. Antes era más grueso.

—Sin embargo, me resultas familiar. ¿Quién eres realmente?

—Ya os ha dicho Cornelio que formé parte del servicio doméstico en el castillo. Pero es lógico que no me reconozcáis pues apenas tuvimos contacto. Serví directamente al príncipe hasta que... hasta que Wolfort perpetró aquella infamia.

—Si eras su criado, estabas junto a Royman en aquel trágico momento —deduce—. ¿Dónde estabas cuando le mataron?

—Muy cerca, mi señora, pero no puedo decir que le vi morir. Fue todo muy confuso.

—¿Confuso? ¡Pero si le atravesó el corazón con su espada! —exclama, indignada—. ¿No lo viste?

—No puedo asegurarlo. Fue todo demasiado rápido. Había mucho movimiento. Los hombres de Wolfort me hicieron prisionero y me llevaron a unas minas de azufre donde me convirtieron en esclavo.

Noto que Sibila está rememorando aquella trágica escena. Cierra los ojos y respira profundamente. Después de tomar un poco de agua, recupera el temple.

—¿Cómo saliste de las minas? —pregunta serenamente—. ¿Te dejaron libre?

—Maté a mis guardianes y conseguí escapar. He vuelto para vengarme de Wolfort. ¡Le odio a muerte! ¡Me ha hecho mucho daño!

—Somos muchos los que queremos acabar con Wolfort y su reinado de terror —añade Sibila—. Pero es difícil conseguirlo. Ese miserable lo tiene todo muy controlado. Sus hombres son guerreros expertos.

—Hay grupos de resistencia por todas partes —dice Fletcher—. Pero están muy disgregados. Deberíais encabezar la resistencia, princesa. Mis hombres y yo nos uniríamos a vuestra causa. Necesitamos un jefe.

—Yo me pongo a vuestras órdenes, princesa Sibila —digo—. Contad conmigo. ¡Mantengo mi fidelidad a mi señor, el príncipe Royman!

—¡Una princesa que encabeza una rebelión! —dice en tono irónico—. ¡Es algo inaudito!

—Mucha gente os quiere y os respeta —aseguro—. Ibais a ser la esposa del príncipe Royman. ¿Quién mejor que vos para dirigir una lucha de liberación?

—Necesitaríamos muchos soldados —me rebate Sibila—. ¡Un gran ejército! ¿Dónde lo encontraremos?

—Podemos pedir ayuda a Marcus Graymark, el padre de Miliari y Ónica —propongo.

—¿Qué dices, Rolando? —se sorprende Sibila—. ¿Acaso no sabes que están muertos y que el reino de Graymark pertenece ahora al reino de Wolfaria?

—¿Ónica ha muerto?

—Wolfort la mató junto a su padre —explica—. Después de eliminar a la familia Delaforce, asoló y conquistó el reino de Graymark. Se vengó de Ónica por la ofensa que le había hecho el día en que...

—En que lucharon en duelo —completo—. Yo los vi desde una ventana de la torre. La princesa Ónica le ganó en buena lid. Ojalá le hubiera matado aquel día. ¡Ojalá lo hubiese hecho!

—¿Lo viste? ¿Viste cómo Ónica le derribó? —pregunta muy sorprendida—. ¿Estás seguro?

—Nunca lo olvidaré. Ese canalla se enfrentó con ella usando todas sus malas artes. Pero ella supo deshacerse de él. Le derribó y le puso la punta de su espada sobre su cuello.

—No te recuerdo como criado —dice Sibila—. Pero tu voz y tu rostro me son cada vez más familiares. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Permitidme que no os lo diga, alteza. Prefiero vivir en el anonimato.

—¿Has hecho algo de lo que debas arrepentirte? —pregunta Cornelio—. ¿Ocultas alguna felonía?

—No, pero prefiero seguir siendo Rolando de Mort. Hay gente que podría salir perjudicada si los bárbaros supieran que estoy aquí. Os ruego que no insistáis, alteza.

Sibila, Cornelio y Fletcher cruzan una mirada de complicidad que indica que no me harán más preguntas.

—Ha llegado la hora de seguir nuestro camino —concluye Cornelio—. Debemos llegar antes de que se haga de noche. Estas sendas son peligrosas.

Mientras cabalgamos noto que tengo el corazón acelerado por haber estado tan próximo a ella. He sentido su aliento cerca de mí y he escuchado su voz. La he visto respirar y he contemplado su cabello de oro agitado por el viento.

Me gustaría decirle que estoy aquí, que he vuelto para casarme con ella, pero no me atrevo. Es imposible saber cómo reaccionará cuando sepa que he regresado del Mundo de los Muertos. Para ella no existo.

¿Qué mujer puede recibir con los brazos abiertos al hombre que ha fallecido ante sus propios ojos? ¿Qué hombre puede pedir a una mujer que le ame después de haber vivido entre los muertos?

Aunque anochece, distinguimos con claridad la silueta del castillo de Langan. Espero que no tengamos demasiados problemas porque estamos al límite de nuestras fuerzas.

Frente al templo

Después de un penoso viaje, en el que tuvimos que extremar las precauciones para no perjudicar a Ónica, que seguía sin recuperarse y permanecía en su estado de letargo, nos encontramos frente al Templo Milmortiano.

Era un día gris, apagado y silencioso.

Los recuerdos se agolparon en mi mente como una tromba. El tiempo que Ónica y yo habíamos pasado dentro de aquellos muros, cuando nos nombraron caballeros milmorts, cobraron vida con una claridad extraordinaria. Los sufrimientos que padecimos fueron tan feroces que, por mucho tiempo que pasara, nunca los olvidaríamos.

—¿Entramos? —preguntó Miliari, devolviéndome a la realidad.

—Sí, cuanto antes, mejor —respondí—. Ya hemos perdido mucho tiempo.

—Acampemos aquí —propuso Zoltan—. Es mejor esperar hasta mañana.

—¿Temes algo? —preguntó Miliari.

—Lo temo todo —contestó con la astucia propia del cazador—. Prefiero tomarme unas horas de reflexión antes de meternos en esa boca del lobo. Será fácil entrar, pero no hay garantías de que consigamos salir.

A pesar de que ansiaba llegar, me rendí ante la propuesta de Zoltan. Tenía razón, era mejor ser precavidos.

Organizamos un pequeño campamento en el lugar más seguro que encontramos. Nos colocamos de espaldas a una gran roca y pusimos el carro delante, a modo de protección. Pusimos los caballos en un lateral y en el otro flanco, que se hallaba protegido por varios árboles, enredamos algunas cuerdas que contendrían cualquier ataque inesperado.

Tumbamos a Ónica cerca de una gran fogata, ante nosotros, pensando en que el calor de las llamas la reconfortaría.

—¿Qué plan tienes, Royman? —me preguntó Miliari—. ¿Qué haremos cuando entremos?

—Pediré cita con el Gran Sacerdote —le expliqué—. Seguro que puede darnos algunas pistas sobre el paradero de Mort.

—¿Y si se niegan a colaborar? —preguntó Zoltan, afilando su espada.

—No se negarán —respondí—. Soy un milmort.

—Imagina que no quieren colaborar —insistió—. Imagina que no quieren recibirnos.

—Tendrán que atenerse a las consecuencias.

—Son muchos, son fuertes y no se les puede matar —añadió Miliari.

—Nadie está libre de la muerte. Ni siquiera la muerte misma. Nos han engañado haciéndonos creer que son inmortales, pero es falso. Ahora lo sé.

—¿Estás seguro de lo que dices? —se sorprendió Miliari.

—Lo he descubierto en el Monte Milmort —expliqué—. Ocultan su rostro bajo la capucha para asustarnos, pero tienen más pavor a la muerte que nosotros. Los guardianes también mueren. Ocultan su miedo.

Ónica mantenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Parecía una estatua de piedra a la que el paso del tiempo no afectaba. Ahora que ya conocía el Gran Secreto de Mort, comprendí que, si la perdía, jamás volvería a recuperarla. Me juré que haría lo imposible por mantenerla a mi lado.

—Ojalá no la hubiera encontrado —dijo Miliari—. Casi prefiero que muera antes de verla en este estado. Podría quedarse así durante años.

—No, Miliari. Cualquier cosa menos perderla. Aunque le quede un solo soplo de vida, prefiero tenerla a mi lado —le rebatí.

—¿Estarás a su lado todo el tiempo? ¿Durante toda tu vida?

—Nunca la abandonaré. La defenderé y la acompañaré mientras respire.

—Vivir en el sufrimiento no es vivir —sentenció Zoltan.

—Vivir es vivir. Aunque sea en las peores condiciones —remarqué.

—Es demasiado complicado —determinó Miliari—. No sé si tendría paciencia para acompañar a una persona moribunda.

Miliari hablaba de esa manera porque no se encontraba en mi misma situación. De haber tenido a alguien en el estado de Ónica, casi seguro que se hallaría de acuerdo conmigo. Era un buen tipo y nunca abandonaría a un ser que le importara. No, eso no lo hacen las personas que quieren a alguien. No pueden romper esa cadena.

—Mort no te ayudará a salvar a Ónica —dijo Zoltan un poco después—. Prefiere la muerte. La dejará morir.

—No le va a quedar más remedio que colaborar, te lo aseguro. Le obligaré a ayudarme.

—A esta gente no le asusta nada. Llevo mucho tiempo por aquí —comentó Miliari, rascándose el hombro—. Sé lo que digo.

Se abrió la camisa y nos mostró la cicatriz del hombro, cerca del cuello. La que queda después de haber eliminado todos los eslabones. Una terrible cicatriz que no desaparecerá nunca.

—¡Has sido un milmort! —exclamé—. ¡Ahí tienes la prueba!

—Es igual que la nuestra —dijo Zoltan.

—¿Cómo acabaste en la muralla, Miliari? —le pregunté.

—Por lo poco que recuerdo, después de salir del Templo Milmortiano, me lancé a la busca de batallas y duelos. Algo me impulsaba a subir al Monte Milmort y alcanzar la gloria. No sabría explicarlo, pero una fuerza superior llevaba mis pasos hacia allí.

—A mí me pasaba lo mismo —asentí.

—Yo también tenía el mismo deseo —reconoció Zoltan—. Una vez, alguien me contó que eso les ocurre a los que tienen cuentas pendientes que arreglar.

—¿Cuentas pendientes? —preguntó Miliari—. ¿Qué cuentas pendientes?

—No lo sabemos, pero puede que exista algún lugar en el que tengamos asuntos sin resolver... Cosas de guerra, de amor...

—Bah, eso son leyendas. He oído hablar de un mundo lejano al que llaman el Mundo de los Vivos, pero no creo que exista. No hay más mundo que este —concluyó Miliari—. Ojalá esas leyendas fuesen ciertas.

—Explicanos cómo un milmort acaba siendo un soldado negro al servicio de los guardianes —le pidió Zoltan.

—Luché tanto que me acerqué a la muralla, convencido de que me dejarían entrar. Sin embargo, me encadenaron, me azotaron y me torturaron. Me hicieron jurar que olvidaría lo que había sido. Luego, con el paso del tiempo, me usaron como esclavo y, por fin, me alistaron en sus filas como soldado de obras, aunque nunca me dejaron luchar. Me usaban como una bestia de carga.

—Nos han engañado —rumió Zoltan—. Nos han hecho creer que un milmort puede subir al monte y alcanzar la gloria, pero es una gran falsedad.

—¡Si no salvan la vida de mi hermana, los mataré a todos! —masculló Miliari.

Iba a decir algo cuando oímos un ruido. Nos levantamos inmediatamente y distinguimos en la oscuridad las siluetas de dos jinetes que se habían acercado más de la cuenta.

Eran dos guardianes.

—¿Qué queréis? —les pregunté.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo uno por toda respuesta.

—Vamos al templo —le confirmé.

—Los milmorts no pueden volver al Templo Milmortiano —replicó—. Y los moribundos tampoco.

—Eso lo veremos.

Se quedaron quietos, sin decir nada.

—¿Queréis verlo ahora? —insistí, desenfundando mi espada—. ¿Queréis saber cuánto miedo os tengo?

Sin decir ni una sola palabra, se alejaron sin mirar atrás.

Ellos no lo sabían, pero me volvieron a confirmar que no debíamos temer a la muerte. Ellos nos temían más a nosotros.

—Estos tipos tienen razón —dijo Zoltan—. No nos dejarán entrar.

—Entonces, tampoco les dejaremos salir —respondí—. Su templo será su tumba.

—Si nosotros no entramos, ellos no salen —repitió Miliari—. Es una buena idea. Me caes bien, príncipe Royman. Eres un gran tipo.

La armería

La puerta de entrada del castillo de Sibila está vigilada por soldados langanianos y bárbaros. Eso significa que se encuentra bajo el poder de Welfort.

—¿Seguirá Wilox al mando? —pregunta Sibila—. ¿Me será fiel?

—Creo que deberíamos ser prudentes —advierde—. No nos conviene darnos a conocer. En estos tiempos la fidelidad no abunda mucho. Quizá debamos...

—¡Soy la heredera de este reino! —replica—. Entraré por la puerta que me corresponde. ¡Soy la princesa Sibila Langan!

—Si Wilox se ha pasado al bando de Welfort, os aprisionará y os devolverá a él —le explico—. Es mejor que nadie sepa que estáis aquí, princesa. Vuestro ropaje es demasiado rico para pasar inadvertida.

—Convendría cubrir vuestro caballo, alteza —advierde Cornelio—. Llama mucho la atención.

Mientras colocamos algunas prendas sobre el lomo de *Miliari*, Sibila me mira en silencio. Sabe que tengo razón. Después, observa a los bárbaros que patrullan y que controlan las almenas. Arriba, en lo más alto del torreón principal, la bandera de Welfort ondea al viento. El símbolo del lobo con corona nos persigue.

—¿Qué propones, Rolando? —me pregunta después de colocarse la capa de Fletcher.

—¿Sabéis de alguien en quien podáis confiar plenamente?

—Seguro que muchos hombres me guardan lealtad —responde—. Pero es difícil saber quiénes son. Welfort puede haber cambiado muchas voluntades.

—He oído hablar de un armero llamado...

—¿Arquiano? —me interrumpe.

—Sí, Arquiano. Creo que era buen amigo del príncipe Royman —añado—. ¿Le conocéis?

—Estuve con él. No sabe que conoció a la princesa Sibila, pero es posible que recuerde mi cara y mi voz.

—Si me permitís, me adelantaré e iré a verle para asegurarme de que está de vuestro lado —propongo—. Podéis esperarme en el patio de armas, junto a Cornelio y Fletcher.

—Cuidaremos de ella —asegura el maestro de caza—. Puedes ir tranquilo, amigo Rolando.

Mientras ellos se alejan, yo descabalgo y me mezclo con la muchedumbre compuesta básicamente de campesinos y aldeanos que, en su mayoría, han venido a

hacer compras al mercado y a aprovisionar a la guarnición. Camino lentamente tirando de mi caballo sin llamar la atención de los soldados bárbaros que patrullan esta zona y que se cruzan conmigo.

Me acerco a la tienda de Arquiano, que sigue abierta. El rótulo permanece en el mismo lugar y todo indica que no ha sufrido cambios.

El armero está atendiendo a un par de clientes que, por lo que veo, pretenden adquirir espadas. Examinan cuidadosamente algunos modelos, pero no parecen demasiado convencidos.

Ato mi caballo junto a otras monturas y espero a que los hombres se marchen, cosa que hacen sin haber comprado nada. Dos soldados pasan cerca, pero ni siquiera me prestan atención.

—¿Eres ese al que llaman Arquiano? —le pregunto, acercándome.

—Sí, soy yo. ¿Qué queréis de mí?

—Me envía un amigo vuestro. Alguien a quien habéis servido fielmente.

—¿Un cliente satisfecho? ¿Alguien que me compró una buena espada y salvó su vida con ella? Decidme su nombre. ¿Cómo se llama?

—Su nombre no se puede pronunciar en estos tiempos. Pero lo conocéis muy bien y, por lo que sé, le servisteis a la perfección mientras vivió.

—¿Queréis decir que ha muerto?

—Exactamente. Y vengo a saldaros en su nombre —Arquiano me observa con detenimiento. Algo en mí ha llamado su atención.

—¿Quién sois? ¿Os conozco?

—Me llamo Rolando de Mort.

Me mira fijamente. La expresión de su rostro dice claramente que hay algo en mis facciones que le es familiar.

—Mi señor os encargó proteger y cuidar a dos mujeres. Una anciana y una niña. ¿Cómo están?

—Creo que es hora de cerrar la tienda —dice, empujando la puerta—. ¿Queréis entrar conmigo?

Echo una ojeada a mi alrededor pero no observo ningún peligro cercano. Así que me introduzco con toda confianza en el comercio de Arquiano, que cierra detrás de mí.

—Aquí podremos hablar sin ser oídos —dice, encendiendo algunas velas—. Son tiempos peligrosos en los que hasta las paredes tienen ojos y oídos.

—Tenéis aquí un verdadero arsenal —comento, observando las armas que están expuestas en la pared.

—Los soldados me controlan. Debo informarles incluso de las espadas que fabrico y darles el nombre de los clientes a quienes se las vendo. Eso me hace perder muchas ventas.

—El príncipe Royman quiere pedir os ayuda.

—Eso no es posible —replica—. Todo el mundo sabe que ha muerto. Decidme la verdad o salid de aquí.

—Fui su criado durante muchos años. Me encargó la misión de visitaros en caso de

muerte. Tenía mucho interés en proteger a Quania y a Vania, su nieta.

—¿Qué queréis de mí, exactamente?

—Obtendréis oro y plata si alojáis a una joven mujer, amiga del príncipe.

—¿Quién es?

—La conocéis. Estuvo aquí.

—¿Es la que acompañaba al joven príncipe?

—No hagáis demasiadas preguntas. Cuanto menos sepáis, mejor para vos. Esta misma noche estará aquí. Quiero ver a Quania y a su nieta. Necesito asegurarme de que están en buen estado.

Agarra un candil y se dirige hacia el fondo de la tienda, donde descorre una cortina y me invita a entrar.

—Pasan mucho tiempo en el patio trasero —explica—. Desde que Langan forma parte del reino de Welfort, sus vidas corren peligro. Quania no quiere salir. Dice que hay que proteger a la niña. Tiene miedo de que le pase algo.

Después de recorrer un largo pasillo y de cruzar un taller que contiene una forja, llegamos a una sala con un par de camastros, un armario y algunas banquetas. Varias prendas cuelgan de las perchas de la pared.

—Aquí están —me advierte, abriendo una pesada puerta de madera—. Os aseguro que las cuido bien.

La niña corre tras unas gallinas mientras la abuela Quania cose una túnica.

—Mujer, tienes visita —anuncia Arquiano—. Viene de lejos.

Quania se pone en pie y me mira con sorpresa e interés.

—Se llama Rolando de Mort y era criado del príncipe Royman —explica el armero—. ¿Le conoces?

Quania está turbada. Apenas puede apartar la vista de mi rostro. Estoy seguro de que me ha reconocido.

—¡Rolando de Mort! —murmura—. ¡Creo que ya te he visto antes!

—Era criado personal del príncipe. Escapé de milagro el día en que lo mataron. Yo también te reconozco, Quania. Sé lo que hiciste por la reina Elaine.

—¿Vienes a buscarnos? —pregunta la mujer.

—He venido para protegeros.

—¿Nos vas a sacar de aquí?

—Este es el lugar más seguro que conozco —respondo—. Es mejor que os quedéis. Arquiano os protege bien.

Vania se acerca y me mira. Está a punto de decir algo, pero Quania se lo impide.

—Ahora me tengo que ir —concluyo—. Voy a buscar a una amiga. Luego nos veremos.

—Es mejor que salgas por la puerta trasera —propone Arquiano—. Cuando vuelvas, golpea tres veces y os abriré. Tened cuidado con los soldados. Por la noche son más peligrosos. Beben demasiado durante el día y se vuelven locos.

Cuando estoy a punto de salir, le pregunto:

—¿Wilox sigue ocupando la regencia?

—Sí. Pero está sometido a Welfort. Después de la carnicería que hizo con la familia Delaforce, secuestró a Sibila e invadió el castillo. Wilox fue obligado a jurarle fidelidad. Cosa que hizo con gusto, según dicen.

—¿Le es fiel o se pondría del lado de la princesa Sibila si llega el caso?

—Sibila se va a casar con Welfort —dice—. No hay posibilidad de...

—No os mováis de aquí —le ordeno—. Luego volveré y hablaremos.

No hay soldados a la vista, así que me pierdo en las tortuosas callejuelas.

El nuevo Gran Milmort

Igual que en mi visita anterior, había cola para entrar en el templo. Y también un control militar exhaustivo. Nadie pasaba sin ser registrado o sin recibir un pergamino de identificación, como el que nos dieron a Ónica y a mí.

—¿Qué buscáis aquí? —nos preguntó uno de los guardianes, acercándose al carro—. ¿Para qué traéis a esta moribunda?

—Queremos ver al Gran Sacerdote —le dije—. Necesitamos su ayuda.

—Esto no es un hospital. Además, se nota a la legua que sois milmorts, y no podéis pasar. ¡Largaos de aquí!

—¿Puedes avisar a dos amigos? —le pedí amablemente—. Se llaman *Crepúsculo* y *Sombrío*... Fueron nuestros guías cuando vinimos para ser nombrados milmorts.

—No conozco a nadie con esos nombres —replicó—. No puedo avisar a quien no conozco. Es mejor que os marchéis.

—Escucha, guardián... Somos milmorts y no estamos habituados a recibir negativas —le dije, bajando del carro y colocándome a su lado—. No nos obligues a entrar a buscarlos.

—Las amenazas no te servirán de nada.

—¿Amenazas? No, te equivocas. Soy el príncipe Royman y acabo de bajar de la cima del Monte Milmort... Seguro que has oído hablar de mí.

Noté que se paralizaba. Aunque no pude ver su cara, comprendí que ya tenía noticias de un caballero milmort que había subido hasta la cumbre del monte, arrasando las murallas, y que había vuelto a bajar voluntariamente. Los guardianes viajan rápido.

Se acercó a su jefe que, después de escucharle atentamente, abrió el libro de registro de entradas. Hizo unas consultas ayudado por un escribiente y, finalmente, dio una orden a un soldado.

—Esperad —nos dijo el oficial—. Vamos a buscar a vuestros guías.

Sabiendo lo que sabíamos de ellos, no bajamos la guardia. Al contrario, extremamos las precauciones y no permitimos que ningún extraño se acercara más de lo debido.

—¿Crees que nos están tendiendo una trampa? —me preguntó Zoltan.

—No les interesa —respondí—. Pero es mejor ser precavidos.

—Ojalá lo hicieran —razonó Miliari—. Sería una buena ocasión para vengarme de ellos.

—Pase lo que pase no hay que separarse de Ónica —les advertí—. ¿Entendido?

—Descuida. Sabemos lo que nos conviene —respondió su hermano—. No estará sola ni un instante.

Poco después, dos encapuchados se acercaron.

—Hola, Royman —dijo *Sombrío*—. ¿Por qué has vuelto?

—Te dijimos que no debías regresar —añadió *Crepúsculo*.

—Tengo un problema y necesito ayuda.

—Nosotros no nos dedicamos a ayudar —comentó *Sombrío*.

—Ya lo sé. Pero debo aclarar que el problema también es vuestro —argumenté—. Si no me ayudáis, destruyo este templo y todo lo que contiene.

—Conocemos los detalles de tu hazaña en el Monte Milmort —reconoció *Crepúsculo*—. Pero no te será tan fácil actuar así en este lugar.

—Me acompañan dos milmorts... Zoltan y Miliari... Están deseando entrar a sangre y fuego en el templo. Decidme una vez más que no podéis ayudarme y comprobaréis que no exagero.

—La muerte no nos da miedo.

—La muerte asusta a todo el mundo. Incluso a los muertos... Conozco el Gran Secreto de Mort y sé lo que digo... Si vuestras cabezas ruedan por el suelo, ya no podréis permanecer en Mort. ¿Qué decís?

Crepúsculo y *Sombrío* se miraron durante un instante.

—¿Qué queréis exactamente? —preguntaron a la vez.

—Una entrevista con el Gran Sacerdote.

—¿Para qué?

—Para que me ayude a devolver la vida a Ónica. Está en ese carro, en estado agónico, más muerta que viva. Deseo que vuelva a vivir.

—El Gran Sacerdote no puede devolver la vida a nadie.

—Pero sabe dónde está Mort.

—No te lo dirá —sentenció *Sombrío*.

—Déjame que le convenza —le pedí—. Dame una oportunidad. Me la debéis. Me habéis engañado con lo del Monte Milmort. Estáis en deuda conmigo.

—Nosotros sólo cumplimos con nuestro trabajo.

—Lo vuestro no es un trabajo, es una patraña —repliqué—. No perdamos más tiempo. Ante mi decisión, dieron un paso atrás.

—Seguidnos. Intentaremos ver al Gran Sacerdote —aceptó *Sombrío*—. Pero no os prometemos nada.

—Nunca prometéis nada —dije—. Nada espero de vosotros.

Zoltan subió al pescante y tiró de las riendas. El carro avanzó lentamente entre la gente que nos observaba. Todo el mundo sabía que los que conseguían la compañía de los guardianes eran unos privilegiados.

Los centinelas nos preguntaron nuestros nombres y nos entregaron un pergamino.

—No os separéis de vuestros guías...

—Ya sabemos lo que tenemos que hacer —dije, agarrando el documento—. Pero no te aseguro que lo vayamos a cumplir.

El centinela iba a responderme, pero *Sombrío* le hizo una señal con la mano, deteniéndole.

—Debéis entregar las armas —pidió el oficial, interponiéndose en nuestro camino.

—¡Cógelas tú! —le desafió Miliari—. ¡Aquí tienes la mía!

El oficial, que no estaba dispuesto a dejarse amilanar, dio un paso adelante, pero *Crepúsculo* se adelantó.

—No es necesario —le dijo—. Son de confianza.

—Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie armado —insistió el oficial.

Sombrío le agarró del brazo y le llevó a un aparte. No sé qué le dijo, pero le convenció.

Miliari y Zoltan suavizaron su actitud. Ya no valía la pena crear un conflicto por algo que estaba solucionado.

Mientras entrábamos, me acerqué al carro y cogí la mano de Ónica.

—¡Te devolverán la vida! —le susurré—. ¡Te lo aseguro!

Todos los que se cruzaban con nosotros nos miraban con consideración.

Algunos, incluso, inclinaban levemente la cabeza ante mí, en señal de respeto, lo que me resultó extraño.

Un poco después, avistamos la soberbia estatua del Gran Milmort.

Sólo que había cambiado un poco.

¡Le habían puesto mi cara!

Habían utilizado el molde que me habían hecho para el escudo y mi rostro era ahora el del Gran Milmort.

—Vaya, parece que te has hecho famoso por aquí —bromeó Zoltan.

La verdad es que me sentí utilizado.

No obstante, podía beneficiarme.

Reunión de amigos

Cuando Quania ve entrar a Sibila se queda paralizada por la sorpresa.

—Princesa —dice, inclinándose ante ella—. Nunca os agradeceré bastante lo que vos y el príncipe Royman hicisteis por nosotras. La niña y yo os estamos inmensamente agradecidas.

—Nuestras vidas corren peligro —replica la princesa, con voz angustiada—. Wolfort no descansará hasta que me haya recuperado y os haya matado a todos.

—Debemos reconquistar vuestro trono, princesa —digo—. Es la única forma de conseguir la libertad.

—Es fácil decirlo —contesta con un tono de amargura—. Pero no será fácil hacerlo.

—Quizá consigamos que Wilox se ponga de vuestro lado y podamos evitar un baño de sangre —comento.

—¿Pensáis gobernar Langan? —pregunta Arquiano, sorprendido.

—Soy la princesa heredera. El trono es mío y quiero ocupar el lugar que me corresponde —replica Sibila con la determinación de quien sabe lo que quiere.

—No creo que Wilox os lo permita —dice el hombre—. Cuenta con el apoyo de Wolfort.

—Y Sibila nos tiene a nosotros —le recuerdo yo.

—Tenéis muchos fieles —interviene Cornelio—. Sólo esperan una oportunidad para alzarse en armas.

—¿Dónde están esos seguidores? Yo no veo a ninguno —bromea Arquiano.

—No es el momento de discutir —digo—. Es la hora de actuar. Debemos urdir un plan de acción. Propongo que entremos en la torre, apresemos a Wilox y le obliguemos a devolver el poder a Sibila.

—Haremos lo que mejor sabemos hacer —propone Cornelio—. Espiaremos y buscaremos información. Calcularemos sus fuerzas y sabremos cómo actúan... Y luego... ¡Zas!

Más tarde, mientras comemos, entramos en detalles. Nuestro plan va cobrando forma. Resulta muy audaz, pero es posible.

—La clave está en hacernos con Wilox y convencer a vuestros súbditos de que habéis vuelto a Langan para ser coronada reina —resumo.

—Hay muchos soldados —dice Cornelio—. La torre debe estar repleta.

—Necesitaremos ayuda —reflexiona Sibila—. Hombres armados, dispuestos a luchar.

—Fletcher debería partir mañana mismo en busca de los suyos —decido. De inmediato, me vuelvo hacia él y le pregunto—: ¿Crees que podrás reunir un buen grupo de fieles?

—Estoy seguro. Sin embargo, necesitaré un poco de tiempo.

—Es lo único que no tenemos —dice Sibila—. ¡Es preciso correr!

—Os prometo que haré todo lo que pueda, princesa. Pero estoy lejos de Force. El viaje ya me llevará varios días.

—De todas formas, actuaremos según lo planeado —resumo—. Entraremos en la torre y resistiremos hasta que vuelvas. Tienes que saber que contamos contigo.

—Bien, pero ahora hay que descansar —nos apremia Arquiano—. Haréis mejor vuestro trabajo si os encontráis en forma.

Arquiano ha preparado algunos jergones en el suelo para nosotros, delante de la puerta de la habitación destinada a Sibila.

Nadie podrá entrar sin despertarnos. Sin embargo, para mayor seguridad, organizamos turnos de guardia. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. A pesar de las precauciones que hemos tomado, no podemos estar seguros de que alguien no se haya fijado en nosotros. La verdad es que cuatro personas hacen mucho ruido.

Cuando estoy a punto de acostarme, me doy cuenta de que Quania me mira fijamente, como si quisiera decirme algo.

Desde que he llegado, he tenido la sensación de que sabe quién soy realmente. La he sorprendido varias veces escudriñando mi rostro en busca de pruebas que le confirmen lo que viene sospechando.

Pero yo sé que es imposible. No lo sabe. No puede saberlo.

Nadie en este mundo cree que un muerto puede volver a la vida.

Ni siquiera yo lo creería.

La rabia de Royman

Nos llevaron hasta la puerta del edificio en el que nos habíamos alojado la vez anterior.

—Aquí esperaréis hasta que el Gran Sacerdote os conceda audiencia —nos anunció *Sombrío*, justo antes de entrar—. Tened paciencia.

Pero yo no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Llevadnos ante él —le exigí—. ¡Ahora!

—Royman, tenemos que organizar la audiencia —explicó *Sombrío*—. El Gran Sacerdote tiene muchas cosas que hacer. No es fácil verle.

—¡No me hagáis enfurecer! —rugí, agarrándolo de la pechera—. ¡Llevadnos a su presencia!

—¡No os dejarán entrar! —advirtió *Sombrío*.

—¡Tienes que aguardar hasta que te conceda su tiempo! —añadió *Crepúsculo*.

—¡No esperaré! ¡Ónica tiene que revivir! ¡El tiempo corre en su contra!

—¡No podemos hacer nada!

—¡Decidle que el Gran Milmort quiere verle enseguida!

Los soldados se acercaron cuando oyeron los gritos.

—¿Qué pasa? —preguntó un oficial.

—No ocurre nada, amigo —le respondió Zoltan, cortándole el paso—. Ocúpate de tus asuntos y déjanos en paz.

Pero no le hicieron caso. Estaban dispuestos a demostrar que allí mandaban ellos. El oficial empujó a Zoltan y la furia se desató.

Desenfundé mi espada y me lancé contra ellos. Si no estaban dispuestos a escuchar mis palabras y mis súplicas, iban a prestar oídos a mi acero.

El primer mandoble abatió a dos hombres. Zoltan acabó con el oficial y Miliari tumbó a tres más.

—¡Quietos! —rogó *Sombrío*—. ¡Quietos!

—¡No pararemos hasta que veamos al Gran Sacerdote! —le respondí—. ¡Mataremos a todos los que nos impidan el paso!

—¡Esperad! ¡Iremos a avisarle! —gritó *Sombrío*—. ¡Le pediremos que os reciba!

Pero no le respondimos. Al contrario, seguimos luchando con los soldados negros, dispuestos a hacerles ver que no íbamos a parar hasta lograr nuestro objetivo. Las palabras no iban a detenernos.

Varios destacamentos de soldados se acercaron y nos rodearon. Nuestras espadas se

alimentaban con su sangre y producían interminables alaridos de dolor.

Cada uno se ocupaba de un lado del carro. Sabíamos que no podíamos alejarnos de Ónica. Pero también éramos conscientes de que nuestra determinación nos aproximaba más a nuestro objetivo.

—¿Dónde está ese gran hombre? —pregunté a gritos—. ¿O quiere que os matemos a todos?

—¡En su palacio! —replicó *Sombrío*—. ¡Pero no podrás entrar!

La gente se arremolinaba a nuestro alrededor y los soldados eran cada vez más numerosos.

—¡Mirad! —vociferó *Crepúsculo*—. ¡Os envía a uno de sus hijos!

Más allá de la estatua del Gran Milmort, vimos a una comitiva que se dirigía hacia nosotros. Una cohorte de soldados protegía a los criados que sujetaban un palio. Bajo el mismo, varios esclavos transportaban una silla en la que destacaba la figura majestuosa de un hombre encapuchado.

—¡Atrás, soldados! —ordenó *Sombrío*—. ¡Viene un hijo del Gran Sacerdote!

Los soldados negros dejaron de luchar y dieron unos pasos hacia atrás. Ante la falta de enemigos, tuvimos que deponer nuestra actitud, pero no bajamos la guardia. Ya sabíamos que eran peligrosos y no queríamos dejarnos engañar.

—¡Milmorts! —gritó *Crepúsculo*—. ¡Arrodillaos ante el hijo del Gran Sacerdote!

—¡Nunca haremos eso! —respondí—. ¡No doblaremos la rodilla ante nadie!

Varios soldados de la guardia personal del hijo del Gran Sacerdote nos rodearon y nos apuntaron con sus largas lanzas, pero no respondimos a la provocación.

Entonces, los esclavos que transportaban la silla se inclinaron y la depositaron en el suelo. Zoltan subió al carro, Miliari apartó con su espada a los más cercanos y yo di un paso adelante para demostrarles que no me impresionaban.

La tensión creció. Los soldados se pusieron en actitud de alerta, temerosos de que le atacáramos.

—¡Quieto, príncipe Royman! —ordenó el hijo del Gran Sacerdote—. Nosotros te nombramos milmort.

—No lo olvidaré —respondí—. Todavía tengo dolores a causa de las heridas que me causasteis en la ceremonia —le recordé.

—He venido porque me han dicho que tienes un grave problema.

—Has venido para evitar que mate a tus hombres y destruya este templo.

—Dime qué deseas.

—Quiero hablar con el Gran Sacerdote. Tú no me sirves —le dije.

—¡No toleraré ninguna insolencia! —respondió—. ¡Soldados! ¡Detened a estos hombres!

Los soldados dieron un paso adelante, dispuestos a acabar con nosotros. Entonces, con la sangre hirviendo, me dirigí hacia ellos y comencé a golpear hacia todas partes. Mi espada volaba como un implacable pájaro de muerte, destrozando todo lo que se ponía en su camino.

—¡Zoltan! ¡Miliari! —grité—. ¡Vamos al palacio!

Zoltan subió al pescante y agarró las riendas, e hizo avanzar el carro, protegido por Miliari, que se había encaramado en la parte posterior, y por mí, que le iba abriendo paso.

—¿Qué hacéis, locos? —dijo el hijo del Gran Sacerdote—. ¿Qué hacéis?

—¡Abrid paso! —grité—. ¡Quitaos de en medio!

El hijo del Gran Sacerdote se interpuso en mi camino, decidido a hacerme desistir de mi idea de invadir el palacio.

—¡Detente, maldito milmort! —exigió—. ¡No pasarás!

Mi espada se abatió sobre él igual que un rayo caído del cielo.

—¡Nadie nos detendrá! —grité.

Los soldados se sintieron un poco desconcertados e hicieron ademán de parar, pero sus oficiales los instigaron a seguir adelante y no tuvieron más remedio que avanzar.

El ataque se hizo más feroz. Yo marchaba sobre los cadáveres y el carro me seguía de cerca. Nada podía detenerme. Ya había decidido entrar en el palacio del Gran Sacerdote y lo iba a lograr, pasara lo que pasara.

La barrera de guerreros se iba haciendo más densa ya que no dejaban de llegar refuerzos. Pero mi espada milmortiana se había convertido en una cuña que penetraba sin descanso en ese bosque de cuero, acero y carne.

—¡Quitaos de en medio! —les gritaba cada vez que asestaba uno de mis terribles mandobles—. ¡Fuera de mi camino!

Golpe a golpe, despejamos el terreno y conseguimos llegar hasta la puerta del palacio.

Sombrío y *Crepúsculo* se arrodillaron al pie de la escalera, decididos a impedirnos el paso.

—¡Os lo rogamos! —imploraron—. ¡No sigáis adelante!

—¡Apartaos, esclavos de Mort! —les dije—. ¡O moriréis aquí mismo!

Pero no se movieron.

Entonces, impulsado seguramente por un sentimiento de amistad, los aparté de nuestro camino, evitando que el carro les hiciera daño.

—¡La carreta no puede subir la escalera! —gritó Zoltan, mientras azotaba a los caballos—. ¡Es imposible!

—¡Te equivocas, amigo! —respondí y levanté la parte delantera hasta que la rueda superó el escalón. Miliari azuzó los caballos y la hizo subir, pero la rueda trasera se resquebrajó.

—¡Sigue, Zoltan! ¡Sigue adelante! —grité a la vez que abatía a dos o tres soldados que querían aprovechar mi descuido—. ¡Arrástrala si es necesario!

La rueda se astilló, pero el carro consiguió llegar hasta la mismísima puerta del Palacio del Hospedaje, donde los guardianes decidieron apartarse y dejarnos el paso libre.

—Vosotros quedaos aquí —les dije a *Sombrío* y a *Crepúsculo*—. Es mejor. Seguiremos solos. Gracias por todo. No olvidaremos lo bien que os habéis portado con nosotros.

—No podemos ayudarte más —dijo *Sombrío*.

—Lo sé, por eso debemos separarnos. A partir de aquí, las cosas se van a complicar mucho. Adiós, amigos.

Les estreché la mano y Ónica les dirigió una tímida sonrisa.

Pero fue un error. Varias flechas los acribillaron. Confraternizar con el enemigo siempre se ha castigado.

Cuando los vi ahí, tumbados en el suelo, con el cuerpo lleno de flechas, sentí un escalofrío y comprendí que en Mort todo lleva al mismo sitio: a la muerte.

No había lugar para la amistad, el respeto, el amor... No había espacio para los sentimientos.

El plan de Cornelio

Después de una intensa jornada de observación, nos hemos hecho una idea de lo que pasa en el castillo de Langan.

Sabemos que Wilox sigue las órdenes de Wolfort al pie de la letra. Ejecuta sin piedad a todos los que no respetan las reglas impuestas desde la invasión de los bárbaros. Los calabozos están repletos de fieles a la familia Langan y muchos trabajan como esclavos en los campos y talleres.

—Va a ser difícil entrar en la torre —determina Cornelio—. No sé si lo conseguiremos.

—No hay otro camino —replico—. Tenemos que hacernos pronto con el trono. Wolfort debe de estar a punto de enviar emisarios que adviertan del secuestro de Sibila. Me extraña que aún no hayan llegado.

—Rolando tiene razón —me apoya la princesa—. ¡Ahora o nunca!

Cornelio se resigna.

—Entonces, os propongo el siguiente plan —dice—. Creo que sólo tendremos una oportunidad. Si sale mal, moriremos todos.

—¿Todos? —pregunta Arquiano.

—Si alguien nos descubre o nuestro proyecto se frustra, no quedará nadie para contarlos —insiste el cazador—. Por eso debemos actuar con mucha precisión. Escuchad...

Se inclina sobre la mesa y, con un trozo de carbón, dibuja un mapa tosco pero entendible.

—La torre está rodeada de centinelas y las murallas, repletas de soldados. La única zona que está poco vigilada es la de las caballerizas. Hay un acceso que lleva directamente a la torre.

—Lo conozco —dice Sibila—. Lo usé en una ocasión con Royman.

Sus palabras me remueven el corazón. Recuerdo el día en que salimos de la torre y, disfrazados de palafreneros, paseamos en busca de información. Aquel día conocimos a Arquiano.

—Nos acercaremos a los establos con la excusa de buscar alojamiento para nuestras monturas —añade Cornelio—. Una vez dentro...

Explica su plan con todo lujo de detalles. No en vano es un excelente cazador. Toda su pericia está ahora dibujada sobre la tabla de madera.

—A mí me parece bien —afirma Sibila—. Es un buen proyecto.

—Muy arriesgado —digo.

—Más peligroso es quedarse aquí, sin hacer nada —contesta Cornelio—. Cada día que pasa, el riesgo aumenta.

—Quizá convenga esperar a que Fletcher vuelva con sus hombres —advierde Arquiano.

—Tardará mucho —argumenta Sibila—. Eso, en caso de que no se haya topado con los hombres de Wolfort y lo hayan detenido.

—¿Entonces, qué hacemos? —pregunta Cornelio—. ¿Vamos de caza o no?

—¡Lo haremos! —concluye Sibila, poniéndose en pie—. ¡Cuanto antes, mejor!

La observo con atención y descubro en ella a la joven princesa decidida que siempre me ha gustado. A pesar de los sufrimientos que ha padecido en los últimos tiempos, mantiene esa entereza que la caracteriza.

—De acuerdo —digo—. Entraremos en esa maldita torre y nos haremos los dueños.

—¿Cuándo? —pregunta Sibila—. ¿Mañana?

—¡Al amanecer! —determina Cornelio—. ¡Tiene que ser mañana por la mañana!

—¿A qué vienen esas prisas? —se sorprende Arquiano—. ¿Es que estáis deseando morir?

—Sabemos que Wilox estará en el castillo —explica Cornelio—. Es posible que luego salga de caza o de viaje. Por eso debemos actuar con rapidez. Aprovechemos que aún no están al corriente de que nos encontramos aquí.

—Estoy segura de que Wolfort tarda en venir porque está reuniendo su ejército —dice Sibila—. A veces pienso que sus hombres nos están vigilando.

—Los soldados bárbaros del castillo no saben nada —digo—. O ya habrían intentado detenernos.

—Son una panda de borrachos indisciplinados —añade Arquiano—. No opondrán mucha resistencia cuando llegue el momento.

Mientras los demás se preparan, voy a visitar a Quania, que sigue en la habitación, junto a la niña.

—Esta madrugada vamos a emprender una acción peligrosa —le explico—. Espero que todo salga bien. Pero si algo se torciera, os recomiendo que salgáis de aquí. Huid lo más lejos posible. Si Wolfort os atrapa, vuestras vidas no valdrán nada.

—Dejaron de tener valor el día en que mi hija Almaria intentó matar a la princesa —replica la anciana con mucha tranquilidad—. Espero que vuestro plan salga bien. Por el bien de todos.

—Recuperaremos lo que hemos perdido.

—¿Incluso la vida?

—¿Qué dices, mujer?

—Digo que hay que luchar para recuperar todo lo que se ha perdido en la vida. Hay una leyenda que habla de unos caballeros que vuelven del Abismo de la Muerte. Son los caballeros milmorts.

—¿Milmorts?

—Un milmort es un caballero que regresa al Mundo de los Vivos en busca de una

mujer.

—¿Acaso invocas a los muertos? —le pregunto.

—En estos tiempos no se puede hablar de ello —replica—. Podría costarme la vida.

Guardo silencio durante unos segundos.

—Más te vale mantener la boca cerrada —le sugiero—. Si te acusan de hechicería, podrías acabar en la hoguera.

—Tendré cuidado —responde—. Sólo quiero proteger a la niña.

Un ruido detrás de mí me hace girar la cabeza.

—Estamos ultimando los detalles —anuncia Sibila, apoyada en el quicio de la puerta—. ¿Vienes, Rolando?

No soy capaz de adivinar cuánto tiempo lleva ahí, pero me gustaría saber si ha escuchado nuestra conversación.

—Ya lo sabes, si no volvemos, coge a la niña y huye —le recuerdo a Quania—. ¡Huye lo más lejos posible!

Cuando salimos, Sibila me mira con cierta suspicacia.

—¿Qué pasa, princesa? —le pregunto—. ¿Qué he hecho?

—Nada, amigo Rolando, pero tengo la impresión de que tú y esa mujer os lleváis muy bien. ¿Cuándo la conociste?

—Tuve que servirla durante el tiempo que estuvo en el castillo de Force, cuando fue a curar a la reina Elaine de los envenenamientos.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —dice—. Era un secreto.

—Era un secreto a voces. Todo el mundo sabía que la estaban envenenando y que Quania fue llamada para salvarla. Todo el mundo estaba al tanto.

—Pero nadie sabía que estaba aquí, en Langan. Royman se ocupó de ocultarlo.

—En este mundo, princesa, nada se puede ocultar. Si no queremos que los demás sepan lo que hacemos, no debemos hacerlo. Lo que no se hace no se divulga.

—Sí, pero no has respondido a mi pregunta... ¿Cómo sabías tú que estaba aquí? Sólo lo sabía Mardof, y está muerto.

—El príncipe Royman me lo había contado —respondo con aplomo, como si fuese cierto—. Yo me ocupaba de mandar dinero a Arquiano y recibía sus informes.

—Sabes cosas que yo desconozco, pero no te recuerdo vestido de criado. Todo esto es muy raro, amigo Rolando.

—Soy la sombra del príncipe Royman. Él me encargó proteger a Quania y a su sobrina...

—¿A mí no?

—Naturalmente que sí... Por eso estoy aquí. Es mi misión más importante.

Sin impedimentos

Una vez dentro, nos abrimos paso a golpe de espada. La resistencia se fue haciendo más fuerte ya que los soldados eran más experimentados. Pero no les sirvió de nada.

—¡Quitaos de en medio, malditos! —gritaba sin cesar, tratando de convencerles de que su oposición no iba a impedir nuestro avance.

—¡Deteneos! —exigió un general, que se colocó en el centro de un pasillo, sujetando una gran espada con las dos manos—. ¡Habéis llegado al final del camino!

—¡No nos impedirás el paso! —le respondí.

Pero mis palabras no estaban avaladas por la realidad. Docenas de hombres se acercaron a él y le rodearon, formando una muralla inaccesible y muy difícil de traspasar.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Zoltan.

—Miliari, coge a Ónica en tus brazos —ordené al príncipe.

—¿Qué pretendes? —preguntó él mientras la alzaba.

Como respuesta me acerqué a los caballos y los enfilé hacia el pasillo.

—¡Arreeee! —grité, azuzándolos con el látigo—. ¡Arreeee!

Entonces, la carreta, a pesar de tener una rueda destrozada y otra averiada, se lanzó a una loca carrera sobre las baldosas del largo pasillo.

El ruido era ensordecedor. Los caballos relinchaban, sus cascos golpeaban el suelo de mármol y nosotros lanzábamos gritos de guerra. Además, los soldados chillaban y maldecían para dominar su propio miedo.

Algunos jarrones y varios cuadros cayeron al suelo. Los animales, posiblemente más espantados que nosotros, ponían todos los medios a su alcance para salir corriendo, cosa difícil ya que las herraduras les hacían patinar.

Finalmente los caballos se lanzaron sobre los hombres. Muchos cayeron al suelo junto al general que, sin poder evitarlo, fue pisoteado igual que la hierba bajo las botas de un ejército que avanza implacable.

Debido a la gran cantidad de soldados derribados, el tiro de caballos se soltó del carro que, después de dar un par de sacudidas, se quedó quieto. Los cuatro animales siguieron su loca carrera y se perdieron en los largos corredores del enorme palacio.

Sin pérdida de tiempo, Zoltan y yo nos lanzamos hacia los soldados mientras Miliari se mantenía en retaguardia para proteger a Ónica.

—¡General! —le llamé—. ¡Voy a por ti!

El general, que había caído con sus hombres, trató de ponerse en pie, pero no lo consiguió. Mi espada le abatió de un solo golpe.

—¡Esto es una locura! –gritó Zoltan.

—No perdamos tiempo –nos apremió Miliari–. ¡Ónica agoniza!

Tenía razón, no era el momento de andarse con remilgos. Ahora se trataba de solucionar nuestro problema, que se agudizaba por momentos.

—¡Miliari! ¡Sujeta fuerte a Ónica y sígueme! –le ordené.

La afianzó entre sus brazos mientras Zoltan y yo le protegíamos de algunos atacantes.

—¡Vamos! –grité, golpeando con todas mis fuerzas a todos los que osaban acercarse.

—¡Royman, se retiran! –dijo Zoltan de repente–. ¡Se marchan!

Efectivamente, los soldados negros estaban abandonando la lucha, dejando un rastro de dolor y sangre.

—¿Por dónde vamos? –preguntó Zoltan.

—¡Es al final de este pasillo! –les indiqué–. ¡Adelante!

Aparté a los soldados rezagados que, posiblemente, albergaban todavía la idea de eliminarnos y avancé con rapidez para despejar el camino.

Por fin llegamos a la escalera que nos llevó al primer piso, donde topamos con una gran puerta que, según recordaba, era el último obstáculo entre el Gran Sacerdote y nosotros.

Algunos soldados que huían de nosotros, se unieron a los centinelas que nos observaron aterrorizados. Estaban indecisos. Debían permanecer en su puesto, pero sabían que si lo hacían lo perderían todo. Algunos nos habían visto pelear y estaban convencidos de que no tenían nada que hacer contra nosotros.

—Os doy la oportunidad de salvar la vida –les advertí–. ¡Marchaos ahora mismo!

Se miraron unos a otros y tomaron la decisión más inteligente.

Se replegaron hacia la pared, pasaron a nuestro lado y se fueron. Algunos de los soldados que todavía pensaban en atacarnos se unieron a ellos y, todos juntos, se retiraron varios metros.

La hoja de la milmortiana destrozó la cadena que unía las dos batientes y la puerta se abrió con facilidad.

Pero unos diez o doce soldados que estaban en el interior nos salieron al paso.

—¿Quiénes sois? –me preguntó el oficial que los mandaba–. ¡Atrás!

—¡Queremos entrar! –le respondí.

—¡Tendrás que...!

No pudo terminar la frase.

Cuando sus hombres le vieron caer, dieron un paso atrás.

—¡Apartaos! –grité.

Zoltan y yo tuvimos que abatir a algunos más para convencer a los demás de que nada nos iba a detener. Una vez dentro, yo me adelanté rápidamente hacia el gran estrado del tribunal donde, en ese momento, estaban ordenando a un caballero milmort. El

hombre, que llevaba una túnica, se hallaba colgado de las cadenas, igual que Ónica y yo tiempo atrás.

Cuando nos vio, el Gran Sacerdote se puso en pie.

—¿A qué se debe este atropello? —preguntó.

—¡Baja de ahí! —le ordené, en un tono autoritario—. ¡O te bajo yo!

Me miró sorprendido. Creo que recordaba a aquel joven sumiso que soportó con paciencia las dolorosas pruebas a las que le había sometido. Sin embargo, ahora se encontraba con un rebelde que no le demostraba ningún respeto.

—¡Recibirás tu castigo! —me advirtió—. ¡Soy el Gran Sacerdote y nadie puede tratarme así!

Los verdugos me miraron, pero no se movieron.

Entonces, sin mediar palabras, me lancé a por él sin que los soldados se atrevieran a interponerse. Le agarré de la túnica y del collar que colgaba de su cuello, le saqué de su trono de madera y le arrojé al suelo, donde le coloqué la punta de mi espada sobre el pecho al tiempo que le hacía una advertencia:

—¡Me engañaste una vez, pero no lo volverás a hacer!

—¿Qué quieres? —preguntó embozado tras su capucha aterciopelada.

—¡Quiero que me ayudes a devolver la vida a mi compañera, a la que nombraste milmort! ¡Le disteis una espada, una cadena y un escudo!

—¡Yo no puedo hacer eso!

Estaba tan furioso que le di una patada en el costado. Le agarré del cuello y lo puse en pie. Después, liberé al aspirante a milmort, puse al sacerdote en su lugar, le coloqué la argolla en el tobillo y tiré de la cadena hasta que quedó suspendido en el aire, con la cabeza hacia abajo. Los demás miembros del tribunal lanzaron voces de protesta por el indignante trato que su patriarca estaba recibiendo.

—¡Si alguno quiere quejarse, le escucharé encantado! —gritó Zoltan, manteniendo a raya a los soldados—. ¿Hay algún voluntario?

El joven milmort, que estaba en el suelo a punto de desmayarse, se sobrepuso y se levantó para abalanzarse sobre Zoltan, que se vio obligado a golpearle en la cara, lo que le hizo perder definitivamente el sentido.

—¡No hagáis tonterías! —advirtió Miliari a los demás.

—¡Suéltame! —gritaba el Gran Sacerdote—. ¡Suéltame de una vez!

—¡Seguirás ahí colgado hasta que me des lo que quiero! —le respondí.

—¿Qué necesitas exactamente?

Miliari se acercó y depositó el cuerpo de Ónica en el suelo, a pocos centímetros de su cabeza.

—¡Es mi hermana y deseo recuperarla!

—¡Amo a esta mujer y quiero que viva! —añadí—. ¡Eso es lo que quiero!

—No resucito a los muertos —replicó—. Mi labor es atender a los que viven en Mort. ¡No sé nada de la vida!

—Sé que Mort puede devolverle la vida —le presioné—. Pero también sé que podéis ayudarme a llegar hasta él. ¡Decidme dónde está!

—No puedo decirlo —respondió—. Esta chica nunca llegará con vida. Morirá esta misma noche.

Acerqué mis labios a su oído derecho y, lentamente, le dije:

—Además de destruir este templo, contaré el Gran Secreto de Mort a todo el mundo. No creáis que dudaré en hacer ambas cosas.

—Conozco tu hazaña en el Monte Milmort —respondió—. Sólo eres un mortal. No conseguirás impresionarme con tus amenazas.

—Entonces, escucha esto... Si vuelves a negarme tu ayuda, te corto el cuello antes de que tus hombres consigan impedirlo. Y luego te descuartizaré y arrojaré tus restos a los buitres y las hienas.

—Mi vida no vale nada. Otro me sustituirá.

—También le mataré. Y a todos los que ocupen tu silla. Nadie podrá detenerme. Y todo Mort conocerá el Gran Secreto.

—Si haces eso, Ónica sufrirá dolores eternos. Tenemos medios para defendernos de gente como tú. ¡Caballeros orgullosos, convencidos de que podéis doblegar la voluntad de Mort! ¡Estás loco!

—¡Adiós, Gran Sacerdote! —le dije, alzando mi espada, dispuesto a descabezarlo.

El trono de Sibila

Sibila, Cornelio y yo hemos llegado a los establos. Nuestra actitud ha sido tan normal que no hemos llamado la atención de ningún soldado y nadie se ha fijado en nosotros.

Reina una gran tranquilidad que evidencia que los prepotentes hombres de Wolfort están convencidos de que dominan la situación y que no esperan ninguna sorpresa. Un error que nos beneficia.

Amarramos nuestros caballos a un poste de madera. Después, los desensillamos y dedicamos unos minutos a limpiarlos.

—¿Vais a estar aquí mucho tiempo? —pregunta el vigilante—. Os cobraré una moneda cada día. Incluye el forraje.

—Creo que nos marcharemos pronto —digo—. En cuanto cerremos un negocio.

—Tendré que cobraros un día por adelantado... Por si os sale mal...

—Seguro que todo irá bien —interviene Cornelio—. Somos cazadores y vendemos carne.

—Es un buen asunto, pero no me fio. En estos tiempos, la gente muere por menos de nada. ¿De dónde venís?

—De Mort —respondo—. Un reino lejano.

—Ni me suena ni he oído hablar nunca de él.

—Aquí tienes tres monedas —dice Sibila, tendiendo la mano—. Por si nos retrasamos.

—Gracias, señora. Cuidaré de vuestras monturas como si fuesen mías. ¿Adónde os dirigís?

—Vamos a la torre —respondo—. Tenemos una cita con el caballero Wilox.

—No os dejarán entrar con esas espadas. No permiten armas en la torre. Nuestro señor, el gobernador Wilox, es un hombre muy prudente.

—No hay problema. Es amigo nuestro —le aclaro—. No nos pondrán pegas.

El caballerizo, que dice llamarse Traylor, me mira con suspicacia. Es evidente que mis palabras han despertado su interés.

—¿Sois amigos del caballero Wilox? —pregunta mientras guarda las monedas en su bolsa—. ¿Seguro?

—Desde antes de la llegada del rey Wolfort —afirma Sibila—. Hace años que le conocemos y somos buenos amigos.

—Me cuesta creerlo —refunfuña—. Pero me da igual. Los soldados se encargarán de comprobarlo.

Bajo su atenta mirada, salimos del establo, nos dirigimos hacia la puerta de entrada y desaparecemos de su vista sin despertar sus sospechas.

—Cuando sea la reina de Langan, despediré a este hombre que sólo se interesa por lo suyo. Ni siquiera ha comprobado nuestros nombres.

—Nos conviene —digo—. Así todo es más fácil.

—Sí, pero no quiero dejar mi vida en sus manos —me advierte—. No me interesa rodearme de gente así.

—Hacéis bien, princesa —dice Cornelio—. Seleccionad con atención a los que os sirven. Eso alargará vuestra vida.

—Derek me lo enseñó —afirma, abriendo la puerta—. Lo practicó todo lo que pudo. Conocía los nombres de todos los sirvientes. ¿Verdad, Rolando?

—Sí, alteza. Tenéis razón.

—¿Le conociste?

—Poco, pero me caía bien. Era un hombre noble.

—¿Cuándo entraste al servicio de Royman?

—Es difícil saberlo. No sé...

—Ya veo. No hace falta que sigas. No quiero que me mientas.

Sibila, Cornelio y yo avanzamos por el largo pasadizo. Los soldados que se cruzan con nosotros apenas nos prestan atención. Es evidente que se sienten seguros y que dos hombres y una mujer no significan ningún problema para ellos. Sibila tiene razón sobre la seguridad, la confianza excesiva es un mal enemigo.

—¡Alto! —ordena un sargento que nos corta el paso—. ¿Quiénes sois y adónde vais?

—Me llamo Rolando de Mort y mis amigos y yo queremos hablar con el gobernador Wilox —le anuncio, avanzando hacia él.

—No podéis llevar armas en la torre —advierte, haciendo una señal a sus hombres—. ¡Entregad esas espadas!

—Aquí está la mía, oficial —replico, ofreciéndosela—. Es vuestra.

El sargento alarga el brazo con la intención de agarrar mi arma, pero hago un movimiento rápido y le coloco la punta de la espada sobre el cuello.

—¿Estás loco? —ruge—. ¿Quieres morir?

—¡Llévanos ante Wilox! —le exijo—. ¡Ahora!

—Es imposible. No nos dejarán pasar —nos advierte—. Su guardia pretoriana os matará antes de que os acerquéis a él.

—No te preocupes por eso —le replico—. Manda a tus hombres que se queden quietos y comienza a andar hacia la escalera.

El sargento se lo piensa un poco antes de seguir mis instrucciones.

—¡No os mováis, soldados! —les ordena—. ¡Quedaos aquí y no hagáis tonterías! Yo me ocupo de esto.

Retrocedemos hasta una puerta que cerramos detrás de nosotros.

—Ahora, sargento, nos vas a llevar directamente a la cámara de Wilox —le digo—. Voy a enfundar mi espada para no despertar sospechas, pero no cometas el error de pensar que saldrás vivo si nos delatas. ¿Entendido?

—Soy muy certero con el cuchillo —le advierte Cornelio.

El hombre asiente con la cabeza. Sabe muy bien que no puede oponerse a nuestras órdenes y que no ganará nada engañándonos.

Subimos una escalera, pasamos ante algunos centinelas y nos cruzamos con varios caballeros que ni siquiera se fijan en nosotros. No reconocen a Sibila, que lleva el rostro medio tapado con una capucha.

Poco después, entramos en una galería, donde el sargento se detiene.

—El gobernador Wilox está tras esa puerta —nos indica.

—Entonces, hemos llegado a nuestro destino —le digo—. Acompáñanos y serás recompensado.

—Mi premio será veros colgados del patíbulo —replica con rabia—. ¡Es el sitio de los delincuentes!

—¿Cómo os llamáis? —le pregunta Sibila, abriendo ligeramente la capucha.

—Me llamo Rupert. Sargento Rupert.

—Soy la princesa Sibila y recomendaré a Wilox que os ascienda —le promete—. No lo echéis todo a perder en el último momento. Ayudadnos a pasar ese puesto de centinelas, sargento Rupert.

Rupert la ha reconocido y se ha quedado tan sorprendido que no se mueve. Le pongo la mano sobre el hombro para hacerle reaccionar.

—¡Entremos! —le digo.

Enfilamos hacia la puerta, pero los centinelas nos cierran el paso.

—¡El caballero Wilox nos está esperando! —afirma Rupert con gran decisión—. ¡Abrid la puerta!

Los soldados, sorprendidos por la orden del sargento, no oponen resistencia y abren la puerta. Una vez dentro, la atrancamos.

—¿Qué ocurre, sargento? ¿No es un poco temprano para interrumpir al gobernador? —pregunta Wilox, desde su asiento, detrás de una mesa, sin levantar la vista del pergamino que sujeta entre las manos—. ¿Quién os ha dado permiso para entrar?

—¡Yo! —responde Sibila, dando un paso adelante y quitándose la capucha—. ¡La princesa Sibila de Langan!

Wilox cambia su expresión de forma radical. Se levanta y duda sobre qué actitud tomar. Durante un instante, parece dispuesto a desenfundar su espada.

—¿Vais a luchar conmigo? —le pregunta Sibila—. ¿Vais a oponeros a mis órdenes? ¿Os rebeláis contra mí?

Wilox tarda en responder. Está dubitativo y desconcertado.

—¡Princesa Sibila! —exclama por fin—. ¿Qué hacéis aquí?

—¡He venido a recuperar mi trono! —responde ella—. ¡Juradme fidelidad ahora mismo!

—¿El rey Welfort sabe que estáis aquí?

—¡El rey Welfort no es mi amo y no le debo ningún respeto!

—¿Quiénes son estos hombres? —quiere saber el caballero.

—¡Su guardia personal! —contesto de inmediato—. ¡Estamos aquí para protegerla!

—¡Os insto por última vez a besar mi mano y a renovar vuestro voto de fidelidad! — exclama la princesa—. ¡No lo repetiré!

Wilox no sabe qué hacer. Se dirige hacia Sibila mientras hace amago de desenfundar la espada.

—¡No saquéis vuestra espada de su vaina, señor! —le advierto—. ¡No os hace ninguna falta!

Sibila alarga el brazo y extiende su mano derecha, donde brilla el anillo de los Langan.

Wilox se arrodilla ante ella y, después de hacer una respetuosa inclinación de cabeza, besa el anillo.

—Princesa Sibila, me pongo a vuestras órdenes —afirma—. Os seré fiel.

—Poneos en pie y explicadme cuál es la situación de mi reino. He visto que hay soldados bárbaros en mi castillo.

—Cuando el rey Wolfort tomó el poder, vino aquí y me nombró gobernador de este castillo con la obligación de rendirle cuentas —explica Wilox—. No podemos hacer nada sin su consentimiento.

—¡Eso se acabó! —anuncia Sibila—. ¡Este castillo es mío! ¡Echaremos a esos hombres de aquí! ¡Llamad a vuestros oficiales!

El sargento Rupert, que lleva un rato callado, se acerca a Wilox y se pone a sus órdenes.

—¿Qué hago, mi señor? —le pregunta.

—¡A partir de este momento, la princesa Sibila de Langan es la dueña de este castillo! ¡Ella dará las órdenes! —explica Wilox.

En ese instante, Cornelio, que está asomado a una ventana, da la voz de alarma:

—¡Tropas enemigas! —advierte—. ¡Por allí!

Efectivamente, un nutrido grupo de soldados bárbaros sale del bosque y se dirige hacia el castillo a todo galope.

—Seguro que los ha enviado Wolfort —digo—. Vienen a buscarnos.

—Eso complica las cosas —comenta Cornelio.

—¿Qué hacemos, Rolando? —me pregunta Sibila.

—Iremos a darles la bienvenida —informo—. Los recibiremos como se merecen. Sólo son una veintena.

—Sargento Rupert —dice Wilox—, reúne discretamente el mayor número de hombres que puedas y llévalos a la puerta. Ah, y haced lo posible para no llamar la atención de la guarnición bárbara. ¡Que vengan armados y dispuestos a luchar!

—¡A la orden! —responde el sargento.

Despertar

—¡Está bien! —gritó el Gran Sacerdote—. ¡Lo haré a condición de que prometas que nunca revelarás el Gran Secreto!

—¡No hay trato! ¡Lo único que puedes esperar de mí es que te deje entero! —le respondí—. ¡Me he ganado el derecho a decir y a hacer lo que yo quiera y cuando quiera! ¡Ya sabes quién soy y conoces lo que he hecho!

—¡No debes desvelar ese secreto!

—¡No te preocupes por eso! ¡Piensa en ti! ¡Piensa en seguir vivo!

Di un par de tirones a la cadena que le hicieron dar algunas vueltas sobre sí mismo.

—¡De acuerdo! —gritó por fin—. ¡Haré lo que pides!

Me sorprendió que un ser que ocultaba su rostro para parecer implacable e inaccesible se rindiera a mis deseos sólo con algunas amenazas. Su cobarde actitud me confirmó que incluso la muerte teme a la muerte. Que la muerte también desea vivir.

Los otros jueces, soldados y sacerdotes lo observaron todo en silencio. Nadie estaba dispuesto a intervenir. La conducta del Gran Sacerdote les había desconcertado y, posiblemente, desilusionado.

—¡Descolgadme! ¡Sacadme de aquí y daré vida a esa chica! —casi imploró—. ¡Por favor!

Miliari soltó la cadena y el cuerpo del supremo sacerdote cayó al suelo, el impacto le hizo lanzar un quejido.

La capucha se había abierto, mostrando su rostro. Tenía la tez marchita y oscurecida. La piel, muy pegada al hueso, remarcaba su aspecto cadavérico. Era casi un esqueleto viviente. El ojo derecho había desaparecido y, en su lugar, había un vacío oscuro que le daba una apariencia tétrica y repulsiva. Durante un instante tuve la impresión de que todo en él me resultaba familiar, pero no quise distraerme y seguí con lo mío.

Cuando le agarré de la ropa para levantarlo, esta se rasgó y dejó al descubierto algo que me llamó la atención: la cicatriz de su hombro, igual que la mía, igual que la de todos los milmorts.

—¿Qué farsa es esta? —le pregunté—. ¿Eres un milmort?

—Eso no importa —respondió, intentando tapar su hombro—. ¡No te interesa!

—¡Crawen! —exclamé, recordando que Monfodio me había hablado de un milmort de un solo ojo—. ¡Eres Crawen, el milmort que...!

—¡Soy el Gran Sacerdote del Templo Milmortiano!

—¡Eres Crawen! —grité—. ¡Recuperaste la vida en la isla fantasma de Mort! ¡Lo sé!

¡Me lo ha contado uno de los soldados que te llevaron allí!

—¡Nunca he estado en esa isla! —negó—. ¡No la he visto jamás!

Su negativa me enfureció y él lo notó.

—¡Sabes dónde está la Isla de Mort! ¡Has estado allí!

—¡No diré nada! —replicó.

—¡Eso ya lo veremos! —gruñí—. ¡Ahora debes ocuparte de ella!

Le obligué a ponerse de rodillas para que atendiera a Ónica.

—¿Cómo lo vas a hacer? —le pregunté—. ¿Cómo piensas salvarla?

—Voy a examinarla de cerca —consiguió decir—. Debo tomarle el pulso.

Lo arrastré hasta el cuerpo de la hermana de Miliari, que se hallaba sobre el estrado.

—Ten cuidado con lo que le haces —le advertí—. ¡Mucho cuidado!

Crawen no dijo nada, pero se mostró sumiso. Se inclinó sobre ella y la auscultó.

—Está a punto de morir —determinó—. ¡Necesita sangre!

—Te daré la mía —le ofrecí.

—Tiene que ser sangre de un familiar —dijo—. Unas gotas. Es la única manera. Así que no va a ser posible...

—Soy su hermano —dijo Miliari—. Toma mi sangre. Coge la que necesites.

—¿Su hermano? —preguntó Crawen, sorprendido—. ¿Estás seguro? ¿Es verdad? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Absolutamente cierto. Me llamo Miliari Graymark —aseveró el príncipe—. ¡Deja de hablar y actúa!

—Vamos, haz lo que tengas que hacer —le apremié.

—Necesito una daga —dijo.

—Aquí tienes la mía —le ofreció Miliari—. Pero no hagas tonterías. Sería lo último que harías en tu vida.

El Gran Sacerdote agarró el arma y apuntó a Miliari.

—Desnuda tu brazo —le pidió—. Voy a herirte.

Miliari se arremangó.

—Clava el acero sin miedo —le dijo—. Saca toda la sangre que necesites.

Entonces, Crawen le abrió una larga herida de la que empezó a manar sangre. A continuación, colocó el brazo herido sobre el rostro de Ónica y consiguió que algunas gotas cayeran sobre sus labios y se deslizaran hacia el interior de su boca.

Durante un rato tuve el temor de que aquel rito no sirviera de nada. Apreté el puño de mi espada con tanta fuerza que me dolieron los nudillos. Si Ónica moría, estaba dispuesto a trinarle como a un cerdo.

—¡No funciona! —exclamó Miliari, con tono de desesperación—. ¡Nos has engañado!

—¡Tened paciencia! —pidió Crawen—. Esperad a que la sangre llegue a su corazón.

—Si su corazón deja de funcionar, el tuyo también —le recordé—. Te cortaré en trozos tan pequeños que parecerá que no has existido nunca.

Ónica gimió.

Fue un sonido leve y corto, pero suficiente para darme esperanzas.

—¡Os lo dije! —casi gritó Crawen—. ¡Ha vuelto a la vida!

Me arrodillé al lado de Ónica y pude ver claramente cómo su respiración se hacía más fuerte y poderosa. Incluso movió la cabeza y sus labios se abrieron y se cerraron un par de veces.

—¡Está viva! —exclamó Miliari.

—Pero por poco tiempo —nos recordó el Gran Sacerdote—. Es sólo un soplo de vida que durará algunos días.

A pesar de que sus palabras eran muy importantes, apenas le presté atención. Estaba anonadado observando a Ónica que poco a poco iba recobrando la vida.

Sus dedos se tensaron, sus párpados se movieron y su rostro volvió a recuperar el color. Toda ella iba recobrando la esencia de la vida. Fue algo inolvidable.

Por fin, abrió los ojos.

Se quedó mirando hacia arriba, como si estuviera esperando a que la luz entrara en su ser. Cuando fue capaz de distinguir lo que la rodeaba, se sorprendió de ver mi rostro.

—¡Royman! —dijo al poco tiempo—. ¿Eres tú?

—Soy yo. No te he abandonado.

—¿Dónde estamos? ¿En Mort?

—Sí. Seguimos en Mort —le confirmé.

—Entonces, ¿no he muerto?

—Estás viva. Estás conmigo... Y con tu hermano.

Miliari le cogió la mano.

—Ónica... Ónica... —dijo con voz temblorosa—. ¡Hermana mía!

—¡Miliari! —susurró cuando le reconoció—. ¡Miliari! ¡Hermano! ¿Dónde estabas?

—Perdido. He estado perdido. Solo y abandonado. Pero ahora te he encontrado y no te dejaré. ¡Mataré al canalla que te ha hecho esto! ¡Mataré a Tronario!

Los ojos de Ónica se empaparon de lágrimas.

—Tenemos que visitar a nuestro padre —musitó—. Se alegrará de abrazarte. Tu presencia le devolverá las fuerzas y las ganas de vivir.

—Iremos a verle —le prometió Miliari—. Seremos una familia unida y nada nos separará.

Las palabras de Miliari me hicieron recordar a mis padres y a mi hermana. Fueron como un puñetazo en el corazón.

—¡Hola, princesa! —dijo Zoltan, acercándose a ella—. ¡Me alegro de verte!

—¡Amigo Zoltan! —dijo ella—. ¡Yo también estoy contenta de reencontrarte!

—Tronario no ha podido contigo.

—Recuerdo que me caí al vacío. Lo último que vi fue a Tronario, sobre el dragón. El golpe fue terrible. Creí morir.

—Cuando te recogí, habías perdido el sentido —le explicó—. Y Royman bajó a buscarte.

—¿Llegaste a la cima? —preguntó, mirándome a los ojos—. ¿Qué ocurrió?

—Alcanzó la cumbre, pero decidió quedarse contigo —dijo Zoltan, ahorrándome la

explicación—. Prefirió estar a tu lado que alcanzar la gloria.

Ónica me miró desde lo más profundo de su ser.

—Pero si estaba casi muerta —se sorprendió.

—Muerta o viva, me daba igual. Jamás me separaré de ti —le dije—. Nada de este mundo me apartará de tu lado. Mientras te quede algo de vida, estaré junto a ti. Mi gloria eres tú.

Apretó mi mano entre las suyas y me hizo saber que agradecía mi actitud.

—Nunca olvidaré tus palabras —aseguró—. Nunca olvidaré lo que has hecho. ¡Nunca!

Acerqué mis labios a los suyos y le di mi aliento.

—¡Estamos unidos para toda la eternidad! —le prometí—. Es irreversible. Somos uno en dos cuerpos.

—Tengo la sensación de que tengo poca vida —dijo—. Pero la que me queda la gastaré contigo.

El Gran Sacerdote, que había estado callado todo el tiempo, dijo:

—He cumplido mi parte del trato. ¡Debéis iros de aquí y dejarnos en paz!

—Dinos dónde se encuentra Mort —le pedí—. ¿Dónde está esa isla?

—Explicate bien, maldito —le presionó Zoltan—. No me obligues a...

—Creo que está más allá de las montañas nevadas —confesó—. ¡En un valle!

—¡Miente! ¡Lo llevaremos con nosotros! —determinó Miliari—. No podemos fiarnos. Sus palabras son peores que el veneno de la serpiente.

—Miliari tiene razón, Royman. Si queremos encontrar a Mort, tiene que guiarnos —añadió Zoltan.

—¡No debo abandonar el templo! —exclamó Crawen, dando un paso atrás, espantado por la propuesta de mis amigos—. ¡Soy el Gran Sacerdote! ¡Me necesitan! ¡No puedo salir de aquí!

—¿Que no puedes? —le pregunté con ironía—. ¡Yo creo que sí! ¡Ya verás cómo sí puedes salir de esta pocilga!

Zoltan dio un violento tirón de la cadena, que aún seguía enganchada a su tobillo, y le arrancó un quejido.

—¡Vamos, milmort reconvertido! ¡Andando! —le ordenó, obligándole a moverse—. ¡No hagas que me enfade!

Crawen se vio obligado a levantarse. Nos miró con tanta rabia que pareció que de sus ojos salían puñales.

Miré a Ónica y le pregunté:

—¿Crees que puedes andar?

Se apoyó sobre un brazo, y la ayudé a levantarse.

—Creo que sí —respondió—. Me siento con fuerzas para caminar.

—Entonces, vámonos —dijo Miliari—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Olvidemos este maldito templo.

Los jueces y soldados que estaban detrás de nosotros no se atrevieron a oponer resistencia. Lo que habían visto les había llevado a entender que Crawen no era lo que

les había hecho creer. Era sólo un tipo sin valor que estaba dispuesto a todo para salvar su vida. Al fin y al cabo, no era más que un milmort. Bazofia.

Incluso el joven aspirante a milmort se mantenía alejado, haciéndose preguntas sobre si aquel que le iba a convertir en un caballero era digno de hacerlo. Tenía la túnica blanca manchada de la sangre que manaba de la herida que Zoltan le había provocado.

—Lo siento, chico —le dijo Zoltan—. No quería hacerte daño.

Un mensaje para Wolfort

Mientras vemos venir a los veinte soldados bárbaros de Wolfort, comprendemos que la sombra de nuestro hermano se está alargando peligrosamente sobre nosotros.

—¿Qué opinas, Rolando? —me pregunta Cornelio, mirando el estandarte wolfartiano que ondea sobre la partida de guerreros—. ¿Crees que vienen a buscarnos?

—Es posible que sólo quieran informar a Wilox de la huida de la princesa —respondo—. Puede ser una visita rutinaria.

—Me buscan —suspira Sibila—. Saben que estoy aquí. Alguien nos ha delatado. Wolfort los ha enviado.

—Enseguida lo averiguaremos.

Wilox se nos acerca, con cara de preocupación.

—¿Qué hacemos? —quiere saber.

—Los dejamos entrar y los aprisionamos —le digo—. Es muy sencillo.

—¿Y si se resisten? —pregunta—. Están al mando del capitán Troner, un hombre orgulloso y violento.

—No dejaré que me lleven con ellos —añade Sibila—. No volveré a caer en manos de Wolfort.

—Eso no ocurrirá, princesa —afirmo—. Podéis estar segura. ¿Verdad, Cornelio?

—Verdad, Rolando. No se la llevarán. Y si se resisten, peor para ellos.

—Esperadnos dentro, princesa —le sugiero—. Es mejor que no os vean. Quizá no saben que estáis aquí.

Acompañados de varios hombres, Wilox, Cornelio y yo nos dirigimos hacia la puerta del castillo. Vemos cómo, un poco más allá, el sargento Rupert trae a varios de sus hombres que vienen sin llamar mucho la atención y se colocan estratégicamente.

Los recién llegados, convencidos de su fuerza, cruzan el puente levadizo como si entraran en su propia casa.

Mientras, los soldados bárbaros que forman parte de la guarnición del castillo se mantienen a la expectativa sin darse cuenta de que están rodeados por los hombres de Rupert.

Cuando los jinetes llegan al patio de entrada, se detienen en seco, esperando ser recibidos como los amos del lugar. Arrogancia y prepotencia.

—Bienvenidos al castillo, capitán Troner —saluda Wilox, haciendo una reverencia—. ¿En qué podemos servirlos?

—Wilox, traemos un mensaje de nuestro señor, el gran rey Wolfort.

—Dime lo que necesita y sus deseos serán cumplidos —responde Wilox.

—La princesa Sibila ha sido secuestrada por unos proscritos —afirma Troner—. ¿Sabes algo? ¿Los has visto? ¿Les has dado refugio?

—¿Cómo osas acusarme de esta manera, capitán Troner? —le reconviene Wilox, adoptando una postura rígida y digna.

—Todavía no te he acusado de nada. Sólo te he preguntado, pero no me has respondido.

—Mi respuesta sólo puede ser una —dice, mientras desenfunda su espada—. ¡Mi acero te la dará!

—Si eres leal a Wolfort debes responder con claridad —le explica Troner—. ¿Sabes algo de la princesa Sibila?

Wilox levanta la mano derecha y el rastrillo de barrotes de acero empieza a descender. Los hombres de Wilox se ponen en situación de alerta mientras nuestros arqueros les apuntan con sus afiladas flechas.

—¿A qué viene esto? —pregunta el capitán de los bárbaros—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Significa que sois nuestros prisioneros! —exclamo, dando un paso adelante—. ¡Deponed las armas!

—¡Rendíos sin oponer resistencia! —ordena Wilox.

Troner hace girar su caballo y se percata de que está rodeado de soldados langanianos. Entonces, alarmado, me mira con asombro. Al principio, parece reconocerme, pero desecha la idea. Está desorientado.

—¿Quién eres para hablar así a un oficial del rey Wolfort? —me pregunta.

—Soy el proscrito que ha secuestrado a la princesa Sibila —respondo, bajando la capucha que me cubre el rostro—. Soy el que os va a matar si no deponéis las armas ahora mismo.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta.

—Me llamo Rolando de Mort y soy el nuevo protector del reino de Langan, que acaba de recuperar su libertad. ¡Langan es libre! ¡Y ella también!

Troner está a punto de sacar su arma cuando ve aparecer a la princesa Sibila.

—Le he nombrado mi caballero —grita—. ¡Es mi nuevo paladín! ¡Wolfort ya no tiene poder sobre mí!

Troner espolea su caballo y se dirige hacia ella.

—¡Vas a morir, Rolando de Mort! —exclama—. ¡Ella volverá con nuestro señor Wolfort! ¡Ven conmigo, princesa, te llevaré a Wolfaria!

Enfurecido por su osadía, le corto el paso. Revuelve su caballo contra mí y trata de asestarme un golpe con su espada, pero no lo consigue.

Durante el forcejeo, logro agarrar las riendas de su montura, que se encabrita, y le hago caer al suelo con gran estrépito.

—¡Matadle! —ordena a sus hombres, que todavía están desconcertados, mientras rueda sobre el empedrado—. ¡Quiero su cabeza!

En ese momento, algunos soldados bárbaros de la guarnición deciden ponerse del

lado de sus compañeros, pero los hombres del sargento Rupert, que ya estaban preparados, son mucho más ágiles y se disponen a reducirlos. Se produce una lucha que se contagia a otras zonas ya que los bárbaros se resisten. El caos se apropia del castillo. Hombres y mujeres corren despavoridos en busca de refugio mientras la batalla produce sus primeras víctimas.

Wilox y algunos de sus hombres se adelantan, dispuestos a enfrentarse a los jinetes de Troner, pero los detengo.

—¡Son míos, Wilox! —grito.

—Son demasiados para ti solo.

—Eso lo veremos ahora —respondo, dando un paso adelante.

Me enfrento a Troner, que acaba de levantarse.

—¡Maldito proscrito! —grita—. ¡Tu cabeza colgará de la torre más alta!

Cruzamos nuestras espadas media docena de veces y, cuando sus hombres me han cercado, le ensarto de un hábil e inesperado movimiento de esgrima. Enfurecidos, los bárbaros atacan con más brío, pero se encuentran con una sorpresa.

Descubren que no soy el proscrito indefenso que pensaban. Al contrario, se dan cuenta de que se enfrentan a un guerrero experto, difícil de abatir.

—¡Es un salvaje! —grita uno.

—¡Hay que matarlo! —grita otro.

—¡Es un demonio!

Pero sus amenazas son estériles. Mi espada vuela veloz como un halcón, cercenando miembros y produciendo heridas mortales.

Wilox y sus hombres, que han observado con asombro y estupefacción mi destreza con la espada, deciden intervenir y salen en ayuda de los hombres de Rupert.

El silbido de mi espada, los gritos de mis atacantes y los relinchos de los caballos, que están muy alterados debido al olor de la sangre, parecen formar una música orquestada por un maestro invisible.

Estoy enfurecido y utilizo todas mis fuerzas. Mi vuelta a este mundo supone el final de trayecto para estos bárbaros servidores de Wolfort. Nadie puede detenerme, nadie puede parar mi brazo armado.

Sibila, Wilox, Cornelio y los demás observan con atención cómo me deshago de todos mis enemigos, que van cayendo uno tras otro. Por lo que veo, los hombres de Rupert van reduciendo a los de las almenas. Pero, a lo lejos, se oyen gritos de lucha y doy por hecho que la batalla se ha generalizado. La limpieza de enemigos está en marcha.

El último bárbaro vivo me mira aterrorizado. Muerto de miedo, arroja su espada al suelo y retrocede hasta que choca con el rastrillo que le cierra el paso.

—¡No me mates! —implora—. ¡Seré tu esclavo!

—No quiero que me sirvas como esclavo. Quiero que me sirvas como mensajero.

—¿Qué quieres que haga, mi señor?

—Quiero que vayas a ver a Wolfort y le cuentes todo lo que has presenciado. Dile que has visto a la princesa Sibila y que he matado a sus hombres.

—¡Lo haré, lo haré!

—Dile también que Rolando de Mort le espera aquí para arrancarle el corazón.

—¡Se lo diré! ¡Se lo diré!

—Si me engañas y huyes, te aseguro que no habrá rincón en este mundo en el que puedas esconderte –le advierto, colocando la punta de mi espada sobre su garganta.

—¡Os aseguro que haré lo que me pedís! ¡Iré a ver al rey Wolfort y le diré todo!

—¡Dime tu nombre!

—¡Bondor! ¡Me llamo Bondor!

—¡No se te ocurra engañarme, Bondor! –le amenazo—. Ahora sé tu nombre y te buscaré hasta debajo de las piedras si no cumples tu palabra.

—¡Te lo juro, mi señor! –dice en tono suplicante—. ¡No te engañaré!

Doy un paso atrás y ordeno:

—¡Entregad un caballo a este hombre y dejadle salir!

Dos soldados langanianos le ayudan a montar y, después de que el puente se haya abierto, se aleja a toda velocidad hasta perderse en el horizonte.

El sargento Rupert se une a nuestro grupo y se cuadra militarmente ante Wilox:

—Señor, la plaza está tomada –le dice—. Hemos hecho muchos prisioneros. Esos perros se han rendido casi sin luchar. Sólo son valientes cuando van en grupo.

—¿Qué hacemos con ellos, Rolando? –me pregunta Wilox—. ¿Los encerramos?

—Pregúntaselo a la princesa –respondo—. Ella es la que manda.

Sibila me mira con respeto. Después, da una orden:

—¡Desarmadlos y dejadlos ir!

—Pero, alteza, esos hombres se unirán... –empieza a decir Wilox.

—¡No quiero verlos más en mi castillo! –responde con determinación—. ¡Echadlos de aquí! ¡Echadlos antes de que los ejecute a todos!

Poco después, los soldados bárbaros, desarmados y a pie, corren por la pradera que se extiende ante el castillo, en busca de su libertad.

Entonces, Sibila se me acerca.

—¿Quién eres? –me pregunta.

—Ya os lo he dicho. Me llamo Rolando y vengo del reino de Mort.

—Dicen que Mort es el reino de la muerte –comenta la princesa.

—La gente dice muchas cosas, pero no todas son ciertas.

—Lo que sí es cierto es que Wolfort traerá un gran ejército –afirma el caballero Wilox, acercándose—. No tolerará esta rebelión y querrá recuperar a la princesa y el castillo. Debemos prepararnos para el asedio.

—Espero que lo haga –replico—. Ojalá que traiga todas sus fuerzas.

Sibila y Wilox me miran con expectación.

—Manejas muy bien la espada para ser un simple criado –dice Sibila.

—Un sirviente puede aprender, alteza –respondo con humildad.

—Además, pareces sediento de sangre –añade—. Jamás he visto luchar a nadie de esta manera. Parecías poseído.

—Wolfort es lo peor de lo peor y no merece otro trato –le explico—. No dejaré que

os vuelva a llevar con él. ¡Os lo juro por mi honor!

—Empiezo a creerte —manifiesta con sencillez—. Me has arrancado de sus garras, has liberado mi castillo y has impedido que me volvieran a raptar. Acabaré creyendo en tus palabras, pero tu historia de que eres un criado no me convence.

Inclino la cabeza en señal de respeto, pero no digo nada.

Cuando nos dirigimos a la torre, todos los soldados y civiles aplauden y vitorean a la princesa. Por fin se sienten libres del yugo de Wolfort.

El pozo de la muerte

—Si salimos de aquí nos van a acribillar —advirtió Miliari, asomándose por la puerta entreabierta.

—Pondremos a este tipo delante de nosotros. Será nuestro escudo —repliqué, señalando al Gran Sacerdote—. No creo que se atrevan a disparar.

—Yo no correría riesgos inútiles —opinó Zoltan—. Seguro que hay otro camino para salir de aquí, ¿verdad, tú?

Crawen se mantuvo en silencio hasta que Zoltan, que estaba muy irritado, le dio un tirón de la cadena y le agarró del cuello.

—¿Verdad que conoces otra forma de salir de aquí?

—Sí, sí... Seguidme...

Se encaminó hacia el fondo de la gran sala y nos llevó hasta una puerta que estaba oculta tras un gran tapiz.

—Esta escalera nos llevará hasta la plaza —aseguró—. Saldremos por detrás, cerca de las caballerizas. Hay mucha menos gente.

—Escucha, si es una trampa... —le advirtió Zoltan.

—Os prometo que no os engaño —respondió el sacerdote.

—Está bien. Pasa delante y ve con cuidado.

Antes de empezar a descender por la escalera secreta, hice una advertencia a los jueces y soldados que quedaban en la sala:

—¡No os mováis! ¡No digáis nada a nadie! ¡O volveré para pedir os cuentas! ¿Entendido?

Todos asintieron con la cabeza. Era evidente que estaban atemorizados. Ninguno estaba dispuesto a morir por nada. Crawen había perdido interés para ellos. No valía la pena jugarse la vida para salvar a un cobarde, ya se ocuparían los soldados.

Después de hacerles un movimiento conminatorio con la espada, me reuní con mis amigos y me acerqué a Ónica.

—No te separes de mí, princesa —le dije, agarrando su mano—. Todavía estás muy débil.

El pasillo era estrecho y el descenso se fue haciendo más lento. Poco después, nos topamos con una puerta que nuestro rehén abrió con facilidad.

En el exterior nos encontramos con un patio minúsculo rodeado por un muro de piedra donde había una pequeña techumbre de madera que albergaba una puerta

empotrada.

—Detrás están las caballerizas –nos comunicó el Gran Sacerdote—. Sólo hay algunos palafreneros.

—Yo iré delante –dijo Miliari—. Si todo va bien os avisaré.

Abrió la pequeña puerta y salió al exterior.

—Espero que haya caballos para todos –dijo Zoltan, mirando al prisionero.

Este asintió con la cabeza. Estaba desanimado y no podía ni hablar.

—O tendrás que ir andando –continuó el antiguo caballero—. No creas que no te arrastraré si es necesario. Eres una bazofia y no tendré contemplaciones contigo. Vas a recoger lo que has sembrado.

Entonces, la puerta se abrió y Miliari se asomó por ella.

—Podéis salir –aseguró—. El camino está libre.

Efectivamente, en el patio había apenas media docena de criados que echaban paja a los caballos. Casi no nos prestaron atención. Estaba claro que les interesaba poco lo que pasaba a su alrededor.

—Escoged las mejores monturas –les dije a mis amigos—. Van a acompañarnos en un viaje largo y costoso.

Conscientes de lo importante que era la elección, cada uno ensilló el caballo que más le gustó. Zoltan se encargó de buscar uno para Crawen y Miliari se decidió por un hermoso alazán de pelo rojizo que parecía más veloz que el viento.

Elegí una yegua para Ónica. Era de color miel y parecía rápida e inteligente. Para mí, escogí un robusto caballo de pelo oscuro y ancho vientre. Posiblemente no era el más rápido, pero era muy poderoso. Justo lo que necesitaba.

—¿Listos para partir? –pregunté cuando habíamos montado—. ¡Adelante!

Yo abrí la marcha y salimos del recinto. Íbamos atentos a cualquier movimiento sospechoso, pero no descubrimos nada inquietante. Sabíamos que estaban ocultos, esperando la ocasión de lanzarse sobre nosotros. Pensar que los habíamos burlado o que se habían dado por vencidos habría sido una ingenuidad por nuestra parte. Éramos conscientes de que nos iba a costar trabajo salir vivos del Templo Milmortiano, pero no había alternativa.

Marchamos al paso, todos juntos, sin bajar la guardia, muy atentos a cada movimiento. Llegamos a la plaza de la estatua que, ahora, estaba vacía. Para mí era evidente que nos estaban despejando el camino para facilitarnos la salida del templo. Casi con seguridad nos esperaban en la puerta.

Cuando pasamos al lado de la estatua del Gran Milmort, observé mi rostro y sentí un escalofrío. Entonces, algo me llamó la atención. A lo lejos, al final de una calle, un grupo de prisioneros encadenados era llevado hacia el lugar en el que yo había descubierto un agujero negro en mi estancia anterior. Los iban a arrojar por él.

—Amigos, tengo que hacer algo –dije a los demás. Esperadme un momento.

—Te acompañamos –propuso Zoltan—. No debemos dividirnos.

—Pero me esperaréis fuera. Lo que tengo que hacer me obligará a entrar en ese edificio.

—Haremos lo que quieras, siempre y cuando lo hagamos juntos.

—¿Qué pretendes, Royman? —me preguntó Ónica.

—Algo que debí hacer hace tiempo —respondí—. Un asunto pendiente que me ha obsesionado.

Nos dirigimos hacia la reata de prisioneros, lo que, seguramente, debió de despistar a nuestros observadores.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó el Gran Sacerdote.

—¡Cierra la boca de una vez! —le ordenó Zoltan—. ¡Ni una palabra más!

Los prisioneros entraron en el edificio que yo conocía. Cuando llegamos a la puerta descabalgué.

—Ahora vuelvo —dije, caminando hacia la puerta, donde los centinelas se sintieron un poco desconcertados.

—¡Voy contigo! —decidió Ónica, desmontando.

—Lo que vas a ver no te va a gustar —le dije.

—Llevo mucho tiempo viendo cosas que no me gustan —respondió ella—. Una más no me hará daño. Si hemos de morir, hagámoslo juntos.

Ningún soldado intentó impedirnos el paso. Así que entramos con toda tranquilidad en aquel santuario de muerte. Descendimos la escalera, caminamos por varios pasillos y, finalmente, penetramos en el sótano del gran agujero negro donde, en aquel momento, se disponían a arrojar a los prisioneros encadenados.

—¡Alto ahí! —grité—. ¡Dejad a estos hombres en paz!

—¡Cumplimos órdenes! —respondió un oficial, saliendo al paso.

—¡Entonces, cumple las mías! —le advertí—. ¡Ahora mismo!

—¡No puedes mandarme! —respondió con insolencia.

Mi espada milmortiana le hizo comprender que sí podía. Fue lo último que entendió antes de caer atravesado por ella.

—¡No volveré a repetirlo! —grité a los soldados—. ¡Apartaos de los prisioneros!

Se dieron cuenta enseguida de que no era buena idea oponerse a los deseos del Gran Milmort y retrocedieron.

—¡Soltad sus cadenas! —les exigí.

Uno de ellos arrojó al suelo una argolla repleta de llaves y salió corriendo hacia el exterior. Sus compañeros le secundaron y nos dejaron solos.

—¿Has venido a liberarnos? —preguntó un prisionero.

—Quitaos esos grilletes y salid de aquí —les sugerí—. Este lugar va a desaparecer. ¡Daos prisa!

Me acerqué al borde del agujero negro y eché una ojeada a su interior. Era profundo y oscuro, y parecía no tener fin. Una ola de aire frío salía de él, otorgándole un aspecto más tenebroso. Era inhumano despeñar seres indefensos por aquel infecto agujero. Sólo de verlo ya aterrorizaba.

—¿Para qué sirve? —me preguntó Ónica.

—Para deshacerse de todos los que les molestan —le expliqué—. Ahí abajo hay un inframundo. Un lugar peor que Mort. Un mundo sin luz, donde la gente vaga entre

sombras. Los que mueren en Mort van a parar ahí.

—¿Por qué hacen eso? ¿Es un castigo?

—Aquella noche, cuando salí, un hombre me contó que arrojan por aquí a todos los que conocen el Gran Secreto de Mort. Los descubren y los aprisionan. Después, los tiran como si fuesen desperdicios. Los tratan como basura humana. ¡Malditos sean los que hacen esto!

—También echan a los que ya no les sirven, y a los que saben demasiado... —añadió un prisionero que se acercó a nosotros.

—¿Por qué te iban a tirar al pozo? —le pregunté.

—Por saber demasiado. Me llamo Markel y era jefe de archivos. Yo conozco muchas cosas de Mort. Y de ti...

—¿De mí? —me sorprendí—. ¿Qué sabes tú de mí?

—¡Todo! ¡Lo sé todo!

Su afirmación me desconcertó. ¿Qué podía saber alguien que no me había visto en su vida?

—No podemos perder tiempo, Royman —me apremió Ónica—. Dentro de poco lanzarán un ataque contra nosotros.

—Tienes razón. Terminemos con esto de una vez.

—¿Qué piensas hacer, milmort? —quiso saber Markel.

—¡Voy a cerrar este agujero para siempre!

Los prisioneros, que ya se habían liberado de las cadenas y estaban a punto de irse, se interesaron por mis palabras y se detuvieron.

—¿Quieres que te ayudemos? —preguntó uno.

—Sí. Me vendrá bien. Será un trabajo complicado —dije.

—Escucha, milmort. Si empujamos esas columnas y las hacemos caer, el edificio entero se derrumbará sobre el agujero y lo tapará —explicó Markel—. He visto los planos y sé que eso es lo que ocurrirá.

—Parece que sí sabes mucho —le dije—. Incluso más de lo que creía.

—Por eso estoy aquí —reconoció—. Porque me proponía derribarlo, pero me descubrieron.

—Pues pongamos manos a la obra. ¿Cómo pensabas hacerlo?

—La columna que lo soporta todo está sobre un entramado de madera. He estudiado los planos y sé muy bien lo que digo. Con algunos golpes de hacha caerá al suelo y arrastrará a las demás. Eso es lo único que hay que hacer... ¡Y salir corriendo!

Le puse la mano sobre el hombro.

—Si lo conseguimos, haremos un favor a mucha gente —dije.

Varios hombres, Markel, Ónica y yo cogimos todo lo que podía servirnos —hachas, espadas, martillo y piquetas— y golpeamos con fuerza el soporte de madera que sujetaba la extraordinaria columna.

—¡Todos a la vez! —grité—. ¡Ahora!

Fue mucho más fácil de lo que había imaginado.

La columna se tambaleó y perdió el equilibrio.

—¡Corramos! —gritó el archivero—. ¡Salgamos de aquí!

Con el suelo crujiendo bajo nuestros pies, emprendimos la huida sin pérdida de tiempo. Sentí cómo la columna golpeaba a otra y las demás también se partían. Las paredes temblaron y todo se movió a nuestro alrededor, pero conseguimos salir vivos.

—¡Hay que irse de aquí! —grité, saltando sobre mi caballo.

—¡El infierno se ha desatado! —exclamó Ónica, montando—. ¡Huyamos antes de que nos devore!

Ya iba a espolear a mi caballo cuando el archivero se agarró a mi pierna.

—¡Llévame con vosotros! —casi imploró—. ¡Me lo he ganado!

Estaba a punto de apartarle, pero me di cuenta de que no era inteligente dejar morir a la persona que lo sabía todo sobre mí.

—¡Sube a la grupa, Markel! —le dije—. ¡Rápido!

Cuando se encaramó a mi caballo pude ver cómo Crawen le lanzaba una profunda mirada de odio. Si hubiera podido, le habría matado allí mismo.

—¿Y nosotros? —preguntaron algunos de los que acababa de liberar.

—No podemos hacer nada —les dije—. ¡Huid y luchad por vuestra vida!

En ese momento, el suelo tembló y el edificio entero se resquebrajó. Una gran nube de polvo nos envolvió y los caballos se pusieron muy nerviosos.

—¡Vámonos! —gritó Zoltan—. ¡Vámonos! ¡Esto se cae!

—¡Adelante! —ordené hincando espuelas—. ¡Adelante!

Nos pusimos en marcha justo cuando el edificio empezaba a derrumbarse. El ruido fue atronador y nos estremeció de miedo.

Detrás de nosotros, el templo caía al suelo implacable. Supe entonces que, por fin, ese horrible agujero negro quedaba taponado. Les iba a costar mucho trabajo apartar esos enormes escombros.

Una yegua de guerra

He pasado casi todo el día revisando los sistemas de defensa de la fortaleza, junto a Wilox, Cornelio y otros oficiales, entre los que se encuentra el capitán Rupert, recién ascendido por su eficaz actuación.

He dado las órdenes oportunas para reforzar los puntos más débiles con el fin de aprovechar mejor todos nuestros recursos. Sabemos muy bien que la puerta va a ser objeto de los primeros ataques que, casi con seguridad, se producirán con un ariete.

—Wolfort traerá un poderoso ejército —les advierto mientras observamos la planicie que rodea el castillo—. Debemos prepararnos bien.

—Por mucho que nos fortalezcamos, estaremos en inferioridad de condiciones —argumenta Wilox—. Las murallas son resistentes, pero somos pocos. Sólo disponemos de unos doscientos hombres de armas mientras que ellos serán más de mil. Y muy bien entrenados, no como los nuestros.

—Él no quiere conquistar el castillo. Sólo pretende recuperar a la princesa —digo—. Eso será su perdición.

—No lo entiendo.

—Cuando venga, le retaré y le mataré —afirmo con contundencia—. Pero es necesario hacerle creer que no pensamos rendirnos. Le haré ver que le conviene aceptar mi desafío. No creo que quiera asediarnos durante meses.

—¿Y si no lo acepta? —pregunta Cornelio—. ¿Y si insiste en atacar?

—Ya veréis como viene a luchar conmigo cuando vea que mi muerte es la única forma de recuperar a la princesa Sibila.

—Ella confía en ti —dice Wilox—. Haremos lo que pidas. Cuenta con nosotros.

—Nuestros hombres están listos para luchar —añade el capitán Rupert—. Lo harán hasta la última gota.

Mientras Cornelio se va otra vez de caza, visitamos los establos para asegurarnos de que nuestra pequeña caballería esté lista cuando la necesitemos. Allí nos encontramos con Sibila, que está cuidando a *Miliari*.

—Hermoso caballo —le digo.

—Está aquí gracias a ti —responde—. No me separaría de él bajo ningún concepto. Menos mal que lo llevé al Valle de los Lobos.

—Está bien cuidado. Podría ser un buen caballo de guerra.

—No lo usaré para ese fin —replica—. Merece mejor vida. Aquí encontrarás caballos

bien preparados para la batalla.

—Tenéis razón, alteza. Seguro que alguien podrá darme una buena montura.

Sibila hace una señal con la mano y un hombre se acerca.

—Macson, ayuda a Rolando a encontrar un buen caballo de pelea –le pide.

—Sólo disponemos de unos cuarenta corceles de guerra –nos explica el jefe de las caballerizas—. No son muchos, pero están bien alimentados y perfectamente adiestrados para moverse en el campo de batalla.

—Mi tía Lucrecia nunca se preocupó de organizar la caballería –se lamenta Sibila—. Y ahora vamos a pagar las consecuencias.

—No debemos preocuparnos por eso –digo—. Espero solucionar el enfrentamiento de una manera rápida.

—¿Qué podemos hacer para ayudaros? –pregunta Macson.

—Necesitaré un caballo muy poderoso –razono—. Fuerte como un roble y duro como una roca. Que no se asuste de nada y que no tema entrar en combate.

—Los caballos poderosos corren poco.

—No es para correr, es para resistir. Tendré un duelo y quiero una montura que me ayude a no perder terreno.

—Seguidme, creo que tengo lo que necesitáis.

Nos lleva al fondo del barracón, donde hay dos animales en un pequeño corral.

—Aquí están los mejores que tenemos. Un percherón que no conoce el miedo –explica Macson—. Y una yegua ágil y astuta. Ha demostrado tener más valor que cualquier otra montura.

Los observo con atención. Sin duda, son dos extraordinarios animales.

—¿Cómo se llama la yegua? –pregunto mientras le paso la mano sobre el lomo y le acaricio el cuello. Su robustez y agilidad me convencen.

—Los caballos de guerra cambian mucho de nombre, amigo Rolando. Igual que de amo.

—Pues, si he de poner mi vida en su lomo, la llamaré por un nombre que me guste. Quiero estar seguro de que cuando llegue el momento, podré hablar con ella.

—¿Qué nombre le pondrás, Rolando? –me pregunta Sibila.

—Pues, estoy pensando que si vuestro caballo se llama *Miliari*, quizá debería llamarla *Ónica*, en honor a su hermana.

Noto cómo sus labios se contraen, pero no dice nada.

—¿Os parece bien, princesa? –indago.

—Oh, claro. ¿Por qué no habría de gustarme?

—Entonces, está hecho. Se llamará *Ónica* –concluyo, acariciando su hocico—.

¿Verdad, preciosa?

—No habrá problema, se habituará enseguida –dice el jefe de caballerizas.

—Prepárala. Dale bien de comer y hazle correr para que se mantenga en forma.

—¿Cuándo será ese duelo? ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Cuatro o cinco días.

—El tiempo justo para que os hagáis con ella. Os recomiendo que la montéis a

diario.

—Dormiré con ella, aquí, en el pajar —añado—. Viviré aquí hasta que llegue la hora. Saca al percherón. Quiero crear un ambiente de amistad con esta yegua. Mi vida depende en gran parte de ella. Lucharemos juntos, ¿verdad, *Ónica*?

—Hacéis bien en crear un gran lazo de afecto con *Ónica* —reconoce Macson—. Cuando salgáis al campo de honor estaréis solos y únicamente os tendréis el uno al otro.

—Lo sé. Conozco bien a los caballos.

—Demasiado para ser un simple criado —dice Cornelio, suspicaz—. Te manejas tan bien con ellos como con las armas.

—Vos ocupaos de sacar al valiente guerrero que lleváis dentro, que yo prepararé a esta magnífica yegua —promete el jefe de caballerizas, sin hacer caso del malicioso comentario de Cornelio.

Noto que Sibila me mira con recelo. No dice nada, pero su mente se está formando una idea de todo lo que tiene que ver conmigo.

—Un sirviente que es un gran guerrero —musita—. Algo increíble.

—O un guerrero que sabe servir a su señora —bromeo.

—Si podéis separaros de vuestra yegua, os ruego que me acompañéis a ver a Quania —propone.

—Claro que sí, alteza —digo, siguiéndola como un perro fiel.

La elección del nombre de *Ónica* la ha puesto nerviosa. Siempre me ha hecho sentir que mi amistad hacia la hermana de Miliari contenía algo más. Posiblemente es cierto y había algo que no he querido reconocer. Pero Sibila siempre ha estado en el primer puesto.

Miliari entró en su corazón igual que *Ónica* entró en el mío.

Recogemos a Quania y a la niña, que nos están esperando al pie de la torre, y subimos hasta la antigua habitación de Sibila. Enseguida me doy cuenta de que ha permanecido cerrada durante mucho tiempo.

—Fue aquí donde Almaria intentó matarme —dice Sibila, entrando la primera—. Yo me estaba bañando en ese barreño cuando, de repente, el príncipe Royman entró, espada en mano, y la detuvo a tiempo. No he dejado de pensar en ello, pero no consigo descubrir qué la llevó a cometer ese horrible acto de traición. Yo siempre me había portado bien con ella.

Quania la escucha en silencio mientras yo rememoro aquel trágico día en el que, si me hubiese retrasado un poco, me habría encontrado con Sibila decapitada.

La verdad es que, ahora que sé que Wolfort ama a Sibila, no entiendo por qué mandó asesinarla. Es una decisión que no comprendo. Es una contradicción. Nadie quiere matar a la persona que ama. Por lo menos, nadie en su sano juicio.

—Almaria prefirió arrojarle por la ventana para no hablar —comenta Sibila—. Quania, necesito que me lo expliques. Estoy segura de que lo sabes.

La mujer me mira, como si precisara mi permiso para hablar.

—Di lo que sepas —le pido—. A ti no te va a pasar nada. El príncipe me confesó que te consideraba inocente. Habla libremente.

Después de mirar a la niña y de pensárselo un poco, dice:

—Es posible que no os guste lo que os diga.

—Es igual —la anima Sibila—. Di lo que sepas.

—Sólo puedo contar lo que imagino, ya que no tengo pruebas. He pensado mucho en ello durante estos meses. Pero he llegado a la conclusión de que Wolfort tiene un poder que ha utilizado cada vez que le ha interesado. Un poder que todo el mundo desconoce.

—No me digas que es un hechicero —digo—. Y que utiliza trucos de magia. Eso no existe. Es una trampa para almas inocentes.

—Es un bárbaro. Conoce algo que por estas tierras no usamos. ¡El poder de los lobos!

—Quania, ¿no creerás en esas fábulas, verdad? —se extraña Sibila—. El poder de los lobos es una historia para ignorantes.

—¡Hablo de la sangre de los lobos! —exclama—. ¡Ahí radica su poder!

—Explicate mejor —le pido—. ¿De qué poder hablas?

—Tiene una fórmula que convierte la sangre de los lobos en una poderosa pócima que envenena los cuerpos y las mentes. Mata y esclaviza con ella. Domina a la gente. Por eso tiene tantos fieles.

—Ciertamente adora a los lobos —resume Sibila—. Yo misma le he visto hacer esos sacrificios en el valle, pero lo de esa pócima...

—Ahora entiendo por qué no los mataba nunca cuando salíamos de caza —digo—. Ese extraño respeto que sentía hacia los lobos tenía una explicación.

—Mezcla la sangre de lobo con la de sus víctimas —explica Quania—. Así envenenó al noble Derek y estuvo a punto de matar a la reina Elaine. Eso es lo que usó para esclavizar la mente de mi hija Almaria... Y de otros que se pusieron de su lado cuando llegó el momento de hacerse con la corona de Force.

Sibila y yo encajamos sus palabras con estupefacción. Ahora entendemos el origen de su fuerza. Algo que nunca hubiera imaginado.

—Posiblemente, heredó esa pócima de su padre, el rey Wolfario, que se quitó la vida para darle la libertad —deduce Quania.

—¡Y nosotros lo acogimos en el seno de nuestra familia! —exclamo casi sin darme cuenta de que, ahora, sólo soy un proscrito y no el príncipe Royman.

—¿Qué dices, Rolando? —me pregunta Sibila, sorprendida por mis apasionadas palabras.

—Me refiero a la familia Delaforce, a nuestros reyes —digo, intentando disculparme.

—Tienes razón, joven Rolando —dice Quania—. Los Delaforce lo adoptaron y le dieron toda su confianza. Y eso les perdió.

—¡Maldito traidor! —bramo, recordando todo el cariño que le dimos a lo largo de los años, sin imaginar que estábamos criando a nuestro peor enemigo—. ¡Destruyó el reino de Force!

—Posee tanta fuerza que será difícil matarlo —añade la anciana—. La sangre de lobo posee también grandes virtudes que se transmiten a quienes la beben.

—Por eso los cría en secreto —resume Sibila.

—La astucia, la paciencia, el deseo de matar... Eso es lo que anida en el corazón de ese bárbaro que quiere convertirlos, princesa, en su esposa —sentencia la mujer—. En la madre de sus hijos.

—¡No lo conseguirá! ¡Antes prefiero la muerte! —exclama Sibila.

—¿Por qué quiso matarla a través de Almaria? —pregunto—. No lo entiendo. Dice que la ama, pero...

—Yo tampoco lo comprendo —murmura Sibila.

—Quiso mataros cuando supo que Miliari iba a reclamaros como esposa —explica—. ¡O sois suya, o de nadie! ¡Quiso mataros cuando comprendió que iba a perderos!

—Pero, ¿a qué viene esa obsesión conmigo? No lo entiendo.

—Muchos animales actúan así —replica Quania—. Muchos matan a su pareja incluso después de haber convivido durante años con ella. Y Wolfort tiene un fuerte instinto animal. Por eso quiso mataros por medio de Almaria, para no compartiros con otro.

—Pero también estaba el príncipe Royman —argumento—. ¿Por qué quiso matar a Sibila cuando Miliari apareció?

—Royman estaba condenado —explica—. Wolfort llevaba años preparándose para matarlo, pero Miliari era una incógnita para él. Sólo se atrevió a matarlo cuando fue al castillo de Force. En cualquier caso, su primero impulso fue matar a la princesa Sibila y usó la mano de Almaria.

—Es difícil entender que alguien que dice amarte piense en matarte —responde Sibila—. Es una sinrazón.

—Cuando llegue con su ejército debéis tener en cuenta que estará dispuesto a quemar esta fortaleza y a arrasar todo lo que se oponga a sus deseos —determina Quania—. ¡O viva con él o muerta! ¡No hay alternativa!

Sibila ahoga un pequeño grito.

Quania acaba de mostrarnos la verdadera cara de Wolfort.

La cara implacable de un asesino con instintos animales que ha venido a este mundo para apropiarse de todo lo que desea. Un animal hambriento de poder y lleno de odio. Una bestia feroz que prefiere devorar a su camada antes de que lo abandone.

¡Un depredador humano!

¡Un asesino sin sentimientos!

El archivo de Mort

El edificio estaba totalmente derruido. Había cascotes por todas partes y no quedaba un solo muro en pie.

—Nunca te perdonaremos lo que has hecho —me reprendió Crawen.

—No necesito vuestro perdón —le respondí.

—Pero buscas nuestra ayuda para...

Le di un bofetón que le obligó a callarse.

—Si vuelves a abrir la boca, te cortaré la lengua —le advertí—. ¿Entendido?

Ónica le miró con rabia. Creo que le faltó poco para darle otro golpe.

—¿Esto también lo vais a añadir en sus historiales? —se burló Markel—. ¿Constará en sus expedientes?

—¿Dónde están los archivos, Markel? —le pregunté.

—En aquel edificio —respondió—. Os enseñaré todo lo que deseéis.

—Vamos allá —dije.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó Ónica.

—Sí. Quiero verlo de cerca.

—¿Qué pretendes, amigo? —preguntó Zoltan—. ¡Debemos marcharnos!

—¡Esos archivos son secretos! —gritó el Gran Sacerdote—. ¡No debéis tocarlos!

—Precisamente me interesan por eso —respondí—. ¡Quiero saber qué guardáis en su interior!

Habíamos distinguido algunas siluetas de soldados en varios tejados, con los arcos tensados y las lanzas listas, pero nadie se atrevió a disparar. Nos observaban pero no atacaban. Evidentemente, temían herir al Gran Sacerdote.

Cuando llegamos a la escalinata del archivo de Mort, no había nadie en los alrededores.

—Entremos juntos —propuse—. Es mejor que no nos separemos.

Los caballos ascendieron sin problemas por los escalones que tenían mucho fondo y poca altura. Parecían hechos para facilitar el acceso a carros y caballos.

—Por aquí pasan carromatos cargados con pergaminos vírgenes y toneles de tinta —explicó Markel—. Por eso es fácil entrar.

Penetramos en el edificio sin dificultad. Era frío y tenebroso.

—¿Por qué no hay antorchas? —preguntó Ónica.

—Por temor al fuego —aclaró Markel—. Se propagaría con mucha facilidad. Esto está

lleno de madera y papel. Sólo hay velas y algunas lámparas de aceite... Muy controladas.

—Han pensado en todo —reconocí—. Saben lo que hacen.

—Estos tipos son muy listos —dijo Zoltan.

—¡Esto es un sacrilegio! —masculló el Gran Sacerdote—. ¡No deberíais estar aquí!

Nadie le hizo caso. Los pasillos eran muy espaciosos y seguimos nuestro paseo con tranquilidad.

—Allí empieza la zona de archivos —indicó Markel—. A partir de aquella puerta.

Cuando entramos en el lugar que nos había señalado, nos quedamos anonadados. ¡Interminables pasillos de estanterías repletas de pergaminos! ¡Millones de rollos! ¡El mayor almacén de documentos que había visto en toda mi vida!

—¿Qué es esto? —pregunté, boquiabierto.

—¡Es el archivo de Mort! —contestó Markel—. ¡Todos los seres que viven en Mort están registrados aquí! Y esto es apenas una parte de lo que hay. Es un archivo infinito.

—¿Para qué sirve todo esto? —le pregunté.

—Es el archivo de Mort —aclaró Crawen—. Así sabemos quién entra y quién sale. Sabemos quién quiere ser un caballero milmort y quién deja de serlo. Sabemos quién busca el Gran Secreto. Controlamos a nuestros enemigos.

—¿Vuestros enemigos? —preguntó Ónica—. ¿Quiénes son vuestros enemigos?

—¡Todos los que quieren subir al Monte Milmort! —replicó Crawen fríamente—. ¡Los que no se conforman con estar aquí!

—Entonces, ¿para qué alimentáis la idea de los milmorts? —quise saber—. ¿Por qué nombráis a gente que cree en la ilusión de alcanzar esa gloria?

—Es una trampa. Todos los que tienen deseos de encontrar una vida mejor quieren ser milmorts... Ellos van voluntariamente y nosotros los ayudamos. Lo sé muy bien. Yo he sido uno de ellos.

—¡Eres un renegado! —le escupí—. Un traidor. Te alimentas de tu propia carroña. ¡Los conviertes en caballeros milmorts y luego los envías al matadero!

—Ese monte es un cementerio —aclaró Zoltan.

—Sirve para masacrar a todos los que ansían una vida mejor —sentenció Miliari con expresión de dolor.

—Es que no hay vida mejor para los que están aquí —dijo Crawen con determinación—. ¡Debéis conformaros con lo que tenéis! Además, el monte es auténtico. Los que alcanzan la cima consiguen la gloria. ¡Eso lo sabe muy bien el príncipe Royman! ¿Verdad?

Me acerqué a su caballo y le agarré de la pechera.

—¡A mí no me hables así! —le gruñí—. ¡Conozco el Gran Secreto y no puedes hablarme de esa manera! ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo! ¿Entendido?

No tuve que repetirle la orden. Se encerró en un profundo silencio y abandonó la discusión. Se dio cuenta de que había hablado de más.

—¿Qué quieres ver, Royman? —me preguntó Markel.

—Mi historial —le pedí—. Quiero ver lo que saben de mí.

—Y de mí —pidió Ónica.

—Dime dónde está el mío –preguntó Zoltan.

—Escuchad –dije–. Lo haremos por turnos. No podemos descuidarnos.

—Está bien –accedió Zoltan–. Entrad tú y Ónica. Miliari y yo lo haremos después. Markel puede ir con vosotros.

—Yo ya he leído mi historial –reconoció Markel–. Por eso iban a arrojarme al pozo. Pero os acompañaré hasta el final de vuestro trayecto, sea el que sea. Ya no puedo trabajar para ellos. Los odio y haré cualquier cosa para destruirlos.

Ónica y yo le seguimos lentamente. Después de deambular por varios pasillos, entramos en una estancia enorme que parecía no tener fin.

—Aquí están vuestros pergaminos –indicó Markel, señalando una estantería.

—¿Están juntos? –pregunté.

—Sí. Los unieron cuando llegasteis.

Descendió del caballo, se acercó a una estantería y rebuscó hasta que encontró lo que quería. Cogió dos pergaminos y los extendió:

—Son estos. Os advierto que estáis a tiempo de volver atrás. Es posible que no os guste lo que vais a leer. Puede haceros mucho daño.

Ónica y yo nos miramos. Estábamos convencidos de que Markel tenía razón. Con toda seguridad íbamos a encontrar cosas terribles en aquellos rollos. En Mort, nunca hay buenas noticias.

—Peor es no saberlo –dije, agarrando mi documento–. Yo quiero leerlo. Prefiero estar enterado de todo lo que me concierne.

—Yo también quiero saber quién soy –susurró Ónica, con un temblor en la voz–. Necesito saberlo.

—Os dejo solos. Os espero más adelante. Cuando terminéis, id a buscarme –dijo el archivero–. Espero que no perdáis el ánimo. Va a ser una prueba muy dura, os lo advierto.

Me alejé de Ónica y descabalgué un poco más lejos. Me senté sobre una mesa, acerqué una vela, desenrollé el pergamino y comencé a leer...

El sueño de Sibila

Es de noche y no puedo dormir.

Es la primera vez que pernocto en la caballeriza, sobre la paja, junto a *Ónica*, la yegua que me ayudará a derrotar a Wolfort.

La reveladora conversación con Quania me ha alterado. No consigo quitarme de la cabeza la escena de cuando Almaria estuvo a punto de matar a Sibila. Y ahora que conozco los motivos que llevaron a Wolfort a actuar contra ella, me siento peor.

Además, el cercano enfrentamiento con mi hermano de sangre me tiene muy nervioso.

Me levanto y observo a *Ónica* que descansa tranquilamente. Sólo algún relincho aislado rompe el silencio de la noche.

Me pongo la manta sobre los hombros y doy un par de vueltas por el barracón. Los caballos duermen serenamente. La luz de la luna entra por los ventanucos y los dibuja, destacando su figura en la oscuridad.

Ahora se aprecian en toda su plenitud. Respiran acompasadamente, en silencio. Están tan tranquilos que me dan envidia. Ojalá fuese uno de ellos. Ojalá tuviese la tranquilidad de ánimo de estos animales.

Un ruido indica que alguien acaba de entrar en la barraca.

—¿Rolando?

—¿Princesa? —respondo.

—Sí, soy yo...

—¿Qué hacéis aquí a estas horas?

—No consigo dormir. He venido a ver a *Miliari*.

—¿Para recordar al príncipe Miliari?

—Para recordar al príncipe Royman.

—¿Todavía os acordáis de él?

—Sueño con él. Lo llevo dentro y jamás podré olvidarlo.

—¿Y Miliari?

—Miliari fue un sueño y una fantasía. Una persona maravillosa. Pero Royman...

—Habéis tenido mala suerte. Los dos príncipes de vuestra vida...

—Ambos murieron por la misma mano traidora. Los dos cayeron atravesados por el acero de Wolfort.

—Dentro de unos días morirá. Os lo aseguro.

—No estoy tan segura. Es el ser más astuto que he conocido en mi vida. A veces, pienso que es invencible.

—Está enamorado de vos. ¿Le admiráis acaso?

—Le odio y le temo. Pero reconozco que es fuerte e inteligente.

—¿No estaréis enamorada de él?

—Rolando, dejaré pasar esta impertinencia, pero será la última. La próxima vez, os cruzaré la cara con mi fusta —dice, agitándola con su mano derecha—. ¿Está claro?

—Os pido perdón por mi insolencia. Os aseguro que no volverá a ocurrir.

—Tenéis que saber que Wolfort no cabe en mi corazón. Estoy de luto por Royman y nada más lejos que pensar en el amor de otro hombre. Y aún menos si se trata de ese traidor.

—¿Cuánto tiempo vais a guardar luto por el príncipe Royman?

—Luto eterno. Royman está dentro de mí y jamás me abandonará.

—¿Y si volviera?

—¿De entre los muertos? Eso es imposible. No alentéis falsas esperanzas. Mi corazón está tan debilitado que podría creer cualquier cosa.

—A veces, el amor consigue cosas inauditas.

—El amor entre vivos es una cosa. Lo que decís no tiene sentido.

—¿Y si alguien os dijera que el príncipe ha vuelto de entre los muertos para amaros?

—Nadie vuelve del Abismo de la Muerte. Podría creerlo si me dieran alguna prueba. En realidad, lo estoy deseando. Pero no me hago ilusiones, sé que Royman está definitivamente muerto.

—¿Lo visteis morir?

—Cuando Wolfort clavó su espada en su corazón, me sentí tan horrorizada que no he vuelto a tener una noche de paz. Ese día descubrí que mi corazón está repleto de miedo. Todavía siento pavor cada vez que veo brillar una espada —dice temblorosa—. La maldad que vi en los ojos de Wolfort me ha llenado de un miedo que no me puedo quitar de encima. Aún no sé de dónde he sacado el valor para negarle mi mano y mi amor. Su voz me hace temblar, sus ojos me perforan, sus pasos me causan pavor. Me ha llenado el alma de terror.

—Parece que Wolfort os domina.

—Sí, tengo que admitir que Wolfort me ha sometido. Pero no me casaré con él por voluntad propia.

Casi sin darnos cuenta, con la complicidad de la oscuridad, nuestros labios se han unido en un beso que apenas debería durar un instante pero se alarga. Nos abrazamos y nuestros cuerpos se juntan con pasión. Todo ocurre sin prisas, sin barreras, con locura. Deseamos tanto abrazarnos que...

—¡Basta, Rolando! ¡No sigas! —exclama, dando bruscamente un paso hacia atrás—. ¡Ya está bien!

No respondo y hago ademán de acercarme, pero me golpea con la fusta en pleno rostro. Después, sale corriendo del establo y se dirige hacia la torre.

Es evidente que aún piensa en mí, pero nunca aceptará que he vuelto del Abismo de la Muerte. Jamás podrá amar a uno que ha estado muerto.

Cuando el sol sale detrás de las montañas, aún sigo con los mismos pensamientos, lamentándome de mi mala fortuna. He vuelto a Force, pero no he regresado al corazón de Sibila.

¡Ahora sé que nunca aceptará que estoy vivo!

Poco a poco, la vida del castillo empieza a animarse. Los caballos se levantan y los palafreneros vienen a darles de comer.

Me acerco a *Ónica*, la limpio y le doy el forraje. Después, le coloco las bridas y la silla y la acaricio. La monto y me dirijo hacia la tienda de Arquiano.

—Has madrugado mucho, amigo Rolando —me dice cuando me ve—. Corren rumores de que has invitado al rey Wolfort y a su ejército a visitar nuestro castillo. Supongo que te pedirá cuentas de la muerte de sus hombres. ¿Sabes que te has convertido en el héroe de Langan, verdad? Te has deshecho de esos bárbaros y nos has librado de su presencia.

—Esos hombres no eran buenos luchadores.

—Me han asegurado que eran muchos. Demasiados para un solo hombre. Para un criado.

—Ya te digo que eran malos guerreros. No le des importancia.

—Liberaste a la princesa de las manos de Wolfort y ahora la has defendido de esos bárbaros. ¿Crees que Wolfort te lo va a permitir?

—Lo que Wolfort quiere no cuenta. Sólo vale lo que yo deseo. Sibila se quedará aquí y nadie se la llevará. Ella es libre, igual que Langan.

Arquiano se acerca y sujeta las riendas de mi caballo para que pueda descabalar.

—Piensas luchar con él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Si vas a pelear con ese hombre, debes prepararte bien —sugiere—. ¡Muy bien! Su espada es muy peligrosa.

—Tengo entendido que está muy afilada y, posiblemente, envenenada —digo—. Pero no le tengo miedo.

—¿Cómo vas a ganar a un luchador experto que está protegido por sus artimañas? Es un guerrero muy hábil mientras que tú...

—Necesito a un artesano que sea capaz de fabricarme una espada según mis instrucciones. ¿Conoces a alguien que pueda forjarme una?

—¡Estás loco! ¿Crees que puedes ganar a Wolfort?

—Escucha, amigo, busco a un artesano capaz de forjar un acero muy especial y que sepa guardar el secreto. ¿Conoces a esa persona?

—Claro que la conozco. Y tú también sabes quién es el mejor forjador de espadas de todo Langan. ¿O no?

—Necesitaremos un sitio secreto e inaccesible —le advierto—. Nadie puede ver lo que vamos a hacer.

—Hay una mazmorra abandonada en los bajos del castillo —dice—. No sé si la princesa querrá colaborar. Pero sería un sitio perfecto.

—Lo intentaré —le aseguro, frotándome la mejilla para aliviar el picor del golpe de

Sibila—. Me debe un favor y espero que quiera recompensarme.

Saliendo de Mort

Estábamos anonadados por lo que habíamos leído.

Todas nuestras sospechas se habían convertido en certezas y nuestros peores temores en realidad. Ahora ya sabíamos quiénes éramos.

Cuando nos reunimos de nuevo, ya no éramos los mismos. Nuestras vidas habían cambiado y nosotros con ellas.

—¡Es terrible! —exclamó Miliari—. ¡Llevo aquí tantas lunas que ni siquiera puedo contarlas!

—¿Por qué me han traído aquí? —se preguntó Ónica—. ¿Qué clase de castigo es este? ¿Qué he hecho yo para permanecer encerrada en Mort? ¿Por qué no hay una sola línea sobre mi infancia?

—¡No entiendo qué hago en Mort! —se quejó Zoltan—. ¡Alguien me incitó a alistarme como caballero milmort hace mucho tiempo, pero no he envejecido! ¡No lo entiendo!

—¡Nunca volveremos a ser lo que fuimos! —suspiró Markel—. ¡Debemos aceptarlo! ¡Los archivos son implacables! ¡Se niegan a contarnos de dónde procedemos!

—Pero tú lo sabes, ¿verdad, Markel? —le dije—. Lo sabes muy bien.

—¡No sé quién soy! ¡Saben cosas sobre nosotros que no nos quieren contar!

—Ahora sois vasallos de Mort —dijo el Gran Sacerdote—. Es lo único que cuenta. ¡Tenéis que aceptarlo de una vez por todas!

—Sólo quiero saber si conseguí salir al mundo exterior —le espeté.

—Eso no lo sabrás nunca —respondió con aire de superioridad—. Jamás averiguarás si conseguiste la venganza que clamas, príncipe Royman.

—¡Volveré a subir a ese monte y alcanzaré la gloria! —le advertí con rabia—. ¡Descubriré lo que pasa en Force! ¡Regresaré al Mundo de los Vivos!

—Necesitarías tus atributos de caballero milmort y nosotros no te los daremos. ¡Sin ellos no podrás alcanzar la cima del Monte Milmort! ¡No hay otra forma de retornar al Mundo de los Vivos!

—¡No necesito nada de vosotros! ¡Pasaré sobre todos los que quieran impedirme avanzar! ¡Todavía conservo la espada milmortiana!

—¡Yo lo acompañaré! —aseguró Ónica.

—Apenas te queda un hálito de vida y no es seguro que la recuperes —se burló Crawen—. ¡Estás más muerta que viva!

—¡No le hables así, miserable! —le amenacé—. ¡Es posible que te convierta en una antorcha viviente!

—¡Todos los que nos hallamos en Mort estamos muertos! —escupió con ira—. Aquí no existe la vida. Sólo sois una sombra, un sueño, un reflejo de lo que fuisteis. ¡Habéis perdido lo más preciado y nunca lo recuperaréis! ¡Los que entran en Mort es porque han perdido la vida! ¡A ver si os enteráis de una vez por todas! ¡Aquí no se vive, aquí se permanece!

—¡Yo no me conformo! —respondió Miliari—. Ahora tengo motivos sobrados para estar enfadado. Si es necesario romperé las reglas de Mort, pero no me voy a quedar impasible durante toda la eternidad. ¡Quemaré este mundo!

—Lo haremos juntos —se unió Zoltan—. No vale la pena vivir en un lugar en el que el tiempo no pasa, ni en el que no puedes tener hijos, ni envejeces, ni piensas en el futuro.

—Todas las cosas que tienen los vivos —añadió Markel.

—¡Debisteis defender vuestras vidas con uñas y dientes cuando pudisteis hacerlo! —dijo el Gran Sacerdote.

—¡Eso es lo que vamos a hacer aquí y ahora! —dije—. ¡A caballo! ¡Salgamos de aquí y partamos en busca de Mort! ¡Vamos!

Descendimos por la rampa escalonada con inquietud ya que los milmortianos podían acecharnos. Si estaban al tanto de que habíamos leído los pergaminos, todavía les parecería más necesario mandarnos al inframundo.

Pero no había nadie a la vista, salvo los arqueros de los tejados que ya habíamos detectado antes y que ahora habían aumentado.

Tal y como nos imaginábamos, la puerta principal se hallaba cerrada y había una gran cantidad de soldados dispuestos a detenernos. Querían rescatar al Gran Sacerdote y, seguramente, acabar con el Gran Milmort, al que ahora ya no adoraban.

—Las cosas se van a poner feas —predijo Zoltan.

—Ya se han puesto feas —aclaró Miliari, desenfundando su espada—. Se van a poner horribles.

—No podréis cruzar esa puerta —afirmó Crawen.

—¿Apuestas tu vida? —le pregunté—. ¿Quieres jugártela?

—Yo de ti no lo haría —añadió Ónica—. Esa puerta está a punto de abrirse.

Tiré de las riendas del caballo del Gran Sacerdote y lo coloqué a mi lado. Después, mi brazo rodeó su cuello e hice el amago de quebrárselo.

—¡Vuestro sacerdote va a salir de Mort! —grité—. ¡Abrid esa puerta!

Nadie respondió.

Desmonté del caballo y le obligué a bajar conmigo. Volví a rodear su cuello con mi brazo y me dirigí hacia la puerta. Entonces, con la ayuda de Zoltan, levantamos la tranca que la mantenía cerrada y empujamos las dos grandes hojas de madera.

Mis amigos se acercaron y volvimos a montar ante la pasividad de todos los milmortianos. Ni siquiera se atrevieron a lanzar una sola flecha.

—No creáis que todo ha terminado —advirtió el sacerdote.

—Sabemos que intentarán matarnos en cuanto tengan la más mínima oportunidad —le dije—. Pero puedes estar seguro de que caerás junto a mí. Y de que acabaré con todos los que se me pongan por delante.

—Somos muchos y moriréis todos.

—He descubierto que tenéis más miedo a la muerte que nosotros —le dije—. Ningún vigilante se atreverá a atacar. Temen demasiado ir al mundo inferior. Por eso mandarán soldados.

No respondió. Sabía que tenía razón y que, igual que los humanos, los guardianes temían a la muerte. Y es que, en todos los sitios donde hay vida, también hay muerte. Nadie en su sano juicio quiere morir.

Es preferible vivir, incluso en las peores condiciones.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —le pregunté al Gran Sacerdote.

—Sigamos este camino —dijo—. Ya os iré dando instrucciones.

—¿Estás seguro de que nos llevas a ver a Mort? —inquirí con curiosidad.

—No te quepa duda. Os llevaré a su presencia. Tengo interés en saber cómo le vais a convencer de que haga lo que no quiere hacer —ironizó—. Nunca he visto a Mort devolver la vida a un humano.

—A ti te la devolvió —le rebatí—. ¿Qué pasó? ¿Qué ocurrió cuando llegaste a la cumbre del Monte Milmort?

—¿Cómo sabes que subí?

—No te quedan eslabones. Si salvaste tu vida mil veces, seguro que subiste allí arriba, ¿verdad?

Crawen miró a derecha e izquierda para asegurarse de que no había nadie cerca. Luego, confesó:

—Tienes razón, alcancé la cima. Pero en el último momento cambié de idea, igual que tú. No fue por amor, fue por deseo de poder. Cuando Mort me curó de aquellas terribles heridas, me prometió la inmortalidad si me quedaba aquí. Me reveló el Gran Secreto y me hizo ver que, en el Mundo de los Vivos, no era nadie. Así que, ante la perspectiva de vivir en la miseria o ser un Gran Sacerdote, me decanté por la mejor opción.

—Y sigues enviando a estos valientes a la muerte. La gente no te importa. Eres inhumano. Implacable y cruel.

—Yo no los envío, ellos van voluntariamente. Pero tú tienes una gran oportunidad ante ti. Estás a un paso de convertirte en un inmortal. Un Gran Sacerdote. Lo tienes todo a favor.

—¿Estás hablando de sustituirte?

—No. Necesitamos un Gran Sacerdote para dirigir un nuevo Templo Milmortiano.

—¿Para qué diablos necesitáis un nuevo templo?

—Mort ha creado un nuevo Monte Milmort.

—¿Otro monte?

—Sí, pero muy especial. Por eso te necesitamos. Mort quiere que seas la cabeza visible. Quiere convertirte en el Gran Sacerdote del Gran Monte Milmort. Ya han

construido seis murallas. Es gigantesco. Muchos querrán subir y tú tendrás el poder de armarlos caballeros. ¡Decidirás quién puede empuñar una espada milmortiana! ¡Decidirás a quién le das la oportunidad de alcanzar la gloria!

—Podéis hacerlo sin mí. Yo no quiero ese poder. Sólo quiero recuperar la vida de Ónica y vivir junto a ella.

—Hemos invertido mucho en ti. Ya eres muy conocido. Hemos expandido tu leyenda por todo Mort. Tendrás cola a tus puertas, Royman.

—No contéis conmigo.

—No estés tan seguro. Necesitamos nuevos milmorts, más valientes, más guerreros y más osados, y tú serás su líder.

—¿Dónde está ese monte?

—Es un secreto. Ya tendrás ocasión de conocerlo. Mort te lo mostrará.

—¿Para qué queréis crear esta nueva ilusión? ¿Acaso no os basta con el actual?

—Mort se va a llenar de gente. El Mundo de los Vivos está enloquecido y se avecinan tiempos de guerra y violencia. Van a venir en cascada. Hay que darles ilusión o se rebelarán.

—¿Qué pasaría si se alzasen en armas?

—Que el inframundo se llenaría —replicó fríamente—. Y que nosotros tendríamos menos poder. Para gobernar, hace falta tener súbditos. Por eso queremos conservarlos, para mantener nuestro poder.

—Yo diría que tu época de hombre poderoso ha pasado a la historia. Dudo que vuelvas a disfrutar de tu situación de Gran Maestre.

—Soy el único Gran Sacerdote de Mort. Soy necesario.

—¿El único?

—Maté a todos los demás —replicó—. Nadie puede ocupar mi lugar.

La forja de una espada

Sibila me ha dado permiso para utilizar la mazmorra vacía situada en lo más profundo del castillo, debajo de la torre.

Me ha asegurado que tendremos la única llave de acceso a la escalera que permite llegar hasta la celda. Además, me ha prometido el máximo secreto

Arquiano, Quania, la niña y yo la hemos limpiado a conciencia y ya no quedan ni ratas ni cucarachas. Hemos traído algunas herramientas y un fogón. En pocas horas hemos construido una sólida forja.

—¿Crees que funcionará? —le pregunto a Arquiano.

—¡Funcionará! —asegura—. ¡Ya lo verás!

—¿Podrás hacer lo que quiero?

—Todavía no me has explicado lo que deseas.

—Necesitarás un buen fuego y acero.

—Eso lo tengo. Dime exactamente qué has planeado. ¿En qué clase de espada has pensado?

—En una muy especial. Verás...

Callo cuando veo que Quania y la niña se sientan a nuestro lado, atentas a mis palabras. Luego, me decido a preguntarles a los tres:

—¿Me prometéis que nunca revelaréis a nadie lo que os voy a contar? Mi fórmula es muy especial y no deseo que se divulgue.

—Puedes estar seguro de que nadie lo sabrá por mi boca —promete Arquiano.

—La niña y yo seremos mudas —asegura Quania—. Confía en nosotras.

—Bien, pues escuchad...

Durante un buen rato les explico todos los detalles de mi proyecto. La verdad es que tengo dudas sobre la idea de usar en este mundo algo que proviene de Mort. Pero desecho mis temores y doy todos los detalles que soy capaz de recordar. Al fin y al cabo, con lo que sufrí en el Templo Milmortiano, creo que me he ganado con creces el derecho a utilizarlo.

—¿Mezclar sangre con acero? —pregunta Arquiano cuando termino mis explicaciones—. ¡Es una locura! ¡No funcionará! ¡La sangre y el acero no cuajan!

—Te aseguro que sí. Lo sé muy bien.

—El acero no debe tener más mezclas que las propias de la aleación —insiste—. ¡Se romperá al primer golpe! ¡Estás loco!

—¡La sangre y el metal se entienden! —repito—. Sigue mis instrucciones y todo irá bien.

—¡Sé lo que digo! —exclama Arquiano—. El acero se forja en caliente y no admite líquidos.

—¡Milmort! —susurra Quania.

—¿Qué has dicho, mujer? —le pregunta Arquiano.

—Yo he oído hablar de esa fórmula —dice Quania—. Existe una vieja leyenda de un caballero que, en un solo día, mató a mil enemigos con una espada forjada con su sangre. Dicen que impidió el paso de unos invasores que pretendían entrar en un valle habitado. Su acción salvó la vida de muchos campesinos que vivían pacíficamente.

—Las leyendas son mentiras embellecidas —replica Arquiano, rechazando la historia de Quania—. ¡Historias infantiles!

—Las leyendas tienen una base de realidad —insiste ella—. No cuentan toda la verdad, pero su esencia suele ser cierta.

—¿Qué pasará si la espada se parte cuando esté luchando con Welfort? ¿Crees que le dará la oportunidad de coger otra arma? —pregunta Arquiano.

—¡No se romperá! —afirma Quania—. ¡Acero y sangre es la fórmula de los grandes guerreros! ¡Hazle caso, Arquiano! ¡Hazle caso!

El forjador de armas me mira con desconfianza. Su experiencia le dice que tiene la razón, pero su corazón desea creer en mis palabras.

La niña se acerca a Arquiano, le da un beso en la mejilla y le dice:

—¡Hazle su espada!

Estas primeras palabras pronunciadas por la niña me estremecen.

Arquiano se levanta, se frota las manos y dice:

—¡Está bien! ¡Vamos a moldear esa extraordinaria arma que dará muerte al rey más sanguinario que se ha conocido! ¡Sangre y acero!

Se acerca al fogón y azuza el fuego hasta que se forman grandes llamas.

—¡Sé de dónde sale esa fórmula! —me susurra Quania—. Sólo los que han estado en el Abismo de la Muerte la conocen.

—¡No sigas! —la interrumpo.

—De vez en cuando surge un caballero valiente que realiza una hazaña como la que quieres llevar a cabo.

—¡Yo sólo quiero matar a Welfort!

—Pero debes tener cuidado. Esas espadas tienen mucho poder. Es fácil usarlas, y muy difícil detenerlas. ¡Tienen vida propia! ¡Son máquinas de matar!

—Intentaré controlarla. Pero es la única manera de eliminarle —digo, acercándome a la forja, decidido a ayudar a Arquiano.

Entre los dos alimentamos el fuego, y derretimos unas barras de metal que se convertirán en acero líquido.

Horas después, todo está listo para la mezcla.

—¡Ha llegado la hora, Rolando! —avisa Arquiano—. ¡Necesitamos tu sangre!

Agarro una daga y se la entrego a Quania.

—Toma. Haz los honores.

La mujer empuña el arma y me rasga el pecho. La sangre mana y cae sobre el recipiente que contiene el metal líquido.

Justo en este momento, alguien llama a la puerta.

—¡Es la princesa Sibila! —dice Arquiano.

—¡Que entre! —exclamo—. ¡Abre, Vania!

La niña abre la puerta y Sibila entra en nuestro taller. El calor abrasador la hace sudar y, cuando me ve, perdiendo sangre, se detiene en seco. Pero no dice nada. Estoy seguro de que se ha fijado en la cicatriz que tengo sobre el pecho, en el lugar del corazón.

Las gotas rojas caen rítmicamente en el recipiente que contiene el acero líquido. Cada una provoca una pequeña humareda acompañada de un leve y vaporoso sonido.

Mil gotas después, el proceso está completado. Caigo de rodillas y Arquiano y Sibila corren en mi ayuda.

—Ven, tumbate aquí, sobre estas mantas —me dice ella.

—Has hecho un gran esfuerzo —me consuela Quania—. Te ha agotado.

Sibila coge un paño y me lo pone sobre la herida, para que deje de sangrar.

—¿Estás seguro de lo que haces? —me pregunta.

—Espero que sí —respondo—. Haré todo lo que pueda para ganar esa pelea. No habrá otra oportunidad.

—Te ayudaremos a conseguirlo —promete—. Cuenta con nuestra colaboración.

Hemos cruzado una mirada fugaz. Temo que lo que pasó la otra noche en el establo se ha instalado entre nosotros como una barrera infranqueable. Ojalá consiga derribarla.

Derrumbamiento

Cuando ya nos habíamos alejado bastante, eché una ojeada hacia atrás y vi que el Templo Milmortiano arrojaba una espectacular columna de humo que flotaba encima de sus restos.

—Es polvo del derrumbe —explicó Miliari—. Lo respirarán durante mucho tiempo. Ojalá los envenene.

Cabalgábamos lentamente, en la dirección indicada por el Gran Sacerdote, confiando en que nos llevaría hacia la guarida de Mort. A veces dudaba de su veracidad, pero no me quedaba más remedio que seguir sus instrucciones ya que no tenía ninguna otra pista que pudiera llevarme hacia la salvación de Ónica.

—¿Estás seguro de que no nos engaña? —me preguntó Zoltan.

—No, no lo estoy, pero no tengo otra opción.

—¿Has visto la cantidad de guardianes que nos acechan? Las colinas están plagadas de esos tipos. No nos pierden de vista ni un momento.

—Supongo que no dejarán de observarnos mientras puedan. Quieren estar seguros de que Crawen nos lleva a un lugar concreto.

—¿Así que piensas en una trampa?

—Es posible que la Isla de Mort sea una engañifa. Otra más.

—Yo también lo he pensado. ¿Quieres que despeje el camino de guardianes y soldados?

—De momento les permitiremos que nos vigilen. Ya llegará el día de tomar decisiones. Sólo aumentaremos la vigilancia por la noche. No quiero darles la oportunidad de que se nos echen encima cuando más indefensos estamos.

A pesar de la desconfianza que tenía hacia nuestro rehén, las piezas encajaban. Sanguiano nos había hablado de la Isla de Mort; Monfodio había confirmado su existencia y, lo mejor, era que la descripción del caballero milmort herido coincidía plenamente con Crawen. Y Crawen era casi la mano derecha del propio Mort.

Sí, no cabía duda de que Crawen nos iba a llevar hasta esa isla fantasma.

Durante las horas siguientes no hubo ningún incidente. Pero la vigilancia aumentó y la tensión también. Estábamos muy nerviosos y no dejamos de acariciar nuestras armas.

—Nos están encerrando —advirtió Miliari cuando nos detuvimos para comer—. Están estrechando el cerco. Si siguen así nos van a aislar.

—Es su estrategia —aclaró Markel—. Vigilan, acechan y, al final, se echan encima

como las hienas.

—Tengamos paciencia –les pedí—. Y estemos alerta.

Pero yo estaba más preocupado por Ónica que por los guardianes. En última instancia, lo de esos tipos se podría resolver a golpe de acero, pero lo de ella no. El problema de Ónica no se podía solucionar tan fácilmente.

Cuando hicimos un alto para descansar y la vi apoyada en un árbol, avistando el horizonte con la mirada perdida, me acerqué a ella.

—¿Estás bien? –le pregunté.

—No lo sé –respondió con un tono de melancolía que me preocupó—. No estoy segura de nada. Todo esto es muy complicado. Vivimos en la muerte y luchamos para sobrevivir sabiendo que nunca volveremos a la vida real. Es difícil de asimilar.

—Vivimos en la incertidumbre. No sabemos nada sobre nuestro futuro, pero tenemos que reponernos. No hay alternativa.

—Estoy al borde de la muerte. Si no encontramos a Mort a tiempo, moriré. No dejo de pensar en ello.

—Todos pensamos en la muerte –dije para consolarla—. Es nuestra gran compañera. Nacemos con el temor a morir y vivimos siempre con ese pensamiento. No debe agobiarte. Es lo más natural.

—No te lo he contado, pero durante el tiempo que permanecí agónica, tuve sueños terribles.

—Los sueños no son...

—Soñé con un mundo desconocido. Un lugar en el que tú y yo éramos amigos, pero en el que un enemigo oculto me acechaba y me vigilaba día y noche. Un monstruo muy parecido al hombre oso que encontramos cuando íbamos hacia el campamento de *Cíclope*. Era una especie de hombre lobo.

—A veces, no debemos dar demasiada importancia a lo que soñamos.

—Es un sueño que no me abandona. Cuando desperté en el Templo Milmortiano y te vi, tuve la sensación de que todo era más real que la vida misma. Quiero decir, que la otra vida con la que soñaba. Ya sé que es muy complicado explicarlo, pero no pienso en otra cosa.

—No es grave. Es un sueño de una persecución...

—¡Ese hombre lobo mató a mi hermano Miliari y luego me mató a mí, Royman! En ese mundo imaginado, ese ser me clavaba una espada en el corazón. ¡Eso es lo terrible! ¡Coincide con lo que he leído en el pergamino!

—Habrás leído mal. Los nervios, las prisas...

Sacó la mano derecha de debajo de la capa y me mostró el pergamino.

—¿Lo has traído? ¿Has cogido tu historial?

—Claro, igual que los demás –respondió con naturalidad—. ¿No tienes el tuyo?

Asentí con la cabeza.

—Escucha... *Ónica llegó a Mort a causa de una herida en el corazón. La atravesaron con una espada de ancha hoja y la dejaron desangrarse...* ¡No estoy equivocada! Lo que dice el pergamino coincide plenamente con mi sueño. Eso es lo que

me angustia.

—Es una casualidad. Ni tu sueño ni el pergamino son reales. No debes fiarte de lo que escriben estos milmortianos.

—¿Dónde estamos, Royman? ¡Dime dónde estamos! ¡Explícame qué clase de mundo es este!

—¡No puedo decirte nada!

—¡Tú conoces el Gran Secreto de Mort! ¡Lo descubriste en la cima del Monte Milmort! ¡Cuéntamelo!

—¡No me pidas eso, Ónica! ¡No puedo contarte lo que sé!

—¿Qué nos pasa que no podemos tener hijos? ¿Por qué no podemos amar con pasión? ¿Por qué el tiempo no cuenta? ¡Explícamelo!

La agarré de los brazos y la contuve.

—¡Estás nerviosa! ¡No te alteres, no te conviene!

—Entonces, dime todo lo que sepas. ¿Por qué no envejecemos? ¿Por qué no recordamos nuestra infancia?

—¡No te lo puedo contar! ¡Si lo hago te matarán mil veces y te perderé para siempre!

—¡Voy a morir de todas formas! ¡Noto que la vida se me escapa! ¡Estoy al borde de la muerte!

—¡No digas eso! ¡No vas a morir!

—¡Mort no existe! —gritó, llena de exasperación—. ¡Es una mentira! ¡Es un fantasma creado por ellos!

Los gritos alertaron a nuestros compañeros, que se acercaron bastante preocupados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Miliari.

—¿Qué os sucede? ¿A qué vienen esas voces? —quiso saber Zoltan.

—No ocurre nada —dije—. Tenemos un desacuerdo que voy a solucionar ahora mismo. Acompáñame, Ónica.

Me dirigí hacia el Gran Sacerdote con la mente ofuscada por la rabia. Lo agarré y le puse en pie. Después, lo arrastré hasta la fogata y lo incliné sobre ella.

—¡Escucha, maldito! ¿Existe Mort o no existe?

Crawen no dejaba de gemir, pero no respondía.

—¡O me lo dices ahora mismo o te convierto en una antorcha viviente! ¡Habla de una vez!

Intentó articular algunas palabras, pero no lo consiguió. Así que le arrojé al fuego, donde se revolvió como un animal herido.

—¡Sácame de aquí! —imploró—. ¡Sácame de aquí!

—¿Existe Mort? ¿Dónde está? —grité, mientras le daba patadas para impedir que saliera del fuego que ya había empezado a prender en sus ropas.

—¡Sí! ¡Sí existe! —aceptó por fin—. ¡Sácame de aquí!

—¿Dónde está?

—¡En una isla!

—¿Dónde está esa isla?

—¡Os llevaré a ella!

—¿Dónde está?

—No se puede explicar. ¡Es una isla fantasma que sólo se deja ver cuando Mort entra en ella! ¡Os llevaré! ¡Sácame de aquí!

Le di una patada en el costado, que le hizo rodar por el suelo. Allí se revolcó para sofocar el fuego que se había extendido por todo su hábito.

Zoltan y Miliari le echaron unos puñados de arena para ayudarle a apagar las últimas llamas.

—¿Lo ves? —le dije a Ónica—. ¡Mort existe y te vamos a llevar hasta él! ¡Vas a vivir para siempre, Ónica! ¡Vas a vivir!

Entonces, Ónica se arrojó a mis brazos.

—¡Quiero estar junto a ti! —exclamó entre sollozos—. ¡No quiero separarme de tu lado! ¡Te necesito!

—Y yo a ti, Ónica.

El milmort está listo

Llevo aquí tres días y estoy absolutamente agotado. No es sólo la sangría a la que me he sometido, es el esfuerzo y el calor.

He insistido en dormir junto a *Ónica* y, cada vez que me encontraba bien, he salido a cabalgar con ella. He visto que los preparativos siguen adelante pero no he tenido fuerzas para interesarme.

—No te preocupes, Rolando —me dice Cornelio cuando me encuentro con él—. Todo el mundo está trabajando.

—No dejéis de proteger a los campesinos y a los que viven extramuros —le aconsejo—. Son lo más importante de todo.

—Ya les hemos avisado. El castillo está repleto. Cuando los hombres de Welfort lleguen, no encontrarán nada de valor fuera de las murallas.

—¿Se sabe algo?

—Nuestros exploradores nos han alertado de que están en camino. Marchan con lentitud, pero vienen. Saldré a cazar y me cercioraré personalmente.

Por la tarde, por fin, llega el momento de extraer la espada. Ha tardado en cuajar más de lo que yo esperaba. Quizá debido a que el ambiente de Mort es muy diferente al del Mundo de los Vivos. Es posible que la vida no le sea propicia y prefiera la muerte.

—Ahora, tal y como tú mismo me has pedido, debes empuñar la espada y sacarla del fuego. Te advierto que está ardiendo —me avisa Arquiano.

—Estoy preparado.

—¿Has hecho esto antes? —me pregunta Quania.

—No importa. Tengo que sacarla. Sólo tendré una oportunidad.

Sibila me mira con aflicción. Sabe que lo que voy a hacer es una barbaridad que podría costarme la vida.

Me froto las manos, quizá para ganar unos segundos. Lo que me aguarda no es nada agradable. Por fin, alargo el brazo con la mano abierta y agarro la empuñadura con todas mis fuerzas. Sé que de eso depende que se integre en mí. Si mi mano no se funde con ella, no habremos hecho nada.

El dolor es insoportable.

Es muy fuerte. Es muy duro. Es inaguantable.

Aprieto los dientes y me rebelo contra el deseo de soltar el arma. Tengo los ojos extraviados y mi rostro está desencajado a causa del dolor. Me aferro a la espada igual

que si se tratase de mi vida.

Estoy empapado de sudor. El dolor es extremo. Sólo me queda el consuelo de quejarme. Lo importante es que mi mano se ajuste a la empuñadura. O mejor dicho, la empuñadura se ajuste a mi mano. Es como si ambas se estuvieran fundiendo.

Saco la espada del horno. Humo y chispas la acompañan.

Una vez fuera, la levanto como si fuese una bandera. La bandera de mi venganza, de mi deseo de justicia, de mi ansia por recuperar todo lo que es mío. De recuperar a Sibila.

Pero el agotamiento es tan fuerte que caigo de rodillas.

Esa espada ha estado a punto de costarme la vida.

Arquiano y Sibila corren en mi ayuda y me ponen en pie.

Tardo un poco en recuperarme. El mareo que acabo de sufrir me ha desconcertado por completo. Ha sido muy fuerte. Durante un instante he tenido la impresión de que volvía a caer en el Abismo de la Muerte, de que regresaba a Mort.

Y me he asustado.

No puedo volver allí sin haber cumplido mi deseo.

No puedo volver a morir dejando a Sibila al alcance de Welfort.

Si eso ocurriera, nunca encontraría la paz.

—¿Estás bien, Rolando? —me pregunta Sibila.

Apenas consigo mover la cabeza para indicarle que sí.

—Toma un poco de esta bebida que te he preparado —dice Quania, alargando una copa.

—¿Qué es? —logro preguntar.

—No preguntes y bebe —ordena la anciana.

Sin pensarlo dos veces, me tomo el repugnante brebaje. Es muy fuerte, muy agrio y muy denso.

—¡Es asqueroso! —murmuro.

—Es la vida —dice ella, cogiéndome la mano y metiéndola en una palangana que contiene agua y varias hojas de plantas—. Te dará las fuerzas que necesitas.

Siento un alivio en la mano ardiente. Sé que tardará aún en curarse, pero lo peor ha pasado.

Sibila me seca el sudor de la frente.

Abro los ojos y la miro con delicadeza.

—Gracias por tu ayuda —le digo.

—Gracias por la tuya —replica—. Sé por qué haces todo esto. Sé que lo haces por mí.

—Ojalá consiga acabar con ese depredador.

Arquiano examina la espada con atención.

—¡Es perfecta! ¡Ha cuajado! ¡Es la mejor arma que he visto en mi vida! Tiene un temple extraordinario.

—Ya estás preparado para cumplir tu misión —afirma Quania—. ¡Eres un milmort!

—¿Qué es un milmort? —pregunta Sibila—. ¿Qué es?

—Uno que vuelve del Abismo de la Muerte —explica la mujer—. ¡Un guerrero inmortal!

Sibila me clava la mirada.

Sin darme tiempo a responder, se abraza a mi cuello y me estrecha contra su cuerpo.

Estoy tan emocionado que me falta el aire. Ahora me doy cuenta de que todo lo que he sufrido en Mort ha valido la pena. Sólo pensar en lo que me habría perdido si no hubiese tomado la decisión de ser un milmort me quita la respiración.

Quania, la niña y Arquiano salen lentamente y cierran la puerta, dejándonos solos.

Entonces nos besamos. Nos acariciamos e intercambiamos miradas y susurros. Todo lo que estaba guardado en nuestro pecho sale ahora a la luz, al calor de la forja de Arquiano que sigue encendida.

Un poco más allá, mi nueva espada milmortiana refleja las llamas de la fragua en su hoja de doble filo.

—¡Sabía que volverías! —susurra—. ¡Lo sabía!

—¡No he dejado de pensar en ti! ¡No podía recordarte, pero quería verte de nuevo! ¡Luché como un titán! ¡Hice lo imposible por regresar!

—¡Me has liberado de las garras de Wolfort, mataste a esos bárbaros y has expuesto tu vida para hacer esa espada invencible! ¡Lo has hecho por mí!

—¡Y volvería a hacerlo mil veces! —respondo, al borde de las lágrimas—. ¡Nada de este mundo o del otro se interpondrá entre nosotros!

La noche cae sobre nosotros y permanecemos juntos, iluminados por las llamas que no se apagan, como si supieran que las necesitamos.

Al amanecer, cuando la luz del sol arroja sus primeros rayos a través del ventanuco, los cuernos de alarma suenan con energía.

—Wolfort acaba de llegar —digo—. Ha llegado la hora.

Me abraza con fuerza y me transmite todo su calor, dejándome claro que me ha aceptado. Sabe que he estado en el otro mundo, pero aprueba mi regreso.

¡Me quiere!

Cambio de rumbo

Dos días después, alcanzamos la zona nevada que anteriormente habíamos atravesado para llegar al Templo Milmortiano. Reconocí los lugares por los que habíamos pasado y sentí una cierta nostalgia que me hizo recordar a nuestros buenos amigos Torac, Robin y Nubiola.

—¿Crees que Torac se acordará de nosotros? —le pregunté a Zoltan.

—¿Torac? —dijo—. Ese nombre me suena.

—Es un antiguo caballero milmort que luchó a nuestro lado. Erais buenos amigos y marchabais juntos hacia el Monte Milmort cuando os conocí. Se quedó en el campamento de *Cíclope* y formó una familia con Nubiola y Robin.

—No conozco ningún campamento de *Cíclope* —respondió Zoltan—. Me confundes. O desvarías, amigo Royman.

—Lo peor de este mundo es que uno olvida a la gente que ha conocido —me lamenté—. Es lo peor de todo. Y es inevitable.

—Nos pasará a todos —sentenció Ónica—. Te olvidarás de mí y yo me olvidaré de ti.

—Eso ya se verá. Ahora, lo importante es sobrevivir. Con o sin memoria.

—Pero si nos olvidamos el uno del otro, esta vida será insufrible.

—Si permanecemos juntos, no servirá de nada que perdamos la memoria. Siempre volveré a quererte. Da igual que nuestra vida anterior se borre, lo importante es que renazca cada día. Eso es lo que cuenta, Ónica.

Me miró sorprendida, como si hubiera hecho una revelación.

—Tienes razón. Hay que renovar el deseo de estar juntos. Hay que pensar sólo en lo que ocurre cada día y no preocuparse por lo que se ha borrado de nuestra memoria.

—A mí me suena este lugar —advirtió Miliari—. Juraría que he pasado por aquí en alguna ocasión.

—Supongo que habrás pasado por el campamento de *Cíclope*. Como todos los milmorts —comenté—. Es lo más normal.

Miliari observó el valle nevado y dijo:

—No estoy seguro, pero creo que he estado en ese sitio. Algo me ocurrió. Aunque mi memoria falla, no se ha borrado del todo.

—He oído hablar de ese campamento —dijo Markel—. Muchos milmorts hablan de él. Debe de ser un infierno.

—Te lo confirmo —le dije—. Es un infierno que no sirve para nada. Sólo aprendes a

matar.

—Pero os ayuda a salvar mil veces vuestra vida –recapituló–. Sirve para algo.

—A mí me ha ayudado más el deseo de vivir que el entrenamiento –reconoció–. Te vuelve cruel. Te convierte en un loco que sólo desea matar.

—Sólo los más salvajes salvan su vida y la conservan –aclaró Zoltan–. Es ley de vida.

—No, es ley de Mort.

—La ley de Mort es la ley de la vida –masculló el Gran Sacerdote.

—¡Cierra el pico o te lo cerraré yo! –le advertí–. Estoy harto de tu estúpida visión de esta vida. Crees que estamos aquí para dar razón a vuestra locura.

—¿Para qué otra cosa crees que venís a parar a Mort si no es para darle un sentido? –espetó–. ¡Vivís para morir! ¡Y morís para que Mort exista! ¡Queremos que vengáis y no queremos que os marchéis!

—Entonces, ¿para qué hacéis esos horribles agujeros negros?

—Es preferible sacrificar a unos pocos que perder multitudes.

Según íbamos avanzando, la nieve se iba haciendo más espesa y los caballos marchaban con más dificultad.

—Quizá debamos descabalar para no forzarlos demasiado –propuse.

Entonces, cuando estábamos a punto de apearnos, vimos algo que nos llamó la atención.

—¡Una columna de humo! –gritó Zoltan–. ¡Allí!

A lo lejos, en lo más profundo del valle, una columna de humo gris se alzaba hacia el cielo. Sin duda, procedía de un incendio.

—¿De dónde vendrá? –se extrañó Miliari.

—¡Del campamento de Torac! –exclamé–. ¡Algo le pasa!

—¡Torac está en peligro! –añadió Ónica–. ¡Y también Robin y Nubiola!

—Está muy lejos. Debemos seguir nuestro camino –objetó Zoltan–. No nos metamos en líos.

—Tienes razón, amigo –dije–. El tiempo apremia y...

—¡Debemos ir en su ayuda! –gritó Ónica–. ¡Son nuestros amigos y estamos obligados a socorrerlos!

—Es posible que sólo se trate de un incendio sin importancia –dijo Markel.

—Pero también es probable que estén en apuros. Estas tierras son muy peligrosas y ellos se encuentran aislados –insistió Ónica.

—No debemos retrasarnos –dije–. Tu vida corre peligro.

—¡Si no soy capaz de ir en ayuda de mis amigos, prefiero renunciar a mi vida! –exclamó con rabia–. ¡Yo voy a verlos!

Tiró de las riendas e hizo girar a su montura.

Nosotros nos miramos con resignación.

Poco después, nos dirigíamos hacia esa condenada columna de humo que, casi con seguridad, nos iba a complicar la vida y a retrasar nuestro viaje. Pero apoyar a Ónica era mucho más importante para mí que cualquier otra consideración.

Séptima Parte

El desafío

Desde las almenas principales contemplamos cómo el ejército de Wolfort, que llegó anoche, se está desplegando frente al castillo de Langan, justo ante la fachada principal, la de la puerta con rastrillo y el puente levadizo.

Infantería, caballería, arqueros, lanceros, catapultas, torres de asalto... Ha traído lo mejor de su ejército. Sin duda, Wolfort está decidido a rendirnos por la fuerza de las armas.

—Hay más de mil hombres —asegura Wilox—. No podremos contenerlos. Su plan consiste en atacar de frente. No va a perder tiempo en asediarnos. ¡Quiere derribar la puerta!

—Dejemos que se cansen —digo para tranquilizarlos—. Luego iré a ver a Wolfort y le desafiaré.

—¿Sigues decidido a luchar con él? —me pregunta Sibila.

—Estoy decidido a matarle —afirmo.

Los soldados bárbaros levantan sus tiendas de campaña, preparan las catapultas y otras máquinas de guerra como los lanzadores de flechas y las torres de asalto. Los sirvientes de Wolfort han erigido un pabellón de mando que está rodeado de pretorianos. También tienen un artillugio rodante con ariete.

—Creo que Wolfort sigue herido —explico—. Hay muchos sirvientes alrededor de su tienda. Se siente seguro de su triunfo y disfruta con ello. Conoce nuestras fuerzas. Seguro que Bondor y los otros soldados le han dado todos los detalles.

—No aceptará tu reto —afirma Cornelio—. No es tan tonto como para exponerse estando en condiciones de superioridad. Nos superan en cinco a uno. ¿No te das cuenta?

Yo sé que sí accederá. Estoy convencido de ello. Si quiere recuperar a Sibila y vengarse de mí, es su mejor alternativa. Y se la voy a servir en bandeja.

Hemos dejado pasar algunas horas para que se agoten levantando el campamento de asedio. Seguro que sus hombres se resentirán del excesivo trabajo que han realizado. Y eso dificultará sus movimientos si acaso se produce un ataque. Ellos estarán agotados mientras que los nuestros se hallarán frescos.

Por fin, al atardecer, vestido con mis ropas de guerra, armado con mi nueva espada, monto a *Ónica* y me dispongo a salir del castillo.

—Ten cuidado, Rolando —me aconseja Sibila—. No te expongas inútilmente. Te necesitamos vivo.

—No te alejes más allá del alcance de nuestras flechas —recomienda Cornelio—. Es la única manera de protegerte en caso de ataque. He colocado a los mejores arqueros en

la muralla principal.

—Deberíamos acompañarte —propone Wilox—. No es una buena idea ir solo. Wolfort hará lo que sea para aniquilarte.

—Quiero que sepa que no le tengo miedo —replico—. ¡Abrid la puerta!

El rastrillo se eleva mientras el puente de madera desciende lentamente. Me detengo unos metros más adelante para que vean que estoy solo. Un poco después, pongo a *Ónica* al paso y avanzo unos metros.

Unos jinetes vienen directos hacia mí. Cuando están cerca, una flecha que proviene del castillo se clava ante ellos y les invita a detenerse. Seguro que es obra de Cornelio.

—¿Qué quieres? —me pregunta en tono agresivo el oficial bárbaro—. ¿Traes un mensaje de rendición?

—Traigo un mensaje para tu amo, el traidor Wolfort.

—Mi amo es el rey Wolfort —contesta al quite.

—Dile que Rolando de Mort quiere un duelo con él.

—Mi rey no se dignará a luchar contigo. Si quieres, puedo hacerlo yo en su lugar.

—¿Cómo te llamas?

—Boldarno. Soy oficial...

—Aquí te espero, Boldarno. Acabemos ahora mismo —le respondo.

El oficial espolea su caballo mientras sus hombres se ríen. Se abalanza sobre mí, hacha en mano. Mi escudo detiene el primer golpe, que es poderoso. Aprovecho que se desestabiliza un poco para atacarle por un lateral. Mi buena fortuna hace que mi espada se clave en su hombro. Da un respingo a causa del dolor y se queda desprotegido. Por lo que no dudo en asestarle un nuevo espadazo que lo derriba de su montura. Cae al suelo entre gritos y ya no se mueve. Mi nueva espada ha hecho bien su trabajo. Parece que le gusta la sangre de los bárbaros.

—¡Decidle a vuestro amo, el traidor Wolfort, que le espero aquí! —grito—. ¡Y llevaos a vuestro jefe! ¡Si alguno de vosotros quiere luchar conmigo, puede sacar su arma ahora mismo!

Ningún voluntario. Recogen el cadáver de Boldarno y se retiran lentamente hacia sus posiciones. Yo sigo en el mismo sitio, desafiante.

Ya en el campamento, uno de ellos se dirige a la tienda principal, donde Wolfort está sentado en un trono. El jinete le explica algo y me señala con el brazo.

Wolfort se levanta y sube a un caballo. Él y una decena de pretorianos cabalgan hacia mí y se detienen ante la flecha.

Ahora que lo veo de cerca, noto que está herido. Su expresión y su voz quebrada lo indican claramente. Es evidente que nuestro encuentro en el Valle de los Lobos le ha dejado huella. Una huella que debe alimentar su odio hacia mí.

—¿Quieres luchar conmigo? —me pregunta.

—Ya he peleado contigo y te he ganado, Wolfort. Ahora quiero matarte.

Me mira y sonrío amargamente. Mi superioridad es manifiesta y no puede hacer nada para cambiar esta situación. Soy un desconocido para él y no sabe nada sobre mí que pueda afectarme. Pero ya lo sabrá.

—¿Por qué habría de luchar contigo, proscrito? Somos superiores en número. Dentro de poco seré dueño de esa fortaleza y te ahorcaré.

—Si no luchas perderás a Sibila. Y perderás la ocasión de vengarte de mí. Y tus hombres sabrán que eres un cobarde que se negó a luchar con un desconocido.

—No lucharé contigo, ella será mía y mis hombres me respetarán todavía más. Mi sonrisa de triunfo será lo último que veas cuando cuelgues de una cuerda.

—Si entras en el castillo por la fuerza no la encontrarás viva —afirmo—. Te desprecia tanto que prefiere cortarse las venas antes de dejar que te acerques a ella. Sólo te queda una posibilidad de recuperarla: ¡Lucha conmigo! ¡Aquí y ahora!

—¿Qué ganaré si lo hago? ¿Qué condiciones me ofreces?

—Si ganas, ella se entregará voluntariamente.

—¿Lo dice ella o es idea tuya? —pregunta con ironía.

—Sibila está de acuerdo. Me lo ha confirmado.

—Entonces, te voy a proponer algo. Lucharé si está aquí, a nuestro lado. Quiero garantías de que no me engañaréis. ¡Quiero verla!

Wolfort es listo. Siempre sale con una idea inesperada.

—No hace falta que esté aquí —replico—. Somos nosotros los que no nos fiamos de ti.

—Si ella no viene, no hay lucha —responde categórico—. Ya te puedes ir por dónde has venido.

—Tengo que preguntárselo.

—Cuando lo tengáis decidido, cruzaremos nuestras espadas. Permitiré que vengáis acompañados de dos hombres de armas para que se sienta protegida. Y yo vendré solo, para que veáis que no os tengo ningún miedo.

—Si crees que Sibila te va admirar por...

—No, imbécil, quiero que vea cómo mueres. Por eso quiero que venga. No entiendes nada.

Hace girar su montura y se retira.

Yo me dirijo al castillo, preocupado. Su propuesta no me gusta nada.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Sibila, saliendo a mi encuentro.

—Quiere que estés a mi lado cuando luchemos —explico—. O no peleará.

Entramos en el patio de armas, que ahora está repleto de gente. Wilox, Cornelio y otros oficiales se nos acercan.

Sibila se aleja entre el gentío, acompañada de dos criadas y varios soldados. Va cabizbaja, y eso me preocupa.

—¿Va a luchar? —pregunta Wilox.

—No estoy seguro. Quiere que Sibila salga a campo abierto —digo.

—Es una trampa —afirma Cornelio—. No aceptes.

—No veo otra forma de obligarle a...

—¡Vamos! —grita Sibila—. ¡Estoy lista!

Está montada en su caballo *Miliari*, dispuesta a acompañarme.

—Pero, Sibila...

No responde. Espolea su montura y se dirige hacia la puerta.

—¡Cornelio, Wilox! ¡Venid conmigo! —ordeno.

La alcanzo cuando ha traspasado la muralla.

—¿Estás segura? —le pregunto.

—¡Hay que acabar con esa alimaña! —responde—. Prefiero exponerme antes que quedarme escondida.

—Entonces, vamos allá —digo, justo cuando Wilox y Cornelio se unen a nosotros.

Nos detenemos a pocos metros de la flecha clavada en el suelo y aguardamos.

—Ahora vendrá —afirmo—. Ahora va a perder la vida.

Efectivamente, poco después, vemos cómo Wolfort sale de su tienda y monta su caballo.

Pero no se mueve. Se queda observando.

—¿Qué pasa? —pregunta Cornelio.

—No lo sé, pero no me gusta —respondo—. Estemos atentos.

Apenas tenemos tiempo de pensar en la estrategia de Wolfort, que sigue impasible sobre su montura, mirándonos fijamente.

Entonces, agita el brazo derecho y un soldado hace sonar un cuerno de guerra. ¡Grupos de lobos salen del campamento, aullando como diablos enfurecidos, corriendo directamente hacia nosotros!

Vuelven los osos

El campamento de Torac estaba rodeado de osos y de seres deformes.

Habían hecho varios prisioneros y los estaban descuartizando salvajemente mientras algunos edificios ardían y formaban la gruesa columna de humo que nos había guiado hasta allí.

Nos escondimos tras unas voluminosas rocas que estaban situadas en la ladera de un montículo cercano y desde allí observamos todo lo que ocurría.

—Os lo dije —comentó Ónica—. ¡Están en peligro!

—El campamento se halla rodeado —dije—. Y hay muchos enemigos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Markel—. ¿Atacamos o no?

—Si son amigos vuestros debemos acudir en su ayuda —concluyó Miliari.

—¡Vamos a socorrerlos! —respondí—. No los abandonaremos.

—Ya me estaba haciendo falta un poco de acción —dijo Zoltan—. Voy a recuperar el tiempo perdido. ¿Vamos?

—Escuchad... Zoltan y Miliari irán por la derecha, y yo atacaré por la izquierda...

—Yo iré contigo, Royman —me cortó Ónica.

—No estás en condiciones de...

—No me quedará aquí viendo cómo os jugáis la vida —replicó—. ¡Iré con tu permiso o sin él!

No me quedó más remedio que acceder. La conocía de sobra para saber que, de ninguna manera, se quedaría en la retaguardia.

—Yo permaneceré aquí, vigilando al Gran Sacerdote —concluyó Markel—. ¿Verdad, Crawen?

—Pero es mejor que no os vean. Son fuertes y peligrosos.

Montamos y nos preparamos para atacar. Cada grupo tomó la dirección que le correspondía y nos separamos en silencio.

Cuando consideramos que estábamos a una distancia prudente, alcé mi brazo armado y grité:

—¡Al ataque! ¡A por ellos!

Salimos a la vez, lanzando gritos de guerra que alertaron a los atacantes. Varios de ellos corrieron hacia nosotros con sus armas dispuestas para golpear.

Nuestro ímpetu se puso de manifiesto cuando nos encontramos con ellos. El choque fue bestial.

Las espadas volaron como nunca y nuestro ataque fue implacable. Todo lo que se nos ponía por delante recibía su castigo. Los gritos de dolor de las bestias se multiplicaron como el eco. Pero sabíamos que no eran tan inofensivas como parecían. Sus llantos no ablandaron nuestros corazones; al contrario, el recuerdo de los prisioneros descuartizados y torturados nos había enardecido. No queríamos caer en sus garras.

—¡Uno menos! –gritaba cada vez que golpeaba a alguno de ellos–. ¡Otro!

Era como cuando eliminaba eslabones de mi cadena.

Zoltan y Miliari, desde el otro lado, actuaban con una precisión digna de elogio. Cada golpe era certero y cada ser que mataban nos acercaba al triunfo.

Era evidente que habíamos aprovechado bien la ventaja de la sorpresa.

—¡Estos salvajes no se esperaban este castigo! –gritó Ónica–. ¡No pensaban que estábamos cerca!

—Yo creo que no piensan en nada –le respondí–. Se mueven por instinto.

En ese momento, el gran portón de madera se abrió y algunos hombres, al mando de Torac, salieron en nuestra ayuda.

—¡Al ataque! –gritó nuestro antiguo compañero de armas–. ¡Bienvenidos!

—Hola, Torac! –exclamé–. ¡Aquí nos tienes!

Los osos se habían reagrupado y algunos se aproximaron peligrosamente a la puerta. Sin pensarlo dos veces, nos lanzamos a su encuentro. Sabíamos que lo peor que podía ocurrir era que penetraran en el campamento. Si eso sucedía, sería imposible sacarlos sin un alto coste en vidas, si es que lo conseguíamos.

Nos tiramos sobre ellos como una tromba. Los aceros silbaron e hirieron a todos los enemigos posibles.

Un oso derribó mi caballo de una dentellada en el cuello y, de no ser por la rápida intervención de Ónica, es posible que no lo hubiera contado, ya que otros dos animales vinieron a por mí apenas puse los pies en el suelo.

Torac protegió mi retaguardia y pude recuperar mi capacidad operativa. Mi espada milmortiana hizo verdaderos estragos entre las filas de aquellos seres salvajes y sangrientos. No obstante, dos hombres de Torac cayeron en sus garras y tardaron muy poco en ser descuartizados.

Zoltan y Miliari se unieron a nosotros y entre todos formamos una barrera infranqueable que les impidió el paso.

Una vez detenido su avance, sólo quedaba echarlos fuera. Pero, por cada uno que caía, aparecía otro, lo que hacía imposible nuestra victoria.

Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado.

Robin, montado en un caballo, salió del fuerte lanzando gritos y portando una lanza en cuya punta había una cabeza clavada.

—¡Fuera de aquí! –gritó–. ¡O acabaréis igual que él!

¡Era la cabeza del hombre oso que matamos cuando llegamos aquí la primera vez!

Estaba congelada y, a pesar del paso del tiempo, mantenía sus rasgos y era perfectamente reconocible. Cuando la identificaron, los osos retrocedieron espantados. Huyeron velozmente y, unos minutos después, sólo quedaba el suelo sembrado de

cadáveres.

Apenas nos estábamos recuperando, cuando vimos que Markel venía cabalgando hacia nosotros.

—¡El Gran Sacerdote se ha escapado! —gritó, mostrando una herida sangrante en la cabeza—. ¡Me han atacado por sorpresa!

—¿Quién ha sido? —le pregunté—. Esos animales no tienen cerebro suficiente como para...

—¡Soldados negros y guardianes!

Perseguidos

—¿Qué hacemos? —quiere saber Wilox, conteniendo su caballo.

—¡Volvamos al castillo! —ordenó, convencido de que no podemos enfrentarnos a tantos lobos.

Giramos nuestras cabalgaduras y nos lanzamos hacia el portón. Pero, para nuestra sorpresa, otros lobos surgen de entre los arbustos y de las altas hierbas para cortarnos el paso.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —se extraña Wilox.

—¡Eso ahora no importa! —respondo—. ¡Hay que esquivarlos!

—¿Cómo? —pregunta Sibila—. ¡Hay más lobos que hierba!

Estamos casi rodeados. No podemos ir hacia el castillo ni tampoco podemos retroceder. Si conseguimos llegar al bosque antes de que los lobos nos cierren el paso, tendremos una posibilidad de sobrevivir.

—¡Al bosque! —ordenó—. ¡Al bosque!

Abro la marcha y los demás me siguen. Es necesario que nos infiltremos antes de que cierren el círculo.

Bordeamos el castillo perseguidos por los lobos. Algunos de nuestros arqueros que, desde las almenas, se dan cuenta de nuestra apurada situación, disparan flechas contra ellos y abaten a unos cuantos, pero apenas producen bajas.

Son muchos, muy rápidos, nos persiguen de cerca y están ganando terreno. La situación se está complicando por momentos.

La trampa de Wolfort ha surtido efecto. Hemos caído de lleno en ella. Nos hemos comportado como verdaderos ingenuos al creer en su palabra. Otra vez he picado su anzuelo.

—¡Galopad sin cesar! —grito, espoleando mi caballo—. ¡Hay que alcanzar el bosque!

No estoy seguro de que la arboleda nos dé la seguridad que necesitamos, pero es el único sitio al que podemos ir. ¡Estamos acorralados!

De una rápida mirada veo a Wolfort que parece complacerse de nuestra apurada posición.

Levanta el brazo derecho y un numeroso grupo de jinetes se lanzan también en nuestra persecución, junto a los lobos.

Cornelio derriba de un flechazo a una fiera que se ha acercado al caballo de Sibila. Yo consigo matar a otro lobo que se arrima a *Ónica*... Wilox está apurado y se está

quedando atrás.

Los aullidos de los animales están poniendo nerviosos a nuestros caballos. La situación empeora por momentos.

Alcanzamos los primeros árboles y entramos en el bosque. Apenas conseguimos perder de vista a los lobos durante unos instantes. Cuando estamos esquivando los árboles, vuelven a ponerse a nuestra altura.

—¡Voy a detenerlos! —grito—. ¡Seguid adelante!

—¡No, Rolando! —replica Cornelio—. ¡No desmontes! ¡Te devorarán!

—¡Están a punto de atraparnos! ¡Prefiero morir con dignidad!

—¡Sigamos! Tengo un plan para librarnos de ellos. ¡Corred!

Sus palabras nos animan. Pedimos a nuestros caballos un esfuerzo añadido y avanzamos un poco más.

—¡Al riachuelo! —grita Cornelio—. ¡Al agua!

Creo que Cornelio quiere que cabalgemos por dentro del agua para que los lobos no sigan nuestro rastro, pero eso nos hará ir más despacio...

El riachuelo es ancho y poco profundo. A pesar de que hay muchas rocas seguimos el plan de Cornelio. Los aullidos se oyen cada vez más fuertes.

—¡Nos van a alcanzar! —grita Wilox.

—¡Seguid! ¡Seguid! —ordena Cornelio, abriendo la marcha—. ¡Hacedme caso!

Casi en fila, remontamos el río que, ahora, está poblado de ramas y hojas de los árboles cercanos. El paso se está estrechando según avanzamos. Si sigue así, dentro de poco no podremos continuar.

—¡Pasad delante! —ordena, deteniéndose—. ¡El camino es angosto pero se puede cabalgar!

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

—¡Cortarles el paso! —dice, sacando unas piedras de su bolsa de cazador—. ¡No se atreverán a seguirnos!

Golpea los guijarros unos contra otros y les arranca algunas chispas.

—¡No lo conseguirás! ¡Vas a necesitar mucho tiempo para encender un fuego! ¡Las ramas están húmedas! —le digo—. ¡Vámonos!

Cornelio sonríe y no responde. Me muestra unas ramitas secas que ha sacado de su bolsa. Sopla y consigue que las hebras ardan enseguida. Después, las acerca a un arbusto cercano, que responde rápidamente y el fuego crece como un gigante ante nuestros ojos.

—Ahora sé qué hacías cuando salías a cazar —le digo.

—Un buen cazador debe conocer el terreno que le rodea —responde, observando su obra—. ¡Corramos!

Dejamos detrás de nosotros una barrera de fuego y seguimos adelante. Cornelio nos encamina hacia la parte alta del bosque.

—Los lobos tratarán de rodear el fuego —auguro—. Apenas ganaremos tiempo. Seguro que lo cruzarán.

—Por eso es mejor no perder tiempo en charlas inútiles —responde Cornelio—. Hemos de subir ahí arriba.

Miro hacia atrás y veo que el bosque se está llenando de humo y que este se está concentrando entre los árboles, cuyas copas bien pobladas le impiden salir hacia el cielo. Comprendo que Cornelio ha calculado bien su estrategia. Además del fuego, el humo los desconcertará.

De repente, el estrecho camino por el que hemos transitado los últimos minutos se hace más amplio.

Oímos los aullidos de los lobos, que están furiosos, seguramente detenidos ante el fuego y desconcertados por el humo.

—¡Cuidado, Wilox! —grita Cornelio, lanzando su cuchillo de caza.

El lobo que se iba a lanzar sobre él cae abatido, con el arma clavada en la garganta. Cornelio se acerca al animal que agoniza, le arranca el cuchillo y lo remata.

—Algunos lograrán esquivar el fuego —advierte—. Prestad atención.

Desenfundo mi espada y miro en todas las direcciones, atento a cualquier movimiento sospechoso. Ahora vamos casi al paso debido a que el río cruza por una zona muy rocosa.

—Hay que descabalar —sugiere Cornelio—. Los caballos están agotados y no podrán escalar esta pendiente con nuestro peso.

Él abre la marcha, detrás va Sibila, yo la sigo y Wilox va en último lugar. Subimos despacio la falda de un monte, tirando de las riendas de nuestras monturas que, efectivamente, dan muestras de cansancio. La carrera ha sido excesiva.

Pero lo peor de todo es que los aullidos de los lobos se están acercando. Me temo que la barrera de fuego sólo ha servido para retrasar nuestra muerte unos minutos.

Sin memoria

Mientras atendían a Markel, Torac nos invitó a entrar en su campamento.

—¿Quiénes sois? —me preguntó.

—Soy el príncipe Royman y he venido para salvaros de esos animales. Ónica, mi gran amiga, fue la que nos obligó a venir.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo—. Tu rostro me es familiar, Ónica, aunque no te recuerdo. Pero si has venido a socorrernos, seguro que somos buenos amigos.

—Lo somos, amigo Torac —aseguró ella—. Hemos luchado juntos y hace algún tiempo te dejamos aquí, al frente de este fortín, donde se entrena a los futuros caballeros milmorts.

—¿Milmorts? —se sorprendió—. ¿Qué es eso?

—Tú fuiste un gran caballero milmort —le aclaré—. Hasta que renunciaste.

Torac se quedó dubitativo, como si no supiera de qué le hablaba.

—¿He sido un caballero milmort? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Yo?

—De los mejores —le aseguré.

—No me acuerdo de nada. Mi memoria se va nublando con el paso del tiempo. Cada día está más vacía.

—Nos pasa a todos. Mort es el peor de los mundos. Deberíamos rebelarnos. Nos mantienen en un estado que nos destruye lentamente —le dije, intentando consolarle—. Nos degradamos y no podemos evitarlo.

—Mi nombre es Zoltan y creo que te conozco. Pero tampoco estoy seguro. Perdóname por mi falta de lucidez —dijo nuestro compañero.

—Yo me llamo Miliari y soy hermano de Ónica. Creo que he estado aquí anteriormente, aunque tampoco te lo puedo garantizar.

Torac no reaccionaba. Los rostros de sus antiguos amigos se habían desdibujado de su memoria y nada le hacía evocarlos. De repente, me vi reflejado en él y pensé que tarde o temprano acabaría igual.

Entonces, Robin se acercó a nosotros y me dio un abrazo.

—¡Royman! —exclamó—. ¡Royman! ¡Me alegro de verte!

—¡Robin! ¡Has estado magnífico! —le dije—. ¿Cómo se te ocurrió guardar la cabeza de la bestia?

—¡Era mi padre! —respondió.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Esa bestia era mi padre —explicó—. El caballero milmort que había prometido venir a buscarme. Lo reconocí enseguida, pero no quise decir nada. Sabía que os repugnaba.

—Pero, Robin, ¿de qué hablas? —le dijo Ónica—. Tu padre no puede ser un hombre oso.

—Mi padre puede ser lo que quiera —le rebatió—. Yo sé que era él. Dio su vida por mí.

—Pero dijiste que a tu padre le faltaba un ojo —le recordé—. Dijiste que se lo había entregado a *Cíclope* como pago.

—¿De dónde sacas que a mi padre le falta un ojo? —preguntó un poco suspicaz—. ¡Eso no es cierto!

Ónica y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Y tu madre? ¿Dónde está Nubiola?

—¿Nubiola? ¿Quién es Nubiola?

—No conocemos a ninguna Nubiola —explicó Torac—. Estáis confundidos. Robin es mi sobrino pequeño y su madre murió cuando nació. ¿Verdad, Robin?

—Sí, tío Torac... No tengo madre...

El tiempo había hecho estragos en sus mentes. Entonces, me pregunté si a mí me habría ocurrido lo mismo. Durante un instante dudé de todo. ¿De dónde había sacado yo que Nubiola era la madre de Robin? ¿Y lo de su padre tuerto? ¿Era una jugarreta de mi memoria? ¿Me estaba pasando algo extraño y yo no lo había detectado?

No obstante, la sospecha de que Robin mentía renació de nuevo.

—A mí me da lo mismo cómo te llames —dijo Zoltan—. Yo te acompañaré hasta donde quieras. No tengo ningún sitio al que ir. Nadie me espera.

—Algunos me llaman Torac, pero tampoco estoy seguro de nada. A veces, recuerdo cosas raras... Sé que conozco un secreto extraordinario que no puedo revelar a nadie.

—¿Qué secreto es ese? —le preguntó Robin.

—Que no somos de este mundo... Creo que venimos de otro lugar donde la gente puede tener hijos...

Yo sabía que Torac conocía el Gran Secreto ya que el milmort que nos acompañaba se lo había contado antes de morir.

—¿Cómo se llamaba vuestro amigo? —preguntó de repente Ónica—. El que murió de un flechazo envenenado y que enterramos...

—¿De quién hablas? —preguntó Zoltan.

—¡Croax! —exclamé, recordando fugazmente el nombre del caballero fallecido—. ¡Croax te contó ese secreto, amigo Torac!

—A mí nadie me ha contado ningún secreto —respondió, un poco receloso—. Lo sé porque lo he soñado. Te ruego que no me enredes en tus fantasías.

En ese momento tuve claro que Torac no recordaba con fidelidad lo que Croax le había contado. El Gran Secreto que tenía en su mente era una mezcla de extrañas invenciones que se habían confundido en noches de sueños y pesadillas y se habían convertido en una historia confusa e irreal.

—Sé que hemos sido diferentes de lo que somos y que algunos de nosotros tenemos hijos, padres y esposas —añadió Torac, divagando—. Yo vivía en una gran ciudad llena de gente alegre... Pero algo me sacó de allí a la fuerza... Mi padre me odiaba y... Bueno, no quiero aburriros con mi historia...

Al atardecer, Ónica y yo dimos un paseo por el campamento, para recordar los viejos tiempos. Entramos en la arena en la que nos habíamos entrenado con *Cíclope*, el guerrero tuerto que, según contaban, cobraba un ojo por sus servicios y al que maté de un certero golpe de espada.

—A veces me pregunto si vale la pena luchar tanto para vivir —comentó—. Ver a Torac y a Robin en ese estado me ha desanimado mucho.

—No lo dudes. Es mejor vivir, al precio que sea. En las condiciones que sea.

—No me negarás que es penoso ver a Torac y a Zoltan en esas condiciones —reconoció—. Y van a empeorar.

—Reconocerás que es mejor tenerlos a nuestro lado que haberlos perdido.

Tardó un rato en responder.

—¿Acabaremos como ellos? ¿Perderemos la memoria y nos olvidaremos el uno del otro? ¿Viviremos con la mente vacía? Si no recordamos a nuestros amigos ni a nuestros seres queridos estaremos en la peor de las soledades. ¿Es eso lo que nos espera, Royman?

La abracé con fuerza.

—No sé cómo acabaremos —respondí—. Sólo sé que haré todo lo posible por no olvidarte y lucharé para que no me olvides. Eso es lo único que te puedo asegurar. Si hace falta, nos encadenaremos.

A pesar de mis palabras de confianza, sabía que aún teníamos que salir de la trampa en la que estábamos metidos. No quise recordarle que nos hallábamos rodeados de osos salvajes y de soldados negros. Y tampoco le hablé de Crawen, sin cuya ayuda nunca encontraríamos la Isla de Mort.

Creo que aquel fue uno de los peores momentos de mi vida en Mort. Estaba abrazando a la mujer con la que deseaba compartir el resto de mi existencia, pero no estaba seguro de reconocerla al día siguiente.

Si hay una tragedia a la que estamos sometidos, es precisamente la de saber que podemos quedarnos solos con nuestros pensamientos, sin compañía, sin amistad y sin amor.

El amor de Ónica y la amistad de Zoltan, Miliari, Torac y Robin eran mi mejor tesoro, pero sabía que los iba a perder en cualquier momento.

Por eso, antes de que Ónica entrara en el olvido, tenía que devolverle la vida que estaba a punto de perder, quizá por culpa mía. Por no haber sabido defenderla.

—Te llevaré ante Mort, le obligaré a devolverte la vida y después nos encerraremos en una cueva de la que no saldremos nunca. Si nos olvidamos el uno del otro, volveremos a conocernos. Así será hasta el final de nuestros días. Cambiaremos las reglas de juego de Mort.

Codo con codo

Me detengo y me coloco frente a mis enemigos, espada en mano.

—¡De aquí no paso! —afirmo—. ¡Ya no voy a huir más!

—¡Están a punto de llegar! —exclama Wilox—. ¡Son muchos y nos van a matar!

—¡Prefiero morir aquí, de frente, que huyendo como una rata! —replico.

El humo lo envuelve todo, los aullidos crecen y los gritos de los soldados bárbaros se hacen más audibles. En cualquier momento surgirán de la maleza y se lanzarán sobre nosotros.

—¡Huid! —ordeno—. ¡Salid de aquí! ¡Yo me ocupo!

—¡No te dejaremos solo! —grita Sibila—. ¡Nos quedamos contigo! ¡Dadme un arma!

Wilox le entrega su espada y desata la maza que cuelga de su silla de montar.

—¡Estás loco, Rolando! —se queja Cornelio—. ¡Esto no servirá de nada! ¡Moriremos inútilmente!

—¡Si huimos es seguro que moriremos! —asevero convencido—. ¡Lucharemos por nuestra vida!

—Rolando tiene razón —me apoya Sibila, uniéndose a mí—. ¡Luchemos por nuestras vidas!

Cornelio y Wilox se colocan junto a nosotros y entre los cuatro formamos una barrera. Si hemos de morir, lo haremos juntos, luchando.

Nuestros caballos, que huelen el peligro, se sitúan a nuestro lado.

Los arbustos se agitan. Los aullidos se hacen más fuertes. Los gritos y las órdenes de los soldados bárbaros se multiplican. Todo está preparado para el combate.

De repente, tres lobos salen de la maleza y se lanzan hacia nosotros. Los abatimos inmediatamente. Otros seis surgen a nuestra izquierda y las flechas de Cornelio silban mientras que la maza de Wilox hace estragos.

Una decena más aparece junto a varios soldados.

Mi espada vuela. Miembros cercenados saltan por los aires. Lamentos, aullidos, relinchos se unen a nuestros gritos de guerra. La batalla se hace más feroz a cada instante.

—¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! —cuento en voz alta—. ¡Nueve! ¡Diez!

—¿Desde cuándo cuentas tus víctimas? —me pregunta Sibila.

—No cuento los muertos. Cuento las veces que salvo mi vida.

—¿Quién te lo enseñó?

—Un amigo. Un amigo entrañable. ¡Catorce! ¡Quince!

—¡Doce! ¡Trece! —grita Sibila—. ¡Catorce!

—Extraña técnica de lucha la vuestra —dice Cornelio, que acaba de lanzar su última flecha y desenfunda el cuchillo de caza.

Ahora estamos rodeados. Hay lobos y bárbaros por todas partes. Es casi seguro que no vamos a sobrevivir. Nuestros caballos no dejan de dar coces a los lobos y logran lanzar a algunos por los aires.

—¡Esto es una sangría! —grita Sibila—. Los lobos no me atacan. Se dejan matar.

—Sus cuidadores les han enseñado que no pueden matarte —explico—. Wolfort te protege. Los soldados tampoco quieren hacerte daño. Sólo pretenden atraparte.

—¡Peor para ellos!

—¡Ayuda! —grita Wilox, que acaba de caer al suelo y está rodeado de lobos—. ¡Socorro!

—¡Espera, te ayudo! —grito, dirigiéndome hacia él—. ¡No desfallezcas!

Los lobos y los soldados me impiden el paso. Saben que su fuerza es precisamente su superioridad numérica y se aprovechan de ello.

—¡Dejadme pasar, malditos! —voceo, usando mi espada con todas las fuerzas que me quedan.

Cuanto más grito, más me cortan el paso y me impiden llegar hasta Wilox, que está en situación apurada. Le han herido y sus lamentos son aterradores.

Doy un par de saltos hacia atrás para esquivar a los que me impiden el paso, pero no me sirve de nada. Ellos saben que forman un muro infranqueable.

Cornelio consigue acercarse a él, pero poco puede hacer. Un pequeño cuchillo de caza es poca arma para tanto enemigo. Entonces, un potente grito de dolor se alza sobre todo lo demás. Es el grito de la muerte.

—¡Wilox ha muerto! —grita Cornelio—. ¡Estos malditos lo han matado!

Arremeto con más fuerza. Mi espada está pringada de sangre y su filo pierde eficacia, pero no dejo de golpear. No puedo perder tiempo en limpiarla.

—¡El fin se acerca! —anuncia Sibila—. ¡Vamos a morir! ¡Iré con vosotros al Abismo de la Muerte!

—¡Aguantad! —les pido—. ¡Esto no ha acabado aún!

—Eres un optimista, amigo Rolando —responde Cornelio—. ¡Nunca he visto tantos lobos juntos! ¡No veremos el nuevo amanecer!

—Lamento haberte metido en este lío, Cornelio. Me siento responsable —digo, haciendo movimientos horizontales con mi espada para tratar de llegar lo más lejos posible—. ¡Lo siento!

—¡No te disculpes! ¡Soy un cazador y asumo mis riesgos! ¡Estoy aquí por voluntad propia! ¡Prefiero morir rodeado de amigos que en el cadalso!

La maleza no deja de arrojar bestias y bárbaros. Parece que se han multiplicado. ¡Son innumerables! Ahora se están disponiendo a atacar en masa. No creo que lo podamos soportar.

—¡Muramos como héroes! —grito—. ¡Espalda contra espalda! ¡Que nuestra muerte

sea nuestra victoria!

Conseguimos formar un bloque y nos disponemos a aguantar lo que puede ser el último asalto.

Un oficial bárbaro, que ha reunido a un nutrido grupo de hombres, levanta su espada, preparado para dar la orden de ataque.

—¡A muerte! —vocifera, justo antes de que una flecha le atravesase el cuello.

Pero su muerte no detiene a sus hombres, que se lanzan en tromba encima de nosotros. Parece que se multiplican. Varias flechas más caen sobre ellos. Algunos lobos se desploman ensartados. Los soldados miran hacia todas partes, buscando al enemigo invisible que ha venido en nuestra ayuda.

Aprovechamos el desconcierto de los bárbaros para contraatacar. Ya habrá tiempo de saber de dónde proceden esas saetas amigas. Ahora, lo importante es abrirnos paso. Cada segundo ganado es una victoria.

Un hombre se lanza desde un árbol sobre un bárbaro. Dos más se dejan ver y eliminan a un lobo y a un soldado. Tres nuevos tipos, arco en mano, disparan certeramente a los animales mientras que algunos soldados reciben flechazos que salen del follaje.

—¡Alguien vela por nosotros! —exclamo.

—¡No hay nada como tener buenos amigos! —responde Cornelio.

Entonces, distingo a una figura familiar.

—¡Fletcher! —me sorprende—. ¿De dónde sales?

—Lamento llegar tarde —se disculpa él.

—Creo que llegas a tiempo —responde Cornelio—. Si tardas un poco más, sólo habrías encontrado nuestros restos.

Los proscritos hacen estragos entre las filas de nuestros enemigos. Les ayudamos en lo que podemos hasta que la lucha empieza a decrecer. Hay demasiados cadáveres en el suelo para moverse. La sangre puede hacernos patinar y colocarnos en una situación difícil.

—¡Esto se despeja! —grita Sibila—. ¡Ya se ve la luz!

Los bárbaros sobrevivientes empiezan a retroceder y los lobos son más prudentes a la hora de atacar. El campo de batalla se va despejando y todo indica que vamos a salir ganando.

Las flechas de los proscritos situados en las ramas de los árboles eliminan certeramente a muchos de ellos. Poco a poco, el silencio vuelve a imponerse.

Los que retroceden lo hacen de espaldas. Los lobos les acompañan. Han comprendido que ya no somos presas fáciles.

—¡Se retiran! —exclamo—. ¡Hemos ganado!

—Sí. Hemos enviado a unos cuantos de esos malditos al Abismo de la Muerte —se jacta Cornelio—. Que nos esperen allí, si quieren.

Agotados, sudorosos y empapados en sangre, Sibila y yo nos apoyamos el uno en el otro para no caer al suelo. Nos sentimos más unidos que nunca.

Cornelio y Fletcher se dan un fuerte abrazo.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunta Cornelio.

—Sabíamos que el castillo estaba sitiado y pensábamos dar un rodeo para atacar por la retaguardia cuando iniciaran el asalto. Después, os vimos correr hacia el bosque —explica—. Cuando hemos descubierto la columna de humo, hemos imaginado que erais vosotros.

—El humo atrae a los buenos compañeros —bromea Cornelio.

Me acerco a Fletcher y entrelazamos nuestras manos.

—Gracias por vuestra ayuda —le digo—. Tú y tus hombres habéis llegado a tiempo de salvarnos la vida. No tengo palabras para agradeceros lo que habéis hecho.

—Me uno al agradecimiento —dice Sibila—. Estamos en deuda con vosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Cornelio.

—De momento, alejarnos de aquí —digo, acercándome a los caballos—. No sea que vuelvan con refuerzos. Busquemos un lugar seguro, donde podamos recuperar fuerzas. Estos animales necesitan descansar. Tienen heridas.

—Entonces, vámonos —propone Fletcher.

—Nos llevaremos el cuerpo de Wilox —digo—. Ha muerto como un valiente. Le rendiremos homenaje.

Viejos amigos

Después de cenar, Torac sacó una jarra de hidromiel, la puso sobre la mesa y nos invitó a probarla.

—Es especial. La destilamos aquí y sirve para acompañarnos en los buenos momentos... Y en los malos. Tiene un buen sabor y deleita el paladar. Probadla, amigos, y relajaos.

—Cuéntanos qué ha ocurrido desde que nos fuimos —le pedí—. Hemos visto que esto ha cambiado mucho. Parece que ya no utilizáis la arena de entrenamiento.

—No puedo contarte todo con detalle porque mi memoria se ha estropeado mucho, pero puedo decirte que este campamento se ha pacificado. He ido perdiendo el interés por la lucha. Me fui haciendo más cómodo y traté de convivir en paz con nuestros vecinos, los osos y las bestias.

—No es la impresión que nos ha dado —dijo Zoltan—. ¿Por qué os atacaron?

—A veces, el hambre aprieta...

—Eso no es una explicación —dijo Ónica—. Esas bestias se comen las unas a las otras. No tienen problemas de alimentación.

—Bueno, es posible que también busquen cobijo... Es posible que pretendan echarnos de aquí para ser los reyes de este valle. La nieve es su territorio y este campamento les estorba. No quieren vivir con humanos. Nos odian a muerte.

—Nos odian pero les gusta comernos —dije—. Ya lo intentaron una vez. Menos mal que dimos buena cuenta de su jefe, esa bestia medio hombre medio oso.

—Hay muchos de esos por aquí —explicó Robin—. No sabemos cómo se transforman.

—Es posible que sea por contacto de sangre —resumió Torac—. Un mordisco, un arañazo... Es suficiente para que un humano se convierta en...

—Como mi padre. Sé que le mordieron y le contagiaron.

—¿Cómo lo sabes, Robin? —preguntó Ónica—. No tienes pruebas.

—¡Lo sé! ¡Esos osos son mis enemigos y los mataré a todos! Torac es mi tío y me ayudará.

—Sí, eso es —confirmó Torac—. Mataremos a todos esos animales. No dejaremos ni uno con vida.

—Entonces, habéis dejado de entrenar a futuros milmorts para dedicaros a matar osos —deduje.

—Bueno, sí, es posible —confirmó el antiguo milmort—. Esos osos quieren comerse a mi sobrino Robin. Sólo nos defendemos de sus ataques.

Los observé con atención y llegué a la conclusión de que nadie sabía lo que decía. Entre las mentiras interesadas y los fallos de memoria, el ambiente era de gran confusión. Llegó un momento en el que casi no había manera de entenderse.

—Eso pasa por no tener un buen archivo —me contestó Markel cuando compartí con él mi inquietud—. Lo que está escrito, escrito queda. Es lo único que se recuerda. Es el mejor aliado de la memoria.

—Es fácil de decir —le respondí—. Pero muy difícil de hacer. Incluso lo que se escribe se pierde en ocasiones.

Ónica y yo salimos a controlar las defensas ya que estábamos muy preocupados por todo lo que estaba sucediendo.

—Acabaremos como ellos, desmemoriados y confundidos —dijo ella—. Robin me tiene trastornada. Sólo recuerda lo que quiere... O lo que puede...

—Yo creo que oculta algo —opiné—. Es la única explicación que encuentro.

—Lo peor es que nuestros enemigos se han multiplicado. Ahora todo es más confuso —dijo.

—Todo ha empeorado. Tendré que hacer algo.

—¿Qué puedes hacer? Estamos rodeados y tenemos pocas fuerzas.

—Ya veremos. Pero yo creo que aquí pasa algo raro —dije—. Hay mucha menos gente que antes. Es como si hubieran desaparecido.

Dimos algunas vueltas por el campamento y sólo vimos rostros apáticos y temerosos que no se parecían en nada a los que conocimos en el viaje anterior. Antes eran osados y valientes mientras que, ahora, parecían acobardados.

El tiempo había hecho estragos en su ánimo.

Igual que en el de todos nosotros.

La sensación de destrucción que nos embargaba era imparable,

—Ónica, creo que nos hemos equivocado al venir aquí —le dije—. Pero ya que estamos, tenemos que ayudar a esta gente a recuperarse. Algo les pasa y no sé qué es.

—Lo que les pasa es que están acosados por esas bestias que no les dejan ni salir de la empalizada.

—También estaban rodeados en los tiempos de *Cíclope*. No, aquí pasa algo desde que...

—¡Desde que Torac y Robin están aquí! ¿Es eso lo que quieres decir?

—No quería expresarlo así, pero...

Cambio de estrategia

Fletcher y Cornelio han encontrado un lugar seguro en lo más profundo del bosque. Hemos puesto vigilancia en muchos árboles, pero estamos convencidos de que los hombres y los lobos de Wolfort volverán a cazarnos.

—Hay que regresar al castillo lo más pronto posible —propongo—. Temo por la vida de nuestra gente. No hemos tenido la precaución de nombrar a un jefe antes de marcharnos. Espero que el capitán Rupert haya tomado el mando.

—¿Y cómo piensas sortear el ejército que lo rodea? —pregunta Sibila.

—Soldados, catapultas, barreras, lobos... Cuentan con todo lo necesario para impedirnos el paso —resume Cornelio—. Dudo que consigamos entrar. Estarán muy atentos a nuestros movimientos.

—Tenemos que buscar la forma de hacerlo —afirma Sibila—. Aquí estamos en posición de desventaja y no podemos quedarnos mucho tiempo más.

—Entonces, retaré a Wolfort y acabaré con él de una vez —explico—. La próxima ocasión no me engañará.

—Se ha burlado de nosotros una vez y volverá a hacerlo —se lamenta Cornelio—. Wolfort es demasiado hábil.

—Lo que no comprendo es en qué momento escondieron esos lobos ahí —se pregunta Sibila—. No tiene sentido. Wolfort no sabía que ibas a retarle.

—Fue casualidad —digo—. Estaban ocultos para salir cuando empezara el ataque al castillo.

Cornelio carraspea. Le conozco bien y sé que quiere decir algo.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —le pregunto.

—Esos lobos estaban ahí desde la noche anterior —explica—. Wolfort te ha tendido una trampa, Rolando.

—Eso no es posible —le refuto—. No sabía que iba a desafiarle.

—Lo sabía. Mientras venía hacia aquí pensó detalladamente en lo que iba a suceder y llegó a la conclusión de que ibas a retarle. Se anticipó a tu jugada. Por eso tardó tanto en llegar, para planificarlo todo.

—Es lo que suelen hacer los buenos cazadores —añade Fletcher.

Sibila y yo nos miramos en silencio. Ambos sabemos que Cornelio tiene razón.

—¿Y si no le hubiera retado? —pregunto.

—Lo habría hecho él —concluye Fletcher—. ¿Te das cuenta de lo que pasa?

—Wolfort va por delante —explica Cornelio, retomando la palabra—. No es la presa fácil que imaginas. Se anticipa a tus movimientos, Rolando. Tienes que cambiar tu manera de pensar. Da la impresión de que sabe cuál va a ser tu próximo paso.

—Eso es lo más curioso —dice Fletcher—. Parece que te conoce, Rolando, pero nunca ha luchado contigo. ¿A qué se debe? ¿Cómo sabe tanto de ti?

—Es como si hubierais tenido los mismos maestros y supierais las mismas cosas. O cambias o te matará igual que mató al príncipe Royman —sentencia Cornelio, poniéndome el corazón en un puño—. Te lo advierto, Rolando. Debes pensar de otra manera.

Si las palabras de Cornelio son ciertas, nunca conseguiré matarle y es posible que me envíe otra vez al Abismo de la Muerte. No sé qué hacer, estoy desconcertado. Todo se ha vuelto en mi contra. Soy incapaz de hacer planes.

—Cambiar tu mente —resume Fletcher—. Buscar una nueva manera de usar tu cerebro, amigo.

—Si no eres capaz de actuar de una forma diferente, es mejor que te retires —comenta Cornelio—. Morirás irremediamente. Wolfort es invencible.

—¿Invencible? —pregunta Sibila—. ¿Cómo puedes decir eso de un traidor?

—Lo digo porque es cierto, princesa. Wolfort se anticipa a nuestros movimientos. Si esto sigue así, no saldremos vivos de su próxima trampa. Esta vez hemos tenido mucha suerte con la oportuna llegada de Fletcher y sus hombres, pero no habrá más milagros.

—¿Crees que debemos rendirnos? —le cuestiono.

—Creo que hay que idear un sistema de ataque inesperado. Una forma de atacar nunca vista. Ese monstruo lo sabe todo sobre nosotros.

—¿Piensas que hay un traidor entre los nuestros? —pregunta Sibila.

—Ojalá fuese eso. Nos lee la mente. Somos un libro abierto para él.

Las conclusiones de Cornelio son demoledoras. No lo queremos reconocer, pero intuimos que son ciertas. Wolfort nos conoce demasiado.

Invertimos algunas horas en descansar. Los cazadores consiguen varias piezas y, a pesar del temor a que nos vean desde lejos, encendemos discretas fogatas, que ocultamos de la mejor manera posible, y asamos los ciervos.

Mientras comemos la carne con unas hogazas de pan y algunos trozos de queso que los hombres de Fletcher traían consigo, nos planteamos los próximos pasos.

—Hay que volver al castillo —insisto—. Hay que recuperar el mando. O lo perderemos todo.

—Eso es lo que espera Wolfort que hagamos —replica Cornelio—. Nos está aguardando.

—¿Qué propones? —le pregunto—. ¿Tienes alguna idea en la que Wolfort no haya pensado?

Cornelio mastica un trozo de carne, después bebe un trago de vino y dice:

—Si nos quedamos quietos como las serpientes, le desconcertaremos.

—Eso es lo único que no podemos hacer —replico—. Tenemos que actuar. ¡Y rápido!

—Si hacemos lo que él supone que haremos, estamos perdidos.

—Cornelio, estoy harto de tanto acertijo —exclamo, un poco nervioso—. ¡Explícate de una vez por todas!

—Lo que quiero decir es que si quieres volver al castillo, debes hacerlo de manera que Wolfort no imagine cómo lo haces. Lo que sugiero es que actúes como un cazador. Con astucia.

—¿Cómo se hace eso?

—Mientras algunos de nosotros le hacemos creer que seguimos acampados en esta zona, vosotros os deslizáis como las serpientes hasta el interior del castillo. Los animales suelen usar la técnica de la distracción.

—Se nota que eres un gran cazador —reconozco.

—Además, para facilitar las cosas, disfrazaos con los ropajes de los bárbaros que hemos matado. Seguro que Wolfort no se lo imagina. Será una sorpresa para él.

—Lo que voy a hacer es introducirme en su tienda y matarle —afirmo—. Eso es lo que haré.

—Bueno, por lo menos vas a tomar la iniciativa —dice Cornelio.

—Iré contigo —dice Sibila.

—Es demasiado peligroso. Yo me ocuparé.

—¡Yo también quiero vengarme de Wolfort! ¡Le odio! ¡Tengo muchas deudas pendientes con él!

—¡No más que yo! —exclamo—. ¡A mí me quitó hasta la vida!

—¿Qué dices? —pregunta Cornelio—. ¿Estás loco?

—Bueno, quiero decir que me quitó la vida que llevaba como criado en el castillo de Force. Yo vivía muy bien hasta que ese infame mató a toda la familia Delaforce —explico—. Me trataban bien y me querían.

Se hace un breve silencio. Mis palabras les han desconcertado y mi aclaración ha servido de poco. He hablado más de la cuenta.

—Hay que moverse —sugiere Cornelio—. Mientras algunos hombres os traen ropa de los muertos, nosotros descenderemos hacia el campamento de Wolfort. Para no despertar sospechas, daremos un rodeo y nos acercaremos por el lado contrario. Por donde menos esperan vernos.

Levantamos el campamento y emprendemos la marcha.

Vamos bajando la ladera y nos introducimos en el bosque que rodea el castillo. De vez en cuando nos topamos con algunas patrullas de centinelas que, gracias a los hábiles arcos de los proscritos, caen sin gritar.

Más tarde, casi al anochecer, nos cruzamos con una caravana de avituallamiento, pero nos escondemos y la dejamos pasar sin problemas. Cuando se pierde de vista, reiniciamos el viaje y alcanzamos una zona donde el bosque es muy profundo.

Entonces, nos damos cuenta de que el cielo se enrojece. Corremos un poco hasta que alcanzamos unas rocas desde las que se puede ver por encima de los árboles.

—¡Han asaltado el castillo! —exclama Sibila—. ¡Lo han incendiado!

Me quedo anonadado. La imagen del castillo envuelto en llamas es aterradora. ¡Ese

miserable se me ha vuelto a adelantar! ¡Ha entrado a sangre y fuego y ha conquistado la fortaleza!

—¡Maldito Welfort! ¡Tendrás que pagar también por estas muertes! ¡Dejas un rastro de sangre allá por donde pasas! —mascullo entre dientes—. ¡Un río de sangre inocente!

—Esto vuelve a cambiar nuestros planes —suspira Cornelio—. Siempre va por delante.

—Me da igual que se adelante o no —replico—. Al final, conseguiré clavar mi espada en su corazón. Cuando menos se lo espere.

—No olvides que sabe que estás vivo —recuerda Fletcher—. Muchos de sus hombres le han informado de lo que ha pasado allá arriba. Y también sabe que tienes aliados.

—¿En qué nos perjudica eso? —quiere saber Sibila.

—Tarde o temprano enviará una partida de guerra con exploradores en nuestra busca —explica Fletcher—. Eso si no la ha mandado ya.

—Sí, es posible que los tengamos ya a nuestras espaldas y nos vengán pisando los talones —sentencia Cornelio.

Instintivamente, miro hacia atrás.

—No te preocupes —dice Fletcher—. He dejado centinelas en la retaguardia que nos avisarán cuando lleguen.

—Me tranquiliza saber que estoy rodeado de gente precavida —digo.

—Sí, tienes mucha suerte —opina Cornelio—. No dejaremos que nos pillen por sorpresa. Ahora ya sabemos que nos enfrentamos con un tipo mucho más astuto de lo que esperábamos.

—Welfort es como un lobo —añade Fletcher—. Piensa rápido y actúa con la misma astucia e idéntica rapidez.

—Si hace falta, pensaré como un lobo —digo.

—Es mejor que seas prudente como una paloma y astuto como una serpiente —me recomienda—. Ese tipo sabe demasiado sobre lobos. No seas igual que él.

Los bárbaros rodean la fortaleza. Entran y salen sin cesar. Hay cuerpos colgados en las almenas. Los gritos de dolor no cesan. Los estandartes reales han sido sustituidos por los de Welfort. Hay varios focos de fuego y diferentes columnas de humo. Están saqueando a placer.

—Tenemos que ir en ayuda de esa gente —suplico—. ¡Están indefensos!

—No, amigo, no podemos hacer nada. Nadie puede detener esta orgía de sangre.

—¡Quania y la niña! —exclamo—. ¡Están en peligro!

—¡Olvídalas! —dice Fletcher.

Docenas de lobos corretean alrededor de los muros. Hay jinetes por todas partes. Entre todos forman una barrera infranqueable.

—Ese maldito ha aprovechado nuestra ausencia para asaltar la fortaleza —dice Sibila, indignada—. ¡Hay que acabar con él como sea!

—¡Yo lo haré! —prometo.

—¡O lo haces tú o lo hago yo!

—¡Yo me ocupo!

—¿Cuándo? ¿Cuándo lo vas a matar? ¡Dime cuándo lo vas a hacer! —pide, con lágrimas en los ojos.

Acerco mi mano a la suya y la sujeto con fuerza. Ella me mira en silencio.

—¡Nunca te casarás con él! —afirmo categóricamente—. ¡Nunca serás suya!

—¡Ojalá pudiera creerte! —dice, llorando a corazón abierto—. ¡Pero ya empiezo a tener dudas! ¡No puedes con él, Royman! ¡No puedes con él!

¡Rodeados!

El día siguiente trajo malas noticias:

—¡Estamos rodeados! —gritó un centinela—. ¡Estamos rodeados!

Salí de mi habitación a toda prisa, alarmado por aquellos gritos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Hay enemigos por todas partes! —avisó Zoltan desde lo alto de la empalizada—.

¡El Gran Sacerdote y sus guardianes se han aliado con los osos y las bestias!

Torac se acercó, espada en mano.

—¡Son muchos! ¡Demasiados para nosotros! —dijo—. ¡No lo entiendo! ¿A qué viene esa alianza entre esos salvajes y los soldados milmortianos? Nunca he visto una cosa igual. ¡Los osos odian a los humanos!

—Ya te lo explicaré, ahora hay que defenderse —respondí—. ¡Pero no nos dejaremos intimidar!

—¡Ese canalla de Crawen no nos permitirá jamás vivir en paz! —exclamó Ónica, uniéndose a nosotros—. ¡Nos perseguirá hasta que se salga con la suya!

—¡Lucharemos hasta la última gota! —dije—. ¡Les costará mucha sangre!

Subí a la muralla y vi con mis propios ojos lo que nos rodeaba. Cientos y cientos de soldados oscuros mezclados con los osos grises y otras bestias estaban apostados alrededor del campamento, con las armas listas, a punto de lanzarse sobre nosotros.

El Gran Sacerdote, montado en su caballo, los dirigía.

—¡Rendíos y salid! —gritó—. ¡Evitad un derramamiento de sangre!

—¿Qué quieres, maldito Crawen? —le pregunté.

—Quiero llevaros a ti y a tus amigos al Templo Milmortiano —respondió—. Es mejor que os rindáis o arrasaremos el campamento. ¡Todo el mundo morirá por vuestra culpa!

—¡Alejaos de aquí y dejadnos en paz! —le insté.

—¡Debo llevaros conmigo para que purguéis vuestra rebeldía! ¡Tenéis que purificaros! ¡Habéis cometido muchas faltas!

—¡Prefiero quitarme la vida antes que caer en tus manos! —anunció Markel—. ¡Sé lo que me espera si caigo en vuestro poder!

—¡Has traicionado la confianza que hemos puesto en ti! —gritó el Gran Sacerdote—. ¡Tienes que pagar tu culpa!

Markel alzó su mano armada y amenazó al sacerdote con gestos agresivos a la vez que le lanzaba todo tipo de advertencias sobre lo que podía ocurrir si se acercaban más

de la cuenta a nuestros muros.

—¡Contaré hasta cien! —advirtió Crawen—. ¡Después atacaremos!

—Parece que estamos de nuevo ante las murallas del Monte Milmort —dijo Ónica—. Pero al revés. Ahora nos van a conquistar.

—Son muy numerosos —dijo Zoltan—. No podremos con ellos.

—Pues moriremos matando —sentenció Miliari—. Si no hay otra salida...

—Puede que exista una solución —propuse—. Que salgamos a caballo y carguemos contra ellos. Si nos quedamos aquí nos aplastarán.

—Sus flechas apuntan directamente hacia la puerta —explicó Zoltan—. No nos dejarán salir. Nos acribillarán a todos.

—¿De cuántos hombres dispones, Torac? —pregunté.

—De unos treinta. Pero la mitad no son guerreros.

—Cuando estuve aquí había muchos hombres de armas —le recordé—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?

—Se marcharon cuando vieron que conmigo no había negocio. Casi no venía nadie a entrenarse. Muchos murieron entre estas paredes. Creo que hubo una epidemia o algo así.

—Treinta hombres y nosotros seis no somos suficientes —opinó Miliari—. Van a acabar con todos en cuanto se lo propongan.

—Yo no me pienso rendir —dije—. Prefiero morir en combate.

—No he dicho eso —me reprendió—. Sólo digo que no somos bastantes para enfrentarnos a ese ejército que hay ahí fuera. Pero estoy deseando hacerlo.

—Somos milmorts y valemos por muchos —afirmó Zoltan—. Yo voto por afrontar lo que venga con las espadas listas.

—Creo que no nos queda más remedio —dijo Ónica—. No quiero pensar en lo que nos harán si caemos en sus manos.

—¡Atacan! —gritó un centinela—. ¡Nos atacan!

La jauría enemiga se abalanzó hacia la empalizada como un implacable enjambre de avispas. Lanzando gritos y amenazas, los hombres y las bestias se habían mezclado y formaban un ejército interminable y, posiblemente, invencible.

Nuestros hombres dispararon flechas y lanzas de forma que la avanzadilla cayó casi inmediatamente y formó un obstáculo con el que tropezaron los que venían detrás. Pero se recuperaron enseguida y siguieron su carrera desenfrenada hacia nosotros. Era como si su propia vida no les importara nada. Algo les impulsaba a atacar a costa de lo que fuese. Como si alguien les hubiese prometido un premio, y ese premio fuésemos nosotros.

El portón apenas aguantó el primer ataque. Se tambaleó y, de no ser porque nos esforzamos en mantener alejados a los enemigos, lo habrían derribado sin contemplaciones.

Colocaron escalas de madera contra la empalizada con la intención de subir, pero lo único que encontraron fueron nuestras feroces espadas que les enseñaron el camino de vuelta. Cayeron como frutas maduras, con los miembros cercenados, atravesados por

heridas mortales, agonizantes y ensangrentados.

Fue, probablemente, una de las luchas más feroces y salvajes en las que he participado. Otra más. Ya me estaba habituando a matar sin sentir repulsión y eso, de alguna manera, me preocupaba. Intuía que no era normal.

Desesperación

Amanece y el saqueo del castillo sigue.

Apenas hemos dormido. Estamos angustiados, pero no podemos hacer nada, salvo morir con ellos. Sin embargo, no le podemos hacer ese favor a Wolfort. Todavía no.

Tenemos que ser fuertes y aguantar este mal trago.

No he dejado de pensar ni un solo instante en Arquiano, Quania y su nieta. Me siento doblemente culpable de su muerte ya que yo las envié a casa de mi amigo el armero. Si no lo hubiera hecho, quizá estarían vivas... O quizá no. Wolfort las habría matado de todas formas.

Mi hermano de sangre nunca debió perdonar a Quania por haber salvado la vida de mi madre, la reina Elaine. Fue la anciana la que detectó el veneno que le estaba corroyendo las entrañas.

Y ahora se habrá vengado.

Hemos visto cómo algunas personas han logrado escapar del castillo y huir hasta el bosque. Inmediatamente mandamos a varios hombres para que los traigan a nuestro campamento. Cada persona que podamos salvar, será un alivio para todos.

—Una de nuestras patrullas está llegando —me anuncia Cornelio—. Traen a un hombre que ha escapado del castillo. Sabremos de primera mano lo que está pasando ahí dentro.

Sibila se levanta de un salto y se pone muy nerviosa. Sabe que no le van a dar buenas noticias.

—Tienes que ser fuerte —le digo—. Seguro que nos contará cosas terribles.

—Lo sé. Todo lo que me llega de Wolfort siempre lo es —responde con voz temblorosa.

Un poco después, cuatro proscritos entran en nuestro pequeño asentamiento, abriéndose paso entre el follaje. Vienen acompañados de un hombre que está casi destrozado.

—Lo hemos encontrado junto al riachuelo —explica uno de los nuestros—. Estaba llorando.

—¡Han matado a toda mi familia! —gime el hombre—. ¡Los han matado a todos ante mis ojos!

Sibila se arrodilla junto a él y lo abraza.

—Te conozco —dice—. Tú eres cocinero.

—Sí, mi señora. Soy Arbatio, el fiel cocinero de vuestra familia. Llevo toda la vida

a vuestro servicio.

—Amigo, Arbatio —le pido—, cuéntanos qué ha pasado ahí dentro.

Cornelio le acerca una jarra de vino.

—Ayer consiguieron derribar el portón con un ariete —explica después de dar un buen trago—. Los soldados se enfrentaron a ellos, pero no pudieron impedirles el paso. Eran muchos y contaban con esos horribles lobos. ¡Fue una masacre! ¡Fueron implacables!

Sibila le pasa cariñosamente la mano por la cabeza. Esperamos a que se reponga.

—Luego llegó el rey Wolfort y todo empeoró. Nos dijo que la princesa Sibila había escapado y nos preguntó por ella. Quería saber si había algún lugar especial al que podía haber ido. Como no sabíamos nada, él nos llamó traidores y empezó a matar a nuestras familias... ¡Ha sido terrible!

—Lo siento mucho, amigo mío —le consuela Sibila—. Siento que por mi culpa...

—No es culpa vuestra, mi señora. Ese hombre es un verdadero salvaje. Es peor que las bestias que le acompañan. Nunca he visto tanta crueldad.

—¿Cómo has conseguido escapar? —le pregunto.

—Me han dejado salir... Algunos de los que salimos llevamos un mensaje. Tenemos que decir a quien quiera escucharnos que la princesa Sibila debe entregarse a Wolfort. Debemos anunciar a todo el mundo que hasta que no se entregue, seguirán matando gente.

Sibila da un respingo.

—¡Os aseguro que lo hará! —añade Arbatio—. ¡Ha matado a mi mujer y a mis dos hijos! ¡Seguirá matando! ¡Está sediento de sangre!

Arbatio rompe a llorar y deja de hablar. Está conmovido por la muerte de su familia. Pero Sibila no se siente mejor.

—¡Tengo que entregarme! —exclama—. ¡No hay más remedio! ¡No podría vivir con tantas muertes sobre mis espaldas! ¡Son mis súbditos y debo hacer lo que pueda para salvarlos!

—Escucha. Debemos hacerlo bien. Si te vas a entregar, iré contigo. No sea que algún soldado enloquecido te reconozca y crea que tiene que matarte para recibir una recompensa.

—Podemos escoltarla —propone Fletcher—. Mis arqueros la protegerán hasta que se entregue a Wolfort.

—Es lo más seguro, princesa —dice Cornelio—. No podemos dejaros sola. Cuando los guerreros huelen la sangre, pierden la noción de las cosas. Ahora son más peligrosos que antes de asaltar el castillo. ¡Están embrutecidos!

—No voy a exponer vuestras vidas —dice ella—. Si Wolfort os echa el ojo encima, después de los hombres y los lobos que lleváis matados, os aseguro que querrá vengarse.

—Tiene razón —digo—. Yo la protegeré hasta que esté en manos de Wolfort.

—Es fácil decirlo —comenta Cornelio—. Pero difícil de llevar a cabo. Son muchos, Rolando. Si os atacan...

—¡La defenderé! Además, no hay otra posibilidad. Nos prepararemos para ir al

castillo.

—Vestiros con esas ropas de los bárbaros —recomienda Fletcher—. Ella debería ataviarse como un guerrero. Tiene que ocultar que es una mujer y tapar esa gran cabellera rubia, tan llamativa.

Tomasio, el segundo de Fletcher, nos entrega algunos ropajes, hechos con cuero endurecido y pieles.

—Podéis cambiaros ahí detrás —propone—. La vegetación es muy densa.

Sibila y yo, con las ropas en la mano, nos metemos entre los grandes arbustos. Allí, nos separamos y cada uno se ocupa de lo suyo.

—Ro... Rolando... —dice de repente—. ¿Me oyes?

—Te oigo, princesa.

—Quiero que sepas que si no lo matas, me casaré con él.

—¿Qué?

—Wolfort es invencible. No seguiré luchando durante toda mi vida. Vas a tener tu última oportunidad. ¡O le matas o me rindo! ¡Seré su esposa y el asunto quedará zanjado de una vez por todas! La paz debe volver a esta tierra. Mis súbditos no pueden pagar las consecuencias de... de nuestra debilidad.

—No puedes hablar en serio. Me dijiste que estabas enamorada de mí.

—Y lo estoy. Pero no puedo permitir que ese bárbaro arrase mi reino y siga cometiendo barbaridades. Creo que si estoy cerca de él, conseguiré apaciguar su sed de sangre. No hay otra forma. Te lo digo para que te esfuerces en tu intento. No tendrás más ocasiones. ¡Es mi última palabra, Rolando!

—Lo tendré en cuenta, princesa —condesciendo—. Valoro tu sacrificio. Tu actitud te honra y tiene todo mi respeto.

Termino de vestirme en silencio y salgo en busca de mis amigos. La situación se ha complicado aún más, pero no le puedo reprochar nada. Ha tenido mucha paciencia conmigo. Me ha dado la última oportunidad de solucionar nuestro grave problema y debo aprovecharla o volver al Abismo de la Muerte. No hay alternativa.

—Pareces un auténtico bárbaro —dice Cornelio—. Pero deberías camuflar la empuñadura de esa espada. Es demasiado llamativa. Podría despertar sospechas.

—Tienes razón, amigo —digo, agarrando un trapo y cortándolo en tiras con la ayuda de una daga—. Es demasiado tentadora.

Sibila se deja ver y me deslumbra. Verla así, vestida con esos harapos, a ella que es toda una princesa, me resulta admirable. Y eso que no es la primera vez que se viste de esa manera. Todavía recuerdo aquel aciago día en el que salimos camuflados y nos mezclamos entre la gente del mercado, horas antes de que mataran a su tía Lucrecia.

—Podemos irnos —dice—. Vamos a ver a ese gran rey que asesina a gente inocente.

Termino de camuflar mi espada, la enfundo y me uno a ella.

Estrecho las manos de mis amigos y me despido de ellos mientras Sibila abraza a Arbatio con cariño.

—Vengaremos a tu familia —le promete—. Puede que tardemos, pero te aseguro que los desagraviaremos a ellos y a todos los demás. Wolfort recibirá su castigo, de una

forma u otra. ¡Te lo juro, Arbatio!

Embrutecidos

Horas después, la empalizada chorreaba sangre y el suelo estaba cubierto de cadáveres enemigos.

Estábamos agotados y embrutecidos. Los gritos de dolor mezclados con los aullidos habían embotado nuestros sentidos y ya no nos restaban fuerzas para recuperar lo que quedaba de humano en nosotros, si es que aún quedaba algo.

Habíamos luchado con tanta furia que, mientras se retiraban, deseábamos que siguieran atacando. Una vez emprendida una batalla, es difícil detener el instinto violento que se despierta en un guerrero. Y sólo un hartazgo de sangre puede satisfacerlo.

Creo que algunos recordamos los tiempos en que cada golpe significaba la pérdida de un eslabón y daba sentido a nuestra lucha. Esto había sido una masacre inútil. Inevitable pero necesaria.

—¿Volverán? —preguntó Ónica, al borde del agotamiento.

—No lo sé. Crawen está empeñado en atraparnos. Cualquiera intuye lo que piensa hacer. No lo entiendo. Sabe muy bien que no conseguirá nada de nosotros y que nunca nos rendiremos.

—No parará hasta salirse con la suya —sentenció Zoltan—. ¡Nos la tiene jurada! ¡Nunca nos perdonará la humillación que sufrió en el Templo Milmortiano!

—He perdido a varios hombres y los paisanos están aterrorizados —nos informó Torac—. No creo que resistamos un nuevo ataque. Además, la puerta ha acabado completamente desvencijada. Caerá en el próximo envite.

—Sólo queda una posibilidad —dijo Miliari—. Terminar con ese tipo.

—No se pondrá a nuestro alcance. Crawen es demasiado listo. Ya has visto cómo se deshizo de Markel.

—Iré a buscarle —respondió—. Le encontraré y le mataré.

—No será tan fácil —dijo Ónica—. No se dejará coger.

—Yo creo que deberíamos hacer otra cosa —propuse—. ¡Escapar!

—¿Cómo?

—Por detrás. Abrimos una brecha y salimos corriendo con nuestros caballos. Tal vez nos sigan y dejen en paz al campamento.

—Yo iré con vosotros —aseguró Torac—. No me quedará aquí.

—Es probable que maten a los que queden en el campamento —dijo Ónica—. Hay mujeres y niños. Gente indefensa. No podemos dejarlos.

—Tampoco podemos quedarnos —repliqué—. El tiempo sigue corriendo. Debemos

encontrar la Isla de Mort.

—Sin la ayuda de Crawen no la encontraremos nunca —argumentó ella—. Prefiero morir luchando.

—Sabemos que Mort está en una isla —le recordé—. La buscaremos y daremos con él. Le obligaré a devolverte toda tu vida.

—¿Y si esa isla no existe?

—¡La inventaremos! ¡Crearé una isla para ti! ¡Crearé a Mort! ¡Haré lo que sea necesario para que no mueras! ¡Lo que sea!

Mi determinación de poner Mort patas arriba para defender su vida la desarmó. Por eso dejó de discutir.

—¡Y ahora, vamos a prepararnos para solucionar este problema! —grité—. ¡Todos a sus puestos! ¡Listos para repeler el próximo ataque!

La muerte y la barbarie volvieron a hacerse presentes.

A pesar de nuestro agotamiento, repelimos una vez más la salvaje acometida de aquellos extraños aliados. Muerte y más muerte. Sangre y más sangre.

Crawen estaba dispuesto a atraparnos y no iba a cejar en su empeño.

Fue entonces cuando me di cuenta de que le era indiferente apresarnos o matarnos. Pretendía hacerme creer que quería devolverme al Templo Milmortiano, pero era otra de sus mentiras. Seguro que tenía otro plan.

Cuando se retiraron, después de la batalla, el suelo había cambiado de color. Era como si lo hubieran pintado de rojo con unas enormes brochas. Resultaba aterrador.

—¿Qué vamos a hacer, Royman? —me preguntó Ónica—. Esto no va a acabar nunca.

—Tengo un plan —le dije—. Hay que seguir resistiendo como sea.

—¿De qué sirve un plan? —preguntó—. No hay forma de salir de aquí.

—No perdamos los nervios. Hazme caso y confía en mí.

Poco después, volvieron a la carga.

Su estrategia consistía en lanzar continuos ataques para desgastarnos. Querían hacernos perder las esperanzas convenciéndonos de que eran infinitamente superiores en número, lo que era cierto. Pero querían demostrárnoslo todo el tiempo.

Pretendían minar nuestra moral.

Hacia el infierno

Mientras Sibila y yo caminamos hacia el castillo, me doy cuenta de que Ónica fue la única que se adelantó a las intenciones de Wolfort.

Todavía recuerdo el día en que le retó a un duelo de exhibición y él, convencido de que no representaba ningún peligro, aceptó.

Creyendo que se trataba de un juego inocente, Wolfort cruzó su acero con ella y, cuando quiso darse cuenta de que no estaban jugando al mismo juego, él estaba en el suelo, con la punta de una espada sobre el pecho.

Entonces no me di cuenta de la importancia de la estrategia de Ónica. Pero, ahora, a la vista de los acontecimientos, comprendo que lo hizo muy bien. Le engañó y le ganó con la rapidez de un rayo. Le hizo creer que era un juego, cuando en realidad era algo mucho más serio.

Me gustaría saber qué habría hecho Wolfort en caso de haber ganado. ¿La habría tratado igual que a Miliari? ¿La habría matado?

—Rolando, una patrulla viene hacia nosotros —me advierte Sibila—. Si nos preguntan, es mejor que hables tú. Mi voz no es precisamente la de un bárbaro.

—De acuerdo.

Una docena de jinetes bárbaros con antorchas se detiene junto a nosotros.

—¿De dónde venís? —pregunta el oficial al mando—. ¿De qué grupo sois?

—Del escuadrón de Bondor —respondo con aplomo, recordando el nombre del bárbaro que dejé libre el día en que Troner vino con sus hombres al castillo de Langan—. Están patrullando el bosque. Los rebeldes han matado nuestros caballos y vamos a ver si conseguimos un par de monturas. Estamos agotados. Esos malditos son difíciles de vencer.

—Es posible que en los establos os los den. Pero daos prisa, el castillo va a arder —explica, mirando insistentemente a Sibila, que procura que no le vea la cara.

—¿Cómo es eso? —pregunto.

—Wolfort ha asegurado que si al amanecer esa princesa rebelde no ha aparecido, lo quemará. No dejará piedra sobre piedra.

—Hace muy bien —replico—. Ha sido muy blando con ella. Debería haberla matado el día que atacamos Force y eliminamos al rey Wincott y a su familia.

—Está loco por ella. Esa mujer le ha embrujado. Le tiene dominado. En fin, sigamos con nuestra misión.

—¿Una misión fuera del castillo? —pregunto con tono ingenuo.

—Tenemos la orden de incendiar el bosque al amanecer, cuando el castillo empiece a arder. ¡Vamos a hacer una hoguera que se verá hasta los confines del mundo!

—El mejor sitio es aquel. Hay muchos rastrojos que arderán con facilidad —le señalo justo el lugar del que venimos, allí donde se encuentran nuestros amigos—. Nuestros hombres están ahí. Os ayudarán y os darán protección para que podáis cumplir vuestra misión.

—Gracias por vuestro consejo —dice espoleando a su caballo—. ¡Vamos!

Observamos cómo se alejan en la dirección que les he indicado. Espero que Cornelio y los suyos se den cuenta de que van hacia ellos y actúen en consecuencia.

Seguimos nuestro camino convencidos de que nuestra trampa saldrá bien. Un poco después, casi de reojo, vemos que entran en el bosque, exactamente por la zona señalada.

—¿Los habrán visto llegar? —pregunta Sibila.

—Seguro que sí —respondo—. ¡Mira!

Un jinete acaba de salir a galope tendido, huyendo. Pero cae al suelo enseguida, seguramente alcanzado por una flecha.

—¿Lo ves? Han caído en nuestro cebo —digo con alegría.

—Ojalá fuese tan fácil con Wolfort.

—Sigamos nuestro camino. Ya verás como todo sale bien.

El portón del castillo está repleto de soldados bárbaros. Bebidos, cargados de tesoros, empapados en sangre, agresivos y amenazantes.

De repente, nos quedamos horrorizados. El cadáver del capitán Rupert cuelga de una cadena. Le han desollado. Ha pagado caro haber tomado la decisión de dirigir a nuestros hombres. Seguro que se puso al frente de la resistencia. Por eso le han colgado de los tobillos.

Sibila se detiene y me mira horrorizada.

Prefiero no decir nada. Doy el primer paso y me dirijo hacia la puerta, con el corazón enfurecido. Otra cuenta más que ajustar con Wolfort.

Sibila se decide a seguirme y avanzamos.

—¡Estos esclavos son míos! —vocifera un soldado que mantiene atados a un hombre y a una niña—. ¡Nadie me los quitará!

—¡Troung! ¡Te ordeno que me los entregues! —grita un oficial—. ¡Los prisioneros son patrimonio del rey Wolfort! ¡Los soldados sólo podemos llevarnos objetos!

—¡Me da igual, Gormano! —responde Troung, sujetando con fuerza la cadena de sus cautivos—. ¡He luchado mucho para irme a casa con un par de sillas! ¡Quiero llevarme estos esclavos! ¡Me los he ganado!

—¡Soldados! —grita Gormano—. ¡Detened a este hombre!

Troung, que se siente amenazado, levanta su espada, dispuesto a defender lo suyo, pero el oficial se le adelanta.

—¡Matadlo! ¡Matad a este traidor! —ordena a sus hombres.

Los soldados clavan sus lanzas en el cuerpo de Troung, que cae al suelo entre gritos de dolor y, al instante, lanza un sonoro bufido de muerte.

—¡Llevad a estos desgraciados al patio de armas, junto a los otros prisioneros! — ordena Gormano—. ¡Rápido!

—Nosotros vamos hacia allí —le digo—. Si quieres, podemos escoltarlos.

Me mira con desconfianza.

—Ese hombre era un idiota —digo—. Los esclavos son para nuestro rey, el Gran Welfort. Todos lo sabemos.

—¿Quiénes sois? ¿Quién es vuestro jefe? —me pregunta.

—Hemos perdido nuestros caballos y vamos a las caballerizas a por otros. Somos del escuadrón de Lostario.

—¿Lostario? Pero si está en el castillo, con Welfort.

—Sí, pero se encarga de la persecución de la princesa Sibila —explico—. ¿Quieres que llevemos a estos prisioneros o no?

Supongo que nuestro aspecto sucio con ropas ensangrentadas le convence de que somos de confianza.

—Tomad. Cuando salgáis con vuestros caballos quiero veros sin ellos. ¡No intentéis engañarme u os lo haré pagar!

—Puedes estar seguro de que los esclavos no nos interesan —le digo—. Preferimos las cabezas de esos proscritos. La recompensa es mejor.

Sibila no ha dicho nada, pero noto que está desolada por el terrible espectáculo. Ver su castillo saqueado y a sus súbditos humillados, en manos de estos bárbaros, le ha encogido el corazón. Es presa de la indignación. Me temo que, si fracaso, se reafirmará en su decisión de casarse con Welfort.

Hay hombres colgados de edificios y de las murallas. Niños que lloran, mujeres aterrorizadas, hombres heridos o mutilados... Múltiples incendios que arrojan llamas por las ventanas. Un auténtico caos provocado por un ejército desordenado y salvaje, que actúa según sus instintos más primitivos.

—Vamos, Sibila, reponte —le digo—. No te desanimes.

—Ni en mis peores sueños hubiera imaginado que esto pudiera suceder algún día. Y todo provocado por un hombre que durante años se decía hermano mío. ¡Con el que he mezclado mi sangre! ¡Con el que he compartido años de cariño!

—No nos descuidemos, Sibila. Tenemos que llevar a estos dos prisioneros con los otros —le recuerdo—. Vayamos con cuidado.

Seguimos caminando entre objetos rotos, charcos de sangre, cadáveres caídos en el suelo.

Nos cruzamos con unos bárbaros que vienen azotando a varios prisioneros. Intento que Sibila no les preste demasiada atención, pero no lo consigo. Agarra la empuñadura de su espada y tengo la impresión de que le falta poco para sacarla y emprenderla con ellos.

Llegamos a un callejón oscuro y solitario donde aprovechamos para liberar a nuestros dos prisioneros sin que nadie nos vea.

—Ocultaos en ese sótano —les sugiero—. Y no salgáis hasta que el peligro haya pasado.

—¿Quiénes sois? —pregunta el hombre—. ¿Por qué hacéis esto por nosotros?

—Somos amigos —le digo, empujándolos hacia un oscuro agujero que hay al pie de una casa—. ¡Escondeos antes de que alguien os descubra! ¡Deprisa!

Una vez que han desaparecido de nuestra vista, seguimos nuestro camino.

Un poco después, llegamos al pie de la torre del homenaje donde hay un gran bullicio de soldados. Entonces, Sibila me agarra del brazo y me obliga a detenerme.

—¡Mira, Rolando! —exclama—. ¡Ahí delante!

A pocos metros, rodeado de su guardia personal y acompañado de algunos oficiales de alto rango, Wolfort departe con ellos sin reparar en nosotros, ajeno a nuestra presencia.

—¡Wolfort! —murmuro, aguantando las ganas de gritar—. ¡Wolfort en persona!

—¡Vuelve al bosque, Rolando! —me propone Sibila—. Voy a entregarme. No te preocupes, estoy a salvo. No me hará nada.

Me da un apretón en el antebrazo al estilo bárbaro y susurra una leve despedida.

Se separa de mí y siento que la sangre me arde, pidiéndome acción. Por primera vez en mucho tiempo tomo la delantera.

Adelanto a Sibila y me dirijo corriendo hacia Wolfort. Empujo a los desprevenidos guardianes, desenfundo mi espada y me lanzo hacia él, decidido a atravesarle el corazón.

Esta vez no le voy a retar. Ni le voy a pedir que se rinda. Ni siquiera le voy a insultar.

¡Esta vez le voy a matar!

Levitación

Mientras lanzaban ataques de desgaste contra el campamento, Ónica y yo hemos salido por un agujero de la empalizada y nos hemos deslizado cuidadosamente entre las rocas, el fango y la nieve sin que nadie nos viera.

Después de eliminar a varios centinelas negros y de cubrirnos con sus capas, rodeamos el campamento y alcanzamos su retaguardia, que habíamos observado con atención. Con mucho sigilo, conseguimos acercarnos al puesto de mando de Crawen.

—¡Ahí está! —susurró Ónica.

Le vimos junto a varios guardianes y hombres osos, preparando la estrategia del asalto definitivo.

—¡Atacaremos todos a la vez! —decía—. Mañana al amanecer, lanzaremos todas nuestras fuerzas y entraremos en esa hacienda. Matadlos a todos menos a Royman y a la chica... Ah, y traedme vivo a Markel.

—¿Y si se resisten? —preguntó un guardián.

—¡Los quiero vivos! —repitió Crawen—. ¡Vivos! ¡Los necesito para dar ejemplo! ¡El milmort debe vivir!

—Está bien, Crawen. Haremos lo que...

—¡Llámame Gran Sacerdote! —gruñó—. ¡Soy el Sumo Sacerdote del Templo Milmortiano! ¡No lo olvidéis! ¡No dejaré que me perdáis el respeto!

Tras darles las últimas instrucciones, Crawen los despidió de malos modos, incluso a los centinelas cercanos. Quería estar completamente solo.

—¡Es nuestra oportunidad! —musitó Ónica.

—¡Espera! ¡Mira!

Crawen se tumbó en el suelo, mirando al cielo. Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Entonces, se cubrió por completo con su gran capa negra.

—Se ha aislado de todo —se sorprendió la princesa—. Seguramente va a rezar.

—Va a introducirse en su mundo.

En ese momento, el cuerpo de Crawen se despegó del suelo. ¡Levitaba! ¡Flotaba igual que una pluma! ¡Tenía poderes ocultos! ¡Era más que un hechicero!

—¿Qué está pasando? —preguntó Ónica, totalmente desconcertada—. ¿Cómo hace eso?

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar.

El cuerpo de Crawen permaneció quieto, a varios palmos del suelo, sin moverse.

Parecía un ataúd viviente suspendido en el aire, ajeno a todo lo que le rodeaba.

Cuando nos acercamos a él, pudimos escuchar cómo susurraba unas palabras que nos llegaron amortiguadas por el grosor de su capa:

—Mort, soy Crawen, tu fiel servidor...

Ónica y yo nos quedamos quietos, atentos a sus palabras.

—¡Voy a atrapar a ese milmort! ¡Dentro de poco será mío! ¡Te lo entregaré!

—¡Está hablando con Mort! —susurré a mi compañera—. ¡Se comunica con su amo!

Ya iba a lanzarme sobre él, pero Ónica me detuvo.

—¡Espera! Deja que termine de hablar.

—Haremos algo mejor —respondí.

Le agarré por el cuello y dije:

—Mort, ¿me oyes? Soy yo, el príncipe Royman, el que ha subido hasta la cima del Monte Milmort y ha vuelto a bajar...

Crawen tuvo algunas convulsiones, pero apreté con más fuerza.

—¡Voy a buscarte, Mort! —dije—. ¡Te arrancaré lo que necesito de ti!

Acto seguido, desplegué la capa de Crawen y le agarré de los hábitos con tanta fuerza que, después de sufrir una fuerte sacudida, salió de su letargo.

Cuando nos vio, se quedó paralizado. Nunca hubiera esperado vernos ahí, de pie, apuntándole con las espadas, dispuestos a todo.

—Si gritas, ¡será lo último que hagas! —le advirtió Ónica.

—Escucha, Royman, tengo algo que proponerte —suplicó el Gran Sacerdote—. ¡Escúchame con atención!

—¡Tú no tienes nada que decirme!

—¡Quiero que seas mi hijo!

—¿Te has vuelto loco? —le pregunté.

—¡Hijo de Mort!

—¡No me convencerás de tus delirios, Crawen! —le increpé.

—¡Nos llevarás hasta Mort! —le ordenó Ónica—. ¡Es lo único que esperamos de ti!

—No puedo hacer eso —respondió—. ¡No lo haré!

—Entonces ya no nos sirves para nada —le advertí—. ¡Estás muerto!

—¡Sin mí nunca lo encontraréis! ¡Acepta mi propuesta! ¡Conviértete en Hijo de Mort! ¡Conviértete en mi protegido!

—¡No quiero tener nada que ver con vosotros! Encontraremos esa isla... Y le encontraremos a él... Pero tú no lo verás —dije, levantando mi espada—. ¡Adiós, Crawen!

—¡No me toques, maldito! —gritó.

El pomo de mi espada cayó sobre su frente como un rayo y le hizo perder el sentido.

Lo levanté y lo coloqué sobre mi hombro izquierdo, como si fuese un fardo.

—Volvamos —le dije a Ónica—. Protege la retaguardia, por si acaso.

Con las máximas precauciones, emprendimos el camino de vuelta. Pero la mala fortuna quiso que un hombre oso nos descubriera.

—¡Alarma! ¡Enemigos! —rugió con su voz animal—. ¡Enemigos!

Aunque Ónica reaccionó con rapidez y lo atravesó con la espada, la alarma ya

estaba dada y había surtido efecto. Docenas de enemigos surgieron de entre las rocas y nos rodearon.

—¡Ni un movimiento! –grité–. ¡Si os acercáis, lo mato aquí mismo!

Varios osos trataron de dar un paso adelante, pero los soldados oscuros se lo impidieron, matando en el acto a los más osados.

—¿Qué quieres, milmort? –me preguntó uno.

—¡Me voy a llevar a Crawen conmigo! ¡Es la única manera de que conserve la vida!

—¡No os dejaremos! –replicó.

—¡No os queda más remedio! –le advertí–. ¿O vas a ser tú el primero en intentar impedírmelo?

El soldado no respondió. Acababa de darnos permiso para volver al campamento.

Ónica me cubrió la espalda y empecé a caminar hacia la puerta. Ahora ya no necesitábamos escondernos.

Algunas bestias intentaron cortarnos el paso, pero los guardianes se encargaron de detenerlas. Se habían convertido en nuestros protectores.

—¡Abrid! –grité cuando estuvimos cerca del portón–. ¡Abrid!

La puerta se entreabrió y conseguimos entrar sin más incidentes.

Markel se aproximó y, cuando descubrió quién era nuestro prisionero, le dio una bofetada que le hizo despertar del letargo en el que estaba sumido.

—¡Ahora estamos en paz! –le dijo.

—¡No, traidor! –respondió Crawen, con la frente amoratada y el rostro ensangrentado–. ¡Estaremos en paz cuando pagues tu traición!

—¡Llevo años trabajando para vosotros! ¡Archivando y escribiendo la vida de los seres que llegan a Mort! ¡Nunca podréis pagarme la esclavitud a la que me habéis sometido! ¡Nunca os perdonaré lo que me habéis obligado a escribir!

—¿Esclavitud? –ironizó el Gran Sacerdote–. Has trabajado para tener derecho a vivir. Eres un ser que no tiene nada mejor que hacer que servir a Mort, tu señor. ¡Deberías estar agradecido!

—¡Yo no tengo que servir a nadie! ¡Soy libre! ¡Nací libre y nadie puede esclavizarme!

—¡Aquí, todos servimos a Mort! ¡Estamos vivos gracias a su benevolencia! ¡Él no te ha llamado! ¡Estás aquí por culpa de tu debilidad!

La cara del lobo

Dicen que los lobos no bajan nunca la guardia. Dicen que están siempre alerta y es casi imposible cogerlos por sorpresa.

Dicen, además, que para matar a un lobo hay que ser muy rápido.

Pero yo no lo soy.

Por eso, Wolfort me ve venir.

Ha descubierto mi sombra que se lanza sobre él, y se aparta a tiempo. Lo justo para que mi espada le pase rozando.

—¡Enemigo! –grita–. ¡Enemigo armado!

Debido a mi impulso, he matado al hombre que estaba a su lado.

Wolfort ha tenido tiempo de sacar su espada de la funda y se ha preparado para contener mi ataque.

A pesar de la oscuridad y, sin haberme reconocido, ha comprendido que el tipo que se abalanzaba sobre él venía a matarle.

Su gran instinto de supervivencia le indica que debe ponerse a salvo y aprestarse para la lucha si quiere salvar su vida. Parece que las heridas no le impiden actuar con... ¡No! ¡No quiero pensar que me ha estado engañando y que no estaba tan mal como me ha hecho creer!

¡Me ha vuelto a confundir!

Igual que un lobo acorralado, se dispone a luchar hasta el final.

Mientras, yo he tenido que matar a otros dos oficiales que han intentado detenerme. Lostario, más astuto, se ha librado. Siempre caen los más ingenuos.

Tres soldados más me cierran el paso, pero Sibila, que ha desenvainado su espada, se ocupa de ellos.

—¡Wolfort! –grito–. ¡Vas a morir!

—¡Ven aquí! –me increpa, apartando a sus hombres–. ¡Ven a por mí!

Lostario y algunos soldados acuden en su ayuda, pero él, que ya ha asimilado la situación, los detiene. Prefiere estar solo en esta pelea. Como un lobo. Luchar así es la mejor manera de no perder.

—¡Apartaos! –les ordena–. ¡Dejadnos!

Ahora me doy cuenta de que no confía en nadie más que en sí mismo. Por eso ha conseguido llegar tan lejos.

Los demás somos sombras que pasamos ante sus ojos.

Somos siluetas oscuras que no merecemos su atención.

Para él, no somos nadie. No existimos.

Nuestras espadas chocan con fuerza. Mi cuerpo tiembla de arriba abajo a causa de la gran energía que Wolfort está empleando contra mí.

Ha visto a Sibila y me ha reconocido.

Ahora ya sabe que tiene que matarme para recuperarla. Ya lo ha entendido. Por fin le tengo donde quería.

—¿Quién eres? —grita amenazante—. ¿Por qué quieres matarme?

—¡Mataste al príncipe Royman y a toda su familia! ¡Aniquilaste a Miliari, y a su padre y a su hermana! ¡Has secuestrado y atemorizado a Sibila! ¡Busco venganza y justicia!

Wolfort escudriña mi cara, como si intentara descubrir mi verdadera identidad. Pero no lo consigue. Es incapaz de reconocerme. No imagina quién soy.

—¿Quién eres?

—¡Rolando de Mort! ¡Ya me conoces!

—¡Eres un impostor!

—Tienes razón, Wolfort. ¡Soy tan falso como tú!

Arremeto con fuerza, pero no me está resultando tan fácil como pensaba. A pesar de que tengo la ayuda de mi espada forjada como la de un milmort, las cosas no me van demasiado bien.

Wolfort es un gran luchador y parece tomar más fuerza a cada segundo que pasa. Está en plena forma y las heridas que le he propinado en el Valle de los Lobos no le restan un ápice de fuerza. Seguro que están curadas.

—¡Los maté a todos y ahora te mataré a ti, Rolando de Mort! —me advierte—. ¡Te mataré igual que maté a Royman!

Parece estar poseído de un gran poder sobrenatural. Cada uno de sus golpes me debilita. La espada empieza a pesarme. Yo me desgasto y él se fortalece más y más. Por eso prefiero no derrochar energías hablando.

—¿Estás preparado para morir? —me pregunta—. ¡Voy a contar hasta diez y te mataré!

Algo en mi interior se quiebra. Ya me mató una vez con ese mismo juego y presiento que puede volver a ocurrir de nuevo. Sólo de pensarlo siento pánico. ¡No puedo morir y dejarle vivo!

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...

Su espada vuela con gran agilidad.

—¡Cuatro!... ¡Cinco!...

¿Qué puedo hacer?

—¡Seis!... ¡Siete!... ¡Ocho!...

Voy a arrodillarme para clavarle mi espada en su corazón... Desde esa posición me será más fácil.

—¡Nueve!

¡Ha golpeado mi arma con tanta furia que me la ha arrancado de la mano! ¡Estoy indefenso!

—¡Diez! —grita, aprestándose a atravesarme de par en par.

Ya ha iniciado el movimiento. Veo cómo la hoja viene directamente hacia mí. ¡Voy a morir! ¡No puede ser! ¡No!

—¡Alto! —grita una sombra oscura que se interpone entre nosotros.

—¡Apártate, Sibila! —grita Wolfort—. ¡Apártate! ¡Voy a matarle!

—¡No! ¡Te lo pido por piedad!

—¡Le voy a matar de una vez por todas! —gruñe, dispuesto a cumplir su palabra—. ¡Estoy harto de este mequetrefe!

—¡Me casaré contigo! —promete la princesa—. ¡Seré tu esposa! ¡Te juro que me entregaré a ti!

Wolfort titubea.

—¿Serás mi esposa por voluntad propia? —pregunta—. ¿Lo serás?

—¡Seré tu esposa, tu sierva y tu esclava! —asegura Sibila—. ¡Con la condición de que le dejes vivir!

—Explícame qué has visto en él —inquieta, mirándose con desprecio—. Siempre te has enamorado de los más débiles... Miliari, Royman... Y, ahora, esta bazofia, esta copia de los dos anteriores... ¿Qué tienen que tanto te atraen? ¿Qué ves en este miserable que estás dispuesta a entregarte a mí sin condiciones, después de haberme despreciado tanto? ¡Dime qué ves en ellos! ¿Qué encuentras en ellos, princesa?

—Eso no importa —responde Sibila—. ¡Su vida a cambio de mi amor!

—¿Me amarás igual que los amaste a ellos?

—Te amaré como a mi esposo. Te seré fiel, te serviré y te protegeré. Te haré feliz. Reconoceré en ti al guerrero más poderoso. No habrá otro hombre en mis pensamientos. ¡Serás mi único rey!

Wolfort se acerca, coloca la punta de su espada bajo mi barbilla y me levanta la cabeza. Entonces, después de mirarme con asco, me escupe en pleno rostro.

Recibo el escupitajo con repugnancia, pero no puedo hacer nada. Ni siquiera me deja limpiarme. ¡Me ha derrotado!

—¡Escupe en su cara! —le ordena a Sibila—. ¡Escúpele! ¡Demuéstrame que soy el único hombre de tu vida! ¡Demuéstrame que vas a ser una esposa fiel! ¡Quiero verlo! ¡Quiero que todo el mundo lo vea! ¡Quiero que mis hombres sean testigos de tu fidelidad!

Sibila se inclina, me mira con compasión, cierra los ojos y me lanza su saliva en pleno rostro.

—Ya está —dice con un temblor en la voz que jamás olvidaré—. Ahora cumple tu palabra y déjale vivir. Déjale libre. Deja que se vaya.

Wolfort me rodea y, de una patada, me arroja al suelo.

—Por esta vez te libras, Rolando de Mort. Pero te advierto que si vuelves a cruzarte en mi camino no dudaré en matarte. No tendré compasión y nadie intercederá por ti. ¡No lo olvides!

No tengo fuerzas para responder. Tampoco sabría qué decirle.

—¡Preparadlo todo para volver a Wolfaria! —ordena Wolfort—. ¡Volvemos a nuestro reino! ¡Regresamos con una reina y dentro de poco tendremos herederos!

—¿Qué hacemos con los prisioneros, mi señor? —pregunta un oficial.

—Liberad a los que me juren fidelidad y matad a los que se nieguen a hacerlo.

—¿Dejaremos una guarnición aquí?

—Sí. Y tú, Lostario, estarás al mando. Haz que reconstruyan el castillo. Lo convertiremos en un palacio de invierno. Pasaremos aquí largas temporadas para que nuestra reina no olvide su promesa.

—A la orden, mi señor. En unos meses estará como si no hubiera pasado nada — asegura su oficial.

Desde el suelo sucio y manchado de sangre, veo que Sibila llora. Wolfort la sujeta del brazo y se alejan. Dejándome aquí, tirado como un despojo. Algunos perros se acercan y me lamen la cara.

Entonces, quizá debido al esfuerzo y a la desesperación, empiezo a notar un fuerte mareo y, poco a poco, voy perdiendo el conocimiento. He llegado al límite de mis fuerzas.

Ojalá no despierte nunca.

Collares de muerte

Ya no hubo más ataques.

Los guardianes no estaban dispuestos a poner a su amo en peligro y los osos decidieron abandonar el campo de batalla ya que, ahora, tenían dos enemigos.

—Las bestias se marchan –nos informó Torac–. Sólo quedan esos tipos de negro.

—Los guardianes no abandonarán –dije–. Es posible que se oculten, pero no renunciarán. Tienen que recuperar a Crawen sea como sea.

—Hagamos un trato –dijo el Gran Sacerdote–. Os digo dónde está Mort y me dejáis libre. Yo no puedo presentarme ante él.

—Hagamos otro trato –le propuse–. Consigue que tu jefe devuelva la vida a Ónica ahora mismo y te dejamos libre. Sabes muy bien que cumpliré mi palabra.

—Eso es imposible. Debe verla y tenerla cerca.

—Entonces, envíale un mensaje –le comenté–. Dile que no nos ponga dificultades y que retire a esos cuervos negros. Que nos reciba cuando lleguemos a su isla y que devuelva a Ónica la vida que le ha robado.

—Yo no puedo darle órdenes. Mira, si tocas mi collar, se comunicará contigo –dijo, mostrando un colgante que había mantenido bajo su túnica.

Observé la cadena de la que pendía una gran medalla, pensando en su ofrecimiento, cuando, de repente, Robin se interpuso.

—¿Qué haces? –le pregunté–. ¿A qué viene esto, Robin?

—A veces, no conviene tocar los objetos de los sacerdotes milmortianos –dijo, como si ocultase algo.

—¿Por qué te entrometes, chico? –gritó Crawen, fuera de sí, disponiéndose a pegarle–. ¡Apártate de mí!

—¡Déjale en paz! –exclamó Torac, impidiendo que le tocara–. ¡No dejaré que le hagas daño!

—¡Este crío es un entrometido! –gritó el Gran Sacerdote, agarrando a Robin por el cuello.

Pero Torac, enfurecido, se enzarzó con él. Durante el forcejeo lo atravesó con su espada. Crawen apenas emitió un gemido y cayó de rodillas. Todo había sucedido tan deprisa que no fuimos capaces de reaccionar.

—¿Qué has hecho, Torac? –le pregunté–. ¡Ahora no podremos encontrar esa isla!

El antiguo caballero milmort estaba paralizado, fuera de control. No se daba cuenta

de lo que había hecho.

Crawen, arrodillado, miraba a Robin como si hubiese un lazo invisible entre ellos.

—¡Iba a matar a Robin! —musitó Torac—. ¡He tenido que protegerlo! Pero yo no quería... Lo siento, tenía que defender a mi sobrino.

—¿Y Ónica? —le dije—. ¿Cómo encontraremos la isla ahora?

—¿De qué isla hablas? —preguntó con toda tranquilidad—. ¿Para qué queremos ir a una isla?

Torac estaba ido. Su degradación mental había alcanzado proporciones alarmantes y había perdido la noción de las cosas.

Ya no me quedaban palabras para discutir con él. No era consciente del gran error que había cometido, pero no podía hacerle reproches. Navegaba entre el olvido y la demencia.

—¿Padre? —musitó Robin, clavando su mirada en Crawen—. ¿Eres tú?

El gran Sacerdote estaba paralizado, incapaz de moverse.

—Yo sólo quería ser poderoso —musitó el moribundo—. Sólo he sido bueno con la espada y eso me llevó a la cima del Monte Milmort...

—¡Sólo quería encontrarte! —explicó Robin—. Todo lo que he hecho ha sido para estar a tu lado. Te juro que yo no quería hacer daño a nadie, padre.

—Es tarde para disculpas. Demasiado tarde —articuló Crawen, divagando, como si estuviera hablando con alguien que no se hallaba presente—. No sigas mis pasos. No vale la pena. Lo sé muy bien...

Robin iba a estrecharle cuando se tambaleó y cayó de bruces al suelo.

—Robin, no puedes creer que todas las personas que encuentras a tu paso son tu padre —le dije—. Crawen era un sacerdote y nada tenía que ver contigo.

—Debes recomponerte —le animó Ónica cuando rompió a llorar—. No te dejes engañar. Ese hombre no era tu padre. No era nadie.

—Sólo un servidor de Mort —añadió Markel—. Olvídalo, por tu propio bien. No hizo nada por ti.

Pero nuestras palabras parecían servir de poco. Robin se había empeñado en ver a su progenitor en la figura de ese hombre que había servido fielmente a Mort hasta el último momento de su vida.

—Ya es hora de reemprender la marcha —concluí, después de un breve silencio—. ¡Vámonos! ¡Salgamos de este lugar!

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Robin—. Aquí no hay nada que me retenga.

—¿Vas a dejar solo a tu tío Torac? —preguntó Miliari.

—¿Mi tío? Pues, no sé...

—Es mejor que te quedes, Robin —le respondí—. Aquí estarás más seguro.

—¿Con esos osos ahí fuera?

—Con nosotros correrás más peligros. Nos dirigimos a un lugar oscuro y peligroso.

—Seré vuestro criado. Os serviré sin pedir nada a cambio.

—No necesitamos criados. Sólo necesitamos correr para llegar cuanto antes. Hemos perdido mucho tiempo y debemos recuperarlo.

—Y si os digo que sé dónde está la isla que buscáis, ¿me llevaríais?

—Robin, tú no sabes nada. No te engañes a ti mismo.

—¡He estado en ella! ¡Y he visto a Mort! ¡Os lo juro! —exclamó.

—¡No es verdad, Robin!

—¡Es cierto! —repitió—. ¡He visto a Mort! ¡He estado en su isla!

Me arrodillé a su lado y le agarré de los brazos.

—¿Cuándo fue eso, Robin? ¡Cuéntamelo y no mientas! —le exigí.

—No lo sé. Sólo puedo decirte que he estado allí. Mort me dijo que era su hijo.

—Eso no es posible. Nunca te ha dicho eso. Mort no tiene hijos.

—Los guardianes son sus hijos. Yo seré uno de ellos algún día, cuando crezca. Igual que Crawen. Algún día le sustituiré.

Aquella confesión me confundió. Yo sabía que en Mort la gente no crecía, ni envejecía, ni cambiaba. En Mort todo el mundo era igual durante toda su vida.

—Quiero decir que seré guardián cuando consiga mil muertes.

—¿Mil muertes? ¿De qué hablas?

—Mort me prometió que cuando acumulara mil muertes en mi collar, sería guardián —confesó.

—¿De qué hablas?

—De esto —dijo, abriendo su chaquetón—. ¡Mira!

Nos enseñó un colgante que, igual que el de los milmortianos, estaba unido a su carne, cerca del cuello.

—Este collar no tiene mil eslabones —dije, haciendo un breve cálculo.

—Ya he conseguido cuatrocientos.

—Quieres decir que te quedan cuatrocientos —le corregí.

—No. Los eslabones crecen cada vez que alguien muere.

—Explicate —le pedí con un ligero temblor de voz—. ¿Qué historia es esa?

—Cuando Mort me clavó la primera anilla me dijo que, cada vez que alguien muriera, crecería un eslabón —dijo—. Ya tengo cuatrocientos.

—¿Quieres decir que has matado a cuatrocientas personas? —le preguntó Ónica—. ¿Es eso?

—No es culpa mía si la gente se muere. Yo sólo quiero ser guardián.

La extraordinaria revelación de Robin nos dejó anonadados. Mort colocaba collares que funcionaban exactamente al contrario que los de los caballeros milmorts. ¡Collares de muerte!

—¿Qué le pasó exactamente a Nubiola? —le pregunté—. Y no me digas que no te acuerdas de ella.

—Se murió sola.

—Nadie se muere solo. Algo debió pasarle.

—Yo no hice nada —aseguró—. Sólo la dejé tocar el collar.

—O sea, ¿que es así como mueren? —preguntó Torac.

—¡Yo no hago nada! —se defendió Robin—. ¡El collar de Mort lo hace todo!

—Ahora creo que ya sé cómo han muerto los habitantes de este campamento —se

lamentó Torac—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

De repente, Robin ya no era el niño inocente que habíamos creído. ¡Era uno de ellos! ¡Un futuro guardián de Mort! ¡Iba a ser como *Crepúsculo* y *Sombrío*! ¡Un bárbaro guardián de este mundo sin luz, sin futuro ni esperanzas!

¡Por eso no me había dejado tocar el collar de Crawen! ¡Para salvarme la vida!

—¿Me llevaréis con vosotros? —preguntó de nuevo.

Después de un breve silencio, le dije:

—No podemos hacer eso, Robin. Nos matarías a todos.

—Pero yo no quiero matar a nadie.

—Ya no puedes decidir. Eres un hijo de Mort. Y no podemos tenerte cerca.

—¡Pero soy de los vuestros!

—No, Robin, no eres de los nuestros. Nosotros no queremos ser guardianes de este horrible mundo —le dijo Ónica—. ¡Nosotros queremos vivir como seres humanos! Queremos amar, tener hijos y contar los días de nuestra vida. ¡Queremos futuro!

—Entonces...

—Entonces te quedarás... —añadí yo—. ¡Ónica! ¿Qué te pasa?

La princesa acababa de lanzar un gemido justo antes de cerrar los ojos y caerse al suelo.

—¡Se ha desmayado! —exclamó Markel, cogiendo su mano—. ¡Y está perdiendo el pulso!

—¡Hay que encontrar a Mort! —grité, alarmado—. ¡Es urgente!

Todas nuestras miradas se dirigieron hacia Robin.

—¡Os llevaré! —dijo—. ¡Contad conmigo!

Abandono

Me cuesta abrir los ojos, pero poco a poco lo estoy consiguiendo.

Creo que estoy volviendo a la realidad, a la vida. Al único lugar al que no quiero ir.

Veo un techo de piedra, lo que indica que estoy tumbado boca arriba. Hay humo, hace calor y oigo ruido. Es el crepitar de las llamas. Efectivamente, estoy saliendo de la inconsciencia en la que he estado sumido.

Es hora de afrontar mi nueva situación.

Mi situación de hombre humillado.

Una silueta humana se asoma a mi campo de visión. Me resulta familiar, pero no soy capaz de identificarla. Lo veo todo borroso.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto.

—Dos días.

—¿Quién eres?

—Quania.

—¿La madre de Almaria?

—Sí. La misma que salvó a la reina Elaine del envenenamiento.

—¿Cómo has conseguido sobrevivir al asalto de los bárbaros?

—Arquiano, la niña y yo nos mantuvimos ocultos en la mazmorra de la fragua que ya conoces. Cerramos la puerta y nadie nos encontró.

—¿Wolfort sigue aquí?

—Se ha ido. Se ha llevado a la princesa Sibila con él. Estás a salvo.

—Te recogí del suelo, donde llevabas horas —añade Arquiano—. Tuviste suerte de que saliera a buscar comida.

Arquiano y Quania me han salvado la vida. Es curioso, ella ayudó a mi madre y ahora me socorre.

—Intenta levantarte —me pide Quania—. Llevas demasiado tiempo tumbado.

—Agárrate a los bordes de la cama —sugiere Arquiano.

Mis manos se aferran a la madera y mis brazos se tensan. Hago un gran esfuerzo y consigo despegar mi espalda del camastro. Me incorporo y Arquiano me sujeta con las manos para mantenerme sentado. A través del pequeño ventanuco entra un poco de luz.

—Tengo sed. Necesito beber algo.

—Toma un poco de agua —dice Quania, acercándome una jarra—. Bebe lentamente.

El agua fresca entra en mi garganta como un elixir. Me ayuda a revivir.

—Te daré un poco de caldo caliente —dice la mujer—. Debes recuperar las fuerzas. Has sufrido mucho y estás agotado.

Pongo los pies en el suelo e intento levantarme, pero un intenso mareo se apodera de mi cabeza. Me siento otra vez.

—Ten paciencia —dice Quania—. Espera un poco y pronto podrás levantarte. Respira profundamente.

Lleno varias veces mis pulmones de aire. Lo dejo salir despacio y noto una ligera mejoría. El vértigo desaparece.

—Luché con Wolfort y perdí —murmuro con un hilo de voz—. La espada no sirvió de nada. He fracasado.

Arquiano se acerca a un mueble y saca algo envuelto en un trapo.

—La recogí del suelo, estaba oculta bajo tu cuerpo —dice, desenvolviendo la espada que él mismo forjó—. Menos mal que habías recubierto la empuñadura. Aquí la tienes.

—No me sirvió de nada —digo rechazándola—. No podré matarle nunca. Ni aunque use una espada mágica.

—No digas cosas que luego lamentarás —me advierte Quania—. Ahora sólo debes pensar en ponerte bien.

—Wolfort es más poderoso que yo. Sibila le ha prometido fidelidad —me lamento.

—Intenta levantarte —me propone Quania—. Cuando hayas comido y tu cuerpo recupere la agilidad, pensarás de otra manera.

Consigo ponerme en pie. Con mucho esfuerzo me acerco hasta el ventanuco y miro al exterior.

—¿Por qué me habéis salvado? Yo quería morir.

—No puedes hacerlo —asegura la mujer—. Todavía tienes una misión que cumplir. Mucha gente confía en ti.

—No, Quania. Sólo puedo marcharme lejos y dejar pasar el tiempo. Olvidaos de mí. No soy tan fuerte como creía. Apenas me quedan fuerzas para respirar. No estoy en disposición de ayudar a nadie.

Quania no responde. Se acerca al fogón, llena un tazón con caldo humeante y me lo acerca.

—Esto te reconfortará —susurra—. Tómatelo.

Bebo lentamente y noto que el calor vuelve a mi estómago congelado. La vida resurge en mi interior.

—Estuviste tirado en el suelo durante horas —explica Arquiano—. Entre basura y desperdicios. Pero nadie se atrevió a tocarte. Cuando vimos que las cosas se tranquilizaban, salí furtivamente en busca de alimentos y te vi ahí, tirado. Te recogí y te traje hasta aquí.

—Ojalá me hubieses dejado morir, amigo mío —digo—. Wolfort me ha quitado las ganas de vivir. ¡Sibila va a ser su esposa por culpa de mi debilidad! ¡Me ha despreciado públicamente! ¡Me ha escupido en la cara!

Doy algunos paseos por la estancia para desentumecer los músculos. Lentamente, y gracias a los cuidados de Quania y Arquiano, voy reponiendo las fuerzas.

Todavía recuerdo cuando Sibila me ayudó a soportar el dolor del fuego. Su presencia me dio fuerzas para seguir adelante y forjar la espada. Su mirada y sus palabras de ánimo fueron determinantes. Todavía noto su presencia en este lugar.

—Hay que avisar a Cornelio de que estoy aquí —digo más tarde, mientras comemos—. Estarán preocupados.

—No hay prisa —explica Arquiano—. La guarnición de soldados bárbaros está muy atenta. Hay que tener cuidado.

—No tengo nada que temer. Nadie me persigue. Puedo andar por donde quiera.

—Escucha, Rolando —confiesa Quania—. Wolfort te ha dejado con vida, pero no sabemos si ha dado órdenes de que te maten. Debes ser prudente. No te fíes.

—Pero debo avisarles.

—Dime dónde están y yo iré a explicarles que estás vivo y en buenas manos —pide Arquiano—. No debes dejarte ver. Ten en cuenta que mucha gente ha prestado fidelidad a Wolfort y alguien podría delatarte. El oro es uno de sus grandes aliados.

Le explico detalladamente el lugar en el que se encuentran y me promete que irá esta misma tarde. Saldrá en el carro de un amigo campesino para no despertar sospechas.

—Diles que estoy bien, pero que ya no pueden contar conmigo para la rebelión que habíamos planeado —añado—. Diles que se olviden de Rolando de Mort para siempre. Un guerrero que ha perdido el orgullo y el honor no es un buen jefe.

—Tu mensaje no me gusta, pero respetaré tu deseo —me comunica—. Se lo diré tal cual. Sin omitir nada.

—Gracias, amigo. Es lo mejor que puedo hacer. Mi mano no está capacitada para empuñar una espada que acabe con Wolfort. He perdido esta batalla y debo asumirlo.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Quania.

—Desaparecer. Me iré a otro lugar, lejos de aquí, donde nadie me conozca. Dejaré las armas y nunca volveré a usarlas. Me perderé en las tinieblas.

En marcha

Estábamos preparados para salir del campamento.

Al final, decidimos que los que quisiesen podrían venir con nosotros. Así que todos se nos unieron.

Los que íbamos a caballo abrimos la marcha y fuimos los primeros en salir. Detrás, dos carros tirados por bueyes estaban flanqueados por los que caminaban. Iban cargados con jaulas, toneles, mantas y otros enseres. Llevaban todas sus posesiones sobre aquellas débiles carretas que apenas podían moverse.

Los niños iban junto a sus madres y los hombres ayudaban a los animales y llevaban sobre su espalda lo que ya no cabía en los carruajes. Todos colaboraban con ilusión para abandonar un campamento que ya no les podía proteger. Los más nostálgicos tenían los ojos llorosos y lanzaban algunas miradas apenadas hacia atrás. Abandonar un hogar siempre es doloroso.

Ónica se había recuperado al amanecer y decidió ir a caballo, con la espada lista, junto a mí, en cabeza. Yo no la perdía de vista, temeroso de que pudiera volver a desmayarse.

—No moriré tumbada en un carro mientras tú luchas para protegerme —argumentó—. ¡Iré en cabeza y lucharé si hace falta!

No tuve fuerzas para disuadirla. Sabía perfectamente que, cuando se le mete una idea en la cabeza, nadie se la puede quitar.

Por eso, ahora, cabalgaba a mi derecha, atenta a cualquier movimiento sospechoso. Sabíamos que los osos podían atacar en cualquier momento y, aunque estábamos convencidos de que los guardianes no tenían planeado hacerlo, no dudarían en cambiar de idea si Mort se lo ordenase.

—¿Qué ocurrirá cuando descubran que Crawen ha muerto? —me preguntó Zoltan.

—No será fácil que lo hagan —respondí, recordando la profundidad a la que le habíamos enterrado y cómo recubrimos el agujero con unas rocas para disimularlo.

—Esos tipos tienen un olfato especial para encontrar muertos —añadió Miliari—. Los he visto actuar y parecen olerlos. Son como perros.

—Ya no podemos hacer nada —respondí mientras observaba algunas sombras que se movían sobre las colinas—. Crawen ha muerto y eso es irreversible. Lo hecho, hecho está. Así que no hay nada que lamentar.

Detuve mi caballo y esperé a que todos hubieran salido. Cuando el campamento

estaba vacío, Robin se me acercó.

—Tardaremos mucho en llegar a nuestro destino —me avisó—. Esa isla está lejos. No creo que todos aguanten el duro viaje que nos espera.

—Cuando salgamos de aquí y encontremos una zona segura, nos separaremos —dije—. Pero ahora no podemos abandonarlos. Serían presa fácil de los osos. Tú intenta recordar bien el camino.

—Haré todo lo posible. Si lo hice una vez, volveré a encontrarlo.

—Entonces, todo irá bien.

Mientras la caravana se alejaba del campamento, me mantuve en la retaguardia algún tiempo, para asegurarme de que los osos no iban a atacar a los más indefensos. Miliari y Ónica me acompañaron hasta que estuvimos seguros de que no íbamos a llevarnos ninguna sorpresa.

Un poco más tarde, pude ver cómo los animales penetraban en el campamento, seguramente en busca de alimentos. Esos bichos se comportaban como carroñeros. Aquella terrible escena en la que se comieron a su jefe todavía revoloteaba en mi cabeza.

—En algún momento debieron probar carne humana —me explicó Zoltan—. Luego no pudieron dejar de hacerlo.

—Es posible que tengas razón —le dije—. Pero es repugnante. Bestias que comen humanos y...

—No me has entendido —rectificó—. Quiero decir que algunos humanos comieron carne humana y se convirtieron en bestias. Por eso se devoran unas a otras. Ya no distinguen. Ahora sólo piensan en comer todo lo que tiene vida. Todo lo que se parece a ellos.

—Hacemos bien en alejarnos —dijo Ónica—. No me gustaría acabar entre sus fauces.

—Si seguimos este sendero, seguro que encontraremos alguna población —aseguró Torac—. Ciertos mercaderes venían al campamento para vender productos. Decían que más allá de las colinas nevadas había pueblos y ciudades.

Casi de repente, el cielo se cubrió de nubes y nos vimos envueltos en una oscuridad inquietante. Lo peor es que estábamos en un descampado donde no había ningún refugio, y eso podía complicar las cosas. Además, el camino de tierra se iba a enfangar y dificultaría nuestra marcha.

—Parece que va a llover —pronosticó Markel—. Ojalá encontremos un buen refugio antes de que empiece a caer agua. Esas nubes son muy grandes y me preocupan.

Todo indicaba que se iba a desencadenar una gran tormenta, pero sólo sopló un viento que levantaba tanto polvo que nos cegaba y dificultaba nuestra marcha.

—Espero que lleguemos pronto a un poblado y podamos dejar a estas gentes —dije—. Vamos muy retrasados y Ónica está empeorando. Si estalla una tormenta podemos pasarlo muy mal.

—No sabemos a qué distancia está esa isla —se lamentó Markel—. Podemos tardar mucho tiempo en encontrarla.

—Tienes razón, es un problema. Y lo peor es que Robin no consigue darme explicaciones claras. Dice que sabe ir, pero no tiene idea de nada más. Divaga mucho y

se contradice, pero es lo único que tenemos.

—Es un poco raro —razonó Markel—. El que sabe adónde va, debe saber dónde se encuentra lo que busca.

—Desde que sé que es hijo de Mort, mi confianza ha disminuido —reconoció Miliari—. La muerte no tiene sentimientos. Y ese chico me resulta poco fiable. Parece que no tiene sentimientos.

—Y yo que pensaba que era mi sobrino —se lamentó Torac—. Creo que ese medallón le encadena a Mort.

—Pero no podemos olvidar que me salvó la vida —dije—. Si llego a tocar aquella cadena...

Los guardianes habían desaparecido. Era como si nunca hubieran existido. Durante dos días no ocurrió nada digno de mención.

Pero a la tercera jornada, cuando estábamos cruzando un pequeño valle, una fuerte tormenta se desencadenó repentinamente y nos obligó a detenernos. Una lluvia torrencial cayó imparable durante horas y horas. A pesar de nuestros esfuerzos para protegernos, el fuerte viento arrastró algunas tiendas y el agua, que no dejaba de caer por las laderas de los montes, hizo estragos. Algunos estaban tan asustados que gritaban y lloraban, lamentando el día en que abandonaron el campamento.

—¡Es nuestro castigo por haber matado al Gran Sacerdote! —exclamó uno de los pocos guerreros que aún quedaban—. ¡Nunca debimos permitirlo!

Torac le abofeteó y le hizo recuperar la razón, pero algunos le miraron de soslayo. Creo que el pánico estaba cundiendo entre la gente e iba a ser difícil contenerlo.

—Este diluvio nos va a complicar el viaje —se quejó Zoltan—. El agua no deja de aumentar y nuestros compañeros se están poniendo muy nerviosos. Los niños no paran de llorar y eso alarma mucho.

—Subamos a lo alto de esa colina —propuse—. El aguacero no tiene aspecto de parar y la situación se está haciendo peligrosa. Ahí estaremos a salvo. Es lo único a lo que podemos recurrir.

Las ruedas de un carro se hundieron hasta los ejes y no pudimos sacarlo del barrizal. El otro se resquebrajó a causa de la fuerte corriente de agua que se deslizaba por la ladera del monte, y tuvimos que abandonarlo con todos los enseres.

Mientras subíamos, pude ver cómo el valle se iba inundando: se parecía cada vez más a un lago de aguas embravecidas. Todo estaba cubierto de agua.

—Esta tormenta no es normal —auguró Zoltan—. Nunca he visto nada semejante. Parece una maldición.

—Ahora hay que ayudar a esta pobre gente —le respondí—. Es lo más importante. Debemos salvarles. Sólo nos tienen a nosotros.

Pero mis palabras resultaron inútiles. Empezaron a caer rayos a nuestro alrededor. Parecían buscarnos para matarnos y si no lo lograron en su totalidad fue gracias a la suerte. Sin embargo, muchos fueron alcanzados, lo que provocó el pánico.

Ver cómo algunos morían destrozados por esos terribles relámpagos fue una experiencia indescriptible. Sus cuerpos retorcidos y sus gritos de dolor nos partían el

corazón. Aquel viaje se había convertido en un horror.

—¡Hemos caído en una trampa! —opinó Markel—. ¡El agua nos acorrala y los rayos nos matan!

—¡Es casualidad! —le dije—. Nadie maneja las tormentas.

—¡Mort las hace a su antojo! —insistió—. ¡Mort es amo de Mort!

—¡No digas tonterías, escribiente! —le respondió Zoltan—. ¡La lluvia y los rayos no tienen dueño!

—¡No tenéis ni idea de dónde estáis! —replicó con rabia.

Como si sus palabras necesitaran confirmación, la lluvia arreció y los relámpagos se hicieron más certeros. Los truenos retumbaban sin cesar y el cielo se iluminaba con resplandores fugaces que lo volvían todo de color blanco. En algún momento, pensamos que el fin del mundo había llegado.

Desesperados y muertos de miedo, algunos hombres, acompañados de sus mujeres e hijos, se lanzaron al agua y trataron de agarrarse a los troncos que flotaban a nuestro alrededor.

—¡Es mejor morir ahogados que esperar a que los rayos te partan por la mitad! —gritó un aterrorizado guerrero antes de arrojar al agua con sus hijos entre los brazos.

El miedo y la desesperación habían hecho mella en el ánimo de aquellas gentes que no comprendían lo que estaba sucediendo. El agua no dejaba de caer y nos obligaba a subir por la ladera. En verdad, parecía una trampa.

—¡Los caballos están descontrolados! —gritó Torac—. ¡Se niegan a subir! ¡Es imposible manejarlos!

—¡Soltadlos! —grité—. ¡Dejad que tomen su propia decisión! ¡Si se exasperan, se volverán contra nosotros!

Cuando se vieron sueltos, los animales corrieron despavoridos hacia arriba. Pero cuando los rayos empezaron a cebarse en ellos, dieron la vuelta y prefirieron lanzarse al agua, donde murieron ahogados por el peso de las sillas y de las alforjas repletas. Sólo alguno consiguió nadar hasta perderse de vista en la impenetrable cortina de agua.

Al final de la jornada, sólo quedábamos los que habíamos mantenido la calma: Markel, Torac, Zoltan, Robin, Ónica y yo.

El cielo seguía cubierto de nubes oscuras que arrojaban agua sin parar. Aquel diluvio parecía no tener fin.

Una nueva esperanza

Estoy junto al fogón, atormentándome. Tengo mi espada entre las manos y la observo como un tesoro perdido. Había puesto tantas esperanzas en ella que me siento muy decepcionado.

Una auténtica espada milmortiana forma parte de ti, te ayuda, casi lee tus pensamientos y los de tus enemigos, y toma decisiones tan rápidas que apenas tienes tiempo de oponerte a sus movimientos.

Pero esta imitación no me ha valido de nada contra Welfort. Es cierto que en los combates que he mantenido con los bárbaros se ha portado muy bien, pero no me ha ayudado bastante cuando me ha hecho falta de verdad.

Ahora todo da igual. Nunca en mi vida volveré a blandir una espada. El humillante fracaso ante Welfort me ha quitado las ganas de luchar. Ya no tengo motivo para seguir peleando. He perdido a Sibila y nada me interesa. Ni siquiera mi propia vida.

Ella ha sido el sueño que me ha sacado de Mort y ahora es la pesadilla que me arrojará de nuevo a ese pozo oscuro.

Tengo la impresión de que mi paso por Mort no me ha servido de nada. Es mejor reconocer que ha sido un viaje inútil. Y cuanto antes lo acepte, mejor para todos. Así dejaré de crearme ilusiones inútiles. No, definitivamente tengo que reconocer que he llegado al final del camino y asumir mi derrota.

Las últimas llamas crepitan en la chimenea y el fuego está muriendo. Ni siquiera me apetece lanzarle un par de troncos para hacerlo revivir. Los dos agonizamos en soledad.

—¿Qué te pasa, Rolando? —pregunta Quania, sentándose a mi lado—. ¿En qué piensas a estas horas de la noche? Deberías dormir en vez de torturarte. Te estás haciendo mucho daño.

—Me pregunto qué es lo que ha ido mal. Esta espada debió ayudarme. Para eso la hice. Puse todas mis esperanzas en ella.

—Las espadas no son la solución —responde—. Las espadas sólo responden a la energía de sus dueños. ¿Qué es lo que realmente te inquieta?

—Me pregunto qué es lo que ha fallado —repito—. Me gustaría saber dónde está el error.

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Claro que sí. Necesito entender qué ha pasado. Soy un buen guerrero pero he sido derrotado y humillado. No lo entiendo.

—Tu sangre. Eso es lo que está mal. Es pobre y débil. No es la sangre de un vivo. Todavía sigues muerto. Sólo piensas en la venganza. Y eso la empobrece.

—Las espadas forjadas con sangre son mejores que...

—Eso forma parte de la leyenda milmortiana. Dicen que en el Abismo de la Muerte hay caballeros que forjan sus espadas con su propia sangre. Pero en el Mundo de los Vivos eso no es suficiente.

—Las espadas milmortianas son eficaces.

—Lo sabes porque has estado en el Abismo de la Muerte. Sé quién eres. Lo supe desde que te vi.

Permanezco en silencio. Atizo el fuego que revive durante un rato.

—Te has equivocado —continúa ella—. Intentas actuar como si aún estuvieses en Mort... Allí tenías una espada, un escudo y una cadena. Eras un caballero milmort, pero aquí las cosas son distintas. Aquí eres un ser normal que se rige según las reglas de la naturaleza humana. No tienes más poderes que otros. Crees que haber salido del Abismo de la Muerte y haber sido un caballero milmort te otorga algunos privilegios, pero es un gran error.

—He aprendido cosas que...

—No has aprendido lo más importante, Rolando. No has aprendido que aquí todos somos iguales. Aquí no hay privilegios para nadie. ¡Somos simples humanos!

Sus palabras me desconciertan. No puedo explicarle todo lo que he vivido en Mort. No soy capaz de contarle lo que he cambiado en ese largo y peligroso viaje.

—Al final, se trata de matar para salvar tu vida —resumo.

—Si quieres matar de verdad a Welfort debes cambiar tu manera de actuar. Debes aceptar que tienes pocas posibilidades de eliminarlo en un duelo a espada. Es mucho mejor que tú.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto.

—Debes cambiar de estrategia. Debes actuar como si estuvieses vivo, con las reglas de la vida...

—¿Las reglas de la vida?

—Consisten en aceptar que las espadas mágicas no existen. Los sortilegios son imaginarios. La vida es única. Tienes que olvidar todo lo que has aprendido en Mort y comportarte como un vivo.

—¿Y cómo se comportan los vivos? No te entiendo.

—Los vivos dependen de sus sentimientos. Y los escuchan.

—No tengo tiempo para sentimientos. Sólo quiero matar a Welfort y recuperar a Sibila. Sólo pienso en ella.

—Si no activas tu corazón, si no encuentras la fuente de la vida, si no la amas, no conseguirás nada. Tu enemigo es más poderoso que tú gracias a tu debilidad. Eres blando por tu ceguera, Royman.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

—Aprovecha el tiempo. Vive, caza, diviértete. Hazte humano. Recupera el miedo y el valor. Recupera las ganas de vivir como un mortal. Reencuéntrete a ti mismo. Y

luego, haz lo que debas. Sin esperar ayudas fantásticas. El Mundo de los Vivos es de los vivos. Y los vivos queremos la vida más que ninguna otra cosa. Queremos una vida llena de amor y no de odio. Eso es lo que tienes que hacer, amigo mío. Recupera lo que quede de humano en tu corazón.

Escucho sus palabras con resignación. No tengo fuerzas para rebatir sus explicaciones. Es posible que mi paso por Mort me haya embrutecido tanto que ya no sea capaz de sentir las emociones en toda su plenitud. Es posible que no me haya dado cuenta de que he salido empapado de sangre, lleno de deseos de venganza, y no consigo emocionarme con nada que no sea con la muerte de mis enemigos.

—La vida es ilusión, Rolando. Eso es lo que te falta. ¡Ilusión!

Hace frío. Me levanto y reanimo el fuego con algunas astillas. Las llamas vuelven a renacer.

—Wolfort me lleva demasiada delantera —suspiro.

—Te equivocas. Tú tienes más ventajas. Sabes más que él.

—No te entiendo. Wolfort lo sabe todo sobre mí. Vivió a mi lado durante muchos años y aprendió las mismas cosas que yo. Eso le da una gran superioridad. Sabe demasiado.

—Olvidas algo importante, amigo Royman. Olvidas que Wolfort entró en tu vida cuando tenías trece años. Olvidas que hasta entonces, aprendiste cosas que él desconoce. Básate en eso y aprovecha tu ventaja.

Quania quiere hacerme creer algo que no entiendo. ¿Qué sé yo que él desconozca?

—Mientras tú te cultivabas en la vida del castillo, con profesores, él vivía en el bosque. Cuando tú ya sabías leer, él se dedicaba a cazar conejos con una cuerda. Tú vivías en un palacio mientras que él dormía en una choza.

—No me sirve de nada, él es más astuto.

—Y tú tienes más conocimientos. Eres capaz de crear una estrategia militar, de dirigir un ejército, de defender la legalidad y la justicia. Conoces la vida de los grandes poetas, artistas y militares. Eres más cultivado que él y eso te da una gran ventaja. Debes aprovecharla, Rolando. ¡Ahí está tu fuerza!

—¿Por qué haces todo esto? —le pregunto—. ¿Por qué salvaste a la reina Elaine?

—Por la niña —replica—. Para salvar su vida. Lo demás no importa. Pero haré cualquier cosa para que siga viva.

—Harás lo que Wolfort te deje.

—Ahí tienes tu verdadero problema. Crees que Wolfort domina nuestras vidas.

—¿Y no lo hace? ¿No es nuestro amo y señor?

—Mató a tu abuelo y acosó a tu familia para desmoralizarte. Por eso pudo matarte. Porque ya te había debilitado moralmente. Ya te había vencido antes de que lo supieras. Por eso te gana siempre. En realidad, empezó a matarte el día que te conoció.

—No me asustes. Al principio era un buen hermano. Compartimos buenos momentos. Hizo feliz a Gwendlin... Se portó bien con nosotros. Un día me salvó la vida.

—Te salvó la vida y te dejó endeudado con él para siempre. Mató al ser que más querías; eliminó a Miliari delante de ti y te dejó en mala posición ante tu padre; mató a tu

familia ante tus propios ojos y, finalmente, cuando ya estabas totalmente vencido y derrotado, te atravesó el corazón. Te ha demostrado mil veces que es superior a ti y tú te lo has creído.

—Me mató porque es mejor guerrero que yo.

—¡Te mató porque tú le dejaste hacerlo!

Me ha dejado sin palabras.

Ya no tengo argumentos para discutir.

Sé que tiene razón. Aunque no he querido reconocerlo, siempre lo he sabido. Se lo puse demasiado fácil. Nunca pensé que fuese capaz de atravesarme el corazón.

De repente, la puerta se abre y mi corazón, temeroso, se acelera.

—¡Arquiano! —exclamo cuando le veo asomarse.

—Traigo una visita —anuncia, apartándose.

—¡Cornelio! ¡Cornelio! —grito.

—Amigo Rolando —dice mi compañero de aventuras—. ¡Rolando!

Nos abrazamos con fuerza.

—Me han contado que has estado a punto de perder la vida a manos de Welfort —dice—. Y que se ha llevado a Sibila.

—Es cierto. Me ha ganado. No he podido evitarlo. Me han faltado fuerzas. Me ha derrotado en buena lid. He fracasado, Cornelio —reconozco con voz temblorosa y lágrimas en los ojos—. ¡No soy digno de vivir!

Cornelio me abraza igual que lo hacía mi padre. Sus fuertes brazos me rodean con energía y me reconfortan. Creo que estaba necesitando sentir el calor humano de un amigo. Dejo salir toda la rabia y la frustración que llevo dentro.

—Llora, amigo Rolando —dice Cornelio—. Tienes todo el derecho a hacerlo. Has luchado por lo tuyo como nunca se lo he visto hacer a nadie.

Cuando me recupero, Arquiano me pone la mano sobre el hombro y me hace sentir su amistad.

—¿Qué podemos hacer por ti, Rolando?

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Cornelio.

—Pues, creo que me gustaría ir de caza. ¿Qué tal si me enseñas las cosas que le enseñabas a Royman? ¿Qué tal si nos vamos a las montañas? ¿Qué tal si desaparecemos una temporada?

—¿Te has vuelto loco? —pregunta Arquiano.

—No, al contrario, ahora estoy más cuerdo que nunca —digo, mirando a Quania.

—Sí, es una buena idea —dice ella—. Ve a la montaña y caza. Acércate a la vida y tócala. Respira hondo, Rolando, y renace en este mundo. Renace en Force y vuelve a ser el que eras.

Un jinete en la oscuridad

Estábamos aislados en la cumbre del cerro que, ahora, parecía una isla rodeada de aguas turbulentas. No había nada sobre la línea del horizonte. Ni siquiera pájaros en el cielo. Era como si nos hubiesen apartado del resto del mundo.

—¡No podremos salir de aquí! —exclamó Zoltan—. ¡Es imposible!

—No perdamos los nervios. El agua bajará —auguró Markel—. ¡Tened paciencia!

Pero el agua no descendía y nuestra desesperación se hacía mayor.

De repente, entre la cortina de agua, distinguimos una figura lejana que parecía moverse.

—¿Qué es eso? —preguntó Ónica, que se mantenía en pie gracias a mi apoyo—. ¿Qué es lo que se mueve sobre el agua?

—No lo sé —le dije—. Debe de ser alguna embarcación.

Pero no era ninguna nave ni nada parecido.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Miliari.

—¡Jamás he visto nada semejante! —añadió Zoltan.

Estábamos todos anonadados.

Un jinete vestido de negro, sobre un caballo tan oscuro como sus ropas, con la capa al viento, cabalgaba desbocado hacia nosotros, sobre el agua. Alzando una gran vara que sujetaba en la mano derecha, se abría paso entre el telón de lluvia.

—¿Es una aparición? —preguntó Torac—. ¿Es un diablo?

—¡No! ¡Es Mort! —respondió Robin, señalando al jinete cuyo caballo levantaba salpicaduras de agua con sus cascos—. ¡Os lo dije! ¡Os he traído hasta la Isla de Mort!

Estábamos extasiados ante el impresionante espectáculo. ¡La leyenda de Mort cobraba vida ante nuestros ojos!

Llevaba la cabeza cubierta con un casco de acero, de cuya cresta colgaba un penacho negro, parecido a la cola de un caballo. Dos grandes agujeros a la altura de los ojos le permitían ver.

Casi sin darnos cuenta, se abalanzó sobre nosotros. Subió a tierra firme de un salto y pasó a nuestro lado. Detuvo su montura y la hizo girar. Entonces, mirándonos, dijo:

—¡Nunca ha habido un caballero más valiente, honorable y generoso que tú, príncipe Royman! ¡Tu valor es tan grande como el Monte Milmort y mereces ser premiado! ¡Por eso te concedo el placer de la venganza! ¡Ve al Cementerio del Olvido! ¡Allí está tu destino!

Me quedé abrumado. Mort en persona se estaba dirigiendo a mí.

—¡También debes saber que cuento contigo para una extraordinaria misión! ¡Serás mi hijo predilecto y tendrás tu Templo Milmortiano! ¡Satisface tu sed de sangre y ven a verme después!

Ya iba a decirle que nunca estaría a su servicio y que jamás me convertiría en hijo suyo, pero dejó de mirarme y me ignoró.

Después, se acercó a Ónica y tocó su cabeza con la punta de su vara, en la que se podía ver el símbolo de Mort: Una gran letra M que rodeaba una calavera de largos dientes.

—¡Y a ti, princesa Ónica, te devuelvo la vida por tus propios méritos!

Entonces, el caballo se alzó sobre sus cuartos traseros y Mort gritó con todas sus fuerzas:

—¡Vivid para morir!

Varios relámpagos iluminaron el cielo y los truenos se dejaron oír. El jinete oscuro emprendió una nueva galopada en sentido contrario y se alejó a toda marcha, envuelto en la lluvia que seguía cayendo a raudales.

Poco después, desapareció en la oscuridad y fue como si nunca hubiese existido.

Todo había sido tan rápido que apenas nos quedaban fuerzas para respirar. No sabíamos qué hacer ni qué decir. Fuimos incapaces de reaccionar.

—¡Mort, padre! —susurró Robin.

—¡Por fin lo he visto! —exclamó Markel, extasiado—. ¡Mort en persona!

Recobré el ánimo y me ocupé de Ónica.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No estoy segura —respondió temblorosa—. Sólo sé que algo me ha pasado. Algo ha cambiado en mí.

Me miró y me apretó la mano.

—Creo que estoy más viva que nunca —declaró por fin—. ¿Era Mort, verdad?

—Supongo que sí. ¡Te ha devuelto la vida!

Nos abrazamos con ansia. Su contacto me emocionó. Supe entonces que no podría vivir sin ella. Que sin ella, la vida en Mort no tenía sentido.

—Ha dicho que conseguirás la venganza —susurró—. ¿A qué se refería?

—Es posible que aluda a esos sueños del lobo que hemos comentado. Ese hombre lobo asesino.

—A ese ser que nos mató a los tres —añadió.

—Desde que he leído el pergamino no descanso en paz —le confesé—. No te he dicho nada para no enervarte, pero fue una revelación importante que me acosa y de la que no puedo librarme.

—A mí me ocurre lo mismo —dijo Ónica—. No dejo de pensar en ese animal. Es una obsesión que me persigue día y noche.

—¡Nuestro asesino! —exclamé—. ¡Por fin lo voy a conocer!

Todo mi ser tembló. Mort acababa de devolver la vida a Ónica y me iba a dar el placer de la venganza. Daba la vida a quien quería y se la negaba a otros. Todo con tal de

seguir manteniendo su reinado en aquel mundo oscuro y desesperanzado.

Cuando la lluvia dejó de caer, todo pareció volver a la normalidad. El nivel del agua fue bajando hasta desaparecer por completo. A pesar de que el suelo estaba profundamente fangoso, nos animamos a descender hacia el valle que se extendía ante nosotros.

Recuperando la ilusión

Quania tenía razón. En los dos meses que llevo viviendo con los proscritos, en plena naturaleza, me siento más vivo que nunca. Soy otro. Rolando ha ido desapareciendo y, en su lugar, Royman ha florecido. Es posible que vuelva a ser el que siempre he sido: un príncipe amante de la vida y deseoso de gozar de ella. Un joven profundamente enamorado de una princesa.

Cada día salgo de caza con Cornelio, practico la lucha con Fletcher y sus hombres, y tengo largas conversaciones con Quania, Arquiano y los demás. Incluso Vania se ha convertido en una buena compañera y pasamos muchas horas juntos. Lo más curioso es que no nombra a su madre.

—¿Sabes, Rolando? —me dice Cornelio mientras esperamos a que aparezca un jabalí al que llevamos toda la mañana vigilando—. Cada día me recuerdas más al príncipe Royman.

—¿Quieres decir que estoy aprendiendo lo mismo que él? ¿Crees que seré tan buen cazador?

—Me refiero a eso, pero también me refiero a tu aspecto físico. Aunque con el tiempo su rostro se me ha ido borrando de la cabeza, a veces tengo la impresión de que sois iguales. Ya sabes que a los príncipes no se les puede mirar a los ojos.

—No nos parecemos tanto como crees.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí. No te preocupes...

—¿Tú...? ¿Tú le conocías bien?

—No te entiendo.

—Pues eso, que si tú eras amigo personal del príncipe Royman. Si le servías, debías de tener una buena relación con él, ¿no?

—Royman era un príncipe y yo un simple sirviente. Yo nunca sobrepasé los límites del protocolo, jamás me tomé una sola confianza y nunca le importuné. El príncipe Royman era amable y nunca me hizo...

Un ruido nos alerta. Empuñamos nuestras lanzas y nos aprestamos a disparar. Esperamos un poco. Nuestros brazos se ponen en tensión.

—¡Ahora! —grita Cornelio cuando el animal sale del follaje y se deja ver—. ¡Ahora!

Las jabalinas vuelan directamente hacia el puerco salvaje y lo derriban. Después, Cornelio lo remata con el cuchillo. La bestia se debate y gruñe, pero Cornelio es más

hábil y domina la situación.

Aguardo pacientemente a que termine su faena. Después, mientras limpia su cuchillo, le digo:

—Escucha, Cornelio, te voy a confesar la verdad. Te lo debo.

Me mira con expresión amigable y de desconcierto a la vez.

—¿Qué verdad? ¿Es que me has ocultado algo?

—¿Me creerías si te digo que el príncipe Royman no ha muerto? ¡Y que ha regresado a Force!

—Yo mismo vi cómo exponían su cuerpo atado a una cruz de madera, montada sobre un carro. Lo llevaron por muchos pueblos para que todos vieran su cadáver. ¡El príncipe Royman está muerto! ¡Y los muertos no resucitan! No deberías decir estas cosas, Rolando, es peligroso mentar a los muertos.

—Imagina que, por algún sortilegio, Royman ha vuelto a la vida. Imagina que soy yo. Imagina que Rolando no existe y que Royman ocupa su lugar.

Enfunda su cuchillo de caza y se apresta a atar el jabalí en una estaca para transportarlo hasta el campamento. Me acerco y le ayudo a enlazar las patas traseras al palo.

—Una cosa es que te parezcas y otra es que crea que Royman ha resucitado en tu cuerpo —dice, haciendo un fuerte nudo—. No soy un hombre cultivado, pero hay cosas que mi cabeza no puede admitir. Sé que nadie resucita, ni siquiera los príncipes.

—El día que Wolfort me salvó la vida, tú remataste al jabalí con ese mismo cuchillo. Fue una mañana de primavera y yo estaba caído en el suelo. ¿No te parece suficiente prueba?

—Eso te lo puede haber contado cualquiera. Hasta el mismo príncipe. Pero no significa que estuvieras presente. No, no te creo. Te llamas Rolando y eres un proscrito, igual que yo. Si no quieres que piense que te has vuelto loco, te ruego que no insistas.

—No lo haré. Pero me alegra saber que no me crees. Nadie vuelve del Abismo de la Muerte. Los que se van no vuelven nunca.

—Eso me lo enseñó el antiguo rey Derek —confiesa—. Ese hombre era algo especial. Lo controlaba todo. Sólo creía en lo que veía y no creía en fantasmas ni en zarandajas de ese tipo.

—Tengo entendido que tenía una red de informadores, pero nunca lo he creído.

—¡La mejor red de todas! ¡Mejor que la de su propio hijo Wincott!

—Vamos, no puedes saberlo...

—Claro que lo sé... Yo formaba parte de ella...

—¿Eras espía de Derek?

—Y de Wincott... ¡Doble paga, amigo! ¿Quién crees que le informó de la situación de los rebeldes en Herpies?

—Aquello fue algo extraordinario —le digo—. ¿Así que fuiste tú quien avisó al rey Wincott de...?

No responde. Hay silencios más elocuentes que las palabras.

Volvemos al campamento donde nos reciben con alegría. Incluso Vania sale a mi

encuentro y se agarra a mi capa.

Llevamos el jabalí a la tienda donde Quania ayuda a otras mujeres a preparar los alimentos. Sonríen felices al ver que traemos comida para varios días.

—Colgadlo ahí y lo desangraremos —dice—. Es una buena pieza. Os habrá costado mucho cazarla. Es un gran animal.

—Ásalo bien —dice Cornelio—. Esta noche haremos un festín. Todo el mundo podrá cenar bien.

Los niños famélicos que nos rodean observan con atención cómo colgamos al gran animal de una gruesa rama. Cuando Cornelio lo raja de arriba abajo, algunos acercan sus pequeñas manos para coger unas gotas de sangre y se la toman, convencidos de que les transmitirá la fuerza del jabalí.

Después, me acerco a *Ónica* y a *Miliari* y los acaricio mientras pastan tranquilamente. Cada vez que lo hago, el recuerdo de Sibila viene a mi memoria como un latigazo. Pero no dejo de atenderlos. Estos dos caballos me ayudan a recordar que una vez fui un príncipe.

El recuerdo de Ónica Graymark, la hermana de Miliari se ha ido apoderando de mí durante los últimos tiempos. Ha ido cobrando fuerza y he llegado a soñar con ella. Lo que más lamento es no saber dónde está enterrada para rendirle el homenaje que se merece. ¡Cómo me gustaría tenerla a mi lado en estos momentos! ¡Cómo la echo de menos!

Por la noche, cuando estamos alrededor de la fogata, disfrutando de la sabrosa carne, Fletcher entra en el campamento a galope tendido.

—Traigo noticias —dice, deteniéndose a nuestro lado.

—¿Qué noticias? —le pregunto, sabiendo que no serán buenas.

—Wolfort y Sibila se van a casar.

—¿Cuándo es la boda?

—Dentro de una semana. En su castillo. A puerta cerrada. No habrá más invitados que sus propios soldados.

—Sibila ya no es asunto mío —digo—. Es cosa del pasado.

Todos me miran en silencio. Sabemos que mis palabras son falsas y que sigo enamorado de Sibila. Lo sabemos a pesar de que llevo tiempo sin pronunciar su nombre.

Después de aquella catastrófica lucha con Wolfort en el castillo de Langan, perdí el interés por Sibila y traté de olvidarla. Sin embargo, de alguna manera, Quania ha conseguido devolverme la ilusión por ella. Y eso incluye la muerte de Wolfort.

Después de cenar, mientras disfrutamos del calor de la fogata, digo:

—Debe ser difícil entrar en el castillo de Force, ¿verdad?

—No creo que podamos conseguirlo —responde Cornelio—. Si cierran las puertas, será inexpugnable. Sería necesario un gran ejército para penetrar en su interior. Y no lo tenemos.

—Es mejor que olvidemos la idea de entrar —dice Fletcher, con tono de resignación—. No somos bastantes.

—Hay algo más —anuncia Cornelio—. Wolfort ha puesto precio a tu cabeza,

Rolando.

—Ese canalla le prometió a Sibila que me dejaría vivir.

—Ella no se enterará. Yo lo sé por un comerciante que avitualla a su ejército. Pagará bien al que te mate.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Quania—. Son muchos contra nosotros.

—Haremos lo que menos espera —explico—. Vamos a cambiar las tornas. Haremos lo que me has enseñado, Cornelio. Dejaremos de ser la presa para convertirnos en los cazadores.

—Eso suena bien —dice.

—Empezaremos por cazar algún lobo. Eso le gustará a Wolfort.

—Creo que hay muchas cosas que le van a gustar —ironiza Cornelio.

—Sí, le encantará saber que, en realidad, no mató a Royman —digo.

Me miran estupefactos.

—Quiero decir que le gustará saber que su hermano de sangre ha vuelto a buscarle.

Algunos sonríen con el desconcierto dibujado en el rostro.

Justo en ese instante, Arquiano llega al campamento cargado con unas bolsas de cuero.

—Aquí traigo lo que me has pedido —dice.

—¿Está todo?

—Absolutamente.

—Ven, vamos a mi tienda —le propongo—. Necesitaré tu ayuda.

Un descanso

Tuvimos que andar mucho hasta encontrar comida y alojamiento.

Torac estaba muy agotado y fue preciso que caminara apoyado sobre Zoltan y Markel. Miliari, tan desconfiado como siempre, no dejaba de escudriñar el horizonte en busca de posibles enemigos que no aparecieron. Robin se unió a Ónica y juntos, a mi lado, nos dimos un calor que la naturaleza nos negaba.

Salimos del valle y entramos en una campiña cuyos campos habían sido arados por una familia de granjeros que vivían en un caserío aislado. Habían creado un pequeño paraíso.

—Necesitamos comida y descanso —les dijimos cuando nos abrieron la puerta—. Somos gente de paz y pondremos nuestras armas a vuestro servicio mientras permanezcamos aquí. No debéis temer nada de nosotros.

A pesar de que expresaron su desconfianza, accedieron a darnos cobijo y alimento. Luego, nos permitieron dormir en un pajar bajo la vigilancia de tres perros.

Dormimos profundamente y tratamos de olvidar la pesadilla que habíamos vivido, en aquella extraña isla improvisada. Ni siquiera volvimos a hablar de Mort.

Durante la noche me desperté varias veces para asegurarme de que Ónica respiraba. Sus leves soplos me confirmaron que se encontraba en perfecto estado. Después de tanto tiempo viéndola casi agónica, me sentí muy feliz.

Estaba tan contento de verla sana, que llegué a sentir agradecimiento hacia Mort por haberla salvado. Pero recordaba la vida que mucha gente estaba obligada a llevar por su culpa y, aunque jamás olvidaría que le debía la vida de Ónica, me negué a pronunciar palabras de gratitud.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, nos encontramos con un día apacible que levantó nuestro ánimo.

Los granjeros nos sirvieron un desayuno a base de leche, pan recién hecho y queso. Fue uno de los mejores momentos de los últimos días.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó el viejo campesino que debía de ser el patriarca de la familia—. ¿Vais a algún sitio en particular?

—Buscamos el Cementerio del Olvido —le respondí inmediatamente—. ¿Lo conocéis?

—Es un lugar oscuro y solitario. Apenas pasa nadie por allí. Poca cosa encontraréis. Salvo la muerte. Os aconsejo que busquéis otro destino. Mort es infinito y dispone de

mucho terreno abandonado. Seguid buscando.

—Tenemos una cita —le dije—. Estamos obligados a ir.

—Pues andad con mucho ojo —replicó mientras nos cortaba unas generosas lonchas de queso—. Dicen que por allí pululan almas en pena y que los fantasmas han encontrado en ese lugar un cobijo que les permite vagar sin peligro. ¡Andad con cuidado!

Durante algunos días les ayudamos a arar el campo y a cortar leña. Además, cuidamos de los animales y arreglamos algunos tejados que estaban en mal estado. Hicimos todo lo posible para compensar su buena voluntad. A decir verdad, nos trataron a cuerpo de rey. Quizá por miedo o quizá por pena, o quizá porque les dábamos seguridad. Nunca lo sabremos y jamás se lo preguntamos.

Pero, lo mejor de todo, fue que Ónica empezó a recuperar la vitalidad. Llegué a pensar que el destino había puesto la granja en nuestro camino para darnos un respiro y ayudar a la princesa a volver a la vida.

Una tarde, nos acercamos al riachuelo situado en el bosquecillo que había detrás de la granja y nos bañamos juntos.

Fue una experiencia que me hizo sentir que, en algún momento de mi vida, había sido feliz. Y me animó a volver a serlo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi vida estaba vacía. Nadie puede vivir sin recordar de vez en cuando que ha sido plenamente feliz. Nadie puede vivir sin desear en algún momento volver a serlo. No se puede vivir sin desear la felicidad.

—Ónica, deberías esperarme aquí mientras voy al Cementerio del Olvido —le dije—. Si voy a vengarme de alguien, no quiero que lo presencias. Prefiero solucionar mi asunto yo solo, sin involucrarte.

—Al contrario, quiero estar cerca de ti —respondió, abrazándome—. Dijiste que nunca nos separaríamos, y eso incluye los momentos difíciles. No dejaré de exponer mi vida por ti. Te ayudaré a vengarte de quien sea. Me da igual lo que hagas. Si has de desagraviarte de alguien, seguro que tienes un buen motivo.

—Ya te he dicho que desconozco por qué Mort me convoca en ese extraño lugar. Únicamente dijo que me daría el placer de la venganza, pero nada más.

—Sólo te digo que no irás solo —repitió—. Has estado conmigo cuando me hallaba malherida, ahora no te dejaré. Si vas a correr algún peligro, estaré a tu lado.

—Llegará el día en que nos olvidemos el uno del otro —le recordé—. En Mort no conviene unirse demasiado. No hay futuro, no hay unión.

—Nadie puede impedir que nos unamos en matrimonio. Podemos encadenarnos, como dijiste... O encerrarnos en una cueva. Cualquier cosa con tal de permanecer juntos.

—Podemos casarnos, pero no tendremos hijos. Sabemos que las reglas de Mort prohíben que se formen familias. Aquí no podemos generar vida.

—Pero la hay. Ya ves que estos granjeros parecen felices.

—Sí, pero llegaron juntos —expliqué—. No sé de dónde vienen, pero ya estaban unidos. Lo nuestro no tiene futuro. No perdamos tiempo en crearnos ilusiones falsas. Puede hacernos mucho daño.

—Tiene que haber algo que nos mantenga cerca —insistió—. ¡Debemos buscarlo! ¡Tenemos que ser felices juntos! ¡Lo nuestro tiene que durar!

—¡No lo hay, Ónica!

—¡No puedes decir eso después de todo lo que has hecho para estar a mi lado! ¿Qué te ha pasado?

—Robin me ha hecho verlo todo claro —respondí—. Ya no sabe quién era su verdadera madre; no tiene ni idea de quién es su padre y no recuerda ni su nombre... Cree que cualquiera al que le falte un ojo puede ser su padre... Acabaremos así, en la desolación más absoluta. ¡No puedo soportarlo! ¡Lo siento, Ónica!

Aquella noche hablé en secreto con el granjero y conseguí que me entregara un caballo. Pacté con él que, si alguna vez necesitaba mi ayuda, se la daría. Le pedí que permitiera a mis amigos quedarse hasta mi regreso. El hombre, que ya se había convencido de que nuestra presencia garantizaba su seguridad y la de su familia, aceptó de buen grado y me permitió elegir una buena montura.

Antes del amanecer, mientras todos dormían, me levanté sin hacer ruido, ensillé el corcel y partí solo y en silencio hacia aquella cita que dominaba mi mente con insistencia.

Si era una trampa, era mejor caer solo en ella.

Octava Parte

La trampa de Cornelio

Faltan pocos días para que la boda de Sibila y Welfort se celebre. El castillo está cerrado a cal y canto, no hay nadie en los alrededores, sólo se ven soldados en las almenas y ni siquiera hay patrullas en las afueras.

Me he vestido con las ropas principescas que tenía en el castillo de Langan y que Arquiano me ha traído. Me he afeitado, he arreglado mi cabello y mantengo una postura noble. He vuelto a ser el que fui.

Espero que la orden que les di a Cornelio y a Fletcher se esté cumpliendo: «Haced correr la voz de que el príncipe Royman ha regresado a Force. Que los que quieran recuperar la paz se reúnan con nosotros». Ojalá llegue hasta los confines del reino.

Ónica y yo avanzamos por el camino que lleva hacia la puerta de la fortaleza, cuyo puente está levantado. Me detengo a una prudente distancia, donde las flechas no puedan alcanzarme, tal y como me ha enseñado Cornelio.

Entonces, dejo caer el cadáver de un lobo que llevaba cruzado en la silla y me retiro un poco para que puedan verlo bien.

—¿Qué haces, forastero? —grita un oficial desde la muralla—. ¿Acaso no sabes que está prohibido matar lobos?

—Soy el príncipe Royman y nadie puede prohibirme nada.

—El príncipe murió a manos de nuestro rey, el Gran Welfort —replica.

—Dile que venga a comprobarlo. Adviértele de que si no viene a verme, cada día mataré a uno de sus animales.

—¡No te muevas de ahí! —dice, después de pensarlo un poco.

—Espero impaciente —respondo—. No tengo prisa, llevo mucho tiempo esperando.

Mientras aguardo, noto que las moscas se acumulan sobre el lobo y revolotean por encima de su cuerpo. Dentro de poco será carroña, igual que Welfort.

Poco después, hay un gran barullo en la muralla.

Distingo la silueta de Welfort que se asoma presuroso.

—Así que has vuelto, Rolando de Mort —grita, cuando me reconoce.

—Soy el príncipe Royman. Y he vuelto para matarte, Welfort. No te casarás con la princesa Sibila.

—¿Royman? —repite con tono incrédulo—. ¿Royman? ¿El príncipe Royman Delaforce?

—El mismo. Baja y lucha conmigo, si te atreves.

—¡Royman está muerto! ¡Eres un impostor!

—¡Estoy vivo! ¡Compruébalo por ti mismo!

—¡Ya luché contigo en el castillo de Langan! ¡Eres Rolando de Mort!

—¡Te equivocas! ¡Allí luchaste con Rolando! ¡Yo soy el príncipe Royman! ¡Acércate, traidor!

Wolfort me observa en silencio. Da órdenes a sus hombres y algunos desaparecen de mi vista.

—¡Mis soldados te van a invitar a entrar en mi castillo, farsante! —me grita Wolfort—. ¡Espéralos!

—¡Sólo lucharé contigo, hermano!

El puente levadizo desciende y un grupo de jinetes sale en tromba hacia mí. Son unos veinte y están bien armados. Es un honor que se necesiten tantos hombres para atrapar a un fantasma.

Me cubro la cabeza con la capucha de mi capa y, como si fuese una señal convenida, *Ónica* vuelve grupas y galopamos hacia el bosque, que está frente a nosotros, a unos doscientos metros.

Mis perseguidores corren con furia. Han rebasado el lobo muerto y yo ya me estoy acercando a los primeros árboles.

Me detengo un poco para asegurarme de que me ven. Agito el brazo para provocarlos y se enardecen. Su prepotencia les va a costar cara.

Entro en el bosque y me persiguen. Están empeñados en cogerme prisionero... o en matarme. Han picado.

Me detengo en un claro que hay un poco más adelante y los espero.

Escucho los cascos de sus caballos. Se acercan muy deprisa.

Cuando me ven, insisten en invitarme a la rendición.

—¡Date preso, seas quien seas! —me ordena el oficial—. ¡No te haremos nada! ¡No te muevas!

Entonces, inesperadamente, una lluvia de flechas se derrama sobre ellos desde todos los árboles y arbustos cercanos.

Caen acribillados entre gritos de sorpresa y dolor. Muchos no saben lo que ha pasado. Mueren sin comprender que han caído en una trampa tendida por los proscritos que tanto desprecian.

Los caballos corren en todas direcciones. Pero los hombres de Fletcher los agarran a tiempo. Ni uno solo logra escapar.

Ni siquiera he tenido que desenfundar mi espada.

Mi primera gran victoria sobre Wolfort.

—Lo has conseguido —dice Cornelio, acercándose—. Te felicito.

—Sí. Gracias a la astucia del cazador —digo—. Es evidente que soy un buen alumno. Me has enseñado bien, amigo.

—La trampa era muy simple, pero Wolfort ha caído en ella porque te ha menospreciado. Por eso te ha salido bien.

—La próxima vez nos resultará más difícil engañarle —advierito.

—La próxima vez emplearemos otro sistema —argumenta Cornelio—. No caeremos en el error de repetirnos. Conozco muchas estrategias de caza. Y ahora, no perdamos

tiempo.

Cojo la ropa que uno de nuestros hombres me tiende. Pertenece a uno de los soldados muertos. Sin pérdida de tiempo, me quito mis hábitos principescos y se los entrego a Cornelio, que se los pone rápidamente.

—Parezco un príncipe —bromea, adoptando una postura real—. Me sienta muy bien.

Mientras, los hombres de Fletcher colocan los cadáveres sobre los lomos de los caballos y los atan a las sillas para que no se escurran con el movimiento de los animales. Yo me tumbo sobre uno de los caballos y me dejo enlazar, con la intención de hacerme el muerto cuando nos avisten los soldados enemigos.

Fletcher me introduce un pequeño cuchillo en la manga izquierda.

—Por si acaso —susurra—. Puede hacerte falta.

Lazan los caballos con una sola cuerda y se la entregan a Cornelio, que monta a *Ónica*.

Sale del bosque, se detiene en el camino del castillo y se deja ver desde lejos por los soldados. Cuando está seguro de que Welfort nos está mirando, suelta los caballos cargados de cadáveres y los dirige hacia el puente levadizo. Los animales conocen el camino, saben muy bien dónde les dan de comer, así que no hay problema.

Cornelio se queda en el borde del sendero, lo más lejos posible, para que no le reconozcan. Galopa de un lado a otro para provocar la ira de los bárbaros.

Los soldados que han salido a buscarnos agarran las riendas y nos introducen en la fortaleza. Espero que no me descubran. Soy de los pocos que no llevan flechas clavadas en el cuerpo.

En familia

Seis días después entré en un terreno llano y solitario del que apenas sobresalían algunas rocas que resultaban perfectas para protegerme de la lluvia y del frío.

El suelo, permanentemente encharcado, era de color negro, lo que daba a la comarca un aspecto de suciedad. Árboles sin hojas, ruinas, desolación y mucho frío... Un escenario muy similar al que me encontré cuando llegué a Mort, tiempo atrás. Se parecía tanto que podía ser el mismo, pero no estaba seguro.

Camuflado en ese escenario de desolación, al fondo, distinguí algo que se parecía a un cementerio solitario. Algunos buitres lo sobrevolaban.

Me dirigí hacia allí, dispuesto a encontrar mi destino, dando por hecho que Mort no me había engañado. Si uno tiene una cita con la muerte, debe acudir.

Cerca de un árbol deshojado había algunas casuchas de madera y varias tiendas de tela mal levantadas. Detrás, pobres lápidas en mal estado, medio rotas y señalizadas con palos o piedras. Había llegado al Cementerio del Olvido.

Cuando me vieron llegar, unos hombres salieron a mi encuentro, con las armas en la mano, dispuestos a pedirme explicaciones. Mal vestidos con harapos que colgaban de sus cuerpos famélicos y se agitaban al ritmo de sus movimientos, me lanzaban miradas oscuras. Estaban más muertos que vivos, pero tenían aspecto de ser muy agresivos.

—¿Qué buscas aquí, extranjero? —me preguntó un anciano que tenía la barba blanca—. ¿Quién te ha enviado?

—Soy un caballero milmort y vengo en busca de venganza —expliqué—. Un personaje importante me ha citado aquí.

—¿Dónde están tus atributos milmortianos?

—Sólo me queda la espada. Conseguí librarme de la cadena y mi escudo se perdió por el camino.

—Te has equivocado —dijo un joven que tenía la cabeza rapada—. El Monte Milmort no está aquí, sino en dirección contraria.

—Ya he estado en la cima de ese monte —dije—. Hoy busco otra cosa. Hoy busco el Cementerio del Olvido.

—No queremos verte por aquí. Márchate antes de que te echemos. O mis animales te sacarán los ojos y te comerán las entrañas —me advirtió el anciano, haciendo referencia a los buitres.

—He venido para quedarme. Nadie me lo impedirá —dije, poniendo la mano sobre la

empuñadura de mi espada—. ¡Me quedaré con vosotros, os guste o no!

—¡Estás en nuestra casa! —gritó el anciano, embravecido—. ¡Márchate!

—¡No puedo irme! —respondí con firmeza—. ¡Es imposible!

El hombre alzó su estaca y se lanzó contra mí. Hice girar mi montura y la obligué a recular.

—¿Estás loco, anciano? —le advertí—. ¿Es que no comprendes que puedo matarte de un solo golpe de mi espada?

Me arrojó la estaca y tuve que agacharme para evitarla. Aprovechando mi descuido, se abalanzó contra mí, me agarró de la cintura y consiguió derribarme del caballo, haciéndonos rodar a los dos por el suelo.

Me levanté rápidamente, desenfundé mi arma y le coloqué la punta sobre la garganta.

—¡Que nadie se mueva! —grité con la intención de detener a los otros que ya habían iniciado una maniobra de acercamiento—. ¡Quietos o le mato!

—¡No me das miedo! —respondió el anciano, que aún permanecía en el suelo y lanzaba patadas al aire—. ¡Soy un rey! ¡Padre de reyes y de príncipes!

De repente, me di cuenta de que aquel anciano me resultaba familiar.

—Te conozco —le dije—. Te he visto antes. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—¡Soy el rey de un gran reino! ¡Y no me fío de nadie! ¡No diré nada más!

Fue su voz la que me dio la pista. Era la voz de alguien que me había enseñado muchas cosas. Era la voz que me había acompañado durante muchos años en otro mundo y que no había olvidado.

—¿Abuelo?

Me miró con curiosidad. Entonces, comprendí que estaba desconcertado y luchaba con sus recuerdos.

—¡No me confundas! —gritó—. ¡No me engañes! ¡No conozco a nadie! ¡No soy tu abuelo!

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¡No tengo nombre! —dijo—. ¡No soy nadie!

—Yo soy Royman Delaforce, tu nieto. El hijo de Wincott.

—¿Mi nieto? ¿Qué dices?

—¡Soy yo, abuelo Derek! —le aseguré, retirando la espada de su cuello.

Su rostro se contrajo. No sabía si reír o llorar. Me miró como si observase un cuadro que quería descifrar.

—¿Royman? ¡No te conozco! ¡Márchate de aquí! —gruñó, agitando el brazo.

—Eres mi abuelo Derek, te recuerdo perfectamente. Soy tu nieto Royman Delaforce.

Se esforzó en reconocermme, pero no lo consiguió.

—¿Mi nieto Royman? ¿El heredero de mi reino?

—Royman Delaforce, carne de tu carne, abuelo. Hijo de tu hijo Wincott.

Se acercó un poco y, después de un rato, preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado a Mort?

—No lo sé, abuelo —respondí, mientras le ayudaba a ponerse en pie—. No tengo ni idea. Creo que he venido aquí para averiguarlo. Me han citado en este cementerio.

Nos abrazamos y el calor de su cuerpo me reconfortó. Por primera vez tuve la sensación de estar en casa, de haber vuelto al hogar. Después de tanta soledad, aquel abrazo me devolvió un resquicio de humanidad, algo que había ido perdiendo en cada batalla.

—Me alegro de verte, muchacho —dijo abrumado—. Me he sentido tan solo. Desde que he llegado aquí mi vida ha sido un verdadero calvario. He tenido que defenderme de todos los canallas que se han cruzado en mi camino. He sobrevivido de casualidad y he pasado mucho miedo.

—Ahora estás conmigo. Te protegeré y nadie te hará daño.

—Mis amigos tampoco te lo harán a ti —les gritó—. ¡Dejadnos, es mi nieto! ¡Marchaos u os matará a todos! ¡Es un gran guerrero!

Sus compañeros bajaron la guardia y se retiraron. Le acompañé a su cabaña donde pudimos hablar con tranquilidad. Después de tanto tiempo sin vernos, teníamos mucho de lo que conversar.

—Lo peor de todo ha sido perder la memoria —dijo, después de narrarme un millón de cosas—. Llegó un momento en el que no me acordaba de nadie. Nunca pensé en ti, ni en mi hijo...

—Wincott, el rey Wincott...

—Sí, eso, Wincott... ¿Qué ha sido de él?

—Murió, abuelo... Llegamos juntos a Mort y pereció una noche terrible, junto a su esposa Elaine, mi madre. También mi hermana Gwendlin cayó aquella noche. Fue una tragedia.

—¿También ellos han pasado por Mort? ¿Y dices que tu hermana Gwendlin también estuvo aquí? A ella no la recuerdo... Tampoco sé quién es Elaine.

—Eran nuestra familia, abuelo. Ahora estamos completamente solos —le dije—. Sólo nos tenemos el uno al otro.

—Desde que he llegado a Mort no he podido dormir una sola noche tranquilo. La inquietud y el desasosiego me han acompañado... Han sido años terribles... Incluso pensé en hacerme milmort para salir de este pozo de miseria, pero no me quedaban fuerzas...

—Ahora estoy contigo. Yo te protegeré. He sido caballero milmort y tengo una espada que puedo manejar con mucha habilidad. Nadie te hará daño.

Hablamos durante horas y compartimos muchos sentimientos. Luego, salimos a dar de comer a sus buitres, que ya llevaban un buen rato graznando ante la puerta.

—Son mis mejores amigos —me explicó—. Me fío más de ellos que de esos desgraciados que andan por aquí. Son mi familia. Sé que no me harán daño.

—Has tenido suerte de encontrar compañía. Es lo que más falta hace en Mort. Aquí hay demasiada soledad. Y eso vuelve loco a cualquiera. Estar solo es lo peor de todo, después de la muerte...

—Sí, tienes razón... Explícame para qué has venido a este sitio tan apartado.

¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Tengo una cita en este cementerio —le dije—. Parece que va a suceder algo que me dará satisfacción, aunque no sé de qué se trata.

—Entonces debes cumplir con tu destino, sea el que sea...

—Pero no entiendo por qué aquí, precisamente. ¿Qué tiene este lugar de especial?

—Nada. Es un viejo cementerio que ya no se usa. El terreno es blando y se traga todo lo que en él se entierra. Creo que debe de haber arenas movedizas o algo así. Por eso la gente ya no sepulta aquí a sus seres queridos.

—Entonces, ¿por qué Mort me ha citado aquí?

—A veces, hemos visto fantasmas sobre esas rocas, pero huyen en cuanto nos ven... Este lugar no tiene nada que lo diferencie de otros. Cada vez que alguien se acerca, le asustamos para que se vaya. El que pasa por aquí no vuelve. Estamos en el fin de este mundo.

Observé el cementerio con detenimiento, pero no encontré nada que pudiera darme una pista. ¿Por qué aquí? ¿Qué iba a pasar?

Saliendo de entre los muertos

He levantado levemente la cabeza y he visto que un regimiento se ha cruzado con nosotros. Van a buscar a Cornelio, convencidos de que soy yo. Creo que los hemos engañado por segunda vez.

Llevaron nuestros caballos a los establos y los dejan al fondo, cerca de los fardos de heno. Sé que estos bárbaros no tienen demasiada consideración con los muertos, así que tengo que estar atento ya que podrían hacerme algún mal.

No parecen tener prisa en descargarnos de nuestras monturas. Llevamos aquí un rato y nadie se ocupa de nosotros. Somos menos que la basura.

Entorno los ojos y veo que una cuadrilla de soldados y palafreneros se acerca.

—¡Traed un carro y llevaros a esta escoria de aquí! —ordena un sargento—. ¡Deprisa!

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Haremos una pira con sus cadáveres y los convertiremos en cenizas. Es el destino que nos espera a todos cuando morimos y la mejor manera de unirnos con nuestros antepasados. ¡No perdáis tiempo!

Tengo que escabullirme de aquí antes de que me arrojen al fuego. Debo seguir adelante con nuestro plan o todo estará perdido. Dudo que se me vuelva a presentar una oportunidad como esta.

Menos mal que las cuerdas que me atan están flojas. También he tenido la suerte de que mi montura esté colocada cerca de los fardos de paja, detrás del grupo, muy próxima a la pared. Pero no puedo salir de aquí y dejar mi caballo sin su cadáver.

Cornelio, que es muy previsor, me lo advirtió: «Nadie debe notar que un muerto ha revivido. Cuando te vayas, debes dejar a un soldado en tu lugar para que no noten tu ausencia».

Creo que ya estoy viendo al que va a ocupar mi sitio. Es un soldado que viene hacia aquí, casi sin prestarnos atención. Seguramente va a entrar en un turno de guardia, ya que lleva una lanza. Uso la daga que escondo en la mano izquierda y me libero de las ligaduras. El individuo ha girado para pasar por detrás del grupo de caballos. No hay nadie a la vista.

Cuando nota que algo le agarra del cuello, se revuelve, pero ya es demasiado tarde. Le he clavado el arma y he mantenido su boca tapada de forma que no ha podido gritar. Apenas ha soltado un bufido que, seguramente, se ha confundido con los relinchos de los caballos.

Ahora todo es cuestión de suerte. Espero que nadie me vea.

Me dejo caer al suelo y me pongo a su lado. Le agarro y le coloco en mi lugar. Le ato rápidamente, cojo su lanza y adopto la postura de un guardián.

—¿Qué estás haciendo con estos muertos? —me pregunta el sargento, que acaba de acercarse con un carro y cuatro soldados.

—Los vigilo, mi sargento. He sujetado a este, que tenía las ligaduras flojas —explico—. Estaba a punto de caerse.

—Has hecho bien —responde, satisfecho de mi explicación—. No hay nada más pesado que levantar un cadáver.

—Me ha manchado de sangre —añado—. Voy a lavarme, sargento...

—Es una buena idea. A los oficiales no les gusta que los soldados estén sucios. Y me llamo Bulda. Sargento Bulda. No lo olvides.

Él no me recuerda, pero me interrogó cuando llegué por primera vez al castillo. Me advirtió de que no debía provocar jaleo. Lo que son las cosas, ahora visto su uniforme y soy como él, un hombre de Welfort.

Lejos de pensar en mí, se ocupa de dar órdenes a sus cuatro hombres.

—¡Vamos, gandules! —le oigo decir mientras me alejo—. ¡No vamos a estar aquí todo el día!

Aprovecho para retirarme. Nadie se fija en mí. No dejo de pensar en mi buena fortuna. Gracias a los buenos oficios de Cornelio, me he colado en la fortaleza de Welfort. Cuando llegue el momento tendré que recompensarle como se merece. Sin él no habría llegado hasta aquí.

Subo la escalera que lleva a las almenas para comprobar que no han atrapado a mi amigo. No seguiré adelante con el plan sin estar seguro de que se encuentra a salvo. Tiemblo sólo de pensar que puede haber sufrido algún daño.

El regimiento de bárbaros con el que me he cruzado cuando entraba le persigue a galope tendido, bordeando el bosque. ¡Está a punto de meterse entre los árboles!

—¡Ese maldito renegado pretende hacernos creer que es el príncipe Royman! —maldice un bárbaro, que pasa a mi lado, cargado con una cesta de flechas—. Espero que le maten pronto.

—Yo también —respondo—. Ojalá que le cuelguen de la torre más alta. Así dará ejemplo a esos condenados proscritos. ¡Son peores que la peste!

Después de lanzar un escupitajo, sigue su camino mientras yo me dirijo hacia la torre. Un poco más adelante, desciendo por otra escalera de madera. Antes de entrar en la torre del homenaje, veo cómo están colocando a los soldados muertos sobre unos leños de madera.

Consigo introducirme en la torre sin despertar sospechas.

Poco después, me cruzo con unos criados a los que les explico que debo hacer guardia ante la puerta de Sibila, así consigo encontrar su habitación.

—He venido a relevarte —anuncio al vigilante de la princesa—. Puedes irte.

—Mi relevo es dentro de dos horas —dice—. ¿Quién te envía?

—El sargento Bulda. Quiere hacer cambios de guardia para mantenernos alertas.

Ahí fuera hay un loco que dice ser el príncipe Royman. Todo el castillo está en estado de alarma.

—Me da igual lo que diga Bulda —responde—. Yo estoy a las órdenes de Lostario y no me moveré de aquí hasta que él o alguno de sus hombres venga a relevarme.

—Haz lo que quieras —le digo, colocándome a su lado—. Yo cumplo mis órdenes. Igual que tú.

Me mira con suspicacia. No está convencido de mis palabras.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta un poco después.

—Bulda, igual que mi padre.

—¿Tu padre es el sargento Bulda?

—Exactamente.

Se queda pensando en las consecuencias de sus palabras.

—No le digas que me he negado a irme —dice finalmente—. Lostario no me perdonaría que abandonase el puesto.

—No te preocupes. No le diré nada. Los oficiales tienen muy mal carácter. Y los sargentos más.

Me dirige una sonrisa dubitativa. No sabe qué hacer.

—Oye, ¿La princesa está sola o con sus damas? —pregunto.

—Está sola. Desde que Wolfort tuvo que salir a ver qué ocurría ahí fuera, no ha entrado nadie. Estaba hecho una furia.

—Hay mucho silencio —comento, pegando la oreja a la puerta—. Quizá deberíamos entrar a ver qué pasa.

—Yo no me atrevo. Wolfort me mataría si se entera de que la he molestado. Te aconsejo que no lo hagas. No compliques las cosas.

—Si se tira por la ventana, será peor —le digo—. A veces, los prisioneros hacen esas cosas.

—No creo que lo haga. Se van a casar dentro de poco. A la princesa le interesa ese matrimonio. Va a ser reina de varios reinos.

—Nunca se sabe. Ella le odia desde que mató a ese príncipe. Voy a asegurarme. Tú quédate y vigila. Si viene alguien, da dos golpes contra la puerta para avisarme. ¿Vale?

—De acuerdo, pero yo no quiero saber nada —replica—. A mí no me metas en líos.

—Tranquilo. Si pasa algo, asumiré la responsabilidad —le digo—. Mi padre me ha enseñado a hacer las cosas bien.

Me acerco a la puerta, agarro el pomo y lo giro lentamente. Cuando se abre, asomo la cabeza y miro hacia dentro. No veo a nadie. Sibila debe estar en el salón. Entro despacio, sin hacer ruido. Cierro la puerta y me quedo quieto. Entonces, me parece oír un gemido. Es un llanto que proviene de detrás de la gran cortina.

Me acerco hasta el tapiz, espero un poco y me asomo. Sibila está junto a una ventana con barrotes, observando en silencio cómo los soldados de Wolfort se despliegan por la linde del bosque.

Doy un paso adelante pero, justo en ese momento, ella se da la vuelta y me ve. Se asusta y se dispone a gritar, pero le hago una señal con el dedo para que se contenga.

—¿Qué haces aquí, soldado? ¿Quién te ha dado permiso para entrar? —me pregunta—. ¿Qué quieres?

—Soy yo, Royman.

—¿Qué dices?

Me quito el casco de cuero y le dejo ver mi rostro.

Me mira incrédula.

—¡Royman! —susurra—. ¡Royman! ¿Qué haces aquí? Te creía...

—¿Muerto? ¿De verdad creías que había muerto?

—Me contaron que después del duelo con Wolfort te vieron tirado en la calle y que...

—El que quedó allí tendido se llamaba Rolando —le explico—. ¡Yo soy el príncipe Royman y estoy vivo! ¡Estoy vivo para ti! ¡He venido a rescatarte!

Se levanta de golpe, incrédula.

—¡He venido a buscarte, Sibila! —insisto—. ¡Nunca más nos separaremos!

Nos lanzamos uno en los brazos del otro.

—¡Wolfort te matará en cuanto te vea! —me advierte—. ¡Es mejor que te marches!

—No sabe que estoy aquí.

—¡Debes irte! ¡Está a punto de venir!

—¡No! ¡Me quedaré a esperarle! ¡Esto tiene que terminar!

—¿Qué piensas hacer?

—Tenderle una trampa. Escucha, haz entrar al soldado que vigila la puerta. Eso facilitará las cosas.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Hazme caso, Sibila. Ya no nos quedan más oportunidades. ¡No dejaré que te cases con él! ¡Haz lo que te digo!

Me ve tan convencido que se acerca a la puerta. Antes de que la abra, me coloco detrás, con la daga en la mano.

—¡Soldado! —dice, abriendo la puerta—. ¡Necesito que entres!

—Sí, princesa —replica el pobre inocente.

Ella da unos pasos hacia atrás y él la sigue. Cierro la puerta de una patada, le rodeo el cuello con mi brazo y aprieto con fuerza. Ni siquiera emite un grito.

Le arrastro hasta la otra habitación, le coloco debajo de la cama y escondo su lanza detrás de un tapiz que cuelga de la pared.

—Ahora voy a ocupar su puesto —le explico a Sibila—. Cuando Wolfort entre, será nuestro. ¿De acuerdo?

—¡Estás loco, Royman! ¡Si te descubre te matará sin piedad!

—Lo sé. Por eso debemos ser astutos. Siéntate en el sillón y no te muevas, pase lo que pase. Finge que estás abatida. Yo me ocupo de todo.

—Espero que no te equivoques.

—Esta vez llevamos nosotros la delantera —digo, cogiendo mi lanza antes de salir—. Estaré ahí fuera.

Me coloco delante de su puerta y me pongo en posición de firmes.

Algunos criados y soldados pasan ante mí sin prestarme atención. Ya deben estar habituados a ver vigilancia ante la habitación de Sibila.

Un rato más tarde, oigo pasos de varios hombres que se acercan. Creo que ha llegado la hora.

Por el corredor se aproxima Wolfort, acompañado de tres oficiales.

—Estaré con la princesa —les dice—. Mantenedme informado de todo lo que suceda. Quiero saber qué ocurre ahí fuera, Lostario. Hay que acabar con ese impostor.

—Sí, mi señor —dice el aludido, con el que ya me he cruzado varias veces pero que no me reconoce—. ¡A la orden!

Yo hago el saludo militar y Wolfort pasa a mi lado sin mirarme siquiera a la cara. Una vez dentro, cierra la puerta.

Los tres oficiales giran sobre sus talones y se retiran.

La larga espera

Los días pasaban sin pena ni gloria.

Cada mañana me levantaba convencido de que ya iba a solucionar el problema que me había llevado hasta allí, pero no ocurría nada. La vida en el cementerio era tediosa y rutinaria. No hacía nada salvo esperar.

Me entretenía limpiando mis armas, cuidando de mi caballo, paseando y comiendo. Aquel lugar era tan solitario y estaba tan apartado que empecé a comprender la decisión de mi abuelo Derek de permanecer allí durante todo lo que le quedara de vida.

Una mañana le ayudé a dar de comer a sus buitres.

—¿No son capaces de alimentarse por sí mismos? —le pregunté.

—Prefieren que se lo dé yo. En realidad, lo que buscan es cariño y compañía.

—Son aves carroñeras —le rebatí—. No creo que quieran a nadie.

—Te equivocas, Royman. Incluso los carroñeros necesitan sentirse queridos. Lo que no quita para que sigan siendo lo que son, bestias que viven de carne putrefacta o de otros restos. Igual que muchos humanos. He visto a gente comer bazofia. Los humanos y los buitres nos parecemos más de lo que crees.

—Cualquiera pensaría que los quieres de verdad —dije—. Los tratas como si fuesen tus hijos.

—Prefiero invertir mi tiempo en dar comida a estos bichos indefensos. Son bastante más agradecidos que muchas personas que conozco.

—No son tan inocentes como parecen. Atacan a los humanos para comerles las entrañas. ¡Son animales carroñeros, abuelo! ¡Son peores que esos guardianes que contemplan cómo nos matamos unos a otros sin impedirlo! ¡No ayudan ni a los débiles ni a los indefensos!

—¿Qué te pasa, Royman? ¿No sabes dónde estás? ¿No sabes que este mundo carece de aprecio por la vida? ¡Les da igual que vivamos o muramos! Ni ellos pueden impedir que nos matemos unos a otros.

—Podrían imponer un poco de orden, impartir justicia.

—Mort es lo contrario de lo que dices —me rebatió—. Mort es el caos.

Arrojé el cubo de comida al suelo de una patada y me marché de allí. No quería discutir con él sobre algo que, para mí, estaba muy claro. Quizá mi abuelo llevaba demasiado tiempo en Mort y había perdido la sensibilidad ante el sufrimiento humano.

Monté en mi caballo y salí a dar un paseo para relajarme. Deseé encontrarme con

algún enemigo para desfogarme luchando. Pero no había nadie que pudiera cruzar el acero conmigo, salvo esos tipos que ni siquiera me sostenían la mirada. Estaban quebrados por la sumisión y la miseria. Se habían rendido.

Subí a una colina y distinguí algunas sombras humanas que caminaban lentamente, gente que provenía de nuestro campamento, del cementerio, pero que no se había dejado ver.

No me preocupé demasiado por ellos. Sabía que en Mort ocurrían cosas muy extrañas que no tenían explicación. El simple hecho de vivir en este mundo ya era inexplicable. Vivir en la muerte ya era en sí mismo una contradicción. Vivir sin saber que estás muerto era todavía peor.

Detuve mi caballo y me senté en el suelo. Mientras el animal pastaba en las pocas franjas de hierba que nos rodeaban, me entretuve observando las nubes que, caprichosamente, formaban imágenes. A veces, parecían objetos reales: rostros, cuerpos, manos...

Mi imaginación me llevó hasta Ónica, a la que creí ver en las nubes.

Tenía que aclarar mis sentimientos hacia ella. Me costó mucho reconocer que la amaba, pero me causó aún más esfuerzo pensar en una vida futura a su lado.

No fui capaz de imaginarnos juntos durante años, amándonos. Sólo pude vislumbrar un futuro vacío, sin amor y sin ilusión. En esta tierra estéril era imposible tener ganas de vivir.

Ya había aprendido que, en Mort, todo lo relacionado con los sentimientos era terreno baldío. Ni amor, ni amistad, ni querencias hacia nadie. Sólo respeto hacia los más fuertes. Y miedo.

Me sorprendió darme cuenta de que nunca había deseado tener hijos con Ónica. Y recordé los esfuerzos que había tenido que hacer para besarla. Cada vez que lo había hecho, me había quedado agotado. ¿Cómo era posible que un simple beso de amor pudiera cansar tanto?

En Mort, el amor no era bien recibido.

Ahora que sabía que éramos gente muerta, que proveníamos del Mundo de los Vivos, la cuestión estribaba en cómo decírselo algún día a Ónica.

Ella sospechaba algo desde que cayó en estado agónico en la ladera del Monte Milmort y tuvo aquel sueño tan intenso que la transportó a otro mundo que, probablemente, era el Mundo de los Vivos.

Me había confesado que se sentía inquieta por lo que había descubierto durante aquel viaje de ensoñación. También había leído el pergamino, pero no lo tenía claro. Sólo yo podía explicárselo del todo.

Ahora yo tenía que decidir si debía volver con ella después de concluir la misión que me había traído hasta aquí. ¿Debía crearle ilusiones de un futuro lleno de amor o, por el contrario, estaba obligado a decirle la verdad y renunciar a conseguir la felicidad?

Lo cierto es que le había hecho demasiadas promesas para contradecirme ahora.

Sólo me quedaba esperar a que mi marcha precipitada le hiciera reflexionar y se diera cuenta de que, lo mejor para todos, era olvidarme para siempre. Ojalá

comprendiera que jamás podríamos ser felices en un mundo de muerte y desolación.

Empecé a contemplar la posibilidad de quedarme en el Cementerio del Olvido para siempre, junto a mi abuelo y sus aves carroñeras. Quizá pudiera enterrar mi espada milmortiana y no volver a matar a nadie en lo que me quedara de existencia. Y limpiar mi alma.

La verdad es que estaba harto de tanta sangre. Ansiaba la paz más que ninguna otra cosa. Cuando uno tiene más de mil muertes sobre sus espaldas, lo que más desea es no volver a matar a nadie.

Mis divagaciones consiguieron apaciguarme. Comprendí que, por muchas vueltas que le diera, no llegaría a ninguna conclusión. Así que, más sereno, volví a la realidad.

Al regresar a la cabaña, la rabia se había apagado y me sentía mucho más tranquilo.

—Lo siento, abuelo. Perdóname —le dije.

—No pasa nada —respondió él sin mirarme—. La ira contenida es mala y produce estallidos que no se pueden controlar.

Me senté a su lado y me fijé en el plato que tenía entre las manos.

—¿Qué comes? —le pregunté.

—Comida de buitres —dijo—. Comemos lo mismo. Somos lo mismo.

Casi sin darme cuenta de lo que hacía, metí la mano en su plato, cogí un puñado de comida y la probé.

—Tienes razón, abuelo —dije mientras masticaba—. Somos lo mismo.

—Humanos carroñeros, en eso nos convertimos cuando llegamos a Mort.

Una trampa para el lobo

Cuando entro en la habitación, Wolfort está de espaldas, sentado al lado de Sibila. No sabe que estoy a pocos metros.

—¡No te muevas, Wolfort! —le ordeno, rodeando su cuello con mi espada—. ¡O te mato!

Se queda quieto, pero sé que está esperando un descuido para deshacerse de mí. Noto la tensión de sus músculos.

Sibila se levanta rápidamente y le saca la espada de la funda.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—Soy tu hermano Royman. Al que mataste como a un perro.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Vamos de viaje. Cuando lleguemos, te mataré igual que me mataste a mí.

—¿Por qué no lo haces ahora que puedes?

—¡Basta de charlas! —le respondo—. ¡Yo decido tu destino!

—¿Bromeas, hermano? No puedes hacerlo, eres inferior. Siempre lo has sido.

Le hago un pequeño corte en la garganta para que note que yo soy el dueño absoluto de su vida. Por fin entiende que le mataré cuando yo quiera y que no podrá evitarlo.

Pero, al ver su sangre, me entran unas ganas irrefrenables de ejecutarlo. Podría hacerlo si quisiera y nadie me pediría cuentas. No tardaría más de tres segundos en degollarlo. Sin embargo, algo me lo impide. Es el código de honor que mis maestros, mi abuelo y mis padres me enseñaron. Un caballero no puede matar a una persona indefensa, por muy miserable que esta sea. Esa es la ley que me contiene la mano. Esa es la ley que le salva a Wolfort la vida.

—¡Sibila, trae ese cordón que sujeta la cortina! —le ordeno.

Ella le mira con rabia. Está pensando en acabar con él. No se mueve.

—¡Sibila, date prisa!

Parece despertar. Se acerca a la cortina y suelta el grueso cordón.

—¡Haz un nudo corredizo! —le pido.

Se apresura y me lo entrega.

Paso el cordón alrededor del cuello de Wolfort. Después, me ato la cuerda a la cintura.

—Estamos unidos, Wolfort. Si caigo, tú caes. ¿Sientes mi aliento en tu cogote? Pues debes saber que mientras lo notes estarás vivo, si dejas de sentirlo es que has muerto.

—¿Por qué voy a obedecerte si al final me vas a matar? —pregunta en tono desafiante—. ¿Por qué debo seguirte el juego?

—Mientras obedezcas tendrás esperanzas de escapar. Por eso vas a someterte. Y ahora, levántate. ¡Arriba!

No se mueve. Intenta resistirse. Quiere ponerme a prueba.

—No lo has entendido, hermano —le digo, dando un fuerte tirón que le corta el aire—. Ahora mando yo. ¡Obedece o muere!

—¡Desobedece, Wolfort! —exclama Sibila—. ¡Tengo tantas ganas de matarte que todavía no sé qué me impide hacerlo! ¡Dame una excusa para hacerlo! ¡Dámela!

—No me matas porque me prometiste que te casarías conmigo —responde, fríamente—. Por eso no puedes asesinar al que va a ser tu esposo. ¿O ya no recuerdas tu promesa?

—Claro que la recuerdo —dice la princesa poniéndose ante él—. Nunca la olvidaré. Sentí tanta repugnancia al hacerlo que todavía vomito cuando la recuerdo.

—¿También recuerdas que le escupiste a la cara y que le despreciaste?

Sin pensarlo dos veces, roja de rabia, Sibila le lanza un escupitajo en pleno rostro.

—¿Le escupí así? —le dice llena de rabia, antes de hacerlo por segunda vez—. ¡Estoy deseando matarte por todo lo que me has obligado a hacer! ¡Por todo lo que me has robado! ¡Maldito seas mil veces!

—¡Estás loca si crees que este impostor es tu príncipe Royman! —gruñe—. ¡Royman está muerto! ¡Yo lo maté! ¡Los muertos no vuelven a la vida! ¡No es Royman!

Tiro con fuerza de la cuerda y le hago callar.

—¡Ya basta, Wolfort! —le ordeno—. Dentro de poco vas a comprender que los muertos pueden volver a la vida para recuperar lo que les pertenece. ¡Para hacer justicia y exigir venganza! ¡Vamos, camina hacia la puerta!

Sibila se adelanta y abre la puerta para dejarnos pasar.

—¡Soldados! —grita con fuerza—. ¡Venid aquí! ¡Soldados!

Oímos pasos que se acercan. Algunos provienen del fondo del pasillo y otros suben la escalera.

Cuando llegan, los hombres se quedan perplejos ante lo que ven.

—¡Rey Wolfort! —exclama Lostario—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es todo esto?

—¡Me han hecho prisionero ante vuestras narices! —les reprocha Wolfort—. Cuando me libere, os mandaré al cadalso. ¡Inútiles!

—Pero no volverá a ser libre —afirmo—. Bajad y decid a todo el mundo que el príncipe Royman y la princesa Sibila han aprisionado a Wolfort. Advertidles que si alguien intenta algo contra nosotros, lo degollaremos. ¡Haced lo que os digo! ¡Vamos, corred!

Los soldados no saben qué hacer. Sólo cuando ven que la punta de la espada de Sibila se acerca a la herida sangrante del cuello de Wolfort, comprenden la gravedad de la situación.

—¡No lo vamos a repetir! —exclamo—. ¡Ordenad que nos dejen el paso libre!

—De acuerdo —asiente Lostario—. No os pongáis nerviosos.

—¡Ve con tus hombres! —le ordeno—. ¡No te quiero ver a nuestro lado! ¡No quiero que nadie se acerque a nosotros! ¡Apartaos todos!

Lostario da un paso atrás y se reúne con sus soldados.

Por primera vez la cara de Welfort adquiere tintes oscuros, de preocupación y de miedo. Ya ha empezado a notar que la situación no le es favorable.

—No te desespere, Welfort —le digo—. Tu sufrimiento será corto. Te queda poca vida.

—Tu padre nunca me habría tratado de esta manera. Tengo derecho a defenderme —se queja—. ¡Debo ser escuchado por un tribunal!

—¿De dónde sacas la idea de que no te vamos a procesar? —replico—. Mi padre me enseñó que hasta el más miserable de los hombres tiene derecho a ser enjuiciado y a ser condenado si se demuestra que ha cometido crímenes. No has querido luchar conmigo, ahora vas a lamentarlo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Sibila, atónita.

—Sí, es lo más justo.

—¡Es un asesino! ¡Un traidor!

—La justicia nos distingue —afirmo—. Le daremos la oportunidad de defenderse legalmente. ¡Seremos justos!

—Después de lo que nos ha costado apresarle.

—Por eso, Sibila, vamos a ser ecuanímes... ¿Lo entiendes?

—Supongo que tienes razón —reconoce finalmente—. Estoy de acuerdo.

—Tendrá más derecho a defenderse que el que otorgó a sus víctimas —digo—. Eso nos diferenciará.

Subimos cada uno a un caballo. Welfort va delante. Sibila a su izquierda y yo a la derecha, un poco más atrás. He cambiado el cordón por una soga más larga y resistente.

—Y ahora, hermano, avanza con mucho cuidado —le advierto, tirando de la cuerda que le rodea el cuello—. Si corres más de la cuenta, caerás al suelo y te ahorcarás tú mismo.

Welfort me lanza una mirada de odio. Después, siguiendo mis instrucciones, espolea levemente los ijares de su montura y avanzamos despacio.

Bajo la certera mirada de los arqueros, que no dejan de apuntarnos, nos dirigimos hacia el puente levadizo.

El presentimiento

Cuando me desperté aquella mañana, supe que algo iba a pasar.

Me levanté y salí de la cabaña, dispuesto a encontrarme con lo inesperado. Pero no había nada fuera de lo común. Todo seguía igual... El abuelo daba de comer a sus buitres, los otros tipos seguían tumbados al resguardo del frío y el tiempo seguía tan desapacible. Nada nuevo.

Después de comer, me vestí y salí afuera, con la espada colgada del cinto, por si acaso.

Me acerqué al abuelo y sus pajarracos, que ya se estaban habituando a mi presencia.

—¿Va todo bien, Royman?

—¿Por qué lo preguntas, abuelo?

—Por nada. Es una tontería mía... Te veo un poco alterado.

—¿Alterado? No, estoy tranquilo, demasiado tranquilo.

—¿Es por los sueños de esta noche? —quiso saber—. ¿Es eso lo que te tiene excitado?

—¿De qué sueños hablas? —le pregunté, sorprendido.

—De esa chica a la que llamabas... Ónica... ¿No te acuerdas?

—No sé a qué te refieres.

—Te has pasado media noche llamando a Ónica... Gritabas, llorabas... ¡Menuda noche me has dado!

—No recuerdo nada de eso.

—No creas que me lo he inventado. Lo he oído muy bien... ¡Ónica, vuelve, vuelve!

Me detuve a su lado pero me mantuve en silencio.

—¿Quién es Ónica? —preguntó—. No me has hablado de ella.

—Es una princesa que me ha salvado la vida —respondí—. Una chica valiente... También yo le he salvado la suya.

—Vaya, parece que os salváis mucho la vida, ¿no?

—No bromeas. Hemos pasado situaciones muy duras, abuelo.

—¿Es por ella por lo que no subiste a la cima del Monte Milmort?

Hice un breve silencio antes de responder:

—Sí, por ella.

—Debe de ser muy importante para ti. Has decidido quedarte para siempre en Mort para estar a su lado.

Me callé. Sus palabras me calaron hasta lo más profundo. No lo podía negar. Ella

era el eje de mi vida. Me hacía cambiar de idea, de rumbo y de deseos. Ónica era la única persona en Mort capaz de influirme.

De repente, todo lo que había pensado el día anterior se esfumó. Todas las decisiones que había tomado eran inútiles. No me había servido de nada dejarla atrás para ponerla a salvo. Había abandonado a mis amigos en balde.

¡Esos sueños me indicaban que tenía que volver con ella!

Empezó a llover con fuerza y me refugié en la cabaña. Desde allí observé a mi abuelo que, a pesar del chaparrón, seguía jugando con sus mascotas. El cielo se ennegreció de repente y la lluvia arreció. Las gotas eran ahora más gruesas y más abundantes. El sonido que producían cuando golpeaban el suelo resultaba ensordecedor. Ver aquellos millones de gotas cayendo a la vez sobre el fango y observar cómo se convertían en múltiples y diminutas gotitas, me relajó y me irritó a la vez. No quería seguir mirando, pero no podía apartar la vista. Estaba atrapado en ese mundo obsesivo que se repetía sin cesar. Durante un momento, confundí las gotas con personas que caían y se multiplicaban.

De repente, el abuelo se levantó. Alejó a las aves y vino corriendo hacia mí.

—¡Royman! ¡Royman!

—¿Qué ocurre, abuelo?

—¡Allí! ¡Alguien viene!

Miré en la dirección que me indicaba y traté de encontrar el motivo de su nerviosismo.

Con mucho esfuerzo, pude distinguir entre la cortina de agua algunas siluetas que se movían y que parecían venir hacia nosotros. Durante un momento temí que Mort se hallara entre ellas, pero pronto descubrí que no.

¡Varias personas se dirigían directamente hacia el cementerio!

—¿Quiénes son? —me preguntó el abuelo, agarrándome del brazo—. ¿Los conoces?

—No lo sé, no puedo verlos con claridad. Espera a que se acerquen.

Era evidente que el chaparrón les había sorprendido. Corrían desesperadamente para ponerse a cubierto. Todavía no podía distinguirlos bien, pero dentro de poco los tendría a mi alcance.

No obstante, desenfundé mi espada.

—Entra, abuelo —le pedí—. No sabemos qué intenciones traen.

—¿No querrás que me esconda, verdad? Todavía puedo pelear, muchacho. Nadie me echará de mi casa. Los fantasmas no lo han conseguido y esos tampoco lo harán.

Poco a poco las figuras fueron tomando una forma más concreta. Y paso a paso se iban dibujando en mi mente. No sé en qué momento ocurrió, pero empecé a notar una extraordinaria alegría cuyo origen fui incapaz de detectar. La emoción fue creciendo hasta que, ¡por fin!, mis ojos confirmaron lo que mi corazón me había anunciado.

—¡Ónica! —grité—. ¡Ónica!

El abuelo Derek me miró como si estuviese loco.

—¿Es la chica de tus sueños? —preguntó—. ¿Es ella?

No perdí tiempo en responderle. Salí corriendo en su busca con los brazos abiertos.

Cuando nos encontramos, clavé la espada en el suelo y la abracé como nunca lo había hecho, o no recordaba haberlo hecho. La inmensa alegría que me había producido verla venir hacia mí, se convirtió en una felicidad que sobrepasaba todas las palabras que podía pronunciar.

—¡Ónica, mi amor! —grité—. ¡Mi vida!

Nuestros brazos se entrelazaron igual que las ramas de un mismo árbol. Todo lo que llevábamos dentro quedó expresado en ese abrazo. Ese día supe qué significaba besar, abrazar y amar. Cuando crees que ya no hay esperanza, surge la persona que adoras y todo cambia. El mundo oscuro se vuelve claro, la vida rebosa ilusión y los corazones vacíos se llenan de música.

—¡Royman! ¡Royman, mi príncipe!

Nos quedamos bajo la lluvia, como dos estatuas, insensibles a todo lo que nos rodeaba.

—¡Vamos, muchachos! —dijo una voz que me resultaba familiar—. ¡No podéis quedaros aquí!

—¡Amigo Zoltan! —exclamé, dándome cuenta de que estábamos acompañados—. ¡Torac, Miliari, Robin, Markel!

—Vamos a protegernos —ordenó Zoltan, siempre tan práctico—. ¡O este aguacero conseguirá lo que no han logrado mil guerreros!

—¡No es el momento de morir! —dijo Ónica.

—¡Es la hora de vivir! —afirmé con rotundidad.

Como no reaccionábamos, nos agarraron del brazo y casi nos arrastraron hasta la casucha de madera.

—¿Estáis locos? —gritó el abuelo—. ¿Es que no sabéis que la lluvia de este lugar es peligrosa? Puede mataros.

—¿Quién eres, anciano? —preguntó Zoltan.

—Es mi abuelo Derek —respondí—. Es el rey de este cementerio.

—¿Tu abuelo? —preguntó extrañado Miliari—. ¿Tu abuelo de verdad?

—Sí, muchacho, soy su auténtico abuelo. Siempre lo he sido y siempre lo seré. ¡Me llamo Derek el Fuerte!

—Soy feliz por primera vez en mucho tiempo —dije—. Ahora siento que tengo una familia. Os doy las gracias a todos por abrazarme y por quererme. ¡Me alegro de que hayáis venido!

—Nosotros te las damos a ti por protegernos —dijo Ónica—. ¡Eres nuestro pilar!

—Y nuestro mejor compañero —añadió Robin.

Me arrodillé y le abracé con todas mis fuerzas.

—Ojalá fuese tu padre —le dije—. ¡Ojalá fueses mi hijo! ¡Nunca olvidaré que nos llevaste a la Isla de Mort! ¡Salvaste a Ónica, muchacho!

La presa ha caído

Cruzamos el puente y salimos del castillo sin que nadie se oponga.

Wolfort cumple su cometido a la perfección. Estoy seguro de que espera la más mínima oportunidad para liberarse, pero sabe que, de momento, eso es imposible.

Es nuestro prisionero y sólo puede someterse a nuestra voluntad.

Más que nunca, recuerdo la advertencia que mi abuelo Derek y mi padre solían hacerme: «No te fíes, Royman. No te fíes de nadie».

—¿Adónde vamos? —pregunta cuando ve que nos alejamos de la fortaleza.

—Sigue adelante, Wolfort. Ya te enterarás cuando lleguemos.

—Cuando lleguemos al cadalso, quieres decir. Me vais a ejecutar, ¿verdad?

—Ya te he dicho que tendrás justicia —le respondo—. No morirás a menos que tú o tus hombres hagáis alguna tontería.

Estamos a media distancia entre el castillo y el bosque cuando advertimos que los hombres de Wolfort han salido de la fortaleza y nos están rodeando por los flancos.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Sibila.

—Sigamos adelante —digo—. No perdamos la calma. No se acercarán.

—Estáis perdidos —rezonga Wolfort—. No saldréis vivos.

—No nos impresionas —le digo—. El que no saldrá vivo eres tú, traidor.

Mantenemos el ritmo de nuestra marcha. De repente, algunos jinetes salen del bosque y se dirigen hacia nosotros. Son los hombres de Fletcher que traen a Quania, a su nieta y a Arquiano.

Se aproximan y forman un cerco de protección a nuestro alrededor. Un escudo humano que impedirá el paso a los soldados de Wolfort. Un nuevo revés para él.

—¡Veo que has conseguido la pieza! —exclama Cornelio, acercándose a galope con una gran sonrisa en el rostro.

—Sí, y no se nos escapará.

—¡Por fin habéis detenido a ese malvado! —añade Fletcher—. Ha llegado la hora de ajustarle las cuentas. ¿Cuándo lo colgamos de un árbol?

—Cuando lleguemos a nuestro destino —respondo—. ¡Allí le juzgaremos!

—¿Juzgarle? —pregunta Cornelio—. ¿Es una broma?

—No. Lo vamos a procesar como al canalla que es. Vamos a dejar clara la línea que existe entre los bárbaros y nosotros. Nos jugamos el futuro del reino. No quiero que nadie pueda decir que actuamos por pura venganza. Hay que dejar claro que queremos restituir la justicia y la legalidad. Eso dará legitimidad a mi vuelta a Force.

—Royman tiene razón —me apoya Sibila—. Yo estoy deseando verle muerto, pero es mejor hacer bien las cosas para no arrepentirnos después.

—Es una buena decisión, príncipe Royman —dice Quania, desde el pescante de su pequeña carreta—. Un juicio es la mejor solución para un traidor como él. Yo testificaré. Diré todo lo que sé.

—¿Y qué sabes tú, bruja? —grita Wolfort—. ¿Qué puedes contar si no sabes nada de mí?

—¡Sé más de lo que crees! —replica ella—. Conozco los efectos de tu veneno. Sé cómo lo haces y sé cómo lo administras. Sé que embadurnas alimentos con ese ungüento y que lo mezclas en las bebidas. Conozco tu técnica, Wolfort. Y la voy a explicar con todo detalle. Todo el mundo sabrá qué clase de criminal eres.

—¡Debí matarte cuando llegaste al castillo! —exclama—. ¡Eres una bruja!

—Si se hubiera quedado lo habrías hecho —le respondo—. Por eso las sacamos de allí y las protegimos de tu mano asesina.

Cornelio levanta el brazo, señala algo y dice:

—Los hombres de Wolfort están estrechando el cerco. Lo hacen poco a poco para que no se note, pero no dejan de avanzar.

—Disparadles algunas flechas —ordeno—. Deben saber que no se lo vamos a poner fácil. Que no piensen que les tenemos miedo.

Los proscritos cargan sus arcos y lanzan una andanada hacia los bárbaros, que se ven obligados a retirarse para no ser alcanzados.

—Lo peor será por la noche —advierte Fletcher—. Aprovecharán la oscuridad para acercarse. Son muy sigilosos. Están habituados a moverse en los bosques y en las praderas.

—Si forzamos un poco la marcha, antes de la noche habremos llegado a nuestro destino —aclaro—. No les daremos la oportunidad de atacarnos al amparo de la oscuridad. Ordena a algunos arqueros que estén atentos a Wolfort y le disparen en caso de asalto. Que no le pierdan de vista ni un segundo. Es nuestro seguro de vida. Si consigue escapar, moriremos todos.

Fletcher y Cornelio hacen avanzar a sus hombres con más celeridad. Sibila y yo no perdemos de vista ni un solo momento a Wolfort.

Sabemos que si nos descuidamos, intentará liberarse. Y será muy rápido.

Desde que le coloqué la cuerda al cuello está maquinando la manera de escabullirse. Por eso tenemos que estar muy atentos. Es nuestra pieza y no le dejaremos escapar.

El horizonte

Ónica se sentó a mi lado, cerca de un árbol, donde algunos buitres picoteaban el suelo en busca de gusanos y hormigas.

—Entonces, ¿todavía no ha ocurrido nada? —me preguntó.

—Estoy empezando a pensar que Mort me engañó y me ha hecho venir aquí por algún motivo diferente al que me contó —le respondí—. Quizá quería que viera a mi abuelo.

—Es posible. Nadie conoce sus verdaderas intenciones, pero a mí me pareció que lo decía en serio. Aquí te aguarda algo importante. Lo presiento.

—En cualquier caso, este viaje me ha servido para darme cuenta de que no puedo estar sin ti. Los días que estuvimos separados no podía dormir sin soñar contigo. Te echaba de menos y comprendí que la vida sin ti no es vida.

—Cuando me desperté aquella mañana y no te vi, me entró una gran frustración y me sentí vacía. Nos pusimos en marcha inmediatamente, pero el mal tiempo nos retrasó. Estaba angustiada y no dejaba de pensar en lo que te podía haber pasado.

Cogí su mano y la miré a los ojos.

—Podemos quedarnos aquí para siempre e intentar ser felices —le propuse.

—Nadie puede ser feliz en Mort, pero me quedaré a tu lado. Sin ti, la vida es peor. Ya veremos qué hacen los demás.

—Contamos con la compañía de mi abuelo.

—Y la de los buitres —añadió ella.

—Tú, yo, el abuelo y los buitres...

—Me gustaría que Robin se quedara con nosotros —comentó Ónica.

—Robin es hijo de Mort. Cuando consiga sus mil eslabones se marchará al Templo Milmortiano y se convertirá en un guardián.

La llegada de mis amigos me había levantado el ánimo. Si era cierto que el Cementerio del Olvido era un lugar solitario y lleno de paz, también lo era que no servía precisamente para estar contento. Sólo podías estar bien si estabas rodeado de gente amada. El calor humano era, posiblemente, lo único que valía la pena conservar.

Sin embargo, la inquietud que me producía el acontecimiento vaticinado por Mort se vio acrecentada con la presencia de mis amigos y mi abuelo en un espacio tan extraño, y el resultado era que tenía los nervios a flor de piel.

A cada rato observaba el horizonte en busca de alguna pista. Quería estar preparado

ante cualquier eventualidad inesperada. Ónica estaba convencida de que Mort no me había mentido y yo, aunque no lo quería reconocer, también lo creía. En el fondo, sabía que algo iba a ocurrir. Y lo deseaba.

—Esa chica te ha cambiado la cara —me dijo el abuelo, una tarde—. Ahora ya no gritas por la noche. Tus sueños se han aplacado.

—Tienes razón, abuelo —reconocí—. Ónica forma parte de mi vida. Hemos pensado que queremos quedarnos a vivir aquí, a tu lado.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo y con mis animales.

—Tus buitres... Algún día me contarás cómo llegaste a hacerte tan amigo suyo. Son animales peligrosos y agresivos.

—Ya te dije que, en el fondo, somos iguales. Comemos lo mismo, buscamos lo mismo y vivimos de lo mismo, de las sobras de otros.

—Incluso Robin se ha hecho amigo de ellos —dije—. Se entienden bien.

—Sí, pero hoy están nerviosos. Les pasa algo, aunque no sé qué puede ser... Me preocupan...

Mis amigos se habían instalado en las casuchas cercanas con el consentimiento forzado de nuestros vecinos que, en principio, se negaron a tenerlos cerca. Naturalmente, empezaron a llevarse bien cuando descubrieron que eran o habían sido caballeros milmorts.

—No queremos peleas —les advirtió Zoltan, enseñando su espada—. Pero no dejaremos que nadie nos ofenda. O nos llevamos bien o morimos. ¿Me he explicado con claridad?

El asunto quedó zanjado cuando los invitaron a cenar un sabroso jabalí asado que Miliari había cazado esa misma tarde. La paz se instaló en el cementerio y los altercados desaparecieron.

Todo fue bien hasta que, una noche, los sueños volvieron a asaltarme. Pero no soñé con Ónica, sino con un dragón. Un dragón que quería devorarme.

Envuelto en sudor, me levanté sobresaltado. Después de beber una jarra de agua, salí afuera para despejarme. Era una noche oscura y tenebrosa, llena de sonidos misteriosos.

Me alarmé cuando vi algunos buitres acercarse corriendo a la casa, como si estuvieran asustados.

—¿Qué os pasa? —les pregunté, sabiendo que no me iban a contestar, pero convencido de que mis palabras les proporcionarían consuelo. Estaban aterrorizados y yo empecé a preocuparme seriamente.

El abuelo, que los había oído, salió con una espada en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Hay algún peligro?

—No lo sé, abuelo, pero no me gusta. Algo pasa ahí fuera, y no sé qué es.

Robin se acercó a nosotros.

—Hay algo ahí —dijo, señalando la oscuridad—. ¡Algo peligroso!

Escudriñé la negrura en busca del peligro que nos anunciaba, pero no conseguí ver nada. Sin embargo, era evidente que algo extraño se ocultaba en la cortina de la noche.

Un sonido irreconocible llegó hasta nosotros. Parecía que alguien respirara, pero era demasiado fuerte para tratarse de una persona.

—¡Tráeme mi espada, Robin! —le pedí—. ¡Corre!

El chico entró corriendo en la casa y volvió rápidamente con el arma y una candela.

Desenfundé la milmortiana y me preparé para afrontar la peor de las situaciones.

—¡Hola, Royman! —dijo una voz desde la oscuridad.

—¿Quién eres? —le pregunté, levantado mi arma—. Déjate ver.

—¿No me reconoces?

—¡No! ¿Quién eres?

No respondió.

Nos quedamos quietos y esperamos a que pasara algo.

Entonces, Ónica, que se había armado, se acercó corriendo.

—¿Tenemos visita? —preguntó.

—Hay alguien ahí que no se deja ver —contesté—. Déjame tu lámpara.

La agarré con la mano izquierda y di un paso hacia delante. La pequeña luz me ayudó a distinguir algo. Una forma extraña y grande como... ¡un dragón!

Avancé un poco más y, entonces, pude ver con claridad lo que me esperaba. Un dragón con las alas desplegadas protegía a un hombre que llevaba una lanza en la mano. Una imagen que me puso los pelos de punta. Lo último que hubiera imaginado ver en aquel lugar.

—¡Tronario! —exclamé—. ¡Eres tú!

El abuelo acercó una antorcha y lo iluminó todo.

—¿Qué quieres, Tronario? —le preguntó Ónica.

—Sólo he venido para hacerte un regalo —respondió.

—¡No quiero nada de ti! —replicó la princesa—. ¡Márchate!

—No seas desagradable, Ónica —bromeó el invitado inesperado—. Sé que mi regalo te gustará.

—¡Márchate antes de que me enfade! —le advirtió ella.

—Mira lo que tengo... Ven, acércate...

Me uní a Ónica y, juntos, nos aproximamos a Tronario.

El miserable tenía un hombre a su lado, cuya cabeza estaba tapada con una capucha.

—¡Mira, Ónica! —dijo, dejando la cabeza de su prisionero al descubierto—. ¿Te gusta?

—¡Padre! —exclamó Ónica, con voz angustiada—. ¡Padre!

—¡Rey Marcus! —grité.

—¡Quietos ahí! —ordenó Tronario, apretando una lanza corta sobre el pecho de Marcus—. ¡Ni un paso más! ¡O muere!

Tuve que agarrar a Ónica para detenerla.

—¿Qué quieres, Tronario? —le pregunté—. ¿A qué has venido?

—¡Su vida a cambio de tu amor, Ónica! —propuso un poco después.

—¡Tú no me amas! —respondió la princesa—. ¡Y yo te odio!

—Y a tu padre, ¿le amas? —ironizó el secuestrador—. ¿Le amas o no le amas?

—¡Déjale en paz! —imploró—. ¡Libérale!

—¡Ven conmigo y prométeme fidelidad! —propuso Tronario, presionando la punta de la lanza sobre el pecho de Marcus—. ¡Cásate conmigo!

—¿Por qué quieres que nos casemos? —preguntó Ónica—. ¿Qué esperas de mí? ¡Sabes que no te amo! ¡Me repugnas!

—¡Quiero tu reino, tu obediencia y tu riqueza! —respondió Tronario—. ¡Quiero el poder absoluto!

—¡Yo te lo voy a dar! —grité indignado, lanzándome hacia él—. ¡Te voy a dar tanto poder que te vas a hartar de él!

—¡No, Royman! —exclamó Ónica, cerrándome el paso—. ¡No te muevas!

El Valle de los Lobos

Está anocheciendo cuando distinguimos la entrada del Valle de los Lobos.

Los hombres de Wolfort, que ya han adivinado nuestras intenciones, nos cortan el paso para impedir que entremos en él.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Cornelio.

—Seguiremos adelante. Nos abriremos paso. Enviadles algunas flechas disuasorias, eso nos hará ganar tiempo.

Nuestros hombres disparan para abrir una franja por la que seguir avanzando. Los soldados bárbaros, al ver que no nos detenemos, optan por alejarse dejando atrás algunos cadáveres y heridos.

Entonces, con gran alegría por nuestra parte, muchos hombres salen de entre los árboles del interior del valle. Son fieles a nuestra causa. Hombres de mi padre que se han mantenido ocultos hasta ahora y que, cuando han sabido de nuestra hazaña, han corrido a unirse a nosotros. Han acudido a mi llamada.

—¡Fieles al linaje Delaforce! —exclama Cornelio, galopando a su encuentro—. ¡Han venido!

—Y dominan el Valle de los Lobos —dice Fletcher—. Protegen la entrada.

—Los hombres de Wolfort no podrán pasar —añade Sibila—. Estaremos a salvo.

—No queda un solo lobo —dice Cornelio, uniéndose—. Han matado a muchos y los demás han huido. Han hecho limpieza.

—Entonces, podremos entrar sin problemas —digo—. Nada nos lo impedirá. El valle es nuestro.

—¡Malditos canallas! —grita Wolfort, desesperado por la noticia sobre sus animales—. ¡Os maldigo a todos! ¡Nunca saldréis de aquí! ¡Este valle será vuestra tumba!

—No debes preocuparte por eso, hermano —le respondo sonriente.

—¡Sé que quieres matarme para recuperar tu castillo y nombrarte rey! —exclama—. Pero nadie seguirá a un rey muerto. ¡No eres de este mundo, Royman! ¡No existes! ¡Eres un fantasma!

—¡Nunca salí del Mundo de los Vivos! —replico—. ¡Siempre he estado aquí! ¡Soy el príncipe Royman, hijo del rey Wincott!

—¡Eres un farsante! ¡Un engaño! ¡Un fantasma! ¡Yo te maté!

—¡Mataste a un fantasma! —le grito.

—¡Volverás al lugar del que procedes! ¡El Abismo de la Muerte es tu verdadero

reino!

—¡O el tuyo, Wolfort! —le advierto, dando un fuerte tirón de la cuerda que le rodea el cuello—. ¡No me fuerces a adelantar tu ejecución! ¡Estoy deseando atravesarte con mi espada!

Wolfort se calla. Sabe que está a punto de hacerme perder la paciencia.

Poco después, descubrimos que los bárbaros, que habían retrocedido ante el ataque imprevisto de los nuestros, han vuelto y amenazan con acercarse. Parecen rabiosos y eso les hace más peligrosos.

—¿Seguimos adelante? —pregunta Cornelio—. ¿Lanzamos más flechas?

—Pondremos a Wolfort en cabeza para que sus hombres entiendan el peligro que corre.

Ahora Wolfort abre la marcha. Sibila y yo le seguimos de cerca. Nuestros hombres forman una coraza de protección a nuestro alrededor.

Los soldados bárbaros, que han avistado la presencia de su jefe en primera fila, se repliegan astutamente. Han comprendido nuestra intención de acabar con él al primer síntoma de peligro. Parece que han entendido el mensaje, pero no nos fiamos. Sabemos que estarán alertas y dispuestos a caer sobre nosotros.

—El paso está libre —digo—. Hemos ganado esta batalla.

Más allá, nuestros hombres se hacen fuertes en la entrada del valle. Creo que vamos a lograr nuestro objetivo de entrar.

—¡No os servirá de nada! —insiste Wolfort—. ¡De nada!

Pero sus palabras no nos afectan. Lo único que cuenta es que es nuestro prisionero, sus hombres no se atreven a acercarse y los nuestros dominan la entrada. Es una buena valoración. Al fin y al cabo, seguimos siendo un grupo de proscritos desorganizados, y no conviene olvidarlo. Ellos aún tienen a Lostario, que los dirige con firmeza.

A pesar de todo, extremamos las precauciones. Siempre cabe la posibilidad de caer en una trampa o de que las cosas empeoren. No debo fiarme de la supuesta docilidad de Wolfort. Es cierto que lo mantenemos atado y bajo una estricta vigilancia, pero es muy astuto.

Por fin estamos a salvo. Hemos entrado en el Valle de los Lobos. Detrás de nosotros, nuestros hombres han formado una barrera que impide el paso a nuestros seguidores. Aparentemente, estamos a salvo.

Un grupo de hombres sale a nuestro encuentro para recibirnos. La noticia de nuestra llegada ha corrido como el viento y muchos han decidido unirse a la lucha contra Wolfort. Prefieren morir antes que permanecer bajo su yugo. Nadie acepta de buen grado a los conquistadores.

—Bienvenido —dice el caballero Dolmier, antiguo oficial de mi padre—. ¡Estamos a vuestras órdenes, príncipe Royman!

—¡Dolmier! —exclamo—. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

—Escondido, alteza. Conseguí escapar con algunos hombres de aquella masacre. He organizado un grupo de resistencia que, ahora, pongo a vuestro servicio. Me alegra mucho saber que estáis vivo, después de lo que nos contaron. Recuperaremos vuestro

reino.

—Gracias, amigo Dolmier, os lo agradezco. Hemos venido para hacer justicia y restablecer el orden y la paz en nuestro reino.

—¿Cuándo colgamos al traidor? —quiere saber.

—Antes lo vamos a juzgar —digo—. Le vamos a dar un juicio justo. Esa es la mejor manera de restablecer el orden y la justicia en Force. Mi reinado será legal y no estará basado en la barbarie.

—¡Ese perro mató a vuestra familia y a vuestros fieles! —protesta—. ¡No merece nada! ¡Es un malnacido! ¡Hay que ejecutarlo!

—¡Ahora es un rey! ¡Por eso lo vamos a juzgar! ¡Y si lo condenan, será ejecutado!

—¿Cuándo llegará ese momento?

—Mañana empezaremos el juicio. De momento, necesitamos un lugar seguro para encerrarle.

—Tenemos lo que necesitáis. Una celda especial. La usaban para retener a las víctimas de los lobos —explica su segundo—. Ahí estará seguro.

—Os pido el privilegio de ser su verdugo cuando le sentencien —solicita Dolmier, que aún no ha digerido mis palabras—. ¡Quiero matarle con mis propias manos!

—Si la sentencia es a muerte, os concederé ese honor —digo—. Ahora encerremos al prisionero en su última morada.

Wolfort tiene los ojos encendidos de rabia.

Al arrojarlo al fondo de la celda que él ha usado infinidad de veces con otros seres, no puede evitar lanzar algunas amenazas.

—¡Cuando mis hombres me liberen conoceréis mi venganza! ¡Lamentaréis haber nacido! ¡Desearéis estar muertos!

—Muchos han lamentado que tú hayas nacido, Wolfort —le increpo—. Pero, ahora, muchos se alegrarán de verte ahí metido, en esa jaula de lobo. El lugar del que no debiste salir nunca.

Golpea las paredes y los barrotes. Sabe que no puede liberarse, pero deja salir la furia que le corroe. Está indignado y no acepta su destino.

—Que veinte hombres le vigilen —ordeno—. Y que otros treinta formen un cerco a su alrededor. Que nadie se aproxime a la celda. Que nadie hable con él. ¡Aislamiento total!

—¿Le damos de comer?

—A distancia. Que le arrojen la comida. Nadie debe tocarle. Nadie debe rozarle. Nadie debe mirarle a los ojos. Quiero que se sienta solo y abandonado. Quiero desmoralizarlo.

Después de asegurarme de que mis instrucciones se van a seguir al pie de la letra, nos retiramos. Nos vamos acompañados por los berridos de Wolfort.

Nos alojamos en las cabañas que usaban los soldados bárbaros cuando dominaban el valle y aislamos los aposentos que Wolfort utilizaba cuando venía.

—Cada vez que aparecía por aquí, traía prisioneros que luego sacrificaba a los lobos —nos explica Sibila durante la cena—. Celebraba ritos de adoración. Ha hecho auténticas salvajadas para alimentar a sus lobos. Le imploré que indultara a muchos prisioneros,

pero me respondía con sus risas. Me dijo que me convertiría en sacerdotisa. ¡Está loco! ¡Sólo cree en los lobos!

—Ellos son su fuerza —afirma Quania—. Es como si él mismo fuera el hijo de unos lobos.

—Su padre, Wolfario, era un auténtico guerrero bárbaro. Implacable, salvaje y ambicioso —añado—. Mi padre tuvo que luchar con ímpetu durante tres años para apresarle.

—El mío murió en esa guerra —recuerda Sibila—. Estos bárbaros están sedientos de sangre. Provocaron la guerra con la intención de conquistarnos. Y Wolfort lo ha conseguido.

—Pero le ha llegado su hora. Mañana empezaremos su juicio. Escucharemos a todos los que tengan que decir algo en su contra.

—Todavía no hemos decidido quién será su juez —dice Sibila—. Nosotros estamos demasiado implicados.

—¿A quién propones? —le pregunto.

—He pensado mucho en ello —dice—. Y sólo encuentro a una persona capaz de juzgarle con imparcialidad.

—¿Quién es?

Se levanta y se acerca a Vania. Le pone las manos sobre los hombros.

—¡Ella!

—¿Una niña? —pregunta Cornelio—. ¿Estás seguro?

—Es la más inocente de todos nosotros. Ella es la única capaz de valorar justamente la maldad de Wolfort.

—No sé si podrá hacerlo. Es una carga muy pesada.

—Su madre ya demostró que era capaz de tomar decisiones duras y su abuela la ha forjado en la honestidad —explica Sibila—. Estoy segura de que Vania es la mejor opción.

Después de pensarlo un poco, me pongo en pie y digo:

—Me parece bien. Vania será la juez en el caso de Wolfort.

—No le hemos preguntado si desea serlo —dice Quania.

Todos la miramos, esperando su respuesta.

Por fin, después de pensarlo, Vania asiente con la cabeza.

—Ya tenemos un juez imparcial —digo con alegría—. ¡El juicio se celebrará!

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta una voz conocida.

Me cuesta trabajo reconocer al hombre que está delante de nosotros, quieto como una estatua.

—Soy Celatrius, vuestro antiguo profesor —murmura.

Está envejecido y encorvado. Ha perdido la vitalidad que le caracterizaba, pero sigue entero.

—¡Maestro Celatrius! —exclamo—. ¿De dónde salís? ¿Dónde habéis estado?

—Escondido. Me han perseguido como a un perro para matarme. Wolfort ha intentado acabar conmigo a toda costa, pero he logrado escapar. Cuando he conocido la noticia de que estabais vivo, he vuelto para ponerme a vuestro servicio. He vivido un

infierno, alteza.

Le acogemos con los brazos abiertos. El hombre que me dotó del sentido del honor merece el mejor trato.

—Os cuidaremos —le prometo—. Nadie volverá a perseguiros.

—Me odia a muerte. Yo no le he hecho nada, pero me aborrece. No lo entiendo.

—Wolfort os repudia por los valores que nos habéis enseñado, maestro —le explico—. Cada cosa que nos enseñabais iba en contra suya. Él cree en un mundo de ignorantes. Aborrece el honor.

—Lo odia todo —añade.

—También pretende eliminar al biógrafo del linaje Delaforce —concluyo—. Está dispuesto a todo con tal de borrarlos de la faz de la tierra. No quiere que quede ni rastro de nuestro paso por este mundo.

Fantasmas en la noche

El ruido y los gritos despertaron a Miliari y a los demás que, juntos, salieron inmediatamente a nuestro encuentro, con las armas en la mano y algunas antorchas.

—¿Qué ocurre, Royman? —preguntó Zoltan, listo para atacar.

—Tenemos una visita inesperada —dije.

—¿Es lo que aguardabas? ¿Lo que Mort te anunció?

—No estoy seguro...

—¿Padre? —preguntó Miliari, mirando al prisionero.

—¿Miliari? —susurró el rey Marcus—. ¿Eres tú, hijo?

—Soy yo, Miliari —replicó el hermano de Ónica—. ¿Qué está pasando?

—Ocurre que tu padre es mi prisionero —aclaró Tronario—. Y si tu hermana no se casa conmigo, va a ser devorado por mi dragón. ¡Ante vuestros propios ojos!

Para subrayar sus palabras, el dragón lanzó un rugido y acercó su boca amenazante a Marcus que, asustado, intentó retroceder sin conseguirlo.

—¿Qué dices, Ónica? —preguntó Tronario.

—Escucha, no puedo consentir que maltrates a mi padre y amenaces a mi hermana en mi presencia —dijo Miliari—. Te reto a un duelo a muerte.

—No he venido aquí a pelear —respondió Tronario—. Sino a buscar a la que ha de ser mi esposa. No lucharé contigo.

—¡Sí lo harás, cobarde! —advirtió Miliari, sacando la espada—. ¡Prepárate!

Tronario apretó la lanza contra el pecho de Marcus y el dragón mostró las fauces, dispuesto a devorar al rey.

—¡Esperad! —gritó Ónica—. ¡Esperad!

Dio un paso hacia Tronario y detuvo a Miliari.

—¡Accedo! —dijo—. ¡Me casaré contigo, Tronario!

—¡No dejaré que mi hermana se case con un miserable secuestrador! —gritó Miliari, indignado—. ¡Aparta, Ónica!

Le sujeté del brazo y traté de aplacarle.

—¡Quieto, amigo! —le susurré—. ¡Aguanta!

Ónica tendió la mano a Tronario.

—Aquí me tienes —dijo—. Soy tuya. Deja libre al rey Marcus y salgamos de aquí.

—No corras tanto —respondió el otro—. Lo haremos a mi manera. Verás... Antes de nada, quiero que montes conmigo a lomos de mi dragón. Nos iremos de aquí volando.

Soltaré a tu padre cuando estemos casados. Seguro que sabrá encontrar el camino de vuelta.

Tronario había pensado en todo. O en casi todo.

—No tengo por qué fiarme de ti —afirmó la princesa—. No creo que cumplas tu palabra. Deja a mi padre aquí y me iré contigo. Es mi última propuesta.

—¡No, princesa! —replicó Tronario, muy categórico—. ¡Lo haremos a mi manera!

—¡Entonces no hay pacto! —intervine—. ¡Ella no se irá contigo y tú vas a morir aquí mismo!

—¡Moriremos todos! —advirtió, presionando su lanza sobre el pecho de Marcus—. ¡Aquí acaba nuestra historia!

La tensión había llegado a su punto máximo. El próximo movimiento iba a ser determinante. La cuestión era quién iba a hacerlo.

—¡Mátame, Tronario! —le animó Marcus—. ¡Mátame! ¡No quiero que mi linaje se emparente contigo! ¡No quiero ver a mi hija en tus brazos!

Tronario se quedó desconcertado.

—¡Puedes estar seguro de que lo haré! —respondió, disponiéndose a ensartarlo con la lanza—. ¡Morirás ahora mismo si Ónica no se inclina ante mí en señal de sumisión! ¡Arrodíllate!

Ónica me miró, aturdida e indecisa.

—Hazlo —le dije—. Es lo mejor para todos. Obedécele, Ónica.

Sin decir palabra, hincó las rodillas en el suelo e inclinó la cabeza ante él. Tronario, que vio colmadas sus aspiraciones, sonrió... Y se distrajo.

Ónica, que había comprendido mis intenciones, aprovechó su descuido para levantar la espada y clavársela en el pecho, lo que consiguió sólo a medias ya que el miserable príncipe reaccionó muy deprisa.

—¡Traidora! —bramó—. ¡Ahora vas a ver lo que te espera!

Justo cuando estaba a punto de hundir la lanza de oro en el corazón de Marcus, Miliari se interpuso y se lo impidió. Entonces, el dragón, que vio a su amo en peligro, se preparó para cumplir la orden que ya le había dado. De repente, todo se había complicado.

Alcé mi espada hacia atrás para impulsarla y la arrojé contra su cabeza. La bestia se movió en el último instante y el arma se clavó en su cuello y no en su cerebro, que era mi verdadero objetivo.

El dolor le volvió loco, lo enfureció. Agitó sus alas como si fuesen torbellinos que lo arrasaban todo a su paso. Ni Miliari ni Tronario, que estaban enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, se salvaron de la quema. Tampoco, Marcus, que fue lanzado contra Ónica y ambos rodaron por el suelo.

Zoltan y Torac, que se habían colocado detrás del animal, no perdieron el tiempo. Se abalanzaron sobre él y empezaron a golpearle de manera brutal, hasta el punto de dejarlo cubierto de sangre. El bicho gruñía y se quejaba sin parar. Pero ya estaba gravemente herido.

El abuelo lanzó a sus buitres contra el dragón. Los carroñeros se situaron sobre su

cabeza, ocultándola con sus alas mientras hacían su trabajo. ¡Empezaron a sacarle los ojos!

Por su parte, Miliari intentó luchar contra Tronario, que no dejaba de escabullirse. Saltaba de un lado a otro sin parar.

—¡Ven aquí, cobarde! —le gritaba—. ¡No escapes!

Pero Tronario no le hacía caso y trataba de apartarse lo más posible de su perseguidor. Sabía que Miliari era superior en fortaleza y que, si le atrapaba, iba a dar buena cuenta de él. Ya lo había descubierto en el castillo de Dagul y no lo había olvidado.

Yo ayudé a Ónica a levantarse y, entre los dos, nos ocupamos de Marcus.

De repente, la noche se había convertido en un infierno. El dragón no dejaba de chillar, los buitres picoteaban sus cuencas vacías y emitían pequeños graznidos mientras mis compañeros proferían gritos de guerra para confundirle.

Tronario, que estaba muy nervioso porque la situación se le había escapado de las manos, tropezó y se encontró con la punta de la espada de Miliari colocada en el cuello.

—¡Mueve un solo dedo y será lo último que hagas en tu vida! —le advirtió el hermano de Ónica.

Tronario quedó inmovilizado y el dragón lanzó su último gruñido antes de caer muerto justo cuando empezaba a amanecer y la luz del nuevo día arrojaba su tenue luz sobre la escena.

Cuando la sangre del dragón se desparramó sobre el suelo húmedo, Torac y Zoltan corrieron en busca de un par de recipientes que, después, llenaron hasta los bordes.

—Puede que nos sirva —dijo Torac—. Esa sangre es una buena medicina.

—Ya lo creo —confirmó el abuelo Derek—. La he usado muchas veces.

Tronario temblaba de miedo en el suelo y no se atrevía a moverse. La firmeza de Miliari era tal que temía lo peor. Se veían claramente los esfuerzos que hacía para contenerse.

—¿Qué hacemos con este canalla? —preguntó el príncipe—. ¿Lo colgamos?

—Quiero quitarle las ganas de quererme. ¡Voy a deshacerme de él de una vez por todas! —dijo Ónica, arrojándole una espada—. ¡Arriba!

Pero Tronario se sentía tan agarrotado que no pudo atraparla y el arma cayó al suelo.

—¡Veamos si eres capaz de obligarme a hacer algo que no quiero! —le retó la princesa, apuntándole con la espada—. ¡Vamos a verlo!

Tronario, asustado, agarró el arma que Miliari le puso en las manos. Pero Ónica no esperó su respuesta. Se lanzó hacia él y le conminó a defenderse de sus ataques. Las espadas, por fin, se cruzaron. La rabia de Ónica me volvió a sorprender. Luchaba cada vez mejor y Tronario asumió que estaba llegando al final de sus días sin haber conseguido su objetivo de convertirla en su esposa.

La lucha fue corta ya que la cobardía de Tronario permitió a Ónica superarle en todo momento.

Finalmente, la espada de Ónica se clavó en el pecho de Tronario. Lo hizo sin

ninguna dificultad y con una oposición mínima de la víctima, que ni siquiera sabía luchar como un hombre y cayó como un cobarde, gimiendo igual que su dragón.

Preparativos para el juicio

Un poco más tarde, mientras nos instalamos, nuestros hombres descubren algunas celdas con prisioneros, entre los que hay uno muy especial.

—¡Conner! —exclamo cuando lo traen a mi presencia—. ¿Qué ha pasado?

—Después de matar a toda la familia Graymark, Wolfort me hizo prisionero y me encerró aquí. Me ha obligado a convivir con lobos, que han lamido mis heridas y se han alimentado de mi sangre... Pero mis ojos apenas pueden creer lo que ven. ¡Es cierto, sois vos! ¡Os reconozco! ¡Sois el príncipe Royman!

—Claro que soy yo. He vuelto para hacer justicia.

—Todo el mundo aseguraba que habíais muerto —asevera—. Por eso me cuesta creer que sois el verdadero Royman.

—No luches contra tus sentidos, Conner. Soy yo. Hemos hecho prisionero a Wolfort y lo vamos a juzgar.

—Quiero ver cómo muere. Ese miserable mató a Miliari, a Ónica y al rey Marcus. Ansío escupir sobre su cadáver.

—Llegas en el momento más oportuno. Tu testimonio será de gran valor. Tu presencia es importante. ¿Testificarás?

—¡Claro que sí! Explicaré la forma taimada que usó para matar a Miliari, daré detalles sobre la manera en que eliminó a Ónica y las malas artes que empleó contra el rey Marcus. ¡Lo contaré todo!

Sibila, que lo acaba de ver, se acerca corriendo.

—¡Conner! —exclama—. ¡Amigo Conner! ¡Qué alegría!

—¡Princesa! ¡Me pongo a vuestros pies! ¡Estoy a vuestro servicio!

—Te lo agradezco, amigo. Eres un hombre de honor. Asistirás al juicio, ¿verdad?

—Claro que sí. No me lo perdería por nada del mundo. Quiero contribuir al final de Wolfort.

Cornelio y Fletcher se nos acercan para informarnos de que la noticia de que Wolfort es nuestro prisionero ha corrido por todo el reino. Muchos campesinos han venido para asistir al juicio. Han logrado sortear la férrea vigilancia de los soldados bárbaros. A pesar de sus intentos por impedirles el paso, muchos han conseguido entrar.

—Cada día que pasa, el peligro crece —me previene Cornelio—. Los bárbaros han aumentado. Son muchos. Han traído refuerzos. Lostario está al mando.

—Podremos con ellos —digo—. La razón está de nuestra parte.

—Forman un verdadero ejército. Saben que si Wolfort muere, ellos se quedan sin poder. Prefieren luchar antes que perder lo que tienen. Sin jefe, tendrían que volver a sus tierras del norte.

—Les ayudaremos a correr —dice Conner—. Sólo han traído destrucción y ruina.

—Primero tenemos que deshacernos de ese traidor —dice Cornelio.

—¿Puedo verlo? —pide Conner—. ¿Puedo ver a ese miserable?

Le llevamos hasta el lugar en el que Wolfort está encerrado.

Cuando le ve, en el fondo de la jaula, Conner no puede contener su indignación.

—¡Perro traidor! —le escupe a la cara—. ¡Por fin vas a pagar tus crímenes! ¡Por fin vas a salir del Mundo de los Vivos!

—¡Aún no me he ido! —replica Wolfort—. ¡No cantéis victoria!

—¡Dejadme que rebane su cuello ahora mismo! —pide Conner, desenfundando la espada—. ¡Dejadme que le envíe al Abismo de la Muerte en este instante! ¡Allí encontrará a muchas de sus víctimas que le esperan para vengarse!

—¡Aguanta, Conner! El juicio empieza mañana —le digo, sujetando su muñeca—. Debemos ser prudentes. No podemos dejar que nadie diga que le asesinamos mientras era nuestro prisionero. Debe quedar claro que es un tirano y un traidor. Debe quedar escrito. Nadie debe olvidar cómo acaban los traidores.

—No dudes de que lo juzgaremos con honestidad, Conner —promete Sibila—. Pero es cierto que hay que hacerlo rápido. Corremos el peligro de que los bárbaros se harten y nos ataquen.

—No les daremos tiempo —replico.

—¡Royman! —grita Wolfort—. ¡Royman! ¡Escucha lo que tengo que decirte!

Le observamos en silencio.

—¡Te desafío, Royman! ¡Un duelo entre tú y yo! ¡A muerte!

—¡Es tarde para eso, hermano! —le respondo—. Te desafié y te negaste a luchar. ¡Ahora vas a ser juzgado!

—¡No soy un ladrón para que me tratéis así! ¡Soy un rey!

—¡Un rey traidor e impostor! —le respondo—. ¡No eres nadie, Wolfort!

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Lucha conmigo!

Nos retiramos y le dejamos solo con sus gritos. Conner se une a sus hombres y Cornelio le acompaña. Sibila y yo nos quedamos solos.

—Ahora quiere luchar contigo —comenta Sibila.

—Ya luchó conmigo. Ya le incité a pelear. Ahora no le haré caso —digo—. Ya no me influye. Es preciso preparar el juicio. Faltan pocas horas.

—Vania está muy nerviosa —me informa—. Deberíamos hablar con ella.

—Tienes razón. Vamos allá.

Entramos en la cabaña donde Quania y la niña se hallan junto al fuego.

—Le estoy hablando de la responsabilidad que supone para ella juzgar a un rey bárbaro —nos explica Quania—. Es muy joven, apenas tiene diez años. Le cuesta asimilarlo.

Nos sentamos a su lado y Sibila la acaricia.

—Si no te ves con fuerzas, no sigas —le dice—. Nadie te recriminará nada. No te sientas obligada, pequeña.

—Lo hará por su madre —explica Quania—. Murió por culpa de ese hombre. Y ella lo sabe. Siente tanto desprecio por él que no escatimará esfuerzos, ¿verdad, Vania?

—Sé que es difícil para ti, pero estamos en una situación complicada —le explico—. Es necesario que lo juzguemos. Si tú lo haces, nadie podrá reprochárnoslo. Tu inocencia nos avala.

—Claro que lo hará —replica Quania—. No vacilará. Y será justa.

Sibila le da un beso en la frente.

—Vania, eres una chica valiente y me siento orgullosa de ti.

La niña y ella se abrazan.

—Todo irá bien —afirma Quania—. No temáis.

—El juicio empieza mañana —anuncia Sibila—. Ha venido mucha gente.

—Debemos asegurarnos de que nadie le hará daño —afirmo—. La protegeremos. He puesto vigilancia en la puerta. Hombres fieles que darán su vida para salvaros llegado el caso.

Sibila y yo salimos de la cabaña con el convencimiento de que Vania hará lo que esperamos de ella.

Nos acercamos a las caballerizas para hacer una visita a *Ónica* y a *Miliari*. Les damos de comer y los limpiamos.

—Royman, ¿cómo piensas ejecutar a Wolfort? —me pregunta Sibila.

—He pensado mucho en ello y creo que hay una sola manera de eliminarle. No quiero que muera por mi mano. No seré su verdugo. Se lo dejaré a Dolmier.

—Estoy de acuerdo contigo. Quiero que todo el mundo sepa que hemos estado juntos en esto y que no hemos tenido nada que ver con su muerte.

—Ya estamos juntos, Sibila. Wolfort no nos separará. Ni él ni nadie.

—Lo sé. Nunca permitiré que te alejes de mí. No volverás a salir de este mundo sin mí —dice, apretándome la mano.

—Sibila... Necesito preguntarte algo...

—Pregunta lo que quieras.

—¿Qué piensas sobre mi vuelta? ¿Crees de verdad que soy yo?

—Sólo sé que estás aquí. No quiero saber qué ha pasado. No me interesa conocer dónde has estado todo este tiempo. Estás a mi lado, y eso es lo único que importa.

—Pero, tú me viste morir. Viste que Wolfort atravesó mi corazón con su espada.

—Tu muerte fue un espejismo. Wolfort debió drogarme para que viera lo que él quería. Nunca has muerto en mi corazón, Royman. Siempre has estado vivo.

—Sabes que arrastró mi cadáver por todo el reino, sobre una carreta.

—No lo sé. No sé nada. El cadáver que mostraba a los campesinos pertenecía a otro. No eras tú. Lo sé muy bien. ¡Fue una gran mentira!

Sus palabras son firmes como la roca. Me hacen dudar sobre la verdad que yo conozco.

—He estado muerto, Sibila. Lo sé muy bien.

—Has estado soñando, Royman. Has tenido un sueño prolongado. No ha sido más que eso. Hazme caso y olvida esas ideas. Hazme caso, Royman, mi amor...

—Pero...

—Imagina que Quania te curó de aquella terrible herida —dice—. Imagina que siempre estuviste vivo.

Su cálido beso turba mis pensamientos.

¿Y si tiene razón y nunca he estado en Mort?

Las explicaciones de Tronario

—Quiero que me expliques de dónde te viene esa fijación que tienes conmigo, príncipe Tronario —le preguntó Ónica, arrodillándose a su lado.

Él la miró con rabia antes de hablar.

—El día en que llegaste a Mort te vi y te elegí. Nunca había visto a una mujer como tú. Desde ese momento decidí que tenías que ser mía. Y todos tenían que verlo.

—¿Creías que mi hermana era un objeto para poseerla a tu antojo? —le dijo Miliari, con desprecio.

—Sí, eso es exactamente lo que creo. Yo quería ser su amo —replicó—. Tenía que ser mía o de nadie. ¡Soy el príncipe Tronario y puedo poseer todo lo que quiera!

—Me querías sumisa o muerta, ¿verdad? —dijo Ónica con repugnancia—. Buscabas en mí a una esclava y decías que me amabas.

—Tú no la amas —dijo con rabia—. Lo has simulado para dominarla. Eso era lo que querías de ella. Querías doblegar su voluntad bajo la apariencia de un matrimonio de amor.

—¿Qué otra cosa se puede querer de una bella mujer? —susurró Tronario—. ¿Qué otra cosa puede querer un guerrero como yo de una hermosa princesa? Dime, Royman...

Las palabras de Tronario me revolvieron el estómago. Incluso en el mundo de Mort, existían seres que querían subyugar a las personas que decían amar. O las amaban o las mataban. Esclavizadas o aniquiladas.

—¿Qué buscas tú, príncipe Royman? —insistió Tronario—. ¿Acaso no deseas lo mismo que yo? ¿Acaso no pretendes tiranizar su voluntad? ¿No quieres que sea tu sierva?

—¡Yo no soy como tú, miserable! —le respondí—. ¡No somos iguales!

—¿Seguro? ¿Para qué le has devuelto la vida si no es para hacerla tu esclava?

—¡Para amarla! —repliqué—. ¡Para amarla con todas mis fuerzas!

—¡Es falso! ¡Sabes muy bien que en Mort no se puede amar! ¡Sólo se puede conquistar y oprimir! ¡Para eso estamos aquí! ¡Para sacar lo peor de nosotros mismos! ¡Para dar rienda suelta a nuestros peores instintos!

—Tú, ni me vas a amar ni me vas a someter —le advirtió Ónica—. Vas a morir sin disfrutar de esa perversión que anida en tu mente, ¡cerdo!

—Escucha, Ónica, antes de morir, quiero contarte un secreto... Acerca tu oreja a mis labios, Ónica... Ven... Es importante...

Ónica se quedó quieta durante unos instantes. Cuando ya estaba a punto de inclinarse sobre el moribundo Tronario, dispuesta a escuchar sus últimas palabras, Miliari la interrumpió:

—No te acerques a ese bárbaro. No merece tu respeto. Te ha acosado hasta la exasperación. Es un canalla.

—Miliari tiene razón —añadí.

—No quiero que muera pensando que le tengo miedo —replicó Ónica—. Escucharé lo que tenga que decir, para que sepa que nada de lo que hace me afecta.

Me pareció notar una sonrisa de triunfo en los labios de Tronario, pero no le di importancia. No me di cuenta de que estaba cometiendo un error.

—Escucha, Ónica... —empezó a decir—. Quiero que sepas que...

Entonces, y con la rapidez de un rayo, sacó una daga que llevaba oculta en la bota derecha y se dispuso a clavarla en la espalda de Ónica.

Pero Miliari, que estaba atento y más cerca que yo, se arrojó sobre él, le sujetó el brazo armado y forcejearon durante unos instantes.

—¡Sabía que eres un traidor! —gritó Miliari, esforzándose en desviar la daga—. ¡No te saldrás con la tuya!

Pero la mala fortuna quiso que la hoja de la daga cambiara de dirección. De un tajo recto y limpio, cortó el cuello de Miliari, que cayó al suelo degollado, perdiendo sangre en abundancia.

Ónica, despavorida, se levantó, agarró la lanza de oro y atravesó de parte a parte el cuerpo de Tronario, clavándole en el suelo.

—¡Asqueroso traidor! —le gritó—. ¡Has dejado un rastro de sangre detrás de ti! ¡Te vas de este mundo sin haber saciado tu sed de sangre! ¡Maldito acosador! ¡Maldita bestia!

Estaba tan rabiosa que desclavó la lanza y se la volvió a hincar.

—¡Hijo! —exclamó Marcus, lanzándose sobre el cuerpo de Miliari que, ahora, se debatía entre la vida y la muerte sobre el fango—. ¡Por favor, no me dejes!

Miliari no podía hablar. Se estaba ahogando en su propia sangre.

Ónica se hallaba enfurecida y volvió a clavar la pica sobre el cuerpo inerte de Tronario.

—¡Malditos seáis tú y los que piensan como tú! —gritó, exasperada—. ¡Muere de una vez!

Me acerqué y le impedí que siguiera acribillando el cadáver de Tronario.

—Déjalo ya —le dije—. Está muerto. Ya no le puedes hacer más daño.

—Debería matarme para perseguirle hasta el otro mundo. ¡Le mataría mil veces si pudiera!

—Cálmate, Ónica —le pedí—. ¡Tranquilízate, por favor!

Se arrodilló al lado de Miliari y le puso las manos sobre el pecho.

—Perdóname, hermano —le suplicó—. Ha sido culpa mía. No debí fiarme de ese canalla. ¡Lo siento!

—Tú no tienes la culpa de nada, Ónica. Tronario nació lleno de maldad, murió

repleto de odio y sin nadie que le hablara del código de honor. Tú no has hecho nada malo –le expliqué.

—Debí matarlo cuando pude.

—¡Es terrible! –musitó Marcus, acariciando el rostro de Miliari—. ¡Te acabo de recuperar y ya te estoy perdiendo!

Entonces, Miliari sufrió un ligero temblor y cerró los ojos para siempre. Su rostro se paralizó con una expresión de serenidad.

Marcus y Ónica se abrazaron en un desesperado acto de amor.

Yo me mantuve alejado, incapaz de decir nada. Sabía que ninguna palabra podía ofrecerles alivio. Me alejé unos metros, me senté sobre una roca y me quedé mirando al horizonte, que clareaba menos que otros días, quizá por mis lágrimas.

—Cada vez que perdemos a alguien que amamos encontramos a alguien a quien amar –dijo Robin—. Me gustaría quedarme a vuestro lado.

—¿Y Mort? ¿Crees que te lo permitirá?

—Renunciaré a ser su hijo –comentó—. Prefiero vivir a vuestro lado antes que seguir su estela. La muerte no es una buena vida.

Se sentó a mi lado y nos mantuvimos en silencio.

Con Ónica llorando sobre el cadáver de su hermano, sin esperanzas de poder formar una familia y vivir junto a los que más apreciaba, aquel fue uno de mis peores días en Mort.

El día del juicio

El nuevo día se presenta despejado. El cielo está desprovisto de nubes y todo indica que va a ser tranquilo.

Hoy vamos a juzgar a Welfort.

Por eso me he vestido con mi ropa más elegante.

—Reconozco que te pareces mucho a ese joven príncipe —dice Arquiano—. Incluso su ropa tiene tu medida.

—¿Todavía no crees que soy Royman?

—Me cuesta trabajo. Vi su cadáver sobre aquel carro. Es una prueba irrefutable. Yo había tenido contacto con él, le conocía muy bien. Le reconocí.

—¿Viste un cadáver ensangrentado y aseguras que le reconociste? ¿Podrías jurar que era el príncipe Royman? ¿Podrías hacerlo, Arquiano?

Se queda quieto durante unos instantes, sin responder.

—Pronto te convencerás de que yo soy el verdadero príncipe Royman.

Todo está preparado para celebrar el juicio más importante de mi vida. Ninguno de los juicios a los que he asistido tiene tanta importancia como este. Por fin, las enseñanzas de mi padre y mi abuelo se van a cumplir.

Va a ser mi primer juicio. El primero que voy a organizar y dirigir. Espero que todo salga bien. Procesar a un hombre entraña una gran responsabilidad.

—Hoy vamos a hacer justicia —le digo a mis compañeros, que han venido a buscarme a mi cabaña—. Espero de vosotros que seáis capaces de mantener el orden. No debemos perder los nervios. Las cosas tienen que salir adecuadamente. Welfort debe ser juzgado y condenado sin problemas.

—Cuenta con nosotros —asegura Conner—. Estaremos a la altura de las circunstancias. Pondremos todo nuestro empeño en que todo vaya bien.

—Hemos doblado la vigilancia —afirma Dolmier—. Nadie interrumpirá este proceso. Ni siquiera su ejército.

—No te quepa duda, príncipe —añade Cornelio—. No empañaremos este día tan importante. Sabemos lo que representa para ti... Y para Sibila.

—Mis hombres y yo estamos a tus órdenes —dice Fletcher—. Sólo seremos felices cuando veamos a ese traidor colgar de una cuerda.

—Confío en vosotros, amigos —digo—. Sois fieles y fuertes. Nuestra causa está en buenas manos.

—Ha llegado la hora —dice Sibila, uniéndose a nosotros—. Seremos justos e implacables. No nos temblará el pulso. Wolfort verá en nosotros a unos jueces justos.

—Todo está preparado —replico—. Vamos allá.

Quania y Vania nos esperan junto a la puerta, escoltadas por varios soldados de confianza bajo el mando de Dolmier.

—¿Estás lista, Vania? —le pregunta Sibila.

La niña asiente con la cabeza.

—Entonces, vamos allá. Todo está preparado. No tengas miedo.

Han construido una sencilla tribuna ante una pista de arena que se parece a un campo de lucha. En el centro, una gran jaula de gruesos barrotes atrae la atención de los presentes. Wolfort, que está dentro, no deja de moverse y de gritar. Necesita superar la gran humillación que le supone encontrarse en esta situación. Él, un gran rey bárbaro, no puede sufrir semejante ignominia.

Los soldados mantienen el orden y contienen a la gente que se agrupa detrás de las vallas de madera. La expectación es grande. El deseo de ver a Wolfort sometido ha despertado grandes expectativas.

—Espero que los hombres de Wolfort no aprovechen este momento para atacar —dice Cornelio—. Sería una catástrofe.

—No te preocupes por eso —le digo—. De ninguna manera conseguirán liberarle. Además, no saben lo que está ocurriendo aquí. Ni se lo imaginan.

Vania y Quania se sientan en los sillones principales. Sibila se coloca a la derecha y yo lo hago a la izquierda. Junto a nosotros, Cornelio, Fletcher, Conner y nuestros jefes y oficiales.

Vania levanta la mano derecha. A su señal, varios soldados sacan a Wolfort de la jaula y lo encadenan a un poste que está clavado en el suelo, delante de la tribuna, frente a ella.

—¡Soltadme! —grita mi hermano—. ¡Soltadme de una vez! ¡No podéis tratarme así! ¡Soy un rey!

Me pongo en pie y exclamo:

—¡Que empiece el juicio!

Celatrius, nuestro biógrafo, se levanta, desenrolla un pergamino y lee en voz alta y rotunda:

—El prisionero Wolfort está acusado de genocidio además de otros crímenes. Escucharemos algunos testigos que aportarán pruebas sobre sus delitos de sangre, que, como todo el mundo sabe, se castigan con la pena de muerte. En primer lugar, escucharemos el testimonio del caballero Conner, oficial del rey Marcus Graymark.

Conner se acerca lentamente y se detiene a pocos pasos de Wolfort. Mirando a Vania, empieza su exposición:

—Wolfort engañó a la familia Graymark. Mató al príncipe Miliari, a la princesa Ónica y al rey Marcus. Además, hizo una limpieza de servidores fieles y ejecutó, al menos, a cien nobles, oficiales y soldados, a quienes sustituyó por hombres de su tribu. Colocó a bárbaros en lugares que no les correspondían. Y a mí me ha mantenido

encerrado como una bestia hasta ahora. Juro que mi testimonio es tan cierto como que estamos aquí.

—Tomamos nota de tan estimable testimonio —dice Celatrius—. Escuchemos al siguiente testigo, la princesa Sibila de Langan.

Sibila se acerca al estrado de los testigos.

—Wolfort descabezó los cadáveres de mis padres y ordenó matar a mi tía Lucrecia que, en ese momento, era regenta de Langan. Se apropió de mi reino y saqueó mi castillo donde asesinó a muchas personas inocentes. Durante estos meses me ha acosado hasta la exasperación y me ha presionado para que me casara con él.

—Gracias, princesa Sibila —dice el biógrafo—. Escuchemos al siguiente testigo, el príncipe Royman Delaforce.

Me acerco al estrado y espero un poco antes de hablar. Por fin, pronuncio con voz firme:

—Soy el príncipe Royman Delaforce y vengo a denunciar al hombre que se hace llamar rey Wolfort. Mi padre lo acogió en el seno de nuestra familia cuando era un niño. Mis hermanas y yo le convertimos en hermano de sangre. Aprovechando la confianza que le dimos, envenenó a mi abuelo Derek y se rebeló contra mi padre, al que decapitó ante mis ojos. Yo mismo vi cómo mató a mi madre, la reina Elaine, y a mi hermana, la princesa Gwendlin. Y yo he sobrevivido gracias a mi fortaleza, pero me clavó su espada con intención de matarme. También mató al noble caballero Mardof y a otros servidores de nuestro castillo. Se apropió de la corona de mi padre y se adueñó de su reino al que cambió de nombre. ¡Ese hombre me lo ha quitado todo! ¡Es un ladrón y un asesino y solicito que se le condene a muerte! ¡Lo reclamo en nombre de mi familia y de mis súbditos!

Algunos vítores acompañados de gritos que exigen venganza salen del público.

—Gracias, príncipe Royman —dice el biógrafo—. Que pase el siguiente testigo.

Uno tras otro, los que han sido perjudicados por Wolfort suben al estrado y describen atrocidades difíciles de soportar.

—Quizá es suficiente —me susurra Celatrius—. No veo la conveniencia de que Vania tenga que escuchar todo esto. Hay testimonios suficientes para dictar una sentencia justa.

Me levanto, dispuesto a detener el juicio cuando, de repente, la voz de Wolfort se hace oír.

—¡Yo también quiero hablar! —grita—. ¡Tengo derecho a defenderme!

Sibila y yo nos miramos. La demanda de Wolfort nos ha sorprendido.

—¡Eres el acusado! —respondo—. ¡No estás aquí para testificar!

—Tiene razón —dice Celatrius—. Si queremos que el juicio sea justo, debemos dejarle hablar.

Wolfort ha vuelto a tomar la delantera.

—Está bien —acepto—. Dejémosle hablar. Escuchemos lo que tiene que decir. Sólo dirá mentiras.

—No servirá de nada —dice Conner—. Es un asesino. No tiene defensa.

—No estés seguro, amigo. Si quiere hablar, es porque tiene algo que le beneficia.

Escuchémosle.

—El prisionero usará su derecho a defenderse —exclama el escribiente Celatrius—. ¡Que diga lo que quiera!

—¡Aquí no puedo hablar! ¡Exijo el derecho a subir al estrado!

Está forzando la situación para beneficiarse.

Celatrius me mira, buscando mi aprobación. Estoy tan seguro de que no podrá escaparse que asiento. Pero hago una señal a Conner para que redoble la guardia.

—¡Soldados! ¡Subid al prisionero, pero mantenedlo encadenado! —ordena Celatrius—. ¡No le perdáis de vista!

Nuestros hombres obedecen la orden y traen a Wolfort hasta el estrado. Entonces, bajo la estricta vigilancia de los guardianes que le apuntan con sus lanzas y con los grilletes puestos, inicia su discurso:

—Me llamo Wolfort, soy hijo del rey Wolfario y me trajeron a la fuerza a estas tierras. El rey Wincott Delaforce invadió nuestros dominios, aprisionó a mi padre y convirtió a mi pueblo en esclavo. Mi padre se quitó la vida para forjar un pacto de paz y me hicieron vivir de una manera distinta a la que yo estaba acostumbrado.

—Ve a lo esencial, Wolfort. Háblanos de los hombres que mataste —le advierte Celatrius.

—De eso estoy hablando. Fui obligado a crecer como un noble cuando en mi corazón anidaba el bárbaro que siempre fui. Tuve que adaptarme a una vida que no era la mía. Me obligaron a hablar una lengua desconocida y quisieron convertirme en un hombre que yo no era. Me forzaron a rebelarme. Querían hacer de mí algo que no soy. Tuve que buscar la manera de liberarme.

—¿Liberarte? —grito, levantándome de golpe, lleno de indignación—. ¿Liberarte de qué?

—¡De la esclavitud! ¡Tuve que deshacerme de las cadenas que tú y tu familia me impusisteis! ¡Queríais casarme con tu hermana, la estúpida princesa Gwendlin!

—¡Nadie te obligó! La sedujiste para casarte con ella, para ganarte nuestra confianza. ¡Nos engañaste a todos!

—¡Ella me sedujo a mí! ¡Y lo hizo con el apoyo de tu madre, la reina Elaine, que estaba encantada de convertirme en marido de su hija! ¡Tu familia me obligaba a casarme con Gwendlin! ¡Yo no quería!

—¿Y qué querías, Wolfort?

—¡A Sibila! ¡Yo quería casarme con la princesa Sibila!

—¡Ella estaba comprometida conmigo! —le replico—. ¡Lo sabías muy bien!

—¡Ella estaba comprometida con el príncipe Miliari! ¡Le desafié y le gané! ¡Me gané el derecho a casarme con Sibila! ¡Y tú quisiste quitármela! ¡Era mía por derecho propio!

—¡Yo tenía derecho a casarme con Royman! —grita Sibila, levantándose—. ¡Soy libre de elegir!

—¡No! ¡Estabas obligada a casarte conmigo desde el momento en que maté a Miliari en un duelo justo y honorable! ¡Me pertenecías! ¡Te liberé de ese débil príncipe

que ni siquiera sabía luchar! ¡Era un muñeco de salón!

—¡Hiciste trampas! ¡Habías estudiado su manera de luchar! ¡Peleaste con ventaja! ¡Le engañaste!

—¡Eso forma parte de la lucha! ¡Celatrius, mi maestro, me enseñó que los grandes estrategas han escrito libros sobre la conveniencia de estudiar la forma de luchar del enemigo y aprovecharse de ella! ¡No he hecho nada que cualquier otro no hubiera hecho en mi lugar! ¡Incluso Miliari lo hizo con Royman!

—¿Cómo? —pregunto, muy sorprendido—. ¿Qué dices?

—Afirmo que él estudiaba tu manera de luchar. Se estuvo preparando para ganarte si llegaba el caso. Sabía que estabas enamorado de Sibila y estaba convencido de que, tarde o temprano, tendríais que luchar. ¡Por eso examinaba cada uno de tus pasos cuidadosamente! ¡Lo sabía todo sobre ti!

Sus palabras me han dejado de piedra. ¿Miliari se estaba preparando para matarme y yo no me di cuenta?

—¡Mientes, Wolfort! —grita Sibila—. ¡Mientes como una serpiente!

—¡Tú lo sabías, princesa! ¡Sabías que Miliari se estaba preparando para matar a Royman! ¡Niégalo si te atreves!

Mis ojos se clavan en Sibila que, a su vez, me devuelve la mirada.

—Escucha, Royman —titubea—. Es cierto que sabía que Miliari te estudiaba a fondo, pero también es verdad que le hice prometer que nunca lucharía contigo. Wolfort trata de separarnos. No le hagas caso, por favor. ¡No le creas!

—Nunca me lo dijiste —digo, titubeante—. No me advertiste de que Miliari me estudiaba. ¿Por qué no me avisaste?

—No quería que te obsesionaras con Miliari —explica—. Él nunca quiso matarte. Jamás tuvo intención de hacerte daño. ¡Créeme, por favor!

—Pero se preparó para hacerlo.

—No insistas en eso —implora—. Nunca ocurrió nada entre vosotros. Ni el más mínimo incidente.

—¡Royman! ¡Tú y tu familia me habéis convertido en lo que soy! —grita Wolfort, desafiante—. ¡Por eso no podéis condenarme! ¡Por eso, si quieres que muera, tendrá que ser por tu propia mano! ¡Vamos, suéltame y lucha conmigo! ¡Ahora!

Entierro

Al día siguiente, sólo quedaban los huesos de Tronario. Los buitres del abuelo y las hienas que habían bajado de las colinas habían dado buena cuenta del resto.

Pero nuestro dolor no había desaparecido.

Marcus y Ónica habían pasado la noche ante el cadáver de Miliari y yo les había acompañado con cierta discreción.

Con su presencia, Zoltan, Torac, Robin y Derek me habían ayudado a soportar el dolor de aquella terrible pérdida que nos había partido el corazón.

—Ya sé que en estos casos las palabras sirven de poco —se compadeció el abuelo Derek—. Pero tienes que recuperarte.

Le escuché con atención y respeto, pero no le dije nada. Tenía razón, cuando tu corazón llora, las palabras son una música baldía que te alivia pero que no te cura.

El tremendo dolor que sentía por la muerte de Miliari me extrañó ya que no le conocía demasiado. Por eso llegué a pensar que ese dolor provenía de otro lugar, de otra época. Quizá de cuando estaba vivo...

—Mi padre se quiere llevar a Miliari a nuestro castillo —me explicó Ónica—. Quiere enterrarlo dignamente y tenerlo cerca. Iré con él.

—Me gustaría acompañaros, pero tengo que esperar a que se cumpla el aviso de Mort —expliqué—. En cuanto eso termine, iré a buscaros.

—Espérame aquí —sugirió—. Volveré y aceptaré tu propuesta de quedarnos aquí para formar una nueva vida. Es lo mejor que puedo hacer.

—Entonces, no me moveré —le prometí—. No sé lo que me espera, pero te aseguro que lo superaré. Nada impedirá que podamos unirnos de una vez por todas.

Cada vez que rozaba sus manos sentía un extraño estremecimiento. Todo se volvía de otro color y la vida parecía tener sentido. Yo sabía dónde estábamos y tenía conciencia de que nada podría cambiar nuestra situación, pero Ónica hacía renacer mis esperanzas. Desde el primer día que la conocí había sido así.

Mis amigos ayudaron a embalsamar a Miliari y, para facilitar su transporte, construyeron unas rústicas parihuelas.

Cuando llegó la hora de partir, ocurrió algo que nos desconcertó.

—¿Dónde está mi castillo? —preguntó el rey Marcus—. ¿Recuerdas el camino, Ónica?

La memoria de Marcus se había deteriorado de una manera brutal. Quizá fuera la

impresión de haber visto morir a su hijo.

Ónica le abrazó con cariño y le dijo:

—Tu castillo es este, padre. Vamos a enterrar a Miliari al pie de aquel gran árbol, para que nunca lo olvides.

Cavamos una fosa profunda para impedir que alguien pudiera acceder al cuerpo de Miliari. Después, nos reunimos ante sus restos, en el borde de la fosa, y nos dispusimos a despedirle.

—Me parte el corazón verte ahí, muerto ante mis propios ojos, hijo mío —recitó el rey Marcus—. Pero quiero que sepas que nunca te olvidaré... Mientras tenga algo de memoria... Incluso cuando me falle, me quedará tu recuerdo grabado en mi corazón. De ahí nadie te borrará.

—Hermano —invocó Ónica—. Quiero que sepas que me siento orgullosa de haber compartido mi vida contigo. Y te prometo que trabajaré duro para que tu recuerdo permanezca vivo en este horrible mundo de Mort.

Cuando terminó, me acerqué a la fosa y arrojé un puñado de tierra sobre su caja.

—Amigo Miliari, te conocía poco, pero lo suficiente como para descubrir que eras un valiente hombre de honor. Me lo demostraste en muchas ocasiones y lo has hecho hasta el final. Preferiste exponer tu vida antes que dejar que ese miserable matara a tu hermana Ónica. Si algún día llegamos a ser felices, te lo deberemos a ti.

Robin se acercó y, después de arrojar unas ramas, me abrazó.

—A partir de ahora, cambiaré mi nombre. Desde este instante, me llamaré Miliari. Para que tu nombre permanezca vivo en nuestra memoria —dijo—. He renunciado a ser hijo de Mort. Ahora soy como vosotros.

Con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado, tapamos la fosa, clavamos su espada en la cabecera para señalar la tumba y Markel escribió las siguientes palabras sobre una tabla de madera:

Aquí yace un valiente caballero milmort, llamado Miliari Graymark. Si quedaba algo de honor en Mort, estaba en su corazón.

El duelo

Wolfort intenta parecer inocente.

Ahora cree que puede convencernos de que no es culpable y que nosotros le hemos inducido a actuar de la forma en que lo ha hecho. Quiere dar la impresión de que somos los malvados. Por eso no ha contado que todo empezó cuando los bárbaros cruzaban la frontera y hostigaban a nuestra gente a sangre y fuego.

La cara de Vania refleja una gran confusión. Su inocencia es víctima de las astutas palabras de Wolfort.

—¡Que la niña dicte sentencia! —exige mi hermano, sabedor de que sus argumentos han hecho mella en su joven corazón—. ¡Sentencia!

Todo el mundo se queda en silencio. Todos quieren saber qué opina la joven juez. Estamos ansiosos por escuchar sus palabras.

Vania se acerca a su abuela, le susurra algo al oído y Quania habla con Celatrius.

—¡El Juicio de las Armas! —exclama este, poniéndose en pie—. ¡Vania quiere que sean las armas las que juzguen!

¡El Juicio de las Armas es un duelo a muerte!

¡Por fin voy a tener la oportunidad de pelear con mi hermano! ¡Por fin ha llegado la hora de mi venganza! Aprieto la empuñadura de la espada milmortiana con gran excitación y respiro profundamente. ¡Casi no puedo creerlo! ¡Después de tantas dificultades, voy a tenerle frente a mí!

—¡Wolfort, Royman y Sibila van a luchar a muerte! —añade Celatrius.

¿Qué ha dicho? ¿Vamos a luchar los tres a la vez?

Wolfort, Sibila y yo nos miramos muy sorprendidos.

—¡Que los tres se sitúen en la arena y se apresten para la lucha! —grita el escribiente.

Wolfort sonríe maliciosamente. Le gusta la idea de enfrentarse con los dos. ¿O quizá espera que Sibila se ponga de su lado?

¿Por eso ha organizado Vania esta lucha a tres? ¿Es que tiene dudas de que Sibila me ame tanto como creo?

No importa. Ahora Wolfort tendrá ocasión de descubrir a quién quiere realmente Sibila.

¿O Vania lo hace para dejarle claro lo que él no quiere ver?

—¡Estoy de acuerdo! —grita la princesa.

—¡Yo también! —añado.

—Y tú, Wolfort, ¿estás decidido a luchar? —le pregunta Celatrius.

—¡Lo estoy! ¡Lucharemos los tres a la vez! ¡Así quedará claro que Sibila me quiere a mí! ¿Verdad, Sibila? Entre los dos vamos a deshacernos de este intruso. Más le valiera haber muerto aquel día.

—¿Lucharás a muerte con la mujer que amas? —le pregunto.

—¡Lucharé a muerte contigo! —replica—. ¡Lucharé con ella por amor! ¡Y ella luchará conmigo, contra ti! ¡Ella y yo somos uno! ¿Es que no lo entiendes, Royman? ¿Es que no has aprendido nada durante estos meses?

—Pelear a muerte con la mujer que tanto deseas es una verdadera contradicción —digo.

—Descubrirás, Royman, que los bárbaros sabemos combinar la vida y la muerte de manera especial —replica con ironía—. Sibila será mi esposa y tus cenizas nos servirán de alfombra el día en que nos casemos.

Los soldados liberan a Wolfort. La arena está despejada y apenas queda tiempo para tomar decisiones. La situación se ha enredado. Ahora veremos si Sibila lucha codo con codo conmigo, contra el hombre al que queremos matar. Sólo sé una cosa: con toda seguridad, Wolfort intentará matarme a mí pero no a ella.

Es astuto como un lobo salvaje. Ha conseguido que Vania le dé una oportunidad de defenderse.

Creo que la nieta de Quania ha demostrado que es una buena juez. No se ha dejado impresionar por el falso discurso de Wolfort y ha sabido solucionar el problema de una forma clara y rápida. Ahora veremos qué hay en cada uno de nuestros corazones. En realidad, esta no es una lucha a muerte, es una lucha de amor.

Bajamos a la arena y nos colocamos en triángulo, en extremos opuestos, con las espadas listas. Sibila y yo cruzamos una mirada que indica que estamos preparados para luchar contra nuestro mayor enemigo.

Cornelio lanza una flecha que se clava en el centro de la arena. Es la señal de que el combate puede empezar.

Empuño mi espada con toda la fuerza de la que soy capaz. Wolfort y Sibila hacen lo mismo. Cruzamos miradas y nos observamos con atención. Alargo mi brazo armado, mis músculos se ponen en tensión... y doy un paso adelante.

Wolfort, que no rehúye la lucha, también avanza, igual que Sibila. Nos dirigimos hacia el centro de la arena.

—¡Contaré hasta diez y te mataré, Royman! —me advierte Wolfort—. ¡Igual que aquel día! ¡Vas a morir por segunda y última vez! ¡Ella te rematará! ¡Estás avisado, hermano!

Me lanzo hacia él, dispuesto a acabar con esta farsa. Él se apresta a recibir el golpe de mi acero y cruza su espada. Sibila se pone a mi lado y le hace retroceder unos pasos. Ahora Wolfort comprende que ella está de mi lado, pero no parece sorprenderle. Es como si se riera de nuestros ataques.

—¡Vamos, hermano! —me provoca—. ¡Avanza! ¡No tengas miedo!

En vez de atacar, me coloco a su derecha mientras Sibila se sitúa a su izquierda. Pero consigue zafarse. No sé qué ha sucedido, pero ahora lo tengo frente a mí, lanzando

poderosos espadaños que logro detener a duras penas. Sibila no se mueve. ¿Qué está ocurriendo?

—¡Uno! —grita, golpeando mi hoja con la fuerza de un titán y colocándose frente a mí.

Lo detengo, pero mi cuerpo ha acusado el golpe.

—¡Dos! —su nuevo mandoble me obliga a recular.

Tengo que romper esta cuenta atrás.

—¡Cuatro!

Me aparto a tiempo.

Sibila ha dado un paso adelante y se ha interpuesto entre nosotros. Pero Wolfort la ignora.

—¡Cinco! —grita.

Aprovecho el descuido que la presencia de Sibila le ha ocasionado para girar un poco hacia atrás y me pongo fuera de su alcance.

—¡Seis! —vocea, quizá con intención de asustarme.

Retrocedo. Sibila se aparta. Wolfort tiene el paso libre.

—¡Siete! —exclama con rabia.

No consigue alcanzarme.

Entonces, Sibila parece reaccionar. Se abalanza sobre él y le impide seguir con su acoso. Wolfort me pone la zancadilla, me tira al suelo y arremete violentamente contra Sibila. Logra llevarla hasta el límite de la arena. A pesar de que ella se protege de sus contundentes golpes, él le lanza una patada en los riñones y la deja casi sin respiración.

Sibila cae de rodillas, lanzando bocanadas de aire, como un animal herido. Wolfort, implacable, se gira hacia mí y vuelve al ataque.

—¿Dónde lo habíamos dejado, hermano? —grita, sujetando su espadón con las dos manos.

—¡Tu táctica no da buenos resultados, Wolfort! —le provoco.

—¡Ocho! —dice mientras arremete con más rabia.

Me he vuelto a escabullir.

—¡Nueve! —grita, fuera de sí, viendo que su ataque no tiene el éxito que esperaba.

Sólo le queda una oportunidad. ¡Ahora atacará con una furia inusitada!

—¡Dieeeeeez! —grita a pleno pulmón, lanzando una patada de arena hacia mis ojos para cegarme, mientras se coloca al lado de Sibila y su espada viene en mi dirección a gran velocidad.

Pero le ha salido mal.

Me he apartado de su trayectoria justo a tiempo.

Wolfort se revuelve con sorpresa. No comprende qué ha pasado.

—¡Te voy a matar! —vocea con los ojos extraviados.

Tomo la delantera y doy un giro. Me aparto a un lado, salto hacia atrás y consigo situarme a su espalda.

Le golpeo en la cabeza con el plano de la espada. Le he dado tan fuerte que cae al suelo y se queda de rodillas, desconcertado. Sibila intenta incorporarse, pero no podré

contar con su ayuda.

Me pongo delante, le planto la punta de la espada sobre el pecho.

—Ahora voy a contar hasta diez, hermano —le advierto—. ¡Y luego te mataré!

Me mira como si estuviera fuera del mundo.

—¡Uno! —grito, rajándole el pecho.

Brama de dolor e intenta levantarse.

—¡Dos!

Le he hecho un corte en el hombro. La sangre cae sobre su cuerpo. Más gritos.

—¡Tres! ¿Recuerdas cuando mataste a mi hermana Gwendlin?

Le asesto un golpe con la superficie de la espada en el rostro.

—¡Cuatro! ¿Recuerdas a mi madre?

Le doy una patada en la cara y le hago caer al suelo.

—¡Cinco! ¿Recuerdas a mi abuelo Derek?

Le clavo la espada en el hombro.

—¡Seis! ¡Levántate, rata inmundada! ¡Levántate! —le ordeno, dejándole un respiro.

Cuando está casi incorporado, intenta alzar su arma, pero no puede. Está destrozado.

—¡Siete! —grito haciéndole una segunda herida en el pecho.

Ahora veo que la sangre de lobo es más oscura que la humana.

—¡Llevas mi sangre en tus venas, hermano! —dice, casi implorante—. ¡No puedes matarme!

—¡Ocho! ¡Te equivocas, Wolfort!

Me mira con los ojos muy abiertos. Intenta despertar mi compasión.

—¡Nueve! ¡Te queda poca vida, traidor! —le hago notar—. ¡Muy poca!

Hace un tremendo esfuerzo y consigue ponerse de rodillas.

—¡No eres Royman! —exclama—. ¡Yo mismo arrojé tu cadáver en el bosque y vi cómo los lobos te devoraban!

—¿En el bosque de caza? —pregunté.

—¡En el mismo lugar donde maté al jabalí el día que te salvé la vida!

Mi mente se ha bloqueado. ¡Por eso volví a la vida en ese lugar! ¡Por eso estaba tan solitario!

—¡Eres un impostor! —insiste—. ¡Tus entrañas están en los vientres de mis lobos! ¡Eres un farsante!

Ahora o nunca. Es mi última oportunidad. Si le dejo hablar me confundirá.

—¡Diez! —grito—. ¡Diez! ¡Diez!

Desolación

La desolación y las dudas se habían apoderado de todos nosotros.

La muerte de Miliari nos había quitado toda esperanza de encontrar un futuro mejor.

En un mundo en el que un hijo se reencuentra con su padre sólo para morir en sus brazos, pocas ilusiones pueden nacer.

—¿Estás seguro de que deseas seguir adelante con nuestra unión? —me preguntó Ónica esa misma noche, con el cuerpo de Miliari recién enterrado—. ¿Crees que vale la pena seguir creyendo en que puede haber un porvenir para nosotros?

—¿Qué otra cosa nos queda?

—Dejarnos llevar por el tiempo y esperar que nuestra memoria empiece a borrarse y nos olvidemos el uno del otro. Es lo mejor.

—Sé que tienes razón, Ónica, pero no me resigno. No puedo aceptar que mi vida será mejor si te olvido. No es posible. Hemos luchado demasiado para abandonarlo todo en el último momento.

—Tal vez, Royman... Es cierto, sí, estás en Mort por mí. Volviste para estar conmigo. Si renunciamos a nuestro futuro, tu regreso habrá sido inútil. ¡Hay que luchar! ¡Hay que reponerse!

—¿Cómo? ¿Has visto en qué estado se encuentra tu padre? Se ha aferrado a la tumba de Miliari y no se querrá despegar de ella en lo que le quede de vida. ¿Cómo puedes hablarme de futuro en un mundo en el que los hijos mueren ante los ojos de sus padres en cuanto se reencuentran?

—¡Hasta Robin tiene más esperanza que tú! —me recriminó—. ¡Si te dejas vencer por el desánimo, lo perdemos todo! ¿Qué hago yo ahora si tú no crees en mí? ¿Para qué hemos luchado tanto? ¿Para qué me has devuelto la vida?

Yo sabía que tenía razón, pero me negaba a reconocerlo.

Zoltan y Torac, que habían bebido vino hasta la saciedad, se acercaron a nosotros.

—¡Eh, Royman! —gritó Zoltan—. ¿Quieres luchar con nosotros?

—¿Luchar? ¿Para qué queremos pelear si somos amigos? —le pregunté.

—¡Para morir! Ya no tenemos nada que hacer en Mort y hemos decidido morir de una vez por todas —explicó—. ¿Te apuntas? Eres un gran guerrero y podrías hacernos un favor matándonos.

El abuelo Derek, atraído por los gritos, también se aproximó.

—¿Qué pasa, muchachos? —preguntó—. ¿A qué viene tanto jaleo?

—Viene a que ya no queremos seguir en este mundo —aclaró Zoltan—. Estamos hartos de tanta lucha inútil. No tenemos ilusión por nada. ¡No tenemos ganas de seguir en Mort!

—¿Y adónde crees que irás si mueres? —le preguntó el abuelo—. ¿Crees que volverás a vivir?

—Ya intenté volver a la vida pero fracasé —admitió—. Ahora quiero morir cuantas veces me sea posible. Morir hasta desaparecer.

—Yo también quiero salir de este oscuro pozo de desolación —añadió Torac, sacando su espada de la funda—. ¿Quién quiere luchar conmigo?

—¡Espera, Torac! —gritó Ónica—. ¡Morir no es una solución! ¡Hay que mantenerse vivos!

—¿Vivos? Querrás decir vivos en la muerte.

—En la muerte también hay vida. Hay amor, lealtad, honor...

—Explícaselo a tu padre —dijo, señalando al rey Marcus, roto de dolor sobre la tumba de Miliari—. ¡Díselo a Miliari! ¡Díselo a Derek!

—¡Dímelo a mí! —dijo Zoltan—. ¡Explícame para qué sirve vivir en este mundo oscuro! ¡Vamos, Ónica, explícamelo!

Entonces, sin mediar palabra, Zoltan se abalanzó sobre Ónica, con la espada en alto, dispuesto a acabar con ella.

—¡Te voy a hacer un favor, princesa! —gritó—. ¡Y luego Royman me lo hará a mí!

Tuve el tiempo justo de desenfundar mi arma y detener la hoja que ya estaba a un palmo del cuello de Ónica.

—¡Quieto, Zoltan! —le ordené—. ¡Déjala en paz! ¡Esto no tiene sentido!

—¿Quieres salvarle la vida? —se burló—. ¿Todavía tienes esperanzas?

Torac se puso a su lado y nos amenazó con su espada.

—Te ayudaré, Zoltan —dijo—. Mostraremos a estos dos muchachos que no pueden vencer a dos veteranos milmorts.

Todo se embarulló en un momento. El abuelo Derek y el joven Miliari se pusieron de nuestro lado y los dos caballeros se rieron, dejando ver su cara implacable. De repente, volví a ver en ellos a los dos feroces guerreros que conocí el día de mi llegada a Mort. Dos feroces caballeros de la muerte.

—¡Estáis borrachos! —les grité—. ¡Dejad las armas!

Markel, que había estado observando la escena sin decir nada, dio un paso adelante y se interpuso entre nosotros.

—¿Os habéis vuelto locos? —preguntó—. ¿Qué clase de juego es este? ¿No veis acaso que Mort se está riendo de esta locura? ¡Mirad los guardianes sobre las colinas! ¡Están haciendo apuestas sobre quién morirá antes!

—¡Apártate, escribiente! —gritó Torac—. ¡Quítate de ahí si no quieres morir!

—¡Mátame! —le retó Markel, dejando su pecho al descubierto—. ¡Mátame si tienes valor!

Yo estaba atento. Si Torac hacía un solo movimiento, le mataría de un golpe.

Entonces, Marcus vino corriendo hacia nosotros y se colocó junto a Markel.

—¿Es que vais a pelearos delante de la tumba de mi hijo? ¿Seréis capaces de deshonorar su memoria haciendo correr la sangre sobre la misma tierra que le vio morir?

Torac y Zoltan se quedaron estupefactos.

—¡Guardad esas espadas, miserables espadachines! —gritó—. ¿Es que no respetáis nada? ¿Es que no vais a respetar mi dolor?

—¡Es mejor morir de una vez que agonizar durante años! —se justificó Torac—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¡Es mejor agonizar que morir! —gritó Marcus—. ¡No sabes lo que daría por tener a Miliari con un hilo de vida! ¡Los moribundos abren los ojos, respiran, musitan...! ¡Los que agonizan están vivos! ¡Y se trata de eso, de estar vivo!

Entonces, como si alguien quisiera subrayar sus palabras, el aire se enrareció.

Miramos al cielo, pensando en que una tormenta se avecinaba, pero el cielo no pronosticaba ningún cambio.

Lo que ocurrió a continuación fue tan inesperado que nos paralizó el corazón.

El final del traidor

Estoy a punto de abatir mi espada sobre el cuello de Welfort para decapitarle cuando, de repente, ocurre algo inesperado.

—¡Piedad! —grita, implorante y lloroso—. ¡Piedad, hermano!

No puedo creer lo que estoy oyendo.

Sibila se acerca y le mira con absoluto desprecio.

—¿Pides piedad, miserable? ¿Después de todo lo que has hecho?

Se arrastra sobre el suelo, a cuatro patas.

—¡Te lo ruego, Royman! ¡No quiero morir!

—¡Nadie quiere morir! —le digo—. ¡Pero nunca lo has tenido en cuenta! ¡Deberías morir mil veces para pagar todo el daño que has hecho!

—¡Si no me matas, te contaré algo! ¡Escúchame, por misericordia!

Estoy atónito. Este infame, que no ha tenido contemplaciones con nadie, pide ahora lo que les ha negado a todos.

—¡No me embaucarás, Welfort! ¡Prepárate a morir dignamente!

A cuatro patas, como un perro, se agarra a nuestras piernas.

—¡No me matéis! ¡Seré vuestro esclavo! ¡Os serviré fielmente! ¡Haré todo lo que queráis! ¡Renunciaré al trono! ¡Te devolveré la corona de tu padre!

—Este perro es un cobarde —grita Sibila—. ¡Un infame traidor que no es capaz de morir como un hombre!

Indignada, le pone su espada en la mano.

—¡Lucha! ¡Lucha conmigo como un hombre! —le ordena—. ¡Defiéndete!

—¡No puedo! ¡Ya no me quedan fuerzas! —dice—. ¡Me rindo! ¡Soy vuestro esclavo! ¡Haced lo que queráis conmigo!

Sibila y yo nos miramos desconcertados. ¿Qué hacer con un tipo que se comporta como un cobarde?

—¡Mátale, Royman! —grita Cornelio, desde la tribuna—. ¡Puede ser una trampa!

—¡Si muero me convertiré en un animal! —suplica—. ¡Déjame vivir! ¡Por piedad!

—No le creas, Royman —dice Sibila—. Miente. Siempre ha mentido y siempre mentará.

—Os juro que no miento. Os lo juro por mi honor. Si voy al Abismo de la Muerte, me convertiré en una bestia voladora. En un dragón o en un ser medio hombre medio bestia.

Se arrodilla ante mí, junta las manos y me mira implorante.

—Los que hemos bebido sangre de animal... estamos condenados a vivir para siempre. Nuestro castigo en el Abismo de la Muerte es atroz. Os lo aseguro.

—Eso es una patraña —le respondo—. Beber sangre de lobo no produce ese efecto. No me engañarás con esa historia.

—¡He hecho algo peor! —dice entre sollozos.

—¿Algo peor? —pregunto—. ¿Qué puede ser peor que matar a todos sus enemigos a traición?

—¡He bebido su sangre! —explica—. ¡He bebido sangre humana!

—¡No puede ser! —respondo—. ¡No es posible!

—¡He tomado sangre de todos los que he matado! ¡He bebido sangre de tus padres, de tu hermana y de todos los que han caído bajo mi yugo! —grita exasperado—. ¡No me mates, Royman, hermano!

—¿Por qué tienes tanto miedo a morir? —pregunta Sibila—. ¿Qué temes?

—En el Abismo de la Muerte los que tienen lazos de sangre se reconocen —explica Quania—. Y Wolfort se verá rodeado de enemigos implacables que le matarán mil veces. Por eso no quiere morir. ¡Le aterra!

—No le va a servir de nada. Ha llegado al final de su camino y tendrá que enfrentarse con su destino cuando llegue al Abismo de la Muerte. Y sí, es verdad, los lazos de sangre hacen que la gente se reconozca.

—¡Si me matas, Lostario matará a tus hijos! —advierte con la voz rota—. ¡Y a los hijos de vuestros hijos!

—¡No amenaces a mis hijos! —grita Sibila, rabiosa.

—¡A ti te mataré igual que mi padre mató al tuyo!

Sibila da un respingo.

—¿Tu padre mató a mi padre? —pregunta, con la voz temblorosa.

—Quería matar a Wincott pero se interpuso —explica Wolfort—. ¡Lo mató como se mata a un perro! ¡Dejadme vivir o me vengará en vuestra descendencia!

—¡No puede ser! —se lamenta Sibila—. ¡Tu familia no ha traído más que desgracias! ¡Mi padre, muerto a manos del tuyo! ¡Y encima te enorgulleces!

Le doy una patada y le hago rodar por el suelo. Mi acero le roza el cuello.

Wolfort está hundido en el polvo. Se ha quedado desnudo y gimotea como una hiena. Parece que está acabado. Sabe que va a morir y no le quedan fuerzas ni para lanzar más amenazas.

—¡No puedo morir! ¡Tened piedad de mí! —solloza—. ¡No puedo ir al Abismo de la Muerte!

—¡Déjame que le mate! —grita Sibila, rebosante de indignación—. ¡O luchas conmigo o te mato, Wolfort!

Entonces, para nuestra sorpresa, Wolfort agarra su espada, se pone en pie de un salto y se lanza contra ella.

—¡Te voy a matar, perra! —grita amenazante—. ¡Hoy te reunirás con tu padre, el cobarde rey Gilbert!

Me interpongo, pero Wolfort me desarma con un golpe inesperado. Es más rápido que nunca. Parece un lobo salvaje. ¿De dónde habrá sacado de pronto estas fuerzas?

Consigue dominar a Sibila, a la que desarma, pero todavía le queda energía para golpearme y hacerme caer al suelo, medio atontado.

Todo ha sido tan fulminante que nadie ha reaccionado. Sólo he oído algunos murmullos de sorpresa entre los presentes, pero ninguno de los nuestros ha podido intervenir.

Entonces, Wolfort la mira fijamente a los ojos, atrayendo toda su atención.

—Sibila... Escúchame... —le susurra—. Piensa en nuestro futuro. Mata a Royman y seremos felices. Hablaré con mis hechiceros para que devuelvan la vida a tu padre. Si me obedeces, regresará a tu lado.

Sibila se queda paralizada, desconcertada. Las palabras de Wolfort han calado hasta lo más profundo de su corazón. La posibilidad de recuperar a su padre la ha debilitado. El ímpetu guerrero que tenía hace un momento ha desaparecido. No sabe qué hacer.

Aprovechando su poder, Wolfort desliza una espada en su mano.

—Y ahora, princesa, mata a ese maldito impostor y ven conmigo —le sugiere—. Seremos felices juntos, con nuestros padres.

—¡Reacciona, Sibila! —le ordeno desde el suelo—. ¡Demuéstrale que sólo me quieres a mí!

Sibila me mira con los ojos apagados. Su mano vacilante mantiene la espada. No sabe qué hacer. ¡Es como si la hubiera embrujado!

—¡Mátale! —ordena Wolfort!—. ¡Mátale! ¡Mata a Royman! ¡Él es tu verdadero enemigo! ¡Los Delaforce sólo han traído desgracias a nuestras vidas!

Sibila endurece el gesto y levanta la mano armada. Todavía sigue indecisa.

—¡Wolfort mató a Miliari! —grita Quania—. ¡Mató a Royman! ¡Escucha a tu corazón, Sibila! ¡Tu padre murió a manos de Wolfario!

Sibila se detiene. Las palabras de Quania parecen surtir efecto.

—¡Mata a Wolfort! —grita Vania—. ¡Mata a ese lobo!

Sibila reacciona. Abre los ojos y vuelve a la vida.

Entonces, su espada se abate sobre Wolfort. ¡Otra vez! ¡Y otra más! ¡Y otra! Sibila se ha vuelto loca. ¡Otra más!

La espada atraviesa el cuerpo de nuestro hermano de sangre. Le hace cortes y le raja varias veces, obligándole a gritar de dolor.

Yo cojo mi espada y me uno a Sibila. Le miro fijamente, le apunto al corazón y me despido:

—¡Adiós, Wolfort! ¡Da recuerdos a todos los que mataste!

Uso toda la energía que me queda y le clavo la espada en el corazón. Y Sibila hace lo mismo.

Wolfort está ahora de rodillas, mirándonos fijamente. Sin entender qué ha sucedido. Agoniza como una de sus muchas víctimas. Igual que agonice yo.

Nos mira fijamente, con los ojos muy abiertos. Sibila se acerca y le escupe en la cara y yo hago lo mismo. Sabe que al final he ganado la partida. Es lo que más le duele.

Eso y el desprecio de Sibila.

—¿Creías que te quería? —dice ella—. ¿Creías de verdad que iba a casarme contigo?
¡Antes me hubiera quitado la vida!

—¡Eres un hombre muerto! —digo, cogiendo su propia espada—. Espero que te pudras en Mort. Espero que nunca salgas de ese horrible mundo. ¡No queremos volver a verte por aquí! Pero si volvieras, ¡encontrarás de nuevo el filo de nuestras espadas!
¡Muere de una vez!

Lanzo un espadazo lateral y le corto el cuello. Su cabeza cae al suelo y rebota un par de veces, llenándose de barro.

Todo ha terminado.

Wolfort es una sombra, un recuerdo.

Wolfort se ha ido.

Y yo he recuperado mi honor.

¡Venganza!

Cuando vi aparecer a aquel hombre desnudo sobre el fango, mi corazón dio un vuelco.

Estaba acurrucado sobre sí mismo e intentaba despertar. Derek cubrió su desnudez con una capa y esperamos pacientemente a que recuperara la respiración.

Él no sabía dónde estaba, pero yo sabía de dónde venía.

—¿Quién eres? —le pregunté, sobresaltado.

—Me llamo Wolfort. Soy el rey de Wolfaria.

—Aquí no existe ningún reino llamado Wolfaria. Esto es Mort.

—¿Mort? No lo conozco.

—Lo conocerás —dije—. Lo conocerás y te habitarás.

—¡El lobo! —susurró Ónica—. ¡Es él!

Wolfort la miró como si intentara reconocerla.

—Perdonad, señora —dijo—. ¿Me conocéis?

—He soñado. Te he visto en mis sueños. ¡Te reconozco!

Wolfort se quedó desconcertado.

—No entiendo.

El abuelo Derek se acercó, le levantó la barbilla y dijo:

—¿De dónde vienes? ¿Quién te ha enviado aquí?

—Vengo de Wolfaria, mi reino, pero nadie...

Los rasgos de su rostro empezaron a tener sentido para mí. Su voz me resultó tan familiar que me estremecí y su nombre resonó en mi mente como un martillo.

¡Wolfort!

Espantado, di un paso atrás.

Wolfort se sintió confundido por mi reacción.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—¡Sé quién eres, Wolfort! —gruñí—. ¡Eres mi hermano! ¡Mi asesino!

—¿Qué dices? ¡Yo no te conozco...!

Se quedó paralizado. Algo estaba pasando en su interior.

¡Juraría que me estaba reconociendo!

Ónica se acercó y le dio un bofetón.

—¡Asesino! —le espetó—. ¡Maldito asesino!

Wolfort no comprendía nada y era incapaz de responder.

—Yo te explicaré —dije—. ¡Eres un asesino! ¡Nuestro asesino! ¡Nos has matado a

todos!

—Eso es imposible —replicó, muy desconcertado—. Acabo de llegar y no os conozco. No sé quiénes sois.

—Procedes de un lugar en el que sí nos conoces —dijo—. Claro que nos conoces.

—¿De dónde procedo?

—¡Del Mundo de los Vivos! —exclamé—. ¡De un reino llamado Force! ¡De mi reino! ¡Y eres el mayor traidor entre todos los traidores!

—¡Os aseguro que no lo entiendo! —bramó, muerto de miedo—. ¡Nunca os he visto!

—Te lo vamos a explicar —le aseguré—. Mientras defiendes tu vida, lo vas a comprender todo. ¡Dadle una espada!

Zoltan le lanzó su espada milmortiana.

—Haz honor a esa espada —le dijo—. ¡Es una espada de caballeros!

Wolfort no sabía qué hacer.

—¡Cógela y defiende tu miserable vida! —le ordené.

—¡Lucha! —le increpó Ónica—. ¡O te mataré yo misma!

Torac se acercó, cogió la espada y se la puso en las manos.

—¡Da igual que la uses o no! —le advertí—. ¡Voy a luchar contigo!

—¡Yo no he hecho nada! —casi suplicó—. No sé quién eres. ¡No os conozco!

—¡Claro que me conoces! ¡No te servirá de nada negarlo!

Di un paso adelante y le lancé un golpe con mi espada, que detuvo de forma instintiva.

—Vaya, estás despertando —dijo—. Me alegro. Así podré matarte según las reglas del combate entre caballeros... Aunque no lo seas.

Entonces debió comprender que no le quedaba más remedio que defenderse y se preparó para la lucha.

Ataqué, golpeando de derecha a izquierda, obligándole a protegerse.

—Te llamas Wolfort y mataste a mi familia —le expliqué entre golpe y golpe—. Nos traicionaste a todos. Mataste a Miliari, ese que está ahí enterrado. Y a su hermana Ónica... Y a mi abuelo Derek... ¡Y a mí!

—¡Yo no he podido hacer eso! ¡No soy el que decís! ¡Es un error!

Ónica dio un paso adelante y se interpuso.

—Royman, déjame que luche con él —me pidió—. También tengo derecho.

Retrocedí y le dejé mi sitio.

—Pelea conmigo, Wolfort, asesino de mi hermano y de mi padre —le dijo—. Me mataste una vez, ahora veremos si eres capaz de hacerlo de nuevo. ¡Vamos, valiente, inténtalo!

Se lanzó contra él como una tromba, haciendo extraordinarios movimientos de esgrima. Wolfort se defendió como pudo, pero estaba en clara inferioridad de condiciones.

—¡Te dejaré un recuerdo! —exclamó Ónica, justo antes de rajarle el pecho con un movimiento horizontal—. ¡Para que no me olvides!

Wolfort sufrió un ataque de pánico cuando vio manar la sangre sobre su cuerpo.

—¿Qué has hecho? —bramó—. ¿Por qué me has herido?

—¡Porque me mataste! —replicó Ónica—. ¡Me quitaste la vida! ¡Lo máspreciado que tenía! ¡Y ahora vas a recibir tu castigo!

Wolfort intentó tapar la herida con la mano izquierda, pero no le dio resultado ya que el corte era demasiado largo.

Acto seguido, dio un paso atrás, pero no le valió de nada. Ónica se abalanzó hacia él con la espada en ristre. A pesar de los esfuerzos que hizo para protegerse, ella le clavó el acero entre las costillas.

Wolfort lanzó un horrible grito de dolor que nos estremeció a todos.

—¡Maldita perra! —gritó cuando Ónica sacó su espada—. ¡Maldita seas!

Se dirigió hacia ella lleno de rabia, lanzando espadazos que sólo rasgaban el aire.

—¡Te voy a matar, maldita! —exclamaba con una voz repleta de odio y rabia.

Ónica tuvo que echarse atrás, pero la mala fortuna la hizo tropezar y cayó de espaldas sobre el suelo. Wolfort, implacable, alzó su espada y se dispuso a atravesarla.

El abuelo Derek demostró que todavía tenía buenos reflejos cuando lanzó su cuchillo de caza y le atravesó el brazo, obligándole a retroceder.

—¡No dejaré que le hagas a ella lo que le hiciste a Gwendlin! —dijo—. ¡Maldito asesino! ¡Ahora te reconozco! ¡Nos hemos visto antes y sé que me hiciste daño!

Wolfort estaba rabioso y se sentía acorralado. Las heridas sólo habían servido para sacar lo peor de sí mismo.

Di un paso adelante y dije:

—Ahora me toca a mí, Wolfort. ¡Prepárate!

—¡Sois unos canallas! ¡No tenéis piedad!

—Tienes razón, no vamos a tener piedad de ti —le respondí—. Te vamos a enviar al inframundo, al Mort inferior, donde disfrutarás de una existencia vacía, sin memoria, sin salud, sin ilusiones. Allí no podrás conspirar contra nadie. Tampoco hay un Monte Milmort que te permita salir. ¡Estarás allí durante toda la eternidad! ¡Nunca volverás a vernos!

Wolfort notó que las palabras se habían acabado y se dispuso a luchar para defender su vida.

Di el primer paso con la espada baja, pero con la punta hacia él. Me moví hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Alcé la espada y la volví a bajar, hice varios movimientos que sirvieron para desconcertarle. Llegó un momento en que no imaginaba por dónde iba a llegarle el primer golpe.

—¿Qué pretendes? —me preguntó—. ¿No sabes por dónde empezar?

No le respondí. Ya le había dicho todo lo que tenía que decirle.

—No creas que te va a ser tan fácil matarme —insistió, tratando de distraerme—. ¡Soy un buen espadachín!

No me dijo nada nuevo. Ya sabía la clase de espadachín que era. Y también sabía que no era precisamente un caballero honorable.

Después de estudiarnos durante un rato, decidimos atacar, y lo hicimos a la vez.

El primer choque fue duro e hizo restallar a las dos espadas que se habían cruzado

con fuerza. Después, todo se hizo muy confuso. Wolfort parecía haber recuperado sus fuerzas y luchaba como un león. Yo me vi obligado a poner más atención y a actuar con frialdad. Sabía de sobra que, si me descuidaba, me ensartaría como a un cerdo.

Después de un buen rato de lucha, la suerte vino en mi ayuda. Mi espada pareció encontrar el camino directo a su corazón y me obligó a hacer un movimiento brusco que obtuvo el resultado de entrar en la morada que le esperaba.

Wolfort cayó de rodillas, con la espada milmortiana clavada en el corazón. Tenía los ojos y la boca muy abiertos y parecía estar más muerto que vivo.

Me incliné sobre él, le escupí en la cara y le di una patada que le hizo caer hacer atrás. Se abatió sobre el suelo como un fardo y, después de algunos temblores, se quedó quieto.

Tiré de la empuñadura de mi espada y la extraje de su cuerpo.

En ese momento, el abuelo lanzó un silbido y varios buitres se lanzaron sobre el cadáver de Wolfort.

—¡Te sacarán los ojos y la lengua, y se comerán tu corazón! —dijo—. ¡Irás ciego al inframundo! ¡Estarás indefenso y no podrás volver a hacer daño a nadie!

Reconozco que me repugnó ver cómo los carroñeros le arrancaban la carne, pero tampoco tuve ganas de impedirlo. Al fin y al cabo, Wolfort se lo había ganado a pulso. Tantas canalladas tienen que tener un castigo, en un mundo o en el otro.

Ónica se acercó y me abrazó. Hice un tremendo esfuerzo y la besé. La besé con ansia, con pasión, con ardor... Le di un beso como los que no se daban en Mort. Superé una barrera de pasión que nadie había visto en este mundo. Y eso me hizo muy feliz.

Si iba a pasar el resto de mi vida en Mort, iba a luchar para recuperar lo mejor de la vida. Iba a amar a Ónica como un loco.

—¡Te quiero, Ónica! —conseguí decir—. ¡Te quiero más que a mi vida!

—Yo también te amo, Royman —susurró—. Te amo como nunca he amado a nadie. Te amo con locura.

El regreso de Royman

Los gritos de alegría inundan el valle.

Sibila y yo nos abrazamos.

Nuestros amigos saltan las vallas y se nos acercan, pisoteando el cuerpo sin vida de Welfort.

Los gritos de ánimo se suceden.

Sólo queda resolver un problema.

—Lostario y sus hombres están a punto de atacar —nos anuncia Fletcher—. ¿Qué hacemos?

—Les haremos frente —digo—. Ahora que Welfort ha muerto, no vamos a dejar que otro ocupe su lugar. Preparaos para luchar.

Conner y Dolmier, montados a caballo, se ponen a mis órdenes.

—¿Dirigirás el ataque, príncipe? —pregunta Conner.

—Lo haré.

—Estás cansado.

—No importa. Mandaré a mis hombres y arrojaemos a esos bárbaros de nuestras tierras. Nunca volverán a pisarlas. ¡Vamos!

Monto a *Ónica* y me dispongo a avanzar cuando Sibila se acerca.

—*Miliari* y yo estaremos a tu lado —dice—. Mi espada está a tu servicio.

Me llena de alegría verla dispuesta a guerrear a mi lado. Si he tenido alguna duda, creo que ya se ha disipado. Ahora sé que me quiere. Ahora ya no tengo recelos sobre lo que hay en su corazón. Sé que no está repartido. Sé que soy el único que cabalga en su territorio. *Miliari* es un recuerdo y Welfort, una sombra oscura.

Nuestros hombres se disponen en formación militar. Los abanderados se colocan a mi lado justo cuando levanto la espada:

—¡Adelante! ¡Por nuestra libertad! ¡Que vean que ya no les tenemos miedo! ¡Arrojemos a estos bárbaros de nuestras tierras!

Los pocos jinetes que me acompañan van al trote para no dejar atrás a nuestra infantería. Los arqueros se preparan para disparar y los demás aprestan sus armas que, en su mayor parte, son rústicas espadas, palos y otros aperos de campo.

Poco después nos encontramos frente a los bárbaros, que forman una barrera difícil de franquear. Están mandados por Lostario, un experto general, son mayoría y están mejor preparados. Todo indica que podemos perder la batalla. Por mucho que los

odiamos, tenemos que reconocer que son buenos guerreros. Y nuestro ejército está compuesto, principalmente, por campesinos y aldeanos.

Pero no podemos retroceder.

Lostario levanta el brazo. Está a punto de dar la orden de ataque. Sus hombres están inquietos, deseosos de lanzarse contra nosotros. Nos consideran inferiores y creen que vamos a ser un bocado fácil.

Pero no saben que estamos a punto de jugar nuestra mejor baza.

—¡Que lo vean! —ordeno—. ¡Que lo vean bien!

Mangold y varios hombres de Fletcher se abren paso y dejan al descubierto una carreta en cuya plataforma hay un mástil de madera que sujeta con cuerdas un cuerpo descabezado. Ordeno que la pongan delante de nosotros para que puedan verlo bien.

Lostario detiene su gesto. Está inquieto. No acaba de comprender bien qué significado tiene una carreta tirada por bueyes en cabeza de un pequeño ejército de campesinos y caballeros mal equipados.

Mangold atiza unos golpes a los bueyes que siguen la marcha solos.

Desde nuestra posición vemos cómo Lostario se acerca a la carreta.

—¡Malditos! —grita cuando descubre que el rey Welfort está desangrado y sin cabeza, atado a la gran estaca—. ¡Malditos seáis!

Gira un par de veces a su alrededor para convencerse de que no hay error y de que está realmente muerto.

Furioso, levanta la espada y lanza a sus hombres contra nosotros.

—Ha picado —le digo a Cornelio—. ¡Los hemos sacado de sus casillas!

—Sí, dejemos que corran y que se cansen mientras los esperamos tranquilamente.

—Esos bárbaros no piensan —dice Sibila, refiriéndose a su inútil desgaste de energías—. Nos van a dar una buena ventaja.

Corren, gritan y agitan sus armas, escudos y estandartes. Se empujan, persiguen a los caballos que han salido huyendo y se ven obligados a montarlos de un salto en medio de los arbustos. Están enfurecidos. Mientras tanto, nosotros mantenemos la posición sin mover un solo dedo.

—¡Preparados! —grito un poco después, cuando ya están aproximándose a nuestras líneas—. ¡Atentos! ¡Ahora!

Nuestros arqueros, que estaban en segunda fila, se sitúan delante y disparan una andanada de flechas que hace estragos entre los que vienen en cabeza.

Los caballos caen y los que los siguen tropiezan con ellos. Los de infantería se mezclan con la caballería y se enredan entre los caídos. Gritos, relinchos, llantos, metal contra metal...

—¡Disparad! —ordeno de nuevo.

Una nueva lluvia de flechas sale hacia ellos.

—¡Disparad!

Una tercera andanada destroza sus menguadas fuerzas.

Muertos y heridos se mezclan en un caos inenarrable.

Lostario ha detenido su caballo y observa la catástrofe que le rodea. En pocos

minutos todo su ejército ha caído destrozado.

Entonces, Cornelio saca una flecha larga, tensa su arco y dispara. La saeta cruza el cielo en busca de un lugar en el que alojarse y acaba clavada en el pecho de Lostario, atravesándole de par en par. El vil guerrero que ha sido la mano derecha de Wolfort acusa el impacto con una sacudida general que le deja paralizado. El caballo se mueve ligeramente y le hace caer al suelo.

—¡Te lo has ganado, Lostario! —exclama Cornelio—. ¡Es un recuerdo de mis compañeros!

—¡Adelante! —grito, aprovechando el desconcierto de sus hombres que no dan crédito a la muerte de su jefe—. ¡A por ellos!

Nuestros jinetes se despliegan lentamente para no forzar a la infantería. Los bárbaros aún no se han dado cuenta de lo que está ocurriendo. No saben que están siendo atacados desde los flancos por pequeños grupos de campesinos que estaban ocultos entre el follaje desde antes de que la batalla diera comienzo.

La lucha cuerpo a cuerpo es dura. Muchos hombres caen y la hierba se tiñe de sangre. Es una pelea desigual de soldados contra campesinos.

Nuestra ventaja es que hemos aplicado una estrategia muy antigua que sólo se conoce a través de los libros. Es decir, una estrategia que ellos ignoran.

Hace muchos años, un rey llamado Derek Delaforce conquistó un reino con un puñado de soldados. Hizo creer a sus enemigos que le habían acorralado en lo alto de una colina. Su enemigo, un rey ignorante, ordenó a sus tropas atacar de frente, haciendo subir a su ejército por una ladera que resultó ser más alta de lo que había calculado y eso agotó a sus hombres. Cuando empezaron a pelear, estaban tan cansados que apenas les quedaban fuerzas para manejar sus pesadas hachas, espadas y escudos. Entonces, ese pobre rey se dio cuenta de que un ejército es mejor cuando está fresco y maneja armas ligeras. Pero lo entendió tarde. Igual que Lostario.

Los bárbaros emprenden la huida cuando comprenden que sólo encontrarán la muerte si se quedan ante nosotros.

Corren en desorden mientras sus oficiales intentan en vano reagruparlos.

Pero nosotros no cometemos el error de perseguirlos. Les dejamos huir. Permitimos que se pierdan en la llanura. Sólo enviamos pequeños grupos de arqueros a caballo que los hostigan cada vez que se reagrupan. Seguramente acabarán descubriendo que no les conviene reunirse y que sólo les irá bien si siguen corriendo hacia las tierras del norte. Hacia su verdadero hogar.

—Ya habrá tiempo de fortificar nuestras fronteras —explico a mis oficiales—. Ahora tenemos que trabajar para devolver la paz a Force.

Nos dirigimos hacia el castillo, convencidos de que el camino está libre. Nuestros hombres están satisfechos y yo me siento seguro de mis fuerzas.

—Nada se interpondrá entre nosotros —afirma Sibila, cabalgando a mi lado—. Nuestro destino está en nuestras manos.

—Todo esto me ha enseñado que no basta con no fiarse de nadie, lo importante es tener amigos que te ayuden y te sean fieles —le explico—. Valen más los amigos que los

enemigos.

—Sí, conseguir enemigos es sencillo, pero hacer amigos es mucho más difícil —me confirma—. Pero temes algo, ¿verdad?

—A los muertos. Pueden ser más peligrosos que los vivos. Nunca sabemos cuándo volverán a visitarnos.

—Lo que importa es que tú volviste.

—Temo que Wolfort regrese. Su recuerdo me desasosiega.

—Si volviera mil veces, mil veces le arrojaríamos al Abismo de la Muerte. Si lo que nos contó es cierto, se habrá convertido en una bestia perseguida por muchos y jamás regresará a Force.

—Es posible que mintiera —reconocí—. Siempre engañaba. Jamás dijo una verdad.

—Aseguré que había bebido sangre humana.

—A lo mejor sólo quería ganar tiempo... No creas nada de lo que salió de su boca. Pero, mi madre siempre decía que los muertos nos vigilan. Que lo que más desean es volver a la vida.

—¿Deseas que Ónica vuelva?

—Si ella vuelve, lo haría acompañada de Miliari. Por eso es mejor que no regresen. Su presencia nos desasosegaría. No, es mejor que no vuelvan.

—¿Y si lo hicieran?

—Los recibiríamos con el corazón abierto. Serían bienvenidos. Cualquiera que vuelva de Mort será bien recibido en Force. Cualquiera menos Wolfort —sentencio.

—Temo que los recuerdos nos separen —susurra.

—Yo, lo que más temo es que Wolfort aparezca en mis sueños. Ahora sé que hay que tener cuidado de con quién mezclamos nuestra sangre. Es el único lazo que no se puede romper nunca. La sangre es la vida, pero también puede ser la muerte. Nunca lamentaré bastante haber unido mi sangre con la de Wolfort.

—¿Y conmigo?

—Es lo mejor que he hecho en mi vida.

Nos acercamos a la carreta de Quania, que va delante de la que lleva el cuerpo de Wolfort.

—¿Qué harás si Wolfort vuelve del Abismo de la Muerte convertido en un caballero milmort? —me pregunta la anciana.

—Luchar para que no vuelva a robarme lo que es mío. No permitiré que ni él ni nadie me arrebaten lo que me pertenece. Mi vida, mi amor y mi linaje me pertenecen y no hay ninguna fuerza en este mundo capaz de quitármelos.

Marchamos tranquilamente durante horas hasta que, al atardecer, distinguimos la silueta del castillo de Force. Ahora, por primera vez, tengo la sensación de haber vuelto a casa.

Espoleo a Ónica y me dirijo a galope tendido hacia la puerta abierta, donde mi gente me espera ansiosamente. Todos saben ya que hemos derrotado a los bárbaros y que hemos descabezado su ejército.

Sibila cabalga a mi lado y no puedo resistir las ganas de gritar:

—¡He vuelto! ¡He vuelto! ¡He vuelto a Force!

—¡El príncipe Royman ha vuelto! —anuncia Sibila mientras cabalgamos a galope tendido hacia la fortaleza—. ¡El príncipe Royman ha regresado a Force!

Enterrando el pasado

Pasábamos las noches alrededor de una gran fogata, hablando de todo lo que éramos capaces de recordar. El tiempo no corría y daba la impresión de que la vida empezaba de nuevo cada vez que nacía una nueva jornada.

—Mi memoria me falla —dijo un día Ónica, muy alarmada—. Cada vez recuerdo menos cosas y temo que acabe por no reconocerte, Royman.

No pude darle una respuesta. Sabía que la degradación que estábamos sufriendo era imparable. Tenía que hacer algo para suplir esa terrible desmemorización que nos acechaba.

Una noche le pedí a Markel que leyera un pergamino que había estado escribiendo con él, en secreto.

—Es mejor que lo hagas tú —propuso—. Tu voz le dará más realismo.

—¿Es un cuento? —preguntó Zoltan.

—Seguro que es una leyenda —dedujo Derek.

Me levanté y empecé a leer:

Cuando estaba en la cima del Monte Milmort y terminé de contar hasta mil, tomé la decisión de quedarme en Mort y volver en busca de Ónica. ¡Fue la mejor resolución de toda mi vida!

—¡Me quedo en Mort! —grité con todas mis fuerzas, elevando los brazos, mostrando mi espada milmortiana—. ¡Me quedo con Ónica!

Nunca me hubiera perdonado haberla dejado sola en este mundo horrible.

Tenía que ir hasta el lugar en el que la había visto por última vez en brazos de Zoltan, más abajo, en la ladera, entre tinieblas.

Me daba igual que estuviera viva o no.

Sólo quería estar con ella.

Sabía que me condenaba eternamente, pero no me importaba. Mi destino estaba junto a mi amada princesa, y nada podía hacerme cambiar de idea.

—¡Me quedo, Mort! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Me quedo con Ónica!

Hice una pausa rodeada de un gran silencio.

Todos tenían la mirada vacía y el corazón encogido.

—He pensado que si todos escribimos nuestra historia y la leemos cada noche, lucharemos contra el olvido —expliqué—. Es la única forma de recordarnos los unos a los otros. Es la mejor manera de conservar lo que somos. No conozco otra forma.

Ónica se levantó y me abrazó.

—Me gusta tu idea —dijo—. Quiero que escribas mi historia, Markel.

—Estoy preparado —anunció, abriendo un pergamino y cogiendo una pluma—. Dime...

—Lo primero que recuerdo es el día en que me encontré con Royman. Fue en un campamento de gladiadores. Luchamos a brazo partido...

Cada noche, uno de nosotros relataba su historia y luego las leíamos:

Me llamo Zoltan y no he dejado de luchar un solo día desde que llegué a Mort. Tuve la suerte de conocer a Royman, a Ónica, a Torac y a otros muchos cuyos nombres daré cuando los recuerde. Me convertí en un caballero milmort, pero la mala fortuna no me permitió alcanzar la cima.

Me llamo Derek y sé que fui rey. Tuve un hijo llamado Wincott, que era un gran guerrero. Abdiqué y le entregué la corona el día en que nació su hijo. Es lo mejor que he hecho en mi vida... Y, ahora, me siento feliz de tener aquí a mi nieto Royman.

Me llamo Torac y he sido caballero milmort hasta que, una noche, mi amigo Croax, en el umbral de la muerte, me desveló el Gran Secreto y me quitó las ganas de luchar. Perdí la ilusión y las ganas de vivir hasta que encontré a Robin, que ahora se llama Miliari. El día que recuerde el Gran Secreto, lo contaré.

Me llamo Miliari, pero antes me llamaba Robin, aunque mucho antes me conocían con el nombre de Merliano... He tenido la suerte de encontrar a una gran familia de amigos que me protegen. He renunciado a ser hijo de Mort para quedarme con ellos. Prefiero vivir a la sombra de su amistad que a la luz de un ser que no me ofrece nada más que la inmortalidad... Ahora, por fin, soy feliz.

Me llamo Markel y he sido un hombre con poca suerte. Me han esclavizado, he trabajado como archivero de Mort durante años. Estaba al borde de la muerte cuando Royman y los demás se cruzaron en mi vida. Ellos me han devuelto las ganas de vivir.

Cada noche ampliábamos nuestra historia y añadíamos los detalles que conseguíamos recordar. Escribíamos nuevas páginas y luchábamos contra la pérdida de memoria que nos acechaba. De esta manera, conseguimos mantenernos unidos.

Una noche, Zoltan se acercó corriendo hasta nosotros, con la espada en la mano.

—¡Viene un grupo de jinetes! —nos advirtió—. ¡Hombres armados!

Corrimos hacia las cabañas, nos hicimos con nuestras armas, escudos y armaduras, y nos preparamos para luchar contra aquellos intrusos.

Poco después, varios hombres armados se acercaron a nuestro campamento.

—¿Quiénes sois? —les pregunté, cortándoles el paso—. ¿Qué buscáis aquí?

—¡Somos caballeros milmorts! —respondió con arrogancia uno que se adelantó—. ¡Y si no te apartas de nuestro camino, te aplastaremos y arrasaremos este campamento!

—¡Milmorts! —exclamé—. ¡Caballeros milmorts!

—Exactamente, mendigo —dijo otro jinete, mostrando su espada milmortiana—. ¡Dejadnos paso!

Zoltan se acercó al que parecía ser el jefe del grupo.

—¡Nosotros también somos milmorts! —dijo—. ¡Mirad nuestras cicatrices!

—¡Cualquiera puede tener cicatrices en el hombro! —replicó el caballero—. ¡Los milmorts no viven en sitios como este! ¡Sois escoria! ¡Apartaos os digo!

Espoleó su caballo, tiró a Zoltan al suelo y dejó que el animal le pateara.

Ya iba a lanzarme sobre él cuando algo me detuvo. Algo que provenía de mi interior y que llevaba mucho tiempo dormido. Un deseo incontenible e inesperado de impedir la lucha que se estaba fraguando.

—¿Vas a luchar conmigo? —preguntó el caballero en tono de burla.

Di un paso atrás e hice señas a mis amigos para que se detuvieran. Zoltan se levantó y trató de recoger su espada, dispuesto a vengar la ofensa que el caballero le había infligido.

Los otros caballeros desenfundaron sus armas y prepararon sus escudos relucientes, con las calaveras dibujadas en ellos.

—¡No peharemos! —grité—. ¡No peharemos!

Zoltan me miró, sorprendido.

—¿Estás loco, Royman? —me preguntó—. ¡Estos tipos...!

—¡Estos tipos son caballeros milmorts! —repliqué—. ¡Y merecen nuestro respeto! ¡Todo nuestro respeto!

Ónica y los demás se quedaron quietos. Zoltan se colocó a mi lado.

—¡Hacéis bien en rendiros! —dijo el caballero milmort, disponiéndose a atacar—. ¡Pero nosotros necesitamos perder eslabones!

—¡Esperad un momento! ¡Escuchad lo que tengo que decir!

—¡Ja! ¡El mendigo va a recitar un poema! —se burló uno de ellos—. ¡Habla, y que sean las últimas palabras que pronuncias!

—Escuchad... ¡Somos auténticos milmorts y hemos estado en el Monte Milmort! Os aconsejamos que lo olvidéis. Allí sólo encontraréis muerte y desolación.

—¿Crees acaso que tenemos miedo? —me increpó uno que hasta ahora no había hablado—. ¡Eres un insolente y mereces la muerte!

Lanzó su caballo hacia mí, dispuesto a embestirme y a partirme por la mitad con su espada. Pero fui mucho más rápido que él y, de un salto, le golpeé tan fuerte en la cara con el pomo de mi espada que le hice perder el equilibrio. Cayó al suelo y me coloqué a su lado, apuntándole con la punta de mi arma.

—¡No me obligues a matarte! —le advertí.

El que parecía el jefe del grupo levantó el brazo y detuvo a los suyos, que ya se disponían a venir en ayuda de su compañero.

—¡Sólo un milmort puede luchar de esta forma! —dijo—. ¡Te has ganado nuestro respeto! ¿Qué nos propones exactamente?

—Que desistáis de vuestro viaje —respondí—. Sé lo que digo. He estado ahí y no quiero volver a escalarlo.

—¿Volver a subir? —preguntó extrañado.

—Subí hasta la cima y bajé para unirme a esta mujer —dije, señalando a Ónica—. ¡He estado en la cumbre! ¡He rozado la gloria!

—Yo también estuve a punto de alcanzar la cima, pero un canalla me lo impidió —

dijo ella—. No me gustaría volver a intentarlo.

—¡Yo tampoco! —dijo Zoltan—. Es lo peor de lo peor.

El caballero nos miró con admiración. Se dio cuenta de que no hablábamos en broma y reconoció nuestro valor.

—No nos queda más remedio que intentarlo —confesó—. Si es verdad lo que decís, vuestra compañía nos beneficiaría. Dicen que es imposible franquear sus murallas. ¿Queréis acompañarnos?

—¡Os pagaremos bien! —añadió otro caballero, sacudiendo una bolsa de monedas—. ¡Tenemos oro!

—¡Os aseguro que el Monte Milmort es inconquistable! —afirmé—. Hay muy pocas posibilidades de alcanzar la cima. Nosotros no os llevaremos.

—No queremos asistir a una nueva sangría —explicó Zoltan—. Hemos visto correr demasiada sangre.

—Nunca volveremos al Monte Milmort —aseguró Ónica—. ¡No queremos verlo más!

—Es mejor vegetar aquí durante una eternidad que llenarse de sangre inútilmente —concluí—. ¡Desistid de vuestra idea! ¡Por vuestro propio bien!

—Hemos luchado mucho para encontrar la paz y la tranquilidad —sentenció Ónica—. Ahora que las hemos encontrado, no las dejaremos. Ni por todo el oro del mundo.

—La paz y la tranquilidad son las únicas cosas que deseamos —resumí—. Y estar juntos mientras podamos. Creedme, vuestro oro no nos tienta.

Después, les invitamos a cenar y, durante horas, les contamos nuestras aventuras con todo lujo de detalles. Se estremecieron cuando supieron que las murallas del Monte Milmort eran, además de inexpugnables, una trampa sangrienta.

—Ya no queremos derramar más sangre por una falsa esperanza —les aseguré—. Hemos matado demasiado y sólo queremos recuperar la paz de nuestras almas. Sólo eso. Se acabaron las peleas. La amistad es mejor que la muerte.

—Y permanecer juntos todo el tiempo que podamos —añadió Ónica, mirándome a los ojos—. Nuestra compañía es el único calor que encontraremos en Mort.

Al amanecer, los caballeros milmorts reemprendieron la marcha.

—Os agradecemos vuestros consejos —dijo el jefe—. Pero no podemos renunciar. Si lo hacemos, no nos quedará nada.

—Lo comprendo —le dije—. Os deseo suerte. Sabed que os recibiremos bien si decidís volver.

Contemplamos su marcha en silencio.

Cada uno de nosotros sintió algo en el fondo de su corazón que no era capaz de expresar. Los vimos marchar sabiendo que ya estaban muertos. Ellos lo ignoraban, pero su vida había llegado a su final. Un final inútil.

Nosotros sabíamos que habíamos tomado una buena decisión.

Ya estábamos hartos de sangre y de violencia.

Sólo queríamos apagarnos lentamente, escuchando las voces de nuestros amigos, recordando lo que fuimos, sabiendo que éramos seres sin futuro.

Y eso, en Mort, era mucho.

Pero había algo que me inquietaba. Temía que las ganas de subir a ese monte se despertaran de nuevo y me hicieran cometer una locura.

Por eso, una noche, mientras todos dormían, desperté a Ónica.

—Acompáñame —le pedí—. Coge tu espada.

Salimos de la cabaña y nos dirigimos hacia la tumba de Miliari. El rey Marcus estaba allí, llorando a su hijo, agarrado al terruño que lo cubría.

—Padre, ¿qué haces aquí a estas horas? —le reprendió Ónica—. Deberías estar durmiendo.

—Vengo todas las noches —confesó el monarca—. Vengo a hablar con él. Necesito contarle cosas. Un hijo no se olvida nunca. Por mucho que te falle la memoria, hay algo en tu interior que te lo recuerda. Estás ligado a él hasta que te mueras.

Ónica le abrazó y juntos lloraron en silencio.

—Majestad, ¿podríais dejarnos solos un rato, por favor? —le pedí cuando empezó a tranquilizarse.

Marcus comprendió que nosotros también teníamos derecho a acercarnos a Miliari. Se levantó y, lentamente, encorvado y envejecido, se alejó y se perdió en la noche.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó Ónica.

—Ayúdame a cavar un hoyo —le pedí—. Vamos a enterrar nuestro pasado. Profundamente. Que nadie pueda encontrarlo.

No hizo ninguna pregunta. Caminamos unos pasos en la oscuridad y, con la ayuda de las espadas, abrimos un profundo agujero en el suelo yermo de Mort.

Poco después, sepultábamos nuestras dos espadas milmortianas a unos pasos de los restos de Miliari, en una zona que no podríamos encontrar.

—Ha llegado la hora de disfrutar de un poco de paz —dije mientras las recubría con tierra—. Es hora de acabar con esta tragedia milmortiana y de recuperar nuestra humanidad. Ya no somos máquinas de matar. Tenemos amor, que es más importante.

Ahora, sólo quedaba esperar a que el tiempo hiciera su trabajo y acabáramos olvidando dónde estaban soterradas. En algún momento, nuestra memoria las borraría por completo de nuestros pensamientos y ni siquiera recordaríamos que hubieran existido alguna vez. Toda nuestra experiencia milmortiana quedó sepultada en la colina, en la oscuridad y en el lodo. Después de un día de lluvia no quedaría ni rastro de la tierra removida y sería imposible encontrarlas. Era seguro que jamás las volveríamos a localizar.

—Es probable que recuperemos algo de lo que hemos perdido en el camino —aventuré—. Si lo conseguimos, nos querremos más y el poco futuro que tenemos por delante será nuestro. ¡Sólo nuestro! ¡Habremos ganado esta batalla!

Ónica y yo nos abrazamos con pasión. El calor de nuestros cuerpos se encendió y olvidamos todo lo que habíamos luchado y sufrido.

Habíamos recorrido un largo camino y habíamos llegado al final llenos de deseos de amor.

No era la gloria que prometía Mort, pero era suficiente para dos seres que habían vivido mil veces. Demasiadas vidas para gente que sólo quería amar.

Cuando la luz opaca iluminó nuestro camino, comprendí que el amor era la verdadera y única recompensa que podemos esperar en esta vida y en la otra.

Entonces, inesperadamente, un jinete salió de las sombras y se dejó ver.

—¡Hola, Royman! —saludó.

—¡Mort! ¿Qué quieres de mí? —le pregunté—. He dejado las armas. Ya no te serviré de nada.

—Quiero que sustituyas a Crawen —respondió fríamente—. Ocupa su puesto y te daré todo lo que quieras.

—No tienes nada que me interese, Mort. Devuelve la vida a Crawen y ponle de nuevo al mando del templo. Yo no te serviré.

—Quiero que tú seas mi Gran Sacerdote —insistió.

El crujido de una rama nos hizo volver la cabeza.

—¡Miliari! —dijo Ónica—. ¡Vuelve con los demás!

—¿Así que has cambiado de nombre, Robin? —preguntó Mort.

—Ahora me llamo Miliari y he venido para decirte que renuncio a ser tu hijo —contestó el muchacho, abriendo su ropa—. Aquí tienes tu collar.

—¿No cambiarás de idea?

—¡No! ¡Nunca seré tu hijo! —replicó Miliari con firmeza—. ¡No te serviré! Me quedaré aquí, con mis amigos.

Mort alargó su bastón y ensartó el collar por la gran letra M con la calavera que lo coronaba. Después, alzó el báculo, deslizó el collar a lo largo del mismo y se lo colgó alrededor del cuello.

—Os dejaré vivir en paz —dijo—. Os lo habéis ganado. Pero no salgáis de este cementerio. Si osáis hacerlo, no respondo de las consecuencias.

Giró su montura y se alejó a galope hasta que se perdió en la oscuridad. Supe entonces que ya no iba a verle nunca más. Y respiré aliviado.

—¿Cómo te lo has arrancado del cuello? —le pregunté al chico.

—Tu abuelo me ha ayudado —respondió—. Sabe mucho de estas cosas.

—Sí, sabe mucho sobre cómo arrancar de tu vida lo que no vale —concluí—. Es de lo que más sabe.

Después, volvimos con nuestros amigos, que nos estaban esperando ante las cabañas.

Podíamos darnos por satisfechos. Habíamos encontrado lo más parecido a una familia. Y eso era mucho más de lo que podía imaginar.

En realidad, habíamos encontrado la gloria.

Por fin, después de muchos avatares, habíamos llegado al final del camino.

Índice

MILMORT II

QUINTA PARTE

¡Vida!
¡Muerte!
El retorno
Cruzando la puerta
Ejecuciones
Reencuentro
Desesperados
Un rey sin corona
Entre amigos
Huida desesperada
El ojo sobre el castillo
Duelo de cobardes
Perseguir a la presa
El traidor arrepentido
El sacrificio
Una trampa
Un regalo
Destrucción
Los ojos del lobo
Hacia el Templo Milmortiano

SEXTA PARTE

Viaje a Langan
Frente al templo
La armería
El nuevo Gran Milmort
Reunión de amigos
La rabia de Royman
El plan de Cornelio
Sin impedimentos
El trono de Sibila
Despertar
Un mensaje para Wolfort
El pozo de la muerte
Una yegua de guerra
El archivo de Mort
El sueño de Sibila
Saliendo de Mort
La forja de una espada
Derrumbamiento
El milmort está listo
Cambio de rumbo

SÉPTIMA PARTE

El desafío
Vuelven los osos
Perseguidos
Sin memoria
Codo con codo
Viejos amigos
Cambio de estrategia
¡Rodeados!
Desesperación
Embrutecidos
Hacia el infierno
Levitación
La cara del lobo
Collares de muerte
Abandono
En marcha
Una nueva esperanza
Un jinete en la oscuridad
Recuperando la ilusión
Un descanso

OCTAVA PARTE

La trampa de Cornelio
En familia
Saliendo de entre los muertos
La larga espera
Una trampa para el lobo
El presentimiento
La presa ha caído
El horizonte
El Valle de los Lobos
Fantasmas en la noche
Preparativos para el juicio
Las explicaciones de Tronario
El día del juicio
Entierro
El duelo
Desolación
El final del traidor
¡Venganza!
El regreso de Royman
Enterrando el pasado

Índice

Milmort II	2
Quinta Parte	4
¡Vida!	5
¡Muerte!	8
El retorno	14
Cruzando la puerta	19
Ejecuciones	22
Reencuentro	26
Desesperados	31
Un rey sin corona	34
Entre amigos	37
Huida desesperada	42
El ojo sobre el castillo	44
Duelo de cobardes	48
Perseguir a la presa	52
El traidor arrepentido	54
El sacrificio	57
Una trampa	60
Un regalo	64
Destrucción	68
Los ojos del lobo	72
Hacia el Templo Milmortiano	75
Sexta Parte	77
Viaje a Langan	78
Frente al templo	81
La armería	84
El nuevo Gran Milmort	88
Reunión de amigos	91
La rabia de Royman	93

El plan de Cornelio	97
Sin impedimentos	100
El trono de Sibila	104
Despertar	108
Un mensaje para Welfort	113
El pozo de la muerte	118
Una yegua de guerra	123
El archivo de Mort	128
El sueño de Sibila	131
Saliendo de Mort	135
La forja de una espada	139
Derrumbamiento	142
El milmort está listo	146
Cambio de rumbo	149
Séptima Parte	151
El desafío	152
Vuelven los osos	156
Perseguidos	159
Sin memoria	162
Codo con codo	165
Viejos amigos	169
Cambio de estrategia	171
¡Rodeados!	176
Desesperación	179
Embrutecidos	183
Hacia el infierno	185
Levitación	189
La cara del lobo	192
Collares de muerte	196
Abandono	200

En marcha	203
Una nueva esperanza	207
Un jinete en la oscuridad	211
Recuperando la ilusión	214
Un descanso	218
Octava Parte	221
La trampa de Cornelio	222
En familia	225
Saliendo de entre los muertos	229
La larga espera	234
Una trampa para el lobo	237
El presentimiento	240
La presa ha caído	243
El horizonte	245
El Valle de los Lobos	249
Fantasmas en la noche	254
Preparativos para el juicio	258
Las explicaciones de Tronario	262
El día del juicio	265
Entierro	270
El duelo	272
Desolación	276
El final del traidor	279
¡Venganza!	283
El regreso de Royman	287
Enterrando el pasado	292